

A photograph of two hands, one from the left and one from the right, with their wrists tied together by a vibrant red fabric. The hands are positioned palm-up, and the red fabric is knotted at the wrists, with a long, vertical strip of the fabric hanging down from the center. The background is a solid, dark black, which makes the red fabric and the light skin of the hands stand out prominently. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the folds of the fabric.

**Confesiones
de una sumisa**
Sophie Morgan

Grijalbo

SOPHIE MORGAN

Confesiones de una sumisa

Traducción de
Juan Pascual Martínez Fernández
y Beatriz Villena Sánchez

Grijalbo

www.megustaleerebooks.com

Para F, con todo mi amor y agradecimiento

Llegaba tarde. Me paso buena parte de mi vida llegando tarde o temiendo llegar tarde. Soy periodista, y aunque llegar tarde forma parte de los gajes del oficio, en lo que se refiere al trabajo no hay nada más imperdonable... (vale, excepto quizá pinchar teléfonos, pero como trabajo en un periódico local, no es el tipo de cosas que hacemos, a pesar de lo que veas en los culebrones). Fuera ya de mi trabajo, creo que llegar tarde es irritante tanto si lo hago yo como si lo hacen los demás. Siempre que puedo llego cinco minutos antes y deambulo por el lugar de la cita para disminuir el riesgo de llegar tarde. Sé que probablemente parezco una acosadora, pero es un precio que estoy dispuesta a pagar.

Sin embargo, esa vez no tuve ocasión de hacerlo. Cuando llegué al bar, mis amigos, Thomas y Charlotte, ya se habían apropiado de un reservado y movían los brazos como locos para que me acercara. Charlotte llevaba un gorro de elfo, algo no tan raro teniendo en cuenta que faltaban cuatro días para Navidad. Yo había perdido completamente cualquier espíritu festivo, en parte porque el trabajo era una locura y en parte porque todavía estaba lamiéndome las heridas por la ruptura más larga de mi vida. La única razón por la que había aceptado ir a tomar algo era porque no podría soportar sus sermones si no lo hacía. Además, el bar estaba cerca de mi oficina y Charlotte me había asegurado que serían un grupo numeroso, de modo que tenía la esperanza de poder largarme sin que se dieran cuenta después de tomarme una copa rápida y charlar un rato para demostrar mi buena disposición, y así acallarlos de una vez. El problema empezó cuando me acerqué al reservado y me di cuenta de que solo había otra persona con ellos. Me habían tendido una encerrona.

Lo primero que pensé, prueba de que todavía no me lo había sacado de la cabeza, fue que se trataba de James, mi ex, aunque mi parte racional sabía que Thomas no estaba dispuesto a compartir con él copas, charla y galletitas de queso. Yo tampoco tenía muy claro si quería tomarme unas copas con él. El hombre que estaba de espaldas se volvió y me confirmó lo que ya sospechaba, y la rabia comenzó a arderme en el fondo del estómago. No sabría decir con quién estaba enfadada. ¿Connmigo? ¿Con ellos? ¿Con él? Había pasado mucho tiempo enfadada últimamente. Era algo poco habitual en mí, y empezaba a estar cansada de mi propia actitud. También era algo agotador, otra razón por la que hubiera preferido estar en mi casa viendo programas de cocina en la tele y no tener que hablar

con nadie.

Algo que no iba a ocurrir esa noche. Mis supuestos amigos me la habían jugado del todo. Charlotte titubeó un momento antes de abrazarme, porque se dio cuenta de mi enfado, pero Thomas no mostró miedo alguno. Se me lanzó encima y me rodeó con un abrazo de oso que casi me hizo perder el equilibrio.

—¡Soph! Has podido. Creíamos que no vendrías... No es propio de ti llegar tan tarde.

Me escapé de sus brazos y comencé a desabrocharme el abrigo.

—Ya, es que el trabajo está imposible y el metro a reventar.

No tenía intención de disculparme por llegar tarde. Contuve una sonrisa torcida al recordar una ocasión en la que llegué veintitrés minutos tarde a casa de Thomas por culpa del tráfico, y él me atizó veintitrés veces con una fusta. Tuve la sensación de que eso había ocurrido hacía mucho tiempo, en una vida anterior. Las cosas habían cambiado, aunque el recuerdo todavía me inspiró una oleada de afecto que aplacó un poco la rabia.

El individuo que no era James se había puesto en pie cuando llegué y esperaba a que me acercase más a la mesa. En el momento en que me incliné para dejar el abrigo sobre la pila de ropa, él me tendió la mano.

—Hola, Sophie. Me llamo Adam. Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

Cabello oscuro, ojos castaños, gafas. Apretón de manos firme, manos bonitas. Me fijó en todas esas cosas. Es un efecto secundario provocado por mi afición extracurricular a los azotes. Tuve que admitir que mis amigos conocían bien mis gustos. La pena era que no me conocían tan bien como para saber que no me interesaba ninguna clase de relación con nadie en un futuro cercano.

—¿De verdad? —Le sonreí, pero no creo que la sonrisa apareciera en mis ojos—. Porque yo no he oído nada de ti.

Miré a Charlotte, quien pareció sentirse incómoda. El silencio se prolongó, y durante un momento dejé que se mantuviera en el aire antes de soltar un suspiro, dejarme caer en el asiento acolchado y tomar la carta del menú. No me gustan nada los enfrentamientos y el mal ambiente; nunca me han gustado. Podía comportarme de un modo agradable. Lo único que tenía que hacer era aguantar durante más o menos una hora y luego marcharme con la excusa de que tenía que levantarme temprano para trabajar. Vi que había vino caliente con especias y sonreí para mí. Al menos podría unirme un poco al ambiente festivo.

—¿Qué queréis tomar? Yo me encargo de traerlo.

Sé que fui un poco grosera, y sé que no fue culpa del pobre Adam. El hecho es que, y ya sé que suena a novela romántica, hacía poco que me habían roto el corazón. No fue a propósito. Las personas que

te parten el corazón a propósito son el peor tipo de cabrones, y si me hubiera enamorado de un cabrón me habría resultado mucho más fácil rehacer mi vida, recuperarme y seguir adelante. Sin embargo, James había conseguido hacerse un sitio en mi vida, como pareja y como contrapartida dominante a mis tendencias sumisas. Pero de golpe él acabó con la relación y me dejó con la sensación de estar a la deriva, algo que no es propio de mí.

La relación no se había acabado del todo, no de un modo que me permitiera seguir adelante con mi vida. Para describirlo de un modo televisivo, al estilo «previamente en la vida de Sophie», el resumen de los programas anteriores sería algo así: chico conoce a chica, chico domina a chica, chica se regodea con el dolor y la degradación y se enamora del chico, chico se siente culpable por el modo en que domina a la chica de la que ha decidido que se ha enamorado, chica deja claro que le encanta la dominación. Cabría imaginar que el siguiente paso sería: chico acepta ambos lados de su propia naturaleza y agradece a la buena fortuna haber encontrado una chica que le complementa tan bien, pero, ¡ay!, eso no llegó a ocurrir. Después de varias semanas de mensajes, oleadas de afecto y charlas emotivas que provocaban que el silencio posterior fuera más inquietante todavía, decidí que había llegado el momento de dejarlo, por mi propio bien. Le pregunté por última vez si lo nuestro podría funcionar, interpreté su silencio como una respuesta más que clara, cambié de número de teléfono y puse un filtro en mi cuenta de correo electrónico para que cualquier mensaje que me enviase pasara directamente a la papelera. Joder, después de una semana o dos dejé de comprobar el correo tres veces al día por si tenía mensajes borrados automáticamente. Todo un progreso, ¿verdad?

Intentaba poco a poco seguir con mi vida. Pero me dolía. Y me sentía estúpida. Muy estúpida. Así que de momento me alegraba de estar sola. Aunque solo fuera porque de ese modo el menor número posible de personas se enterarían de mi estupidez.

Por aquel entonces sabía mejor que nunca que mi gusto por la sumisión sexual era algo que sin duda tendría que formar parte de cualquier relación. Solo era una parte, es cierto, pero para mí la carencia de esa compatibilidad básica era motivo de ruptura. Pero tras darme cuenta de esto, y después del disgusto que me llevé con James, decidí que había llegado el momento de parar un poco. Porque aunque la compatibilidad sexual era un aspecto importante en la clase de relación que yo quería, también formaba parte de un conjunto mayor. Quería a alguien cariñoso, inteligente, divertido, que soportase mi obsesión por la tele y las consiguientes cajas llenas de películas en DVD, a quien le gustara tanto su trabajo que no se enfadase por lo mucho que yo me entregaba al mío, y que tuviera ideas similares a las mías respecto a la vida a largo plazo, por ejemplo, algún día casarse y tener hijos.

Lo sé. Estoy pidiendo la puñetera luna. Y lo cierto es que encontrar a un tío que cumpla la mayoría de esas condiciones (no todas, no soy tan poco razonable), y que además sea dominante y quiera a

una mujer como yo, bueno, eso es el equivalente a que te toque el premio gordo de la lotería de las relaciones. Y en ese momento, después del desastre con James, no quería comprar un número para llevarme otra decepción. Sobre todo porque no es que estuviera rodeada de tipos dominantes en ese sentido. Si existe algo parecido a un radar de perversiones, está claro que yo no lo llevo, y a pesar de mis tendencias sexuales, me niego a preguntar al azar a los tíos si les gustaría hacerme daño. Aceptémoslo: el tipo de tío que te dice que sí a esa pregunta es la clase de persona que deberías evitar a toda costa. Había visitado páginas de D/s en internet, para charlar y hacer amigos, pero no estaba preparada para comenzar la ardua tarea de buscar una cita, algo que a veces te destrozaba el alma, y eso a pesar de que uno de mis mejores amigos, y antiguo dominante, había encontrado a su pareja haciendo precisamente eso.

No. Últimamente me ponía a cien con un Kindle cargado de relatos eróticos y poco más, y me iba bien. No disponía de la energía necesaria para nada más, sobre todo en la siempre enloquecida época de las fiestas navideñas. Lo tenía todo planeado. Había hecho tantas horas extra como me permitía el trabajo, había pasado más tiempo en reuniones fuera de horario que el que aceptaría pasar ninguna persona en sus cabales. Había conseguido tiempo libre para ir a casa de mis padres para las vacaciones de Navidad. Iba a trabajar en Nochevieja y el día de Año Nuevo. Había llenado mi vida con el trabajo, con la lectura y con el sueño, y eso estaba bien.

Por desgracia, los puñeteros Charlotte y Tom no creían que eso estuviera bien.

Me bebí el vino caliente tan deprisa como pude sin quemarme, y luego me fui al servicio a practicar la explicación que daría cuando volviera por tener que irme pronto. Pero cuando regresé a la mesa, Charlotte me había pedido otro vino. Le di las gracias con los dientes apretados, y ella apartó la vista cuando la miré fijamente, pero ni siquiera en mis momentos más antisociales la habría mandado a tomar por saco y me habría ido. Bebí, esta vez un poco más despacio, y me resigné a escuchar la conversación que me rodeaba.

Adam era interesante. Divertido. Inteligente. Ingenioso. Capaz de reírse de sí mismo. Se manejaba muy bien con las palabras y le gustaría jugar con los dobles sentidos, supongo que en parte por su trabajo como redactor. Era exactamente el tipo de persona con la que me habría gustado pasar el rato. Pero no aquella noche. Sé que esto me deja como una testaruda, pero, aunque me gustaba, no estaba dispuesta a que él se diese cuenta y, lo que era más importante, tampoco quería que lo supieran Charlotte y Thomas. Estaba claro que creían saber mejor que yo lo que necesitaba, y parecían sufrir un caso leve de esa enfermedad irritante que se produce en aquellas parejas que insisten en emparejar a sus amigos solteros. No me importaba si Adam lo aceptaba o no. Yo no estaba dispuesta a hacerlo.

Sin embargo, sí que era buena compañía. Los cuatro charlamos sobre los programas de televisión que veíamos, y nos recomendamos series. Adam me sugirió que viese *The Shield: al margen de la*

ley, una serie de policías que se me había pasado por alto pero que dirigía un tipo que también trabajaba en una serie que me encantaba, *Miénteme*. Me contó una anécdota genial sobre una campaña política en la que había participado, lo que significó que antes de que me diese cuenta estuviera compartiendo con él lances parecidos sobre las noticias en las que yo había trabajado. Me di cuenta de que había empezado a inclinarme hacia él para hablar, pero recuperé la compostura y me eché hacia atrás con fingida indiferencia.

Me terminé por fin el vino y me fui a casa. Aunque se me había pasado un poco el enfado, me mostré algo distante con Charlotte y Thomas cuando me despedí. A Adam le dije adiós con la mano, no quería animar las maquinaciones de mis amigos dándole un beso en la mejilla y que lo malinterpretaran.

Para cuando llegué a casa y me acurruqué en mi postura de descanso básica, sentada en el sofá, con el pijama puesto y una taza de té en la mano viendo las noticias de última hora, mi teléfono había sonado varias veces.

Charlotte y Thomas me habían enviado un par de mensajes, en teoría para comprobar que había llegado bien a casa, pero ambos con variantes de «Perdona si te has sentido en una encerrona». No pensaba perdonarles con tanta facilidad. También tenía un aviso de facebook: Adam me había localizado y me había enviado un mensaje.

Solté un bufido mientras lo abría. Aquello era precisamente el tipo de pérdida de tiempo que quería evitarme.

De: Adam

Para: Sophie

Quería enviarte un breve mensaje para pedirte disculpas por lo de esta noche. No por conocerte (eso ha sido divertido), sino porque cuando llegaste fue evidente que no me esperabas.

Me separé hace poco de una pareja con la que llevaba bastante tiempo, y creo que Charlotte quería animarme para que conociera a alguien nuevo con su habitual delicadeza de martillo pilón. Quiero asegurarte que no soy de esa clase de personas que consigue citas con engaños. Te pido disculpas por cualquier sensación rara de incomodidad.

Un saludo,

Adam

De repente, todo tuvo sentido. En ese momento le hubiera dado una patada a Charlotte. A ella seguro que le había parecido una idea genial: dos de sus amigos solteros acababan juntos, pero en ese momento me sentí más incómoda todavía. ¿Solo «Un saludo»? Ay. Sonreí para mí misma con cierta burla por ser tan egocéntrica. ¡Y yo que me creía un partido estupendo!

De: Sophie

Para: Adam

¡La puñetera Charlotte! Lo siento mucho. No se me ocurrió pensar que quizá fuera una situación incómoda también para ti. Me temo que tú lo has llevado mejor que yo. Probablemente he quedado como una gruñona. Lo siento. De verdad, no tenía nada contra ti.

Espero que el intento de «ayudar» de Charlotte no haya hecho que tu separación sea aún más penosa de lo que suelen serlo.

Sophie

P. D.: No te preocupes. No pareces el tipo de hombre que necesita recurrir a engaños para conseguir una cita.

Su respuesta fue rápida, intrigante, y además dejaba claro que no estaba más interesado en mí de lo que yo lo estaba en él.

De: Adam

Para: Sophie

La separación era algo que se veía venir y fue todo lo indolora que estas cosas pueden ser. Salimos durante casi un año, y nos divertimos mucho, pero básicamente queríamos cosas distintas. A ella le encanta viajar y quería recorrer América trabajando. A mí me gustan las vacaciones, pero quería quedarme más cerca de casa para casarme, tener niños, etc. Ese tipo de cosas. Esta misma noche me ha enviado un mensaje. Está trabajando como recepcionista en un salón de tatuajes de San Francisco. Los dos estamos bien. Es lo que pasa con las separaciones..., todo el mundo da por sentado que quieres empezar otra relación cuanto antes. A veces es agradable darse un descanso.

A.

P. D.: Te pusiste un poco gruñona, pero curiosamente fue algo entrañable. No me lo tomé como algo personal.

Me eché a reír:

De: Sophie

Para: Adam

Estoy de acuerdo contigo en lo de «darse un descanso en las relaciones».

A veces la vida es más fácil cuando no tienes pareja.

Soph

Apagué el portátil, bastante segura de que sería la última vez que hablaría con él y satisfecha por haber dejado claro que no estaba interesada en ninguna clase de proposición, incluso si de verdad había alguna en el futuro. Me equivocaba.

A la mañana siguiente me envió un mensaje con un enlace relacionado con las noticias sobre un político del que habíamos hablado la noche anterior. Antes de que me diera cuenta ya le había respondido con un breve mensaje. Me contestó, y también me preguntó si había recibido alguna nueva

disculpa de Charlotte (y así era). Le respondí preguntándole si él tenía algo que ver con los últimos remordimientos de Charlotte (y así era también). De repente estábamos intercambiando como mínimo un par de mensajes al día.

Era algo seguro. Algo sencillo. Hablábamos de asuntos nada polémicos: los planes de vacaciones de mi madre a través de internet (las invasiones militares no necesitan tanto esfuerzo), el viaje que él había hecho a Yorkshire para una boda familiar. Busqué y (aunque confieso que en algunas escenas me tapé los ojos) vi un par de capítulos de *The Shield: al margen de la ley*, que me había recomendado y que me encantaron, pero no tenía con quien compartir mi entusiasmo, así que lo comenté enfervorizada con él. Le recomendé un par de biografías políticas que se le habían pasado por alto. En conjunto, fue sorprendentemente agradable charlar con él.

También (no me juzgues) me aproveché de que su configuración de privacidad en facebook era mucho menos restrictiva que la mía y eché un vistazo a su perfil. Miré algunas de sus fotos (sobre todo de vacaciones, viajes familiares y fiestas), y leí por encima sus últimas actualizaciones, en su mayoría enlaces a noticias recientes con las broncas asociadas habituales, comentarios sobre programas de televisión y películas que había visto, y memes raros de internet. Todo me pareció muy interesante, pero no quise indicar que me gustaba para evitar que Charlotte o Thomas lo vieran y se lo tomaran como lo que no era. Ese primer paso de la interacción humana moderna (hacerse amigo de alguien en facebook) estaba prohibido, por supuesto.

Entonces, una noche el tono de la conversación cambió un poco. Llegados a este punto charlábamos por Messenger algunas noches, si coincidíamos los dos en casa. Vale, si él estaba en casa, porque yo seguía bajo arresto domiciliario y sin trabajar por voluntad propia. Estábamos hablando de otro intento de buscarle pareja que habían montado unos amigos suyos, esta vez con una profesora de física de secundaria. Estaba riéndome en silencio, para mí, imaginando su reacción de horror ante el esfuerzo por mantener una charla trivial, cuando el siguiente párrafo que escribió me llamó de repente la atención.

ADAM dice: El problema es que no hay manera de empezar una conversación sobre la compatibilidad. ¡Al menos a NOSOTROS Charlotte nos reunió porque sabía que teníamos personalidades complementarias en ese aspecto!

Me erguí y el corazón se me aceleró un poco. Empecé a mover los dedos con rapidez, pero me detuve. ¿Había querido decir lo que me imaginaba, o yo estaba demasiado susceptible? Por supuesto, Charlotte sabía que yo era sumisa, de hecho lo sabía de primera mano. Pero ¿se lo habría dicho a un tipo al que yo no conocía? Me sentía indecisa entre pedirle que me aclarara el comentario y revelar así de forma accidental mis gustos cuando a lo mejor ella no había dicho nada. Al final ganó la curiosidad.

SOPHIE dice: Personalidades complementarias ¿en qué aspecto?

Su respuesta me confirmó lo que temía.

ADAM dice: Me refiero al sexo. No es un requisito previo para ninguna relación, pero sin duda se trata de algo importante cuando crees que llega el momento adecuado para empezar a salir de nuevo con alguien, algo que me gusta tener en cuenta.

Tengo tendencia a dejar volar la imaginación. No puedo evitarlo. La parte racional de mi cerebro acabaría activándose, pero en ese momento mi cabeza se llenó de ideas. Él sabía que yo era sumisa. Lo sabía desde el principio. ¿Acaso aquello era alguna especie de juego prolongado? ¿O pensaba que yo me estaba haciendo la dura antes de entregarme? ¿Cómo se había atrevido Charlotte a decirle nada sin preguntarme si podía? Estaba que echaba chispas.

Al parecer, mi repentino silencio lo dijo todo.

ADAM dice: ¿Sophie?

Dejé el portátil a un lado y fui a buscar algo de beber a la cocina. No estaba segura de qué debía contestar, en caso de que debiera hacerlo. Cuando volví, la pantalla estaba llena de texto.

ADAM dice: Espero no haber conseguido que te sientas incómoda. Te prometo que no es importante. Charlie comentó de pasada que los dos la habíamos conocido en el mismo sitio pero en momentos distintos. No me dijo nada más sobre ti, pero supuse que ella solo nos habría puesto en contacto si tú eras sumisa o al menos eras sw itch. Perdón si me he pasado de la raya.

Thomas y yo conocimos a Charlotte en un *munch*, uno de esos picoteos donde se encuentran personas de gustos raros (calma, no había ni cuero ni cadenas, fue un encuentro en un bar). Si él la había conocido en el mismo sitio... Ah.

De repente me asaltaron un montón de preguntas. Sentí curiosidad, porque nunca había pensado en Adam en esos términos. Supongo que no hay que hacer suposiciones sobre las personas. Sabía que él debía de ser dominante porque había dado por sentado que yo era sumisa o *switch* (alguien que es tanto dominante como sumiso).

SOPHIE dice: No pasa nada, no me siento incómoda. Me ha sorprendido que lo supieras. No lo sabía de ti. Simplemente ha hecho que me pusiera un poco a la defensiva. Estoy bien.

Me pregunté si no me habría pasado. No me sonaba «bien» ni siquiera a mí. A la mierda. La puñetera Charlotte. Y maldita fuera mi curiosidad, porque ahora lo que quería era saber más cosas

sobre él.

SOPHIE dice: ¿Sueles ir a los munch?

Lo sé. Soy una cotilla. Pero también tenía curiosidad, sobre todo porque no me había parecido especialmente dominante. Desde luego, el radar de perversiones (¿habría que llamarlo pervertinómetro?) no me funcionaba, aunque debo admitir que cuando lo conocí no pensé en él en términos sexuales, por muy seductora que fuera su mirada.

ADAM dice: Solía ir. En uno de ellos conocí a Kathryn, mi ex. Era sumisa. Pero hace tiempo que no voy a ninguno. A pesar de lo que puedas estar temiéndote ahora mismo, no ando buscando empezar a salir con nadie otra vez. Siento haber sacado el tema si te ha molestado.

En ese momento me di cuenta. Comprendí que Charlotte no se había dedicado a contarle los detalles íntimos de lo que habíamos hecho juntas, así que me sentí más tranquila.

SOPHIE dice: No me ha molestado. Estoy bien. Algo sorprendida, nada más. Charlotte no me había dicho nada.

Me respondió enseguida.

ADAM dice: Esta mujer es terrible. Pero tiene buenas intenciones.

Sabía que Adam tenía razón, pero todavía tenía ganas de echarle la bronca cuando la viera. Antes de que pudiera contestarle, me llegó otro mensaje.

ADAM dice: Una pregunta más antes de que volvamos a temas que no sean de D/s. ¿Puedo?

SOPHIE dice: No sé si debería contestarla, pero vale...

ADAM dice: Entonces, ¿tú qué eres? ¿Sumisa o sw itch? A las personas curiosas nos gusta saber... :)

Como era casi inevitable, no fue la última vez que hablamos de D/s. Poco a poco, a lo largo de un período de varias semanas y por primera vez en lo que parecieron siglos, charlé con alguien sobre mis «perversiones» sin que hubiera segundas intenciones en ello. Ninguno de los dos esperábamos sacar nada concreto de aquellas conversaciones. Los dos teníamos muy claro que no queríamos una cita. No había indicios de que aquello pudiera convertirse en otra cosa, o de que acabaríamos juntos. Simplemente era agradable charlar sobre la vida con alguien a quien no le resultaba extraño el lado pervertido de las cosas, algo sobre lo que se podía hablar sin que se convirtiese en un tema serio o

en algo que te definiera como persona.

Me contó que se había divertido mucho con el sexo sin tabúes con su novia, pero que la relación había fracasado porque, aparte de eso, no compartían nada más. Le hablé un poco de lo que me había pasado con James, y su comprensión y agudeza fueron un bálsamo para mis moretones emocionales.

En las conversaciones más picantes, que sí, solían tener lugar ya avanzada la noche, comentábamos algunas de nuestras experiencias sexuales. No de un modo explícito, más bien de una forma general, pero con la profundidad suficiente como para que sintiera curiosidad respecto a qué clase de dominante sería. Estaba claro que tenía mucha más experiencia que yo en D/s y que su interés en el asunto se centraba tanto en el aspecto mental como en el daño físico. Adam me parecía muy interesante. Pero también era tan caballeroso... Se mostraba respetuoso y considerado cuando hablábamos, ya fuera sobre asuntos cotidianos o de temas más personales y profundos.

De vez en cuando alguno de los dos comentaba de pasada que deberíamos vernos para tomar algo, pero no llegamos a concretar nada. Al principio tomamos como excusa que el comienzo de año siempre era complicado, aunque para entonces ya estábamos a mediados de enero. Me tomé esa falta de iniciativa como una señal clara de que no estaba interesado en mí de ese modo, lo que por supuesto debería haber supuesto un alivio. Sin embargo, en ciertos momentos no me sentí precisamente aliviada. No estaba segura de si debía sentirme ofendida, pero, como típico ejemplo de mis contradicciones, así fue.

¿Por qué no le interesaba desde un punto de vista amoroso? ¿Qué era yo, un trozo de carne?

Lo sé, estoy loca. Pero solo era una impresión. No se lo conté a nadie. Entonces llegó el día. Estábamos hablando de los recientes intentos de Charlotte para que asistiera con ella y con Tom a un *munch*. ¿Qué le pasaba, por qué intentaba siempre que se enrollara con alguien?

ADAM dice: Le dije que no me interesaba, así que intentó convencerme de que valdría la pena aunque solo fuera para encontrar a alguien con quien desahogarme un poco.

SOPHIE dice: ¿«Alguien con quien desahogarme un poco»? Suena un tanto impersonal.

ADAM dice: Lo sé. A ver, admito que a veces me atrae la idea de divertirme sin ataduras emocionales de ningún tipo, pero quiero que sea con alguien con quien al menos tenga alguna clase de complicidad y que sepa que luego no va a haber nada serio. No quiero liar me con alguien que luego sienta que solo la he utilizado para el sexo.

SOPHIE dice: ¿Quieres pasarlo bien con alguien que no busque una relación y a quien no vayas a dar falsas esperanzas en ese sentido?

ADAM dice: Exacto.

SOPHIE dice: ¿Alguien a quien no vayas a herir en sus sentimientos sin darte cuenta porque luego quiera algo más?

ADAM dice: Sí.

SOPHIE dice: ¿Alguien que tenga tus mismos gustos, a quien le guste experimentar y divertirse pero que tenga su propia vida?

ADAM dice: Sí, eso es.

Seguro que ya sabes adónde llevaba esto. Pues yo no. Ni siquiera me di cuenta de que estaba moviendo los dedos hasta que terminé de teclear el mensaje y lo envié.

SOPHIE dice: ¿Alguien como yo?

Joder. En cuanto lo escribí, deseé poder borrarlo. ¿En qué estaba pensando? Ya sé que no había tenido sexo desde hacía meses, y mucho menos sexo con diversión D/s, pero él no estaba interesado en mí en ese sentido. Mierda. Qué situación tan violenta. Empecé a escribir algo, cualquier cosa, lo que fuera con tal de que pareciese que lo había escrito como una broma, pero su respuesta me llegó antes de que tuviera tiempo de terminar la frase.

ADAM dice: Sí, alguien exactamente como tú.

Vaya.

A ver, una cosa es decir algo en caliente y otra muy distinta tener el valor o la disposición de hacerlo. Admito que al leer la respuesta de Adam sonreí y me sentí un poco confusa, en buena parte porque demostraba que la creciente atracción basada en los mensajes no era algo que sintiese únicamente yo. Pero eso no significaba que fuésemos a cerrar los portátiles y que él viniera volando para follar sin parar hasta el domingo. No es que tenga reparos morales para hacer algo así. Joder, ya habíamos charlado tanto que nos conocíamos mucho mejor que la típica pareja que se enrolla en una discoteca el sábado por la noche. Pero quería ser precavida. Y me di cuenta de que él también. Y quizá sea una locura, pero saber eso en realidad hizo que me sintiera más segura, sobre todo después de enamorarme tanto y tan rápido de James.

Sinceramente, no supe qué responder a aquel mensaje. No es normal que me quede sin palabras, pero a lo largo de los siguientes días fue lo habitual en mis charlas con Adam.

ADAM dice: Te pido disculpas si te parece que he sido un poco atrevido (ja, parezco un dramón de época de la BBC), pero de verdad que me gustas mucho. Creo que eres ingeniosa e interesante, y a lo largo de nuestras charlas me he dado cuenta de que quiero hacer cosas guarras contigo. Y hacértelas a ti.

SOPHIE dice: Probablemente has sido un poco atrevido, pero lo pasaré por alto. Aunque será mejor que no me digas eso en persona. Al menos, aquí no ves cómo me sonrojo.

ADAM dice: Quiero ver cómo te sonrojas.

Me sentía indecisa. La cabeza todavía me decía que no estaba preparada para meterme en una nueva relación, y mucho menos en el mercado de amistades «con derecho a roce». Pero a mi corazón (vale, y a otras partes más bajas de mi cuerpo) le parecía que Adam era divertido y atractivo, y a medida que el nivel de galanteo de sus mensajes iba subiendo con el paso de los días, yo pensaba cada vez más a menudo: «¿Y por qué no?».

No me presionó para que le respondiera sobre nuestra posible cita, pero nuestras charlas eran cada vez más obscenas. Al pensar en ello ahora tengo la sensación de que estaba ofreciéndome pistas sobre lo bien que nos lo podríamos pasar juntos y, al mismo tiempo, procuraba que me sintiera lo bastante intrigada como para que quisiera probar. Lo que ayudó fue que, al ser redactor, era tremendamente creativo cuando hablábamos de las cosas que podríamos hacer (en algún momento a

lo largo de las charlas habíamos pasado de hablar de lo que habíamos hecho o nos gustaría hacer a las cosas que quizá nos gustaría hacer juntos), y cada vez con más frecuencia por la noche yo me quedaba tumbada en la cama pensando en todas las situaciones que él había inventado. Por supuesto, eran pensamientos muy excitantes.

La conversación siguió fluyendo entre la vida real y el sexo duro. Una semana tuve que pasar dos días trabajando sin parar, incluidas las noches, y el intercambio de mensajes fue breve y solo sobre las noticias que se habían producido durante esos días. Pero cuando abrí el correo al tercer día, me encontré un mensaje lleno de párrafos largos: había tomado un comentario que yo había hecho sobre una de mis fantasías, practicar el sexo en el exterior, y lo había convertido en un relato en el que nosotros éramos los protagonistas.

Pero tardé un par de segundos en darme cuenta de eso. Estaba sentada a mi mesa de trabajo en la oficina, y mientras echaba un vistazo rápido al mensaje noté que me ponía roja como la grana. Cerré el mensaje, no fuera a ser que alguien de la oficina, de espacios abiertos, lo leyera por encima de mi hombro.

Luego me mandó un mensaje por separado para preguntarme si el relato me había gustado. Le dije que todavía no había podido leerlo en condiciones, pero que me había llevado una sorpresa al abrirlo allí, en medio de la oficina. Su respuesta me sugirió que tal vez debería preocuparme su interés por que pasara vergüenza.

ADAM dice: ¿He conseguido que te sonrojaras?

Noté que los labios se me torcían con una sonrisa involuntaria mientras todavía notaba el calor en las mejillas. Como si fuese a decírselo.

SOPHIE dice: Idiota.

Vale, la verdad es que puede que al contestarle así ya se lo estuviese diciendo...

Después de lo que me pareció la tarde más larga de toda mi vida, por fin llegué a casa después del trabajo y leí su relato. Era increíble. La situación era muy excitante y estaba muy bien escrito (sé que no debería ser un elemento importante, pero para mí lo era). Para cuando llegué al final, ya tenía la mano dentro de las bragas.

Me resultó interesante que se centrara mucho en el punto de vista de la sumisa y explorara sus pensamientos. En conjunto era el tipo de literatura erótica que me gusta, pero por encima de todo me atrajo el estilo que había escogido: la agudeza que mostraba en los cambios del miedo a la excitación y viceversa, y su comprensión y discernimiento de la mente femenina me mostraron que era

evidentemente muy perceptivo, y eso hizo que sintiera más curiosidad todavía respecto a qué clase de dominante era, a cómo me controlaría. Por supuesto, también me hizo pensar en la facilidad con que sería capaz de entender y responder a mis reacciones si hacíamos algo juntos. Sin duda, era muy inteligente.

Después de leerlo, me conecté a Messenger y le mandé un mensaje.

SOPHIE dice: Por fin he tenido un rato a solas para leerlo, y quería darte las gracias por el relato. Es impresionante. Nadie me había escrito nada parecido (quizá es el riesgo de ser escritora de profesión).

ADAM dice: De nada. Me alegra que te haya gustado. ¿Te has puesto húmeda?

Los dedos se me quedaron inmóviles sobre las teclas. Por supuesto que me había puesto húmeda. Los dos lo sabíamos. ¿Por qué me resultaba tan difícil escribirlo? No era buena señal para los encuentros cara a cara.

SOPHIE dice: Sí.

ADAM dice: Bien.

A partir de ese momento, las charlas por Messenger se volvieron un poco más escabrosas. No me exigía nada ni actuaba como una especie de dominante mental, pero me pedía de forma muy educada cosas que cada vez me costaba más negarle, y aunque en mi fuero interno me maldecía por mi necesidad de complacer, tan inherente a mi personalidad, sabía que era algo más que eso. Cada vez más, lo que quería era complacerle a él.

Yo también le escribí un relato corto, y plasmé en él muchas de las ideas que se me habían ocurrido mientras estaba en la cama, de noche, cuando pensaba en las cosas que podríamos hacer juntos. Me mandó un mensaje para decirme lo mucho que le había gustado y lo dura que se le había puesto, y las dos cosas me provocaron cosquillas en el estómago. Luego me sugirió otras cosas que también podríamos hacer en la situación que yo me había imaginado y de repente habíamos empezado una charla creativa y guarra.

Fue divertidísimo. No había límites, y en parte gracias a la actitud abierta y relajada de Adam, y en parte gracias a que nuestra amistad era relativamente reciente y por tanto no parecía demasiado arriesgado decir algo impropio que le alejara para siempre, pudimos hablar de todo: fantasías, límites, cosas así. Para mí era un nivel nuevo de comunicación, y fue realmente agradable y liberador. A menudo también fue esclarecedor, como por ejemplo cuando quedó claro que los dos teníamos una actitud bastante relajada respecto a la D/s.

ADAM dice: A mí todo eso de que te llamen «amo» o «señor» la verdad es que me parece un poco bochornoso. No tendrías que llamarme de una manera especial para mostrarme respeto en esa situación.

Antes de que me diera tiempo de comenzar a teclear una respuesta, me llegó un segundo comentario.

ADAM dice: Me encanta toda la dinámica de la D/s, pero no soy el tipo de tío que quiere eso siempre. Sé que hay gente a la que le encanta la idea de una persona sumisa completamente obediente y servil, pero, si te soy sincero, a mí me parece un poco aburrido. Para mí sumiso no quiere decir pasivo. Tiene que haber algo de chispa. En parte es un desafío: ¿cómo consigo que hagas lo que quiero que hagas? ¿A qué responderás? Pero en parte también es porque quiero disfrutar de la compañía de otra persona, discutir de política o hacer cualquier otra cosa que a ambos nos guste mucho (aparte del sexo). El desafío es descubrir qué nos divierte, sin importar el contexto.

Sus mensajes me hicieron sonreír. También me tranquilizaron un poco. Sus motivaciones personales eran muy parecidas a las mías, y la clase de sumisión que prefería encajaba bien conmigo. Adam me gustaba, pero yo sabía que no iba a ser la clase de mujer con la mirada siempre baja que habla de sí misma en tercera persona, la clase de sumisa que les gustaba a algunos dominantes. Eso tampoco le interesaba. Uf. Ya estaba bastante segura de que no le molestaría que le llevara la contraria o incluso que me burlara de él, pero siempre era mejor saberlo con certeza.

SOPHIE dice: Es irónico, pero yo disfruto del desafío de la sumisión. No tengo claro si eso significa que somos compatibles o que estamos en desacuerdo.

ADAM dice: ¿Y no pueden ser las dos cosas? Sin duda sería una experiencia interesante.

Hablamos de mis límites (y de los suyos..., jamás había estado con un dominante que hablara tanto de sus propios límites, lo que implicaba que no le molestaba). Me preguntó qué me parecían los juegos de asfixia y las bofetadas. Yo tenía poca experiencia en esto último, y lo otro me llamaba la atención, pero le expliqué que aunque sentía curiosidad por las dos cosas y en abstracto me parecían excitantes, era algo que me daba un poco de miedo probar por primera vez.

ADAM dice: No te preocupes. No empezaremos de golpe muchas cosas nuevas. Si lo hacemos, lo haremos poco a poco y sin prisas.

Me sentí más tranquila.

Charlamos así todas las noches durante unas cuantas semanas más, poniéndonos cada vez más calientes, aunque no todo eran conversaciones sobre sexo, a veces simplemente intercambiábamos opiniones mientras veíamos el mismo programa de televisión, cada uno en su casa. Entonces un día me comentó que al día siguiente saldría con sus amigos, así que esa noche no podría charlar conmigo.

Lo admito, me sentí mal ante la idea de no hablar con él, pero le dije que se lo pasara bien y que ya hablaríamos al día siguiente. Sin embargo, no hablar con él me dejó extrañamente descentrada, y me costó mantenerme firme en mi decisión de no mandarle mensajes por móvil ni por correo electrónico (no, ni siquiera el enlace de ese cómic tan divertido que acababa de leer pero que podría esperar hasta la mañana siguiente).

Pero a las 19.30 mi teléfono tintineó y me di cuenta de que no era la única a la que aquello le costaba. Era un mensaje de Adam.

Hola, preciosa.
¿Cómo estás?
¿Has acabado bien la reunión? x

Casi me abracé a mí misma al ver que estaba pensando en mí. ¿Una bobada? Sí. Pero lo hice.

Estoy bien.
Volví hace un rato.
Estoy viendo TV y cenando. x

Sé que no era un mensaje especialmente conmovedor, pero era verdad, y además se supone que no quería entretenerle con una conversación demasiado larga mientras estaba por ahí con sus amigos, ¿recuerdas?

Me mandó varios mensajes a lo largo de las horas siguientes. Con el paso del tiempo, cada vez fueron más frecuentes.

Sé que a lo mejor piensas que es la cerveza
la que habla, pero echo de menos
hablar contigo esta noche.
Guarradas y otras cosas. x

Pensé que sí, que era la cerveza la que hablaba, pero algo que había aprendido en mis años de universidad era que jamás se debía discutir con una persona borracha cuando uno está sobrio. Le contesté que a mí me pasaba igual, pero que debería concentrarse en charlar con sus amigos. Me contestó enseguida, y me dijo que era un grupo grande y que mucha gente estaba mandando mensajes con el móvil, así que no se estaba comportando como un maleducado. Eso no me convenció (soy del tipo de personas que se irritan si alguien saca su móvil en un restaurante si no es un médico de servicio, un líder del mundo libre o algo parecido), pero al mismo tiempo me sentí encantada de que quisiera charlar conmigo. Y lo hizo. Cuanto más bebía, peor escribía y más obsceno era su lenguaje,

pero al final acabó, como se dice en términos periodísticos, «sexteando».

Fue muy excitante, y curiosamente lo fue en buena parte porque él estaba sentado con un grupo de amigos en un bar, así que no podía hacer nada, mientras que yo me encontraba cómodamente tumbada en mi sofá, un lugar perfecto para atender todos mis impulsos lujuriosos. Acababa de mandarme un mensaje en el que explicaba con detalle cómo me pellizcaría los pezones cuando se me ocurrió cómo sacar partido de esa diferencia situacional. Utilicé la cámara del teléfono para hacer una fotografía de mis pechos y mostrarle lo duros que tenía los pezones.

A ver, no soy (demasiado) estúpida. Luego borré la imagen, y mi cara no aparecía, y no —me apresuro a añadir— porque no confiara en Adam, sino porque si alguno de los dos perdía el móvil no quería que quien encontrase el teléfono viera fotos mías sonriendo y con las tetas al aire.

Cuando mi teléfono tintineó de nuevo para avisarme de que tenía otro mensaje, me sentí un poco nerviosa antes de leerlo. Madre mía, acababa de mandarle una foto de mis pechos, así, sin más. ¿A quién podía excitarle eso? ¿Y si sus amigos la habían visto? Abrí el mensaje.

Eres increíble. x

No supe si se refería a mis pechos o a mi nueva propensión a «sextear», pero en cualquier caso me alegró el cumplido.

Como era de esperar, a partir de ese momento la cosa se puso más caliente y descarada a medida que avanzaba la noche. Por último me envió un mensaje en el que me decía que ya estaba en casa, un poco borracho, pero al menos en la cama, aliviado porque por fin podría tocarse.

Le envié un mensaje sarcástico diciéndole que me impresionaba su capacidad de autocontrol, y que probablemente era una suerte porque si no habría escandalizado al taxista, y de repente sonó el teléfono.

No era un mensaje. Me estaba llamando.

Lo sé, era una tontería que me sintiera nerviosa por eso, pero así fue. Contesté con cierta inquietud. Quizá sea una estupidez, quizá sea una muestra de mi confianza en la palabra escrita, pero me sentí un poco violenta al hablar con él directamente después de todos los mensajes guarros que habíamos intercambiado. Sin duda, escribir es mucho más fácil.

Lo primero que pensé cuando dijo hola fue que me había olvidado (o quizá no me había fijado) de lo atractiva que era su voz. Profunda, tranquilizadora. Lo siguiente que pensé, y con no poco alivio, fue que, aunque parecía cansado, no hablaba como si estuviese como una cuba. Eso es siempre tranquilizador. En realidad, parecía muy coherente y fue bastante creativo en cuanto a las guarradas que empezó a decirme. Tal y como me sugirió, me metí la mano debajo de las bragas mientras hablábamos y no tardé en notar cómo me acercaba al orgasmo. Él debió de notar el cambio en mi

respiración, porque de repente su voz sonó en mi oído con un comentario de lo más inoportuno.

—No te corras todavía, Sophie.

¿Qué? ¿Me tomaba el pelo? Le pedí que repitiera lo que había dicho. Vaya, sí, lo había entendido bien.

Me aguanté todo lo que pude. Cambié el movimiento de los dedos, pero fue francamente difícil, sobre todo porque llevábamos horas poniéndonos cachondos el uno al otro.

Por fin me habló de nuevo y me pidió que me corriera ya, que me corriera con él. Ni siquiera estaba segura de a qué se refería mientras el orgasmo me sacudía todo el cuerpo, pero luego le oí gruñir y comprendí. Sonreí.

Después de eso charlamos hasta la madrugada. Hablamos de sexo y de otras cosas de la vida. Fue agradable. Me hizo sentir que aquello era algo más que desahogarnos sexualmente por teléfono. Aunque en su mayor parte lo fuera, pero eso también estaba bien.

Y por fin me preguntó si querría divertirme con él con un poco de D/s sin compromiso. Nuestras charlas habían borrado mis preocupaciones, y yo ya sabía qué iba a responderle. Eso no significaba que no fuera a jugar con él un poco antes de aceptar.

—No es una pregunta justa para alguien que acaba de tener un orgasmo.

Se echó a reír, con una risa cálida e íntima, y eso me hizo sonreír en la oscuridad de mi dormitorio.

—Mejor preguntarlo después de que te dejara correrte, no antes.

Chasquéé la lengua.

—En realidad, no me «dejaste». No se trataba de pedir permiso. Me pediste que esperara, y eso hice. Todavía no eres mi dominante.

—Todavía. —No supe si estaba de acuerdo o si lo que quería era señalar la aceptación implícita que había en mis palabras—. Tienes razón, te lo pedí. Por supuesto, si fuera tu dominante quizá no sería tan amable.

El corazón se me aceleró solo de pensarlo. Vale, vamos a hacerlo.

—Tal vez deberíamos averiguarlo.

Empezamos a planear que viniera a mi casa el siguiente fin de semana.

¿Cuáles son las normas de cortesía cuando alguien viene a tu casa solo por sexo? ¿Debería tener vino? ¿Querría cenar? ¿Pensaría que la comida era una distracción innecesaria? Mi cerebro bullía de indecisión. Era domingo. Adam comería con su familia para celebrar un cumpleaños y se pasaría por casa a última hora de la tarde. En teoría yo tenía el día libre, pero después de varias horas en mi piso cada vez más nerviosa, decidí ir a la oficina a redactar un par de entrevistas antes de comprar la bebida y la comida que me parecieran socialmente apropiadas para la ocasión.

Al final compré vino y me puse a hacer galletas con trocitos de chocolate por si Adam prefería tomar té. Tenía la esperanza de que la precisión en el horneado, en el batido y en el amasado, algo que ya había hecho decenas de veces antes, me tranquilizaría y le daría un descanso a mi cerebro. Lo que debería haber hecho era algo más original, algo que no hubiera hecho antes y en lo que tuviera que concentrarme, porque lo que me pasó fue que empecé a divagar mientras intentaba recordar todo lo que sabía de él, los detalles que me sugerían en lo que había estado metido, para intentar averiguar qué clase de hombre —qué clase de dominante— sería, lo que por supuesto provocó comparaciones con todos los dominantes con los que había estado antes.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo pasé por todos los rituales preparativos que hacen que me sienta cómoda antes de que nadie me vea desnuda: el afeitado, la depilación de cejas, el lavado y secado de cabello y la hidratación. Sentí cierta nostalgia; sabía que la última vez que me había preparado tanto para follar había sido para James en aquel último fin de semana tan intenso. El recuerdo de esos días todavía me asaltaba en sueños y hacía que me levantara cansada, enfadada y empapada. Empecé a dudar de si aquello estaba bien, si al aceptar (vale, al aceptar no, admito que había sido yo quien lo había sugerido) que nos viéramos y tuviéramos encuentros sexuales salvajes sin compromiso lo que hacía básicamente era retomar un camino que ya había recorrido con Thomas y que había decidido que no era para mí. Pero si sabía que quería D/s en una relación, pero no una relación, ¿tan malo era querer pasarlo bien sin compromiso con alguien que evidentemente era de fiar y un indecente, sin más equipaje? ¿Acaso no había aprendido nada? ¿No sería un tremendo error? ¿El hecho de estar caliente me estaba enturbiando el cerebro?

Entre todos aquellos pensamientos francamente angustiosos de los que no era capaz de librarme también se encontraba una creciente expectación. Cuanto más había charlado con Adam, más me había intrigado. Todavía estaba un poco molesta porque, por culpa de Charlotte y Thomas, él conocía mis tendencias sexuales antes de que yo tuviera ni idea de las suyas, algo que casi había resultado ser una ventaja injusta en nuestras primeras conversaciones. Pero buena parte de lo que había dicho había despertado mi curiosidad, me había hecho pensar y sentirme impaciente por ver qué se le habría ocurrido y cómo me dirigiría en la dinámica de dominación y sumisión.

Sabía que el dolor no le importaba tanto como a otros dominantes con los que ya había estado, lo que me venía muy bien, porque el día anterior me había dado un golpe tremendo en un dedo del pie y me había dolido tanto que noté cómo me corrían las lágrimas por las mejillas. Por lo que parecía, me estaba volviendo una blandengue. Él se concentraba más en la satisfacción de la humillación, y eso me intrigaba y también me ponía un poco nerviosa. Había pasado por muchos actos de humillación, sobre todo con Thomas y con Charlotte, pero formaban parte de un contexto más amplio. El énfasis se había centrado en el dolor. Sabía cómo enfrentarme al dolor. ¿Qué pasaría si la humillación era

excesiva? ¿Qué ocurriría si me llegaba a molestar? ¿Y si me sonrojaba? Vale, seguro que me iba a sonrojar, pero ¿y si todo se volvía demasiado intenso?

Intenté tranquilizarme. Si había sido capaz de soportar cien golpes con una cuchara de madera directamente contra mi entrepierna, seguro que podría superar cualquier cosa que se le ocurriera, ¿verdad? Nada que pudiera decir o hacer (u obligarme a hacer..., la idea se coló en mi cabeza y provocó una nueva avalancha de dudas) sería más difícil de soportar que un dolor incesante, ¿verdad? No estaba tan segura, sobre todo porque no tenía ni idea de lo que se le podía llegar a ocurrir. Lo desconocido me puso nerviosa y muy a la defensiva, lo que por supuesto hizo que se me mojaran las bragas, lo cual a su vez me puso de mal humor. Cuando por fin llamó a la puerta respiré aliviada: quince minutos más dándole vueltas a la cabeza y habría acabado con migraña.

Cuando abrí la puerta y le vi sonreírme desde el rellano me sentí confundida. ¿Cómo no me había fijado en su fuerte mandíbula y en lo atractiva que era su sonrisa? La rabia que sentí por la encerrona de una cita a ciegas solo me dejó fijarme en su cabello oscuro y despeinado y su actitud un poco pagada de sí misma. Lo primero seguía a la vista, pero ya no había señal alguna de lo segundo, bueno, al menos en ese momento. Además, y perdóname por no ser capaz de resistirme a algo así, llevaba traje. Y le sentaba muy bien.

Nos saludamos y me eché a un lado para dejarle pasar; de repente me sentía muy rara. Pasó junto a mí y luego se detuvo de golpe, sin tener claro adónde debía ir. Me reí, y la risa me sonó un poco aguda. Señalé el pasillo que llevaba a la sala de estar y tartamudeé alguna tontería para llenar el silencio ya un tanto incómodo (bueno, incómodo al menos para mí).

—Nunca había hecho esto, me refiero a que alguien venga así. No tengo muy claro qué es lo educado en estos casos. ¿Quieres una taza de té, o café, o...?

Al pensar en ello ahora, creo que hizo bien en actuar cuando lo hizo, si no habría recitado de un tirón todas las bebidas que tenía en la cocina. Se movió con tanta rapidez que no sé cómo acabé con él apretado contra mí, su boca en la mía, y la pared aplastándome por la espalda. Se me escapó un jadeo por la sorpresa, y él aprovechó que abrí la boca para meter un poco la lengua y profundizar en el beso.

Me supo a menta con una pizca de café, probablemente un regusto de lo que había comido. Cuando mi sorpresa disminuyó, empecé a devolverle el beso con agresividad. De repente nuestras lenguas se enfrentaron en un duelo; él me empujó con más fuerza contra la pared, me inmovilizó con las caderas y me acarició los brazos con las manos, lo que me hizo temblar un poco, antes de tocarme con suavidad una mejilla. Me puso un mechón suelto de pelo detrás de la oreja y yo gemí suavemente cuando noté el roce de su dedo en la curva con forma de concha. Sonrió con los labios pegados a los míos y volvió a acariciarme ahí. Tuve que hacer esfuerzos para controlarme y mantenerme firme en el beso; los leves círculos que trazaba con el dedo hacían que me flojearan las piernas.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Por supuesto, cuando se separó para mirarme un momento, tenía los pezones duros dentro del sujetador y las mejillas enrojecidas. Me acarició con dulzura el cabello y me plantó un beso en la nariz.

—¿Estás lista? ¿Seguro que quieres hacerlo? Si no quieres, a mí me parece perfecto tomarme un té. —Me sonrió, pero con cierta burla—. O un café. Un batido si tienes, o si no...

Negué firmemente con la cabeza.

—Estoy lista. Lo tengo claro. Por supuesto.

Sonreí por lo ridícula que era la conversación, y me di cuenta de lo ansiosa que sonaba mi voz.

Me miró fijamente un momento, como si estuviera comprobando que había dicho la verdad. Por fin hizo un gesto de asentimiento.

—Bien. Recuerda lo que dijimos sobre las palabras de seguridad y los límites. Empezaré suave porque es nuestra primera vez juntos y necesito conocer tus reacciones, pero si quieres que pare o que baje de ritmo, ¿sabes lo que tienes que decir?

Asentí, de nuevo seria y un poco nerviosa, pero luego Adam se inclinó sobre mí otra vez y susurró su última palabra, «Bien», contra mi labio inferior antes de mordisqueármelo y volver a besarme.

En cuanto su boca se unió de nuevo a la mía, la fuerza de los besos cambió. No había sido delicado ni siquiera al comienzo, pero a partir de ese momento su boca casi me magulló por la intensidad de los besos, y se aplastó contra la mía mientras su lengua se abría paso entre mis labios. Me puso las manos en el culo y dejó mi torso anclado con firmeza contra la pared al mismo tiempo que tiraba de mis caderas y de mi cintura hacia él.

Levanté los brazos para rodearle el cuello y acercarlo más, pero él hizo un sonido de desaprobación y con un movimiento rápido me agarró las dos muñecas con una sola mano y me las inmovilizó encima de la cabeza. Forcejeé durante un minuto para intentar liberarme, pero su mano se mantuvo firme y me di cuenta de que me había inmovilizado todo el cuerpo, y de inmediato sentí una oleada de lujuria. No era mucho más alto que yo, pero tenía una fuerza nervuda. No tenía manera de escapar si él no quería soltarme. Retorcí otra vez las muñecas, en el intento de liberarme, pero él no cedió.

De repente su otra mano no estaba acariciándome con ternura la mejilla. Estaba sobándome, apartándome la ropa, apretándome los pechos, primero uno, luego el otro, lo que me hizo jadear, pellizcándome los pezones a través de la tela. Me quedé paralizada durante un momento de indecisión, y me pregunté si debía empujarle con más fuerza para soltarme, aunque mi cuerpo se arqueaba instintivamente hacia él, sabía lo caliente que me estaba poniendo aquel trato tan rudo. Sonreí un instante, divertida porque incluso en un momento como ese, después de todo lo que había experimentado, todavía conservaba el primer instinto de apartarme. Mi mente se rebelaba ante la

verdad que conocía mi cuerpo y cada fibra de mi ser: quería aquello. Lo ansiaba. Lo había echado de menos. Estaba impaciente por saber adónde me iba a llevar.

No tuve que esperar mucho para descubrirlo.

De repente estábamos moviéndonos. Me arrastró por el pasillo sin soltarme las muñecas. Se detuvo un momento para ver cuál era el dormitorio (pensé «Menos mal que no he comprado nada para picar»), y luego abrió la puerta y me empujó dentro. Me soltó las muñecas y se sentó en el borde de la cama. Yo me quedé de pie, delante de él, indecisa sobre qué debía hacer a continuación.

—Quítate la ropa.

Ah. Vale. Bueno, la verdad es que no, no vale. ¿Quién quiere quedarse desnuda de esa manera la primera vez que se va a la cama con alguien? Sé que suena estúpido, pero creí que quitarme la falda me daría menos vergüenza. Que llevara falda era raro en mí, y sigue siéndolo, pero él había comentado que le gustaban las medias de liga, así que decidí que merecía la pena. Dejé de pelearme con la cremallera y la falda cayó por fin al suelo; el forro susurró al deslizarse contra mis piernas. Mientras hacía todo eso mantuve la mirada perdida en un punto lejano por encima de su hombro derecho, demasiado avergonzada para mirarle a la cara, pero no pude evitar echar un vistazo a su expresión para saber si mis medias negras eran de su gusto. Capté a la vez la sombra de una sonrisa y el bulto en su entrepierna antes de volver a mirar a la pared. Saber que aquello le estaba gustando me dio valor, y empecé desabotonarme la blusa.

Para cuando mis dedos, que temblaban un poco por la mezcla de nervios y excitación, terminaron de desabrochar los botones y ya estaba a punto de abrirme la blusa, el valor me había comenzado a abandonar. Tiré de los lados de la blusa y tras unos cuantos segundos de silencio eché los brazos hacia atrás y dejé que cayera también al suelo.

Me quedé en bragas y sujetador. Probablemente estaba tan vestida como en la playa, pero me sentía mucho menos cómoda y confiada. No quería mirarle a los ojos, pero tampoco estaba segura de qué era lo que debía hacer a continuación. Vale, sabía lo que él querría que hiciera a continuación, pero yo no tenía claro que fuera capaz de hacerlo. Me parecía un paso muy grande.

Su voz me sobresaltó.

—La ropa interior también, vamos. —Le miré un momento, y su mirada me tranquilizó, aunque tenía los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto que indicaba que no admitía reparos—. Vamos.

Primero me desabroché el sujetador y dejé libres los pechos; me sonrojé un poco al exponer mis pezones tiesos a la vista de ambos, una prueba clara, si hacía falta alguna, de que, aunque me estaba costando recuperar mi mentalidad sumisa (¿es algo a lo que te puedes desacostumbrar?), mi cuerpo ya estaba completamente dispuesto. Noté el calor en las mejillas, lo que hizo que me preocupara hasta qué punto parecía avergonzada. ¿Estaba roja como la remolacha? ¿Como un semáforo? ¿Como un tomate?

Se inclinó hacia delante y me habló con suavidad, un reconocimiento de mi esfuerzo, pero mantuvo la actitud ceñuda.

—Las bragas también. Vamos. Deja de esconderte. Quiero verte el coño. Pero déjate puestas las medias. Me encantan. —Me sonrió—. Eres una guarrilla.

Eso no me ayudó con el sonrojo.

Metí lentamente los dedos en la cinturilla de las bragas y me las bajé hasta las rodillas. Me mostré por completo ante él, y luego las dejé caer del todo y me las quité. Me quedé desnuda, y el silencio se prolongó durante varios largos segundos mientras Adam me contemplaba.

La vergüenza comenzó a ser algo irritante. Aunque no me preocupa mucho mi aspecto físico, haría falta una mujer con más seguridad y confianza en sí misma para no sentir algo que no fuera timidez y un poco de bochorno al estar de pie delante del objeto de mi deseo, que está completamente vestido y me mira de arriba abajo.

Se removió en la cama y se quitó la chaqueta. Luego se arremangó con gestos lentos y deliberados.

—Date la vuelta y ponte de espaldas a mí.

Debería haber sentido alivio, ya que apenas era capaz de mirarle a la cara, pero en vez de eso sentí mi conflicto interno habitual, exacerbado por la rabia inesperada que me provocaba su manera despreocupada de jugar con algo que tenía en el bolsillo de la chaqueta sin ni siquiera mirarme, tan seguro de mi obediencia que ni me vigilaba. Me di la vuelta con lentitud y tragué saliva con dificultad. Luché por mantener el autocontrol y ocultar hasta qué punto me estaba excitando.

Se levantó de la cama, y de repente, me llegó el olor de su loción de afeitar y noté la tibieza de su cuerpo. Estaba justo a mi espalda, se inclinó un poco hacia mí y su aliento me acarició la oreja. Logré contener un estremecimiento, pero no pude impedir que se me pusiera la carne de gallina a lo largo de los brazos. El corazón me palpitaba con fuerza, la intriga por lo que iba a pasar a continuación me tenía en vilo, excitada pero nerviosa, con la impaciencia propia de los momentos previos al comienzo del recorrido de una montaña rusa. Sé que es una montaña rusa muy poco convencional, con menos ropa de lo que es habitual, pero no me hagas demasiado caso.

Me agarró de nuevo de las muñecas y me las puso a la espalda. Las cruzó y las mantuvo apretadas contra mi culo. Se apartó con la misma rapidez con la que se había acercado, y tuve el deseo instintivo de moverlas, aunque sabía, lo mismo que lo sabía él, que no lo haría. Iba a esperar obedientemente en esa posición a lo que tuviera que ocurrir a continuación.

Deslizó con rapidez una cuerda suave por los brazos y me rodeó los hombros desnudos. La apretó y ya no hubiera podido mover los brazos aunque hubiera querido. Movié los dedos con ágil destreza y fue rodeándome los brazos con la cuerda, por encima de los codos, por los antebrazos. Apretó con fuerza, tirando de mis brazos hacia atrás y empujándome los pechos hacia delante, y me inmovilizó

de un modo que jamás había experimentado. Hizo que me hirviera la sangre. Cuando llegó a las muñecas, las rodeó una y otra vez hasta que las sentí como si me hubiera puesto la clase de esposas a las que estaba acostumbrada. Me moví levemente para poner a prueba las ataduras, por mí, no por él, y cuando me di cuenta de lo inmovilizada que estaba, me sorprendió el calor que se expandió por mi vientre. Nunca me habían atado tan fuerte, y sin embargo la sensación era liberadora. Estaba húmeda.

Se oyó un ruido sordo cuando dejó caer el resto de la cuerda en el suelo, y después se puso delante de mí, lo que me sacó de mi ensoñación. Bajé la cabeza, todavía no estaba preparada para mirarle a los ojos, pero él tenía otras intenciones. Me puso un dedo debajo de la barbilla y me levantó la cara hasta que le miré a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada. Me sonreía. Necesité mucho autocontrol para no darle una patada. Todavía me lo estaba pensando cuando se dejó caer de rodillas. Aquel movimiento tan repentino me confundió, y durante un segundo pensé que le había dado la patada sin darme cuenta, pero Adam recogió la cuerda del suelo y la subió entre mis piernas. Cuando se puso en pie me guiñó un ojo y tiró con ganas de la cuerda, lo que la pegó a mi cuerpo. Los dos cabos quedaron a cada lado de mi raja, y me apretaban los labios. Remató el conjunto atando lo que quedaba de la cuerda al lazo original que me envolvía los hombros. Parecía un puñetero regalo envuelto. La presión de las cuerdas entre mis piernas, el erotismo, la indefensión, todo aquello hizo que me temblaran las rodillas, pero estaba decidida a no mostrar señal alguna de debilidad. No pensaba darle ni una pista del esfuerzo que estaba haciendo, de la turbación que me estaba causando, aunque, a juzgar por su sonrisa, quizá ya se hiciera una idea.

Dio un par de pasos atrás para contemplar la vista —el entramado de cuerda, mi cuerpo, quizá una combinación de ambas cosas—, antes de colocarse de nuevo a mi espalda. De repente el no verle y no ver lo que estaba haciendo me puso nerviosa, pero un momento después sus manos aparecieron en mi campo visual y me agarraron con fuerza los pechos. Los manoseó y los aplastó con brutalidad. Me pellizó los pezones de un modo tan doloroso que me provocó muecas de dolor, aunque me esforcé por respirar por la nariz para que no oyera ningún jadeo. Sabía que no serviría de nada, él lo sabía, pero me a mí parecía importante seguir resistiéndome.

Se inclinó y me susurró en el oído que era preciosa y valiente, pero también muy guarra por dejarle que me hiciera esas cosas. Cerré los ojos un segundo y luché por mantener la compostura antes de darme la vuelta para mirarle iracunda. Mi rabia le provocó risa, y lo siguiente que me dijo hizo que volviese a cerrar los ojos, pero esta vez por una vergüenza horrible.

—Venga, Sophie, los dos sabemos que es verdad. Si no es verdad, la cuerda que tienes entre las piernas no estará mojada cuando la examine, ¿verdad?

Cabrón.

Adam sabía, lo mismo que yo, que estaba goteando. Que los besos, la inmovilización y la humillación habían provocado que me subiera la temperatura en esa zona, pero de repente quise

hacer todo lo posible para impedirle que descubriera ese hecho innegable.

Bajó una mano por mi cuerpo rozándome el costado en dirección a las caderas. Intenté retorcerme con desesperación y cerrar las piernas, pero apenas aguantaba el equilibrio y me tambaleé. Agarró la cuerda que me inmovilizaba los brazos y me colocó en la posición anterior, levantándose con violencia, y volvió a ponerme las manos de nuevo en los pechos. Se me pegó de nuevo.

Me habló al oído en voz baja, pero con un tono muy serio y severo.

—Deja de hacer tonterías. Haz lo que te digo o te arrepentirás.

No pude evitarlo.

—No me has dicho que haga nada. No estoy desobedeciendo.

No tenía muy claro qué me iba a pasar, pero él se echó a reír, lo que me sorprendió e hizo que me invadiera una sensación de calidez.

—Que mantengas las piernas abiertas cuando intento meterte la mano ahí es una orden implícita.

Tragué saliva y asentí. Me esforcé todo lo que pude por permanecer quieta mientras su mano se metía entre mis piernas y, aunque suene contradictorio, yo ansiaba que estuviera allí al mismo tiempo que no quería ni que se me acercara. Sin embargo, para mi tremenda frustración, no me tocó el coño. Lo que hizo fue pasar los dedos por los cabos de la cuerda que tenía a ambos lados, y sin duda notó que mi excitación los había humedecido. Se rió de nuevo y sentí una oleada de rabia y de humillación. Jamás nadie había conseguido que me sintiera tan avergonzada, y era increíblemente frustrante. De repente comprendí cuál era su estilo de dominación, y eso hizo que me distrajera.

Me agarró del pelo y tiró de mí hacia la cama. Entre la imposibilidad de mover los brazos, y las cuerdas que tenía entre las piernas, volví a perder el equilibrio, pero esta vez logré no tambalearme. Me mantuve en pie lo suficiente como para que él me arrojara de cara contra el colchón, y con los brazos atados no pude amortiguar la caída.

Me puso de lado. Era apenas un poco más cómodo, sin contar la cuerda que se me clavaba en la cadera, pero así al menos podía ver, por fin, cómo se desnudaba. Lo miré con avidez mientras se quitaba la ropa prenda por prenda, sin turbación alguna, de hecho, disfrutando. Eso hizo que mi situación fuera todavía más frustrante. Cerré los puños con toda la fuerza que pude ansiando tocarle, ayudarle, incluso empujarle contra la cama.

Unos segundos después estaba de pie delante de mí con su polla apuntándome y, en la punta, una perla de líquido preseminal. Tentador. Qué tentador. Estaba afeitado, algo que no había experimentado con ninguno de mis amantes pero que enseguida comprendí que me gustaría.

No dijo nada, pero cuando se acercó a la cama, yo abrí la boca sin pensarlo, con desesperación. Mis ganas de saborear a Adam superaban cualquier otro pensamiento que albergara en el cerebro. No esperó, me la metió rápidamente entre los labios. Intenté chupársela, pero la sacó con la misma

rapidez y volvió a meterla. Ni siquiera ahí me dejó llevar el control, se dedicó a follarme la boca cada vez con más fuerza y cada vez más rápido, agarrándome del pelo para que me tragara su polla hasta el fondo de la garganta, lo que me provocó arcadas, y tuve que hacer esfuerzos por recobrar el aliento.

Me la sacó un momento cuando empecé a farfullar, lo que literalmente me dejó espacio para respirar y así llenar con un poco de aire los pulmones. Tenía su polla a la altura de los ojos, cubierta por una mezcla de saliva y líquido preseminal, y Adam se la limpió pasándomela por la cara. Cerré los ojos para intentar ocultarlo, pero se me llenaron de lágrimas de vergüenza y de rabia.

De repente me puso boca abajo con brusquedad. Sentí alivio ante la posibilidad de pegar la cara a la colcha para esconder el bochorno que sentía, lo mucho que me estaba poniendo aquella humillación. Tuve unos cuantos segundos de respiro mientras se colocaba detrás de mí, aunque el sonido delator del envoltorio de un condón al rasgarse me indicó que sería algo temporal. Un momento después sus manos estaban en mi culo, separándome las nalgas, tirando de la cuerda, clavándomela en el coño de un modo que me hizo morderme el labio para contener un quejido de dolor.

Se puso encima de mí y apartó las cuerdas a un lado. Mis piernas quedaban entre las suyas, apretadas, lo que me hizo sentir más estrecha de lo habitual cuando pegó su polla contra mi humedad. Empujó dentro inclinándose hacia delante. Apoyaba casi todo su peso en sus manos, una a cada lado de mi cabeza, pero parte de su cuerpo descansaba sobre mis brazos atados, y su aliento jadeante llegaba a mis oídos. Me había dominado, me había inmovilizado, y en ese momento me estaba utilizando, metiéndomela más y más. Fue algo intenso, íntimo, casi claustrofóbico. Para empezar, su cuerpo apenas se movía sobre el mío; me tenía clavada a la cama, otra forma de atadura que se sumaba al resto.

Yo ya no podía esperar más. Me removí debajo de él y meneé las caderas en una invitación silenciosa para que, por favor, me follase. No me atreví a pedírselo, y él no dijo nada, se limitó a darme una palmada juguetona en el culo, una manera de decirme sin palabras que me estuviera quieta.

Me quedé inmóvil, pero fue una tortura. Me empezaban a doler los brazos, y al tener su cuerpo apretado contra el mío apenas podía mover nada. En un momento de claridad me di cuenta de que estaba estirando y encogiendo los dedos de los pies, probablemente porque era la única parte del cuerpo que no tenía atada. De repente me di cuenta de que tenía los muslos húmedos, y ansié con desesperación que comenzara a moverse, aunque sabía que no serviría de nada que intentara provocarle para que lo hiciera antes de que él estuviese preparado.

Por fin empezó a follarme, con fuerza, sin miramientos, unas embestidas que convirtieron en inútiles todos mis intentos de guardar silencio, porque empecé a gemir en voz alta, sobre todo cuando

cambió un poco de postura y de repente una de las cuerdas comenzó a rozarme el clítoris. Después de toda aquella provocación previa y la expectación, el orgasmo se acercaba rápidamente, noté que era inminente, que los muslos me temblaban ante el embate. Adam se dio cuenta de lo inevitable un par de segundos después, pero tampoco entonces me permitió tener el control.

—Todavía no. No hasta que yo te lo diga —me susurró al oído.

Hice lo que pude por retrasarlo, por controlarme, por agradarle, por demostrarle que podía esperar, pero me lo ponía difícil. El ritmo incesante con el que me utilizaba me acercó todavía más al orgasmo. Sus jadeos en mi oído, el sonido de su propio placer, me ponían más cachonda todavía.

Por fin se apiadó de mí.

—Córrete —me dijo, y eso hice.

Noté cómo se retorció y se corría dentro de mí al mismo tiempo que mi orgasmo se apoderaba de todo mi cuerpo y hacía que retorciera de nuevo los dedos de los pies. Pero cuando volví al mundo me sentí avergonzada y tímida y un poco malhumorada: Adam había sido capaz de controlarme por completo.

Todavía jadeaba por su orgasmo cuando se incorporó y comenzó a desatarme; extrañamente sentí que me faltaba algo, tanto por ser liberada como por no tenerlo encima de mi cuerpo. Me miró muy serio mientras me explicaba que no quería tenerme atada demasiado tiempo en mi primera vez. Examinó mis dedos y mis brazos, para ver si se habían quedado agarrotados después de tanto tiempo atados. Le respondí con sinceridad a todas las preguntas pero envuelta en una especie de bruma somnolienta. La excitación de todo lo que habíamos hecho, unida a la tremenda intensidad de mi orgasmo, me permitieron hacer poco más que mirar las hermosas señales entrecruzadas que la cuerda me había dejado en los brazos. Las acaricié con la yema de los dedos, y me encantó la sensación. Finalmente, después de desatarme y de estar completamente seguro de que nada había sido demasiado intenso o doloroso, me abrazó y me dio un beso en la nariz. Sentí una oleada de cariño, extasiada todavía por todos los sentimientos que había logrado extraer de mi cuerpo en ocasiones rebelde.

Fue una sensación un tanto extraña, porque apenas sabía nada de su vida cotidiana. ¿Cómo le gustaba el té? ¿Cuál era su equipo de fútbol preferido? Sin embargo, por algún motivo, daba la impresión de que encajábamos muy bien.

Nos quedamos charlando tumbados mucho tiempo. A medida que yo recuperaba poco a poco la coherencia, él me fue preguntando qué me había gustado más, qué me había resultado más difícil, qué preferiría no hacer de nuevo y qué repetiría sin dudar. Nunca había estado con alguien que hablara de aquello con tanta profundidad inmediatamente después de hacerlo, y eso me resultó muy íntimo. Podía confiar en él para hablar de esas cosas.

A menudo nos callábamos para besarnos. Me dió las gracias por ser tan obediente, tan manejable, tan divertida. Sonreí y me sonrojé y procuré no mirarle a los ojos cuando comentábamos los detalles más obscenos. De repente no pude evitar pensar con más cariño en el intento desmañado de Thomas y Charlotte de buscarme pareja.

Ya habíamos hablado de que no se quedaría a dormir, pero no se marchó hasta las dos de la madrugada, y solo porque los dos teníamos que levantarnos temprano al día siguiente y él tendría que cruzar la ciudad en hora punta. No llegamos a comernos las galletas con trocitos de chocolate. Metí la mayoría en un Tupperware y se lo di. Me sentí un poco boba al hacerlo, pero al mismo tiempo quería que se comiera las galletas que había hecho para él. Al día siguiente me envió un mensaje con una foto de una de las galletas junto a una taza de té en su mesa de trabajo. Me hizo sonreír. Le respondí. De repente estábamos otra vez intercambiando mensajes.

Supé antes incluso de que se fuera esa noche que quería volver a verle. ¡Lo sé! Tanto repetir «no es una relación seria, solo es diversión», y ahora esto. ¿Qué puedo decir? Me gustaba. Era divertido, sabía reírse de sí mismo y era muy buen conversador. Entre encuentro sexual y encuentro sexual nos pasábamos el rato a oscuras hablando de política y de televisión, de cosas del trabajo y de películas. A regañadientes, y sin aprobar la táctica que utilizaron, tuve que admitir que Charlotte y Thomas habían encontrado exactamente el tipo de hombre con el que me gusta salir.

Ese mensaje de la galleta fue el primero de los muchos que me mandó a lo largo de las siguientes semanas, y a mí me encantaba responderle. Charlábamos sobre multitud de temas, desde las noticias en las que yo estaba trabajando hasta los problemas que él tenía con un compañero de trabajo... y entre semana empezó a dejarse caer por mi casa después del trabajo si los dos teníamos la tarde libre. Nos abalanzábamos el uno sobre el otro en cuanto cruzaba la puerta. Nos besábamos con impaciencia mientras nos quitábamos mutuamente la ropa a tirones, ansiosos por satisfacer los apetitos sexuales del otro. Era maravilloso, primitivo, muy divertido. Después tomábamos un té y hablábamos de cualquier cosa, era relajante, fácil y nada incómodo. Llegué a esperar con ilusión sus visitas, y empecé a darme cuenta de que se parecía muchísimo a mi ideal de novio perverso.

Pero claro, en cierto modo habíamos decidido que no íbamos a ser pareja, que aquello sería una relación sin compromisos. Y una mierda.

Por supuesto, la ventaja de aquel arreglo de «no vamos a ser pareja» era que permitía ciertas conversaciones sinceras que quizá habrían sido un poco más incómodas con un hombre al que consideraras un candidato para una relación estable y permanente. Y por eso acabó forzando la entrada de mi casa para asaltarme mientras dormía.

Vale, quizá estoy exagerando un poco. Pero no mucho.

Adam y yo hablábamos de fantasías que teníamos desde hacía tiempo. Esas cosas que siempre habíamos querido hacer pero, que por una razón u otra, no habíamos podido llevar a cabo. Yo tenía menos experiencia que él, sobre todo en asuntos de D/s, así que mi lista de deseos era bastante más larga que la suya, y mientras charlábamos en la cama y él me acariciaba el brazo con la yema de los dedos, parecía muy interesado en mi deseo de ser sometida en mitad del sueño: despertarme porque

alguien me ha inmovilizado y está haciéndome daño, me está follando.

Como siempre, todo esto no es más que una fantasía. Soy una persona muy concienciada con el tema de la seguridad. Los cierres de las ventanas siempre están echados, y no es que me apetezca que un desconocido entre a robarme o a violarme o a darme una paliza en mi propia casa. Tenía que ser alguien en quien confiase, alguien a quien me quisiese follar dentro de los límites previamente establecidos (pero admito que dentro del estilo de D/s), aunque la verdad era que me atraía mucho la idea de que me tomaran por sorpresa.

Charlamos sobre eso durante bastante tiempo, y por el simple hecho de hablarlo ya me puse húmeda. Yo susurraba en voz baja y entrecortada. A pesar de mi actitud generalmente abierta a las fantasías y de saber que Adam conocía el contexto en el que lo haríamos, me parecía algo tabú confesar cuánto me gustaría despertarme y descubrir que alguien estaba follándome. Adam hablaba de ello con más descaro, con más confianza, y era evidente que se lo estaba pasando bien con la conversación, así lo indicaba la erección que apretaba contra mi culo mientras me susurraba al oído. Al ver que seguía haciéndome preguntas y que yo tardaba un poco en contestarlas, me di cuenta de que Adam disfrutaba de mi bochorno y de mi incomodidad, saboreaba la pequeña humillación que suponía para mí comentar aquello, a sabiendas de lo mucho que me estaba excitando. Costaba acostumbrarme al estilo de dominación de Adam, parecía ponerme todavía más a la defensiva que mis experiencias anteriores. Aunque pellizcar los pezones o a dar un azote en el momento apropiado no iba en contra de su mentalidad, su dominación era mucho más psicológica, se basaba más en palabras y actos que en el dolor. No dejaba de confundirme cómo conseguía llevarme a un estado de profunda sumisión y docilidad sin el dolor que hasta ese momento había constituido una pieza clave en mis experiencias en D/s.

Cuando terminamos de hablarlo me dijo cómo podríamos hacerlo y me metió la mano entre las piernas mientras me decía lo guarrilla que era por excitarme con solo pensarlo. Elaboramos incluso una especie de plan.

No tenía una llave de repuesto. Si la hubiera tenido, todo habría sido mucho más fácil. Por así decirlo, el leve peligro que conllevaba provocó que me costara un poco dormirme la noche en la que sabía que iba a ocurrir.

Habíamos acordado que pondría la llave de la puerta principal en un sobre dentro del cubo de reciclaje de papel, que estaba al lado de la propia puerta principal. Incluso si alguien se acercaba para rebuscar entre las cajas de cereal vacías y los periódicos viejos, esperábamos que un sobre gastado y pegado al fondo del cubo con un trozo de cinta adhesiva no llamaría la atención. Sería una suposición descabellada pensar que guardaba la llave que abriría la puerta de casa, al menos eso era

lo que me decía tendida en la cama mientras intentaba dormir después de asomarme un momento a la oscuridad de la calle desierta a medianoche para colocar allí la llave.

Tardé mucho en dormirme. Llevaba puestas unas bragas un poco más sexies que las que solía llevar. Mi moda en la cama era o nada o un pijama mullidito, según el tiempo que hiciera, y aunque todavía estábamos en la época de ponerse pijama, esta vez había decidido que no. No lograba sentirme cómoda, y estaba nerviosa porque la llave se encontraba fuera (aun si sabía que no pasaría nada y que aunque alguien me hubiera visto asomarme, lo único que habría visto era que echaba unos cuantos periódicos viejos en el reciclaje) y por lo que Adam me haría cuando entrase. Me había pedido que no tuviera ningún orgasmo antes de acostarme, y aunque a una parte de mí le molestó la orden, me pareció grosero discutirlo cuando había aceptado ayudarme a cumplir una fantasía que tenía desde hacía tiempo. Pero mi cuerpo estaba acostumbrado a dormirse en la relajación posterior a un orgasmo la mayoría de las noches, así que todavía me costó más conciliar el sueño. Contemplaba el dial luminoso de los números del reloj mientras mi cerebro desgranaba los segundos. La imaginación y los nervios se me disparaban por momentos, y cada vez estaba de peor humor. Así no me iba a dormir.

Me picaba la nariz, o tenía algo en la cara. Intenté sacar el brazo de debajo de la colcha para apartar lo que me estaba molestando, pero parecía enredado con las sábanas. Forcejeé un poco y al final decidí darme media vuelta, adormilada, de cara a la almohada. Pero me costó moverme, como si estuviera nadando en melaza.

De repente me desperté sobresaltada. El corazón se me aceleró cuando me di cuenta de que había alguien conmigo en la cama, tumbado encima de la colcha, con el cuerpo parcialmente encima del mío, lo que hacía difícil el moverme bajo las sábanas. Sabía que era él. Estaba segura de que era él. Creo que le olí, del mismo modo que notaba el olor familiar de su loción de afeitado. Creo. Pero no podía verle la cara, y estaba nerviosa, necesitaba que me lo confirmara. ¿Y si no era él? ¿Y si alguien me había visto pegar el sobre en el cubo? ¿Y si era el tipo que vivía al otro lado de la calle y que una vez me había traído un paquete? ¿O un adolescente cualquiera que volvía a casa y que había visto mi maniobra furtiva? Sabía que se me habían disparado la imaginación y los nervios, pero es que no podía verle. Necesitaba tener la certeza. Me disponía a abrir la boca para decir su nombre cuando mi cerebro, embotado por el sueño, se dio cuenta de que no podría hacerlo porque una mano me la tapaba. Me sentí confusa. La habitación estaba iluminada por la luz de primera hora del día. Supuse que debían de ser las seis o las siete de la mañana. Después de preocuparme tanto por si no conseguía dormirme, parecía que había conciliado el sueño sin problemas. Demasiado bien, de

hecho. Si hubiera podido ver su cara para estar segura lo habría disfrutado mucho más. Así daba un poco de miedo, una sensación de peligro. ¿Y si no era él? ¿Podía estar segura?

Me moví en la cama en el intento de salir de aquel capullo envolvente, darme la vuelta y verle lo justo para tener la certeza de que era él. Él me aplastó todavía más bajo su peso y yo gemí contra su mano, un gruñido que expresaba dudas, un gemido que emergía desde la garganta e intentaba explicar algo, cualquier cosa, que pudiese provocar una respuesta. Si me hablaba, sabría que era él y todo estaría bien. La nariz se me llenó de olor a cuero cuando su mano enguantada me apretó con más fuerza la boca aplastándome los labios, y súbitamente una voz me susurró un «ssshhh» al oído. ¿Aquello era un eco del hombre con el que me había acostado allí mismo pocos días antes y con quien había hablado de lo excitante que sería esa situación... o era otra persona completamente distinta? Cuanto más tiempo pasaba, más convencida estaba de que se trataba de Adam, pero incluso con un cinco por ciento de duda tenía el estómago agarrotado por el miedo.

Se movió, pero la mano seguía apretándome la boca. Intenté clavarle los dientes en la palma, pero ni tenía espacio ni habría podido atravesar el cuero y hacerle daño. Esperé para saber qué ocurriría a continuación; notaba los latidos de mi corazón en mis oídos. Se produjo una súbita corriente de aire frío cuando apartó la colcha. La piel se me erizó por el repentino cambio de temperatura y agarré la tela para ponérmela encima de nuevo, por la sensación de seguridad y de calor. Me dio la vuelta y me puso de espaldas sobre la cama para luego mover con energía la mano sobre la boca como advertencia. Me quedé muy quieta, tragué saliva con dificultad y por fin tuve la oportunidad de mirarle a los ojos. Era él. Aunque mi parte racional sabía que tenía que ser él, el alivio de saberlo seguro me provocó una sensación de liberación. Pero los nervios no desaparecieron. Sus ojos me estaban evaluando, y jamás me había sentido más... desnuda. Me esforcé por respirar con más tranquilidad para evitar el bamboleo de mis pechos mientras me miraba, y esperé a ver qué ocurriría a continuación, adónde nos llevaría aquello.

No habló, pero apretó una vez más la palma de la mano contra la boca como advertencia antes de apartarla solo un poco. La mano se quedó allí mientras la otra comenzaba a explorarme el cuerpo de un modo nada tierno ni agradable. Me manoseaba, buscaba mis tetas. Los ojos se le llenaron de lujuria, y de repente deseé haberme puesto el pijama mullido. Me levantó las caderas y deslizó la mano para agarrarme el culo. Decidí que era mi mejor oportunidad para resistirme y aproveché la ocasión para removerme un poco en la cama e intentar escapar de aquel agarrón doloroso.

Craso error. Me apretó otra vez la mano con fuerza contra la boca y la expresión de su mirada, lo suficientemente intensa como para que sintiera un poco de miedo, bastó para que me quedara quieta. Me puse muy nerviosa ante la posibilidad de haberle enfurecido, y me maldije por aquella rebeldía. Su mano libre dejó de manosearme el culo, pero, para ser sincera, no lo consideré una victoria. El miedo me contrajo el estómago mientras me preguntaba qué ocurriría a continuación.

Se inclinó sobre mí y pegó su cara a la mía. Esperé una bronca, unas palabras severas, otra advertencia. Lo que no esperaba era que su otra mano me tapara la nariz con dos dedos. Me entró el pánico.

Habíamos hablado de los juegos de asfixia. Era algo sobre lo que yo había leído pero jamás había practicado. Sabía que a él le gustaba y que sentía curiosidad por probarlo. Ya habíamos hablado acerca de cómo lo haríamos, cómo mantendría mi seguridad, cómo captaría la señal cuando fuese demasiado o no lo suficiente. En nuestras charlas poscoitales, llenas de caricias, había sonado como algo siniestro pero excitante, algo que yo podría soportar, pero en ese momento, cuando me lo hizo, perdí un poco el control.

Sentí miedo. Me esforcé por contener el creciente pánico que me invadía, pero el pecho se me encogió mientras los pulmones intentaban tomar aire. El corazón me latía a toda velocidad, me retorció bajo él. Sus manos se mantuvieron firmes, inmóviles, y sus ojos mostraban una expresión implacable pero serena viendo cómo todo mi cuerpo se agarrotaba por el miedo y el pánico. Me asaltó un pensamiento histérico: Adam tenía todo el poder. En ese momento incluso controlaba si yo podía respirar o no. Aquello me dejó conmocionada. Jamás me había sentido tan dominada, pero no tenía tiempo para pensar en eso de forma racional. Por fin me soltó. Me pareció que había durado una eternidad, pero probablemente no fueron más que unos segundos. Inspiré hondo varias veces por la nariz, y el sonido resonó con fuerza en la habitación.

Estuvimos mirándonos durante un buen rato. Yo me sentía recelosa. La expresión de su mirada era ceñuda, pero sabía que estaba comprobando mi reacción para asegurarse de que estaba bien. Siguió sin decirme nada, pero se inclinó de forma brusca y me besó con suavidad en la frente. Todavía me tapaba la boca con la mano, y la ternura unida a la amenaza de la violencia fue una sensación extraña, pero hizo que me derritiera. Intenté sonreírle con los ojos llenos de lágrimas. Adam esperó un momento más, hasta que vio lo que quería ver, y por fin me soltó.

El alivio que sentí no duró mucho. Alargó una mano hacia el suelo para recoger algo. No vi de qué se trataba, parecía haberlo colocado deliberadamente fuera de mi línea de visión. ¿Cómo había conseguido sacarlo del envoltorio sin que yo me enterase?

Alzó una mordaza de bola y colocó la gran esfera roja sobre mi boca. Tragué para intentar reducir la cantidad de saliva que sin duda se me acumularía en la boca, pero luego abrí los labios de forma obediente para que la metiera. Creo que no habría sido necesario que me mirase con dureza para que le obedeciera, tal era mi grado de sometimiento. Al parecer, el juego de la asfixia y la falta de sueño convertían a Soph en alguien especialmente sumiso. Me levantó la barbilla con delicadeza para poder abrochar las correas de cuero de la mordaza sin tirarme demasiado del cabello. Sonreí para mí ante la paradoja que representaba aquel hombre que disfrutaba ante la posibilidad de hacerme daño

pero que solo quería hacérmelo por voluntad propia, no por accidente.

Bajó de nuevo la mano. Pensé en echar un vistazo rápido para saber exactamente qué había puesto en el suelo, al lado de mi cama. Me agobiaba pensar cuánto tiempo había estado allí mientras yo todavía dormía. No había servido de mucho que tuviera el sueño ligero. ¿De verdad estaba tan dormida, o acaso él tenía más experiencia de la que yo creía en meterse en silencio en las casas de otras mujeres en mitad de la madrugada? Pero no me atreví a moverme para mirar. Parecía estar de un humor pésimo, y hasta yo tengo un instinto básico para la autoconservación en esas situaciones. Casi siempre.

Esta vez sostenía un trozo corto de cuerda. Me agarró de las muñecas y me las ató con rapidez con ese cabo de algodón suave. No hizo el nudo más bonito posible, pero era seguro y fuerte. Ató el otro extremo al cabecero de la cama y quedé completamente expuesta, solo con mis braguitas de encaje. Me miró y sonrió, pero con una sonrisa feroz, del tipo «ahora te tengo donde quería». Me puse nerviosa, aunque también sentí que me ponía más húmeda. Saber que él no tardaría mucho en darse cuenta de eso me hizo sonrojarme.

Se agachó una vez más y tomó otro objeto del suelo. Luego se inclinó hacia el cabecero de la cama y me puso un pequeño cascabel en la mano, el tipo de cascabel que llevan los gatos en el collar. Era mi red de seguridad: si lo dejaba caer, él se detendría de inmediato. Un sustituto de mi palabra de seguridad, ya que no podía hablar. Cerré la mano con fuerza, apretándolo como si me fuera la vida en ello, aunque no sé si fue porque quería estar preparada para soltarlo o porque temía hacerlo por accidente. ¡Ah, las paradojas de la sumisión! Y de mi mente contradictoria.

Adam se puso a caballo encima de mí. Se bajó la cremallera, se sacó la polla, ya dura, y la colocó entre mis pechos, a pocos centímetros de mi boca (aunque yo no podía hacer nada porque tenía la mordaza bien metida entre los dientes).

Me di cuenta demasiado tarde de que tenía otra cosa en la mano. No tuve tiempo de resistirme, ningún lugar al que ir aunque hubiera podido. La luz del sol centelleó en los eslabones de la cadena cuando cayó de su mano. Era un conjunto de grapas para pezones. Se tomó su tiempo para colocármelas y disfrutó del miedo que vio en mi cara, de mis esfuerzos por tragar saliva por los nervios a pesar de la mordaza mientras miraba intimidada aquellos cierres metálicos de aspecto agresivo. Aprovechó la oportunidad para manosearme los pechos y pellizcarme los pezones, restregarlos con las yemas de los dedos, riendo con suavidad al ver mi cara roja de vergüenza por lo duros que los tenía en aquella situación. Cuando por fin cerró las grapas, fue menos doloroso de lo que esperaba, pero todo el proceso de ponérmelas fue muy intenso. Fue una sensación extraña. No me infligía dolor de un modo sádico, como me había hecho James; parecía que a Adam le ponía cachondo la vergüenza que yo sentía por lo mucho que me excitaba el dolor. Se trataba de un polvo mental completamente distinto y no fui capaz de asimilarlo, aunque debo admitir que fue un milagro

que nada de aquello tuviera sentido antes de que me tomara mi primera taza de café del día.

Una vez dejó firmemente enganchados los cierres de las grapas, y después de dar un buen tirón para tener la certeza de que estaban bien agarrados (ahí sí que le miré fijamente), se tumbó a mi lado. Debíamos de formar una imagen curiosa. Él seguía vestido con los vaqueros y un jersey de lana oscura, como si estuviera a punto de acercarse a un Starbucks a tomar el café de la mañana, estaba tumbado de lado, con la cabeza apoyada en una mano, y me contemplaba desde esa postura. Yo, a su lado, estaba prácticamente desnuda, sonrojada, despeinada, con un poco de saliva alrededor de la boca y con los pezones increíblemente tiesos. La ridiculez de la situación me hizo sonreír, aunque no dejé de mirarle con cierto temor a la espera de lo que iba a ocurrir a continuación.

Empezó a jugar con mi cuerpo con movimientos lentos y lánguidos. No fue tan rudo como antes, me provocaba con sus caricias y disfrutaba viendo cómo me estremecía al contacto de los dedos cubiertos de cuero que me recorrían la piel, viendo cómo se me ponía la carne de gallina. Sonrió cuando inspiré profundamente por la nariz e intenté controlar la respiración mientras me provocaba todas esas pequeñas reacciones. Me acarició los muslos, pasó un dedo por la cadena que colgaba entre mis pechos, y se rió con suavidad de mi cara de nerviosismo antes de darle un pequeño tirón. Me apartó el cabello de la cara, y volvió a reír en voz baja cuando se fijó en la saliva que se me acumulaba en las comisuras de la boca por la mordaza. Parecía un niño con un juguete nuevo, y lo único que yo podía hacer era quedarme tumbada y aceptarlo, sin soltar el cascabel, a la espera de lo próximo que me haría.

Después de varias caricias en los muslos, en las caderas y en el borde festoneado de mis bragas, por fin me puso una mano entre las piernas, sobre la tela de encaje. Sabía que estaría húmeda y cálida. A pesar del frío de la habitación, aquella experiencia me había dejado sonrojada y caliente. Apretó la palma de la mano contra mi coño mientras clavaba sus ojos en los míos, y su sonrisa, casi petulante, y su evidente diversión ante la tremenda vergüenza que yo sentía me hicieron soltar un bufido detrás de la mordaza. En un ataque de rabia cerré las piernas e intenté apartar la parte inferior de mi cuerpo; le miraba enfurecida mientras levantaba las caderas para conseguir un poco de apoyo. Entonces él me dio una palmada en el muslo y me di cuenta de que lo había hecho con la fuerza suficiente como para dejarme la marca enrojecida de la mano durante un segundo. Su voz sonó irreal, como si procediera de muy lejos. Era lo primero que me decía desde que me había despertado.

—Pórtate bien.

Le miré y noté que se me dilataban las fosas nasales por la furia y la rebeldía que me invadieron. Sabía que no solo me enfrentaba a él, sino también a esa parte de mí que estaba claramente excitada por todo aquello, que disfrutaba de cada momento de perversión.

Me pellizcó la cara interna del muslo; un pellizco intenso, doloroso, de aviso. Gimoteé con voz

queda. Me miró sin tener claro cuál iba a ser mi reacción pero, al parecer, listo para decidir qué hacer dependiendo de lo que ocurriera a continuación. Me da rabia pero yo sabía exactamente cuál iba a ser mi reacción, era inevitable, aunque una parte de mí se opusiera. Le fulminé con la mirada al mismo tiempo que tragaba la saliva que se me acumulaba detrás de la mordaza. Luego miré a otro lado, porque no quería ver tan de cerca su expresión victoriosa —podía llegar a ser un puñetero engreído—, y abrí lentamente las piernas.

Volvió a ponerme la mano sobre las bragas y me acarició arriba y abajo, lo que humedeció todavía más la tela. Seguía jugando. No había límite de tiempo para eso, y él disfrutaba excitándose sin satisfacerme. A veces me presionaba un poco en el clítoris y yo gemía a través de la mordaza. La intensidad de todo aquello unida a la falta de un orgasmo antes de dormirme la noche anterior me convirtió en una masa de terminaciones nerviosas desesperadas. Estaba impaciente pero nerviosa, desesperada por continuar pero preocupada por lo que eso significaba. Quería que se sintiera orgulloso de mí, que se sintiera contento, echarle a patadas de la cama, que se corriera.

Tras un rato, pareció decidir que ya tenía las bragas lo suficientemente húmedas. Cambió de posición y dejó de estar a mi lado para arrodillarse entre mis piernas, donde yo sabía que tenía una magnífica perspectiva de la humedad reluciente de mis bragas, antes tan pijas y en ese momento con aspecto de ropa interior de fulana. Cerré los ojos otra vez. Así sentía un poco menos de vergüenza.

Me levantó las rodillas y las empujó hasta la altura del pecho. Incluso con las bragas puestas me sentí terriblemente desnuda; aun con los ojos cerrados noté su mirada clavada entre mis piernas. Sentí cómo se movía en la cama mientras sus manos me mantenían las piernas abiertas. Me pellizcó un poco con los dedos mientras seguía inmovilizada. Me lamió el muslo justo en el borde de las bragas. Me estremecí. Pasó al otro muslo e hizo lo mismo, pero esta vez intenté controlarme. Pero estaba nadando a contracorriente del flujo de sensaciones. Se movió una vez más y me puso la boca a pocos centímetros del coño. Su aliento era cálido y regular. De hecho, al notarlo contra mis labios me di cuenta, frustrada, de que su respiración era mucho más regular y calmada que la mía.

Por fin. Un largo lametón, desde abajo hasta arriba del coño. Por encima de las bragas, así que no debería haberlo sentido con tanta intensidad, pero joder si lo sentí. Los muslos me retemblaron. Al parecer, demasiado juego de provocación previo conseguía que Sophie estuviera demasiado ansiosa. Siguió jugando, me lamió una y otra vez, pero siempre por encima de las puñeteras (y empapadas) bragas. Tuve que echar mano de todo mi autocontrol (y de buena parte de mi instinto de supervivencia) para resistirme al impulso de propinarle una patada en el hombro, así de desesperada estaba por sentir su lengua directamente sobre la piel. Alcé las caderas en una invitación ansiosa, para implorarle en silencio —aunque admito que no muy sutilmente— que tomará más de mí con su boca. No sirvió de nada. Levantó la cara para mirarme, y el brillo de sus ojos y el bulto de su entrepierna me indicaron lo mucho que estaba disfrutando. Cabrón.

Perdí la noción de cuánto tiempo llevaba al borde de la desesperación. Colocó las manos en el elástico de las bragas y yo me apresuré a levantar las caderas llena de gratitud para que pudiera bajarlas por las piernas y quitármelas. Las arrojó a un lado y volvió a pegar la boca a mí, pero esta vez no iba a dejarme a medias, prácticamente me bebía al mismo tiempo que metía la lengua y movía la cara a derecha e izquierda para que su nariz me rozara el clítoris, hasta que acabé gimiendo desesperada detrás de la mordaza. Después tomó el clítoris directamente en su boca y empezó a chuparlo. Lo rodeó con los labios y lo rozó con la punta de la lengua, una y otra vez y otra vez hasta que mi larga espera del orgasmo me consumió por completo e hizo que me levantara de la cama en una serie de convulsiones y con los gritos apagados por la mordaza, lo que probablemente me vino bien en lo que a los vecinos se refiere.

Fue intenso. Toda la experiencia fue intensa. Pero no tuve tiempo de recuperarme. En cuanto mi respiración bajó de ritmo, se puso en pie y se quitó la ropa. Sacó un condón del bolsillo del vaquero y lanzó el pantalón al suelo, junto a los guantes y el resto de la ropa. Se puso el condón y se metió en la cama para penetrarme profundamente mientras yo todavía temblaba por el orgasmo.

Se tendió encima de mí, apoyando casi todo el peso en mi cuerpo, su cara muy cerca de la mía, sonriente, incluso mientras tomaba su placer de mi cuerpo, entrando y saliendo en toda su longitud lentamente, empujando con la profundidad suficiente para que su pelvis me golpeara el clítoris, lo que me hizo gemir de nuevo. Con cada movimiento rozaba las grapas de los pezones, y ese ajeteo constante provocó que los pezones me dolieran de un modo que me distrajo. La mezcla de dolor y de placer y el hecho de estar atada amortiguaron un poco mis rebeliones ocasionales, lo que me dejó con una sensación de ansia desesperada por complacerle, por darle —aunque admito que de un modo diferente— el tipo de placer que él acababa de darme. En ese momento habría aceptado o soportado cualquier cosa que él hubiera querido, y me pareció que el mejor modo de demostrárselo era mover las caderas de una manera que le resultara apetecible.

Manteníamos ese ritmo cuando él alargó una mano para quitarme la mordaza. Tragué como pude la mayor parte de la saliva en cuanto me la sacó de la boca y me eché a reír cuando se disculpó por tirarme sin querer del pelo al desabrochar el cierre. Adam alzó una ceja y de inmediato me sentí preocupada.

—Lo siento. Es que me ha parecido gracioso. Torturarme los pezones vale, pero tirarme del pelo sin querer exige una disculpa.

—No hay excusa que valga para la falta de educación —me respondió.

Agarró un mechón de cabello y tiró con más fuerza que un momento antes, cuando lo había hecho por accidente. Me reí de nuevo, pero mis risas se vieron devoradas por un beso cuando pegó su boca a la mía. Sonreí contra su boca y empecé a devolverle el beso de un modo ansioso, aunque encontrar

mi propio sabor en sus labios hizo que me sonrojara de nuevo, como si su propósito en la vida fuera dejarme constantemente avergonzada y mojada.

Mientras nos besábamos me folló aún con más fuerza. La sacaba despacio, pero luego me la clavaba con tal ímpetu que me hacía resollar. Tras unos instantes, apartó la cara y me miró fijamente a los ojos con una expresión sombría. Apoyó la mayor parte del peso en una mano, y colocó la otra alrededor de mi garganta.

Fue una reacción completamente involuntaria, pero todo mi cuerpo se puso tenso. El simple hecho de tener sus dedos allí me puso nerviosa. Cerré los ojos para intentar ocultar ese nerviosismo, pero su voz sonó con firmeza.

—Mírame.

Tardé un par de inspiraciones lentas y profundas en abrir los ojos y devolverle la mirada. Cuando lo hice, vi que estaba serio pero tranquilo.

—¿Te fías de mí?

Le había dejado que me atara en numerosas ocasiones, le había dado la llave de mi casa y le había invitado a que entrara y me asaltara sexualmente mientras dormía. Si la respuesta iba a ser «no», evidentemente yo era una idiota, pero a pesar de ello decirlo en voz alta me pareció un gran paso.

—Sí, me fío de ti —le contesté con voz tranquila y un poco tímida, porque así era, aunque una parte de mí todavía se preguntara cómo coño era posible cuando hacía relativamente tan poco que lo conocía.

Asintió con la cabeza y me apretó la garganta, lo que me dificultó la respiración. Jadeé, y mi respiración sonó rasposa cuando intenté llevar aire a los pulmones, mirando cómo me miraba, cómo se aseguraba de que estaba bien. Cuando me soltó, de nuevo solo tras un par de segundos, noté una oleada de adrenalina y de sorpresa al comprobar lo mucho que me excitaba aquello, y sin duda así había sido, a juzgar por mi subida involuntaria de caderas a su encuentro mientras me asfixiaba.

Seguimos follando alternando entre las embestidas tranquilas y los momentos en que me apretaba el cuello. A medida que me fui acostumbrando, cada vez mantenía la presión un poco más, pero nunca durante más de unos pocos segundos. Me encantaba la sensación: la impotencia, el sometimiento, la mirada cargada de lujuria que aparecía en su rostro y lo fuerte que me follaba, embistiéndome hasta que casi me hacía daño y al mismo tiempo me acercaba a mi segundo orgasmo. Por fin, me apretó la garganta por última vez, con más fuerza y durante más tiempo, y me sacudió otro orgasmo. Arqueé la espalda por la increíble intensidad del placer y Adam aflojó del todo su presión alrededor de mi cuello para que pudiera tomar una enorme y mareante bocanada de aire mientras me corría. Mis movimientos enloquecidos parecieron llevarlo más allá de todo control, y se corrió dentro de mí pocos segundos después, gimiendo por su propio placer. Por suerte después de correrse no se desplomó encima de las grapas, sino que se tumbó con cuidado a mi lado, con todo el aspecto

de haber quedado agotado.

Los dos seguíamos jadeando mientras me desataba las manos y me desenganchaba con cuidado las grapas de mis maltratados pezones; los acarició con suavidad cuando empezaron a recuperar dolorosamente la sensibilidad entre pinchazos.

Por último, se tumbó en la cama y tiró de la colcha para taparnos y envolverse en un abrazo. Charlamos sobre cómo había ido todo y qué me había parecido que me asfixiara, y me quedé dormida. Me despertó el olor a beicon y a café recién hecho. Para rematar la mañana, en su mochila Adam había traído de todo para preparar el desayuno.

Por lo que se refería a las fantasías, aquella se había cumplido de un modo espectacular. De repente tuve unas ganas inmensas de llevar a cabo todas las otras cosas que quería probar. Estaba feliz por haber encontrado un cómplice con el que poder realizarlas. Aunque no de ese modo, porque era obvio que no íbamos a ser pareja. Ya lo habíamos decidido. Estaba claro.

Joder. ¿A quién quería engañar?

Las siguientes semanas pasaron en un frenesí de correos electrónicos y mensajes de móvil, mezclados con algunas conversaciones telefónicas a última hora verdaderamente memorables, además de un creciente número de visitas. Adam venía, nos hacíamos un montón de cosas escandalosas el uno al otro y después, una vez que ambos quedábamos satisfechos y exhaustos, él regresaba a su casa para no tener que madrugar tanto para ir al trabajo.

Pero poco a poco la situación empezó a cambiar. Seguía viniendo a última hora de la tarde, pero cenábamos juntos. Una noche me llevó a cenar a un restaurante indio. Luego nos abalanzamos el uno sobre el otro (aunque con cuidado, habíamos tomado mucho, mucho curry), pero el tiempo que pasamos juntos sin sexo empezó a ser tan divertido como las obscenidades que hacíamos entre las sábanas. O en el sofá. O en la ducha. Ya me entiendes. Un día vino a casa para que le cocinara *tajín* de cordero porque siempre había querido probarlo y nunca había tenido ocasión. Tardé una eternidad, así que cenamos tarde y me pareció que lo lógico era que se quedara a dormir. Lo sugerí fingiendo una despreocupación que no sé si resultó creíble, y él aceptó con la misma despreocupación. Luego estuvimos un rato sonriéndonos como idiotas el uno al otro, hasta que nos quedamos dormidos.

Empecé a pensar tan a menudo en las animadas discusiones que habíamos tenido sobre política o sobre cuál era la mejor película de Bond como en la manera en que me ataba a la cama y me lamía hasta que me hacía gemir la mañana siguiente de haber pasado juntos una noche maravillosa (aunque, obviamente, eso también era increíble).

Empezó a visitarme los fines de semana, y a menudo llegaba el viernes por la noche, tarde, para que pudiéramos pasar todo el sábado juntos antes de trabajar o cumplir con otras obligaciones sociales el domingo. Era un punto medio muy extraño: no estábamos saliendo, y yo antes tampoco había sido una de esas novias de «somos siameses, tenemos que hacerlo todo juntos», pero esperaba con impaciencia nuestros encuentros habituales de los fines de semana, aun si procuraba no pensar demasiado en ello y simplemente disfrutar del momento.

Por supuesto, como siempre, el hecho de no saber exactamente en qué consistía nuestra relación hacía que me sintiera insegura, sobre todo en el momento en que mencionó de pasada que se había

acostado con Charlotte unas cuantas veces.

Estábamos hablando de hoteles. No lo comentó de un modo desagradable. Una de las cosas más encantadoras de Adam era que cuando no se mostraba cruel era todo un caballero. Hablábamos de ir a un concierto y, como él se dio cuenta de que para mí el atractivo de ver un grupo de música en un gran escenario dependía en buena parte de lo difícil que fuera volver luego a casa tan tarde, sugirió que buscáramos un hotel que estuviese cerca. Entramos en Google para ver qué había por la zona, y cuando se inclinó para ver el primero de la lista, me soltó la bomba.

—No, este no. Charlie y yo nos quedamos una noche allí, y es un antro.

Me sentí confusa. ¿Se suponía que tenía que saber quién era Charlie? ¿No le había prestado atención cuando me había hablado de ese amigo?

—¿Charlie? ¿Quién es Charlie? ¿Fuisteis a otro concierto?

—No, desde luego no fue un concierto, pero sí que hubo una actuación. —Sonrió un poco al recordarlo—. Charlie. Charlotte, Charlie. Fue una fiesta fetichista.

Tuve la esperanza de que los ojos no se me quedaran tan abiertos como los de los dibujos animados, pero tardé un poco en reaccionar.

—¿La Charlotte de Thomas?

Thomas no la llamaba «Charlie». De hecho, no había oído a nadie que la llamara así, excepto a Adam.

—Sí, esa Charlie. —Levantó las manos—. Pero en ese momento no estaba saliendo con Thomas. Fue algo sin compromiso para los dos. Solo lo hicimos unas cuantas veces. —Me miró, y no quiero ni pensar en lo que vio en mi cara, pero se explicó un poco más—: Y hace siglos que no ha vuelto a pasar nada.

No supe qué decir. Sé que era algo irracional, y más si teníamos en cuenta que yo también había visto desnuda a Charlotte, pero noté una sensación horrible en el fondo del estómago y tuve la certeza de que se trataba de celos. Me miró con gesto de preocupación.

—Soph, lo siento, creí que ella te lo habría comentado.

Su preocupación me pareció muy tierna, y parecía auténtica, lo que me convenció de que no estaba actuando. O eso esperaba. Le sonreí y me esforcé por no pensar mucho en ello y sacar conclusiones equivocadas.

—No pasa nada. No lo sabía, pero tampoco era asunto mío. —El silencio se prolongó, y de repente me acordé del resto de su frase y me eché a reír—. Espera, ¿una fiesta fetichista? No tengo ni idea de qué va eso. Contigo es como si yo fuera el ratoncito pueblerino del sadomaso que visita a su pariente de la ciudad.

Sonrió y me abrazó con fuerza.

—Quédate conmigo, ratoncito. Estoy seguro de que te puedo enseñar toda clase de experiencias

nuevas.

No bromeaba.

Sin duda, Adam estaba ampliando mi horizonte sexual. Por lo que se veía, no había muchas cosas que no hubiera probado o que no quisiera probar. Era muy creativo y le gustaba experimentar, y su capacidad de hacerme sonrojar cuando sugería las cosas que podíamos hacer pasó a ser legendaria.

No me sentía fuera de lugar en nuestros mensajes subidos de tono. Estaba más que satisfecha de ser capaz de mantener el tipo en una conversación obscena, y él a menudo comentaba lo estimulante que le parecía tener la oportunidad de hablar de sexo sin trabas. Pero yo quería hacer algo más que eso. Quería demostrarle que no era el único que tenía imaginación. Tardé un poco en prepararlo todo, pero en menos de una semana ya tenía ideas para un par de sorpresas eróticas, gracias a unas cuantas compras por internet bien calculadas.

Como los dos éramos unos fanáticos de las noticias, cada vez más veces los sábados por la mañana, después de un poco de diversión matutina, acabábamos sentados en el cómodo sofá de alguna cafetería cercana bebiendo café, comiendo pastas e intercambiando secciones de los diferentes periódicos.

Uno de esos sábados puse en marcha mi plan. Habíamos comprado entradas para el cine de la sesión matinal, y estábamos matando el tiempo a gusto leyendo las noticias que nos llamaban la atención y burlándonos del periódico que había elegido el otro.

Estaba increíblemente nerviosa cuando le dije que iba al baño. Pero él no se dio cuenta, inmerso como estaba en el resumen del partido de críquet del día anterior.

Cuando volví pocos minutos más tarde, llevaba una cajita en una mano. La había envuelto con una bonita cinta, y había puesto una pequeña nota debajo del lazo. Los juegos de Adam me habían enseñado que los detalles importaban.

Dejé la caja en su regazo y le sonreí cuando me miró con expresión algo confusa,

—¿Qué es esto? —me preguntó—. No es mi cumpleaños.

Sabía cuándo era su cumpleaños. Lo había comentado de pasada unas cuantas semanas antes, y yo lo había añadido a mi calendario virtual a la mañana siguiente. No estaba segura de si sonaría un poco ansiosa si le decía que lo sabía, así que ignoré el comentario.

—Deberías abrirlo.

Estaba sonrojada. Para variar.

Todavía algo confuso, deshizo el lazo y abrió la tapa. Sacó un pequeño objeto de plástico con un par de botones; no era muy diferente de un mando a distancia para el garaje o un chisme parecido. Por su mirada estaba claro que no sabía lo que era. Sentí una oleada de satisfacción. No había duda que estaba intrigado.

Eso no impidió que mi voz sonara un poco ronca por la vergüenza.

—Deberías leer la nota.

Desdobló el papel y leyó lo que había escrito con una letra clara y azul.

Creo que los dos sabemos que tienes la habilidad de pulsar los botones adecuados para que me lo pase bien siempre. Ahora puedes hacerlo literalmente. Tienes en la mano el control remoto de un hueso vibrador. Seguro que adivinas dónde está en este momento. Los botones activan y desactivan la vibración y cambian la velocidad. ¿Quieres jugar?

El rostro se le iluminó como a un niño emocionado en la mañana de Navidad, y sonreí para mí misma: sabía que un artilugio electrónico como aquel le encantaría.

Habló en un susurro, en parte por la sorpresa y en parte porque había gente alrededor y ninguno de los dos queríamos que participaran en nuestro juego.

—Esto es fantástico. Tú eres fantástica. Nunca he usado uno de estos, ni siquiera sabía que existían.

Dobló con cuidado la nota, la metió en la caja con el lazo y la guardó en mi bolso. El mando a distancia se lo metió en el bolsillo.

No tardó mucho en encontrar el botón de encendido. Alargué la mano hacia mi taza de café y casi me lo derramé encima cuando noté aquellas súbitas vibraciones en mi interior. Le miré, y él me sonrió.

Lo dejó encendido y poco a poco aumentó la velocidad. Intenté leer el periódico, pero fue imposible. No podía concentrarme, y la mano todavía me temblaba, lo que hacía que levantar la taza fuera una tarea peligrosa.

Me incliné hacia él y apoyé la cabeza en su hombro, como si estuviera leyendo el periódico con él, pero lo cierto era que me estaba aguantando con todas mis fuerzas. Quedaba descartado tener un orgasmo en público —al menos esperaba que quedara descartado—, pero cada vez estaba más húmeda y me sentía más violenta. Me maldije a mí misma por haber tenido una idea tan estúpida. De pronto recordé *Cuando Harry encontró a Sally*. Y nadie quiere pasar por eso.

Le clavé las uñas en el brazo, y de repente se paró. Me di cuenta de lo tensa que había estado cuando por fin me relajé y volví a mi lado del sofá. Respiraba hondo, mi pecho subía y bajaba. Por suerte, no había nadie sentado demasiado cerca de nosotros. Habrían creído que tenía un ataque de asma y se habrían preocupado.

Adam sacó la mano del bolsillo para pasar la página del periódico y se puso a hablar conmigo como si no hubiera pasado nada. Recuperé lentamente la normalidad y comencé a relajarme mientras nos terminábamos el café.

Nos levantamos y nos dirigimos a la salida. Cuando me sostuvo la puerta abierta para que pasara no me fijé en que llevaba la mano metida en el bolsillo. Nada más salir a la soleada acera, noté una vibración en el coño, y casi me tambaleé al tiempo que se me escapaba un chillido agudo. Nadie más pareció notarlo, pero él se echó a reír mientras salía detrás de mí, pensando sin duda en lo divertido que iba a ser aquello. Su mirada ansiosa de poder me hizo reír, aunque me pregunté cómo iba a conseguir ver la película y enterarme de qué iba. Menos mal que habíamos escogido una película ideal para comer palomitas, con explosiones a gogó, y no una demasiado intelectual.

Sufrí un par más de sorpresas mientras íbamos hacia el cine, pero la mayor parte del tiempo me dejó en paz. Me agradeció que le hubiera concedido semejante control, pero me advirtió que no iba a comportarse de un modo responsable, por si acaso no me había dado cuenta ya.

Nos sentamos en la sala de cine. Normalmente me molesta mucho la cantidad de publicidad que ponen antes de que empiece la película, pero Adam utilizó ese rato para torturarme, así que deseé más que nunca que empezaran los tráilers. Pulsaba cada uno de los botones y me preguntaba qué me hacían los diferentes ajustes: vibraciones constantes, pulsaciones, etc. Se lo expliqué lo mejor que pude, susurrando con los dientes apretados, mientras él los iba probando.

Creo que me hubiera resultado mucho más fácil concentrarme si simplemente hubiera dejado vibrando el juguete, pero se pasó las dos horas siguientes atormentándome. Cambiaba el ajuste antes de que me acostumbrara a lo que estaba sintiendo en ese momento, lo que me volvió loca e hizo que me agarrara de nuevo a él.

En un momento dado, cuando las explosiones sonaban especialmente fuertes y la poca gente que había sentada cerca no nos podía oír, se inclinó y me preguntó al oído con un susurro si estaba húmeda. Escondí la cara en el hueco de su codo y asentí.

Me puso una mano en la parte interior del muslo y la movió hacia arriba. Gracias a Dios, la gente que acude a las sesiones matinales de los sábados suele elegir películas más familiares que la que habíamos escogido nosotros, así que en nuestra fila no había nadie. Paseó el meñique arriba y abajo por la costura de los vaqueros y me dijo que notaba las vibraciones.

Fue en ese momento cuando le di una patada en la espinilla. Había llegado a un punto en el que ya no me importaba si eso me iba a causar algún problema, aunque él admitió luego que probablemente se había merecido aquella reprimenda. Apartó la mano del pantalón y me echó el brazo sobre los hombros, pero se quedó con el mando en la otra para tener la seguridad de que yo no me relajaría en ningún momento. Prácticamente no vi nada de la película (después me regaló el DVD) y para cuando

terminó yo solo podía pensar en una cosa, y no era la subida del precio de las ya de por sí caras palomitas. Las luces se encendieron por fin. Adam me estaba sonriendo.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora?

Durante un minuto no fui capaz de hablar. ¿Qué puñetas pensaba que quería hacer?

—¿Vamos a comer?

Se lo estaba pasando genial. En ese momento no tuve claro si eso me parecía adorable o irritante. Las palpitaciones entre las piernas no me ayudaban a decidirme.

Al final pensé que con educación tal vez consiguiera algo en mi favor.

—¿Podemos irnos a casa? Por favor.

Me acarició el brazo con las yemas de los dedos y me estremecí. Comer sin tirarme la comida encima me parecía imposible. Tras unos largos segundos llenos de desesperación, se apiadó de mí.

—Claro que podemos.

Dejó el huevo en un ajuste continuo durante todo el camino a casa, por lo que no paró de vibrar mientras caminaba, y no fui capaz de hacer caso omiso de la sensación, sobre todo porque el peso del huevo se desplazaba en mi interior con cada movimiento, lo que me provocaba unas agudas oleadas de placer.

Cuando llegamos a casa sentí que lo apagaba por primera vez en horas. Me di cuenta de lo húmeda que estaba, y me pregunté si tendría la oportunidad de limpiarme y cambiarme de ropa interior antes de que decidiera hacerme alguno de sus juegos. Ni hablar. Pequé de optimista.

En cuanto entramos en el salón se puso detrás de mí. Me rodeó con los brazos y empezó a manosearme los pechos mientras su boca se apoderaba de mi cuello y mi hombro para besarme y mordisquearme con suavidad. Daba la impresión de que había estado esperando ese momento en que cerraríamos la puerta y tendríamos intimidad. De repente me di cuenta de que, sin pretenderlo, yo le había estado provocando durante tanto tiempo como él a mí.

Me desabrochó los vaqueros, me los bajó por las caderas y me puso una mano entre las piernas.

Se rió en voz baja.

—Tienes las bragas empapadas.

Intenté cerrar los muslos, pero me propinó un rápido cachete, así que las dejé abiertas. Me empujó hacia delante, doblada sobre el brazo del sofá, y me bajó las bragas hasta los muslos, junto a los vaqueros.

Alargó una mano, agarró el delgado cordón de plástico que me salía del coño y tiró con fuerza. Se me escapó un jadeo cuando el huevo salió disparado hacia su mano.

A los pocos segundos estaba jadeando de nuevo. No le había oído bajarse la cremallera, no había oído el sonido delator del envoltorio del condón al rasgarlo, pero sin previo aviso me había penetrado hasta el fondo. Estaba tan húmeda que se deslizó con facilidad, pero grité por la sorpresa,

y clavé las uñas en un cojín cuando empezó a moverse.

Llevó una mano hasta mi boca y me puso algo contra los labios. Tardé un segundo en comprender que era el huevo que había pasado tanto rato dentro de mí. Apreté los dientes.

Adam se quedó un momento quieto, y luego me tiró del pelo como advertencia. Abrí la boca, le dejé meterme el juguete húmedo, y me saboreé a mí misma.

Siguió follándome con fuerza y no tardé en notar que se ponía tenso por el orgasmo. Respiraba pesadamente cuando salió de mí y se quitó el condón. Luego me puso una mano abierta debajo de la barbilla y yo abrí la boca y dejé caer el huevo en su palma.

Me ayudó a sentarme en el sofá, me abrió bien de piernas y se puso de rodillas en el suelo delante de mí. Al cabo de unos segundos ya me estaba lamiendo. Al igual que con su penetración, no hubo preámbulo, juegos previos, solo una presión firme e incesante en mi clítoris mientras lo lamía y lo chupaba. Noté sus dedos entre mis piernas y sentí que me metía otra vez el huevo.

Lo encendió y yo levanté las caderas con fuerza para apretarme contra su cara mientras él seguía concentrado en mi clítoris. Lo puso en el ajuste más rápido y me pasó la punta de la lengua una y otra vez. Yo le agarraba del pelo y gemía en voz alta. Estaba perdida.

—Por favor, ¿puedo correrme?

Lo sé. No acostumbraba a preguntarlo si no me lo habían ordenado de forma explícita, pero por nada del mundo quería arriesgarme a que parara.

Asintió sin dejar de lamerme. Lancé las caderas hacia arriba de nuevo y seguí agarrándole del pelo. Me pareció que su propia lengua vibraba mientras me corría, y grité varias veces antes de desplomarme en el sofá.

Apartó la boca y apagó el huevo antes de sentarse a mi lado en el sofá. Descansé la cabeza en su regazo y me felicité por aquel buen plan tan bien ejecutado. Debo decir que Adam estaba igual de satisfecho, lo que me hizo sentir feliz, casi como una diosa durante un rato. Todo el mundo salió ganando.

Por supuesto, no todos mis planes salieron como yo había pensado.

Soy muy aficionada a comprar juguetes eróticos en internet. En persona he comprado un par de cosas, pero casi siempre prefiero hacerlo en tiendas virtuales. No por vergüenza, que obviamente es uno de mis mayores problemas (incluso una simple visita a una tienda erótica como Ann Summers puede hacer que me sonroje), compro en internet porque hay muchos más artículos, muchas ofertas y descuentos y, además, suele haber comentarios de gente que ha probado los objetos que estás pensando comprar. Un material valiosísimo.

Sin embargo, a veces no leo la letra pequeña como debería.

Adam y yo habíamos hablado mucho del sexo anal. Era algo en lo que él tenía mucha más experiencia que yo, y al principio me había mostrado bastante recelosa porque mis primeras experiencias en eso habían sido una combinación de excitación tremenda y de bastante dolor. Decidí comprar un dilatador anal para que lo usáramos juntos, algo con lo que pudiéramos divertirnos los dos a la vez y que sirviera para indicarle a Adam que estaba dispuesta a jugar un poco más con mi culo de lo que habíamos hecho hasta ese momento.

Como siempre me atraen los objetos que llevan algún extra incorporado, me fijé en un dilatador que podía hincharse con una perilla y que además vibraba. Tenía muy buen precio, en realidad era una ganga, y el hecho de que pudiera aumentar de tamaño me pareció especialmente útil ahora que quería acostumbrarme a que jugaran con mi trasero.

Descubrí el problema cuando lo recibí en casa.

No sé en el culo de quién se suponía que tenía que caber aquello, pero no iba a ser en el mío, ni siquiera sin hinchar.

Era una situación un poco ridícula, pero me hizo reír mucho. Le conté el error a Adam en un correo electrónico, y le expliqué que estaba pensando en cambiarlo (sin usar, añadí enseguida) para que me devolvieran el dinero. Al leer la respuesta de Adam tragué saliva.

Quédate. Puede que sirva para algo. x

Vaya.

Ese viernes vino a casa y, como ocurría a menudo, después de cenar temprano pasamos el resto de la noche en la cama.

En un momento dado me pidió que le enseñara el dilatador, y yo me reí mientras iba a buscarlo. Me dijo que sin duda era demasiado grande para metérmelo en el culo, pero que eso no significaba que no encajara en otro sitio. Procuré no mostrarme nerviosa, pero él se limitó a dejarlo en la mesilla de noche después de echarle un vistazo, y volvimos a discutir sobre quién había escrito los mejores cómics de Batman (Tim Sale, por supuesto, pero él insistía en Miller).

Poco a poco fuimos mostrándonos más amorosos, y media hora después le tenía en mi boca y movía la cabeza lentamente arriba y abajo. Disfrutaba de la sensación de estar de rodillas en la cama con su mano en la parte interior de mi muslo.

Me estremecí cuando me pasó la mano por la raja y luego me metió un dedo. Gemí con su polla en la boca.

Se apartó, y al cabo de un instante noté otra cosa entre las piernas. Me estaba metiendo el dilatador en el coño, probablemente para demostrarme que al fin y al cabo no había sido una mala compra.

El hecho de que tuviera una forma similar a la de un cono, que se ensanchaba a medida que lo introducía, me resultó un poco desconcertante. Gemí cuando me metió la parte más ancha, sentí cómo la rodeaba con fuerza. Solo quedaron fuera la base y una delgada varilla. Llevaba conectados dos cables, uno para el control de la vibración y el otro para la perilla que lo hinchaba.

Activó de inmediato la vibración al máximo, y aquella repentina intensidad me hizo gritar. Luego apretó la perilla. Noté que el dilatador se ensanchaba dentro de mí. Fue muy extraño, nada desagradable, pero hizo que me sintiera llena.

Pero Adam no había acabado. Siguió apretando la perilla e iba contando en voz alta las veces que lo hacía mientras hinchaba lentamente el juguete dentro de mí. Tenía una mano pegada a la base para impedir que se saliera, y esa presión hacía que la sensación fuera todavía más intensa.

Cuando llegó a ocho, yo ya estaba temblando. Seguía con su polla en la boca, pero ya no me sentía capaz de darle placer. Solo sabía que él no quería que me la sacara.

—Mírate, con dos agujeros llenos a la vez. ¿Te gusta estar así de llena?

La verdad era que sí. La intensidad del dilatador estaba al límite de convertirse en algo doloroso, pero eso unido a chupársela (que seguía siendo una de las cosas que más me gustaba hacer en el sexo) me estaba llevando al orgasmo. También he de decir que el tono burlón de su voz me irritó un poco, pero no le hice caso.

Me dio una palmada en el culo, lo suficientemente fuerte para dejarme una marca roja en la piel, y me lo volvió a preguntar.

Asentí a regañadientes, sin querer mirarle; él ya sabía lo mucho que me estaba gustando por lo húmedo que estaba el puñetero dilatador anal.

—¿Crees que disfrutarías más si tuvieras llenos todos los agujeros?

Me puse tensa. Nerviosa. Insegura. Habíamos hablado de la triple penetración, y yo sentía curiosidad por probarla, aunque seguía medio convencida de que, dijeron lo que dijeren las películas porno, la mayoría de las mujeres normales no son capaces de soportarla.

Esta vez no me exigió una respuesta, pero noté que movía un dedo alrededor del juguete para mojárselo todo lo posible con mis fluidos. Luego el dedo comenzó a dar vueltas alrededor del ano, humedeciéndolo. No pude evitarlo, me puse tensa.

Me acarició suavemente el culo, lo que me provocó una extraña sensación de tranquilidad.

—No pasa nada, Sophie. No voy a hacerte daño, pero si vamos a hacerlo, tienes que relajarte, o será una sensación incómoda.

Volvió a acercar el dedo al ano, pero se quedó allí.

—Échate tú misma hacia atrás, cariño.

Gruñí un poco alrededor de su polla, y él se rió.

—Lo siento. Te prometo que no pretendo humillarte, es para que lo hagas a tu propio ritmo.

Quizá no lo hacía para humillarme, pero a mí siguió pareciéndomelo mientras empezaba a moverme. Debía de estar tremendamente mojada, porque mis fluidos actuaron como un buen lubricante cuando me eché hacia atrás y mi ano se abrió para dejar pasar a su dedo. Lo sentí tremendamente estrecho, sin duda por lo lleno que tenía el coño, pero logré empujar hacia atrás con facilidad, lo que le permitió deslizarlo hacia dentro.

En cuanto el dedo entró, fue como si las vibraciones del juguete se transmitieran hasta él. La sensación fue increíblemente intensa. Cualquier movimiento, por pequeño que fuera, me provocaba oleadas de placer que me recorrían todo el cuerpo. Incluso el movimiento de mi cuerpo al inhalar y exhalar me parecía intenso.

Adam comenzó a levantar las caderas hacia mi boca. Eso me recordó que seguía allí y empecé a lamerle de nuevo mientras me esforzaba por concentrarme en él todo lo posible. Algo nada fácil con todo lo demás que me estaba pasando. Empujó hasta el fondo de mi garganta y tuve arcadas antes de dejarla entrar tanto como pude.

En ese momento empezó a meter y a sacar el dedo, al principio despacio, pero no tardó en hacerlo más rápido y más fuerte. Gemí alrededor de su polla mientras él me decía lo guarrilla que era por ponerme cachonda con todos mis agujeros llenos a la vez. Me habría sonrojado de no haberlo estado ya.

Me folló la boca sin dejar aquel monólogo obsceno hasta que, de repente, se calló en mitad de una frase y soltó un grito. Sentí cómo me inundaba la boca. Cuando recibí el primer chorro en la lengua, yo también crucé el límite, y cerré con firmeza la boca mientras me estrellaba una y otra vez contra el juguete y su dedo. Su polla fue lo único que amortiguó mis gritos. Me desplomé en la cama, y él sacó el dedo y desinfló rápidamente el dilatador anal, lo apagó y me lo sacó.

Es bastante irónico, porque no me sirvió como dilatador anal pero se convirtió en uno de los juguetes preferidos de Adam. Mi relación con el juguetito oscilaba entre el amor y el odio (dependía de lo mucho que lo inflara). En cualquier caso, cuando salía del cajón de los juguetes, sabía que no me iba a aburrir.

De hecho, he de decir que no había muchas ocasiones en las que la vida me pareciera aburrida. Un cambio en mi perfil de trabajo me proporcionó la oportunidad de tener un horario más regular, pero mientras que los turnos de fin de semana en la sala de redacción eran por suerte una excepción ocasional, los turnos de noche pasaron a ser más habituales. Si a eso se le unían los viajes para ver a mis padres cada semana o cada dos, y el mantener las amistades, mi vida era un ajetreo constante. Ya tenía una vida bastante llena antes de que llegara Adam, pero me di cuenta de que quería hacerle un

poco de sitio para que formara parte de ella. Imaginaba que se divertiría con las bromas de las fiestas de cumpleaños de mis amigos y que hasta participaría en las discusiones de borrachos sobre cuáles eran los cien mejores discos jamás grabados. Pensaba que a mis padres les caería bien. Cada vez con más frecuencia me daba cuenta de que mi primer instinto cuando leía o veía algo interesante era contárselo a él.

Era extraño.

Era maravilloso.

Era algo que me ponía nerviosa.

Después de lo de James, había decidido que no estaba preparada para mantener una relación. Pero empecé a dudar un poco. No respecto a cualquier relación, y por supuesto no respecto a mi relación con James. Respecto a una relación con Adam. Ese Adam directo, divertido, inteligente, pervertido. Eso era algo muy distinto.

Me esforcé por contener todo lo que pude esos sentimientos, sobre todo porque me sentía un poco culpable. Habíamos empezado una relación sin compromiso alguno, y aunque había sido una decisión completamente consciente y voluntaria, sabía que ese cambio en mis sentimientos podía complicar la situación si él no sentía lo mismo. Y, por irónico que parezca, lo único de lo que no hablábamos era de nuestra relación. De sexo, sí, de otras relaciones anteriores, sí, incluso de lo que queríamos a largo plazo en nuestra vida. Pero de eso, nada. Así pues, escondí la cabeza como hacen los avestruces y mantuve la situación todo lo simple y falta de complicaciones como pude, por ejemplo sin decir absolutamente nada al respecto. Podía enmascarar mis sentimientos, ¿verdad?

Según Thomas, no podía.

Adam y yo quedamos con ellos una noche para cenar. Todo fue muy divertido: mucha bebida, muchas bromas, y buena comida. Tom y Charlotte estaban en buena forma, y cuando me despedí de los tres para irme a casa (Adam tenía que levantarse muy temprano, por lo que fue una de esas pocas noches en las que salimos y no acabamos juntos en casa), me dolía la barriga de tanto reírme.

Cuando llegué a mi coche y me sonó el teléfono, supuse que sería Adam para decirme buenas noches (sí, solíamos hacer eso, no significaba nada, y prometo que no es tan empalagoso como suena). Pero no era él.

THOMAS dice: ¡Qué calladito te lo tenías! No sabía que fuerais tan en serio. Pero me alegro mucho por los dos. Y a era hora.

Sentí que la cara se me arrugaba en esa mezcla de confusión y desdén que, según mi madre, sería la causante de que me salieran arrugas antes de tiempo. ¿De qué me estaba hablando? ¿Cómo sabía que íbamos en serio? ¿Es que íbamos en serio? ¿Eso según quién? ¿Acaso Adam le había dicho algo?

Recordé mi facilidad para imaginarme cosas y pensé que lo mejor era pedirle de inmediato que me

lo aclarara.

SOPHIE dice: ¿A qué te referías con lo de ir en serio? ¿Es que Adam te ha dicho algo?

Mmmm. Ahora pienso que quizá soné un poquito demasiado ansiosa, pero a la gente curiosa le gusta saber. Por suerte, Thomas no me tuvo mucho tiempo en vilo.

THOMAS dice: Adam nunca me contaría nada, y por lo que yo sé, Charlotte tampoco le ha preguntado nada. Puedo preguntárselo a ella si quieres.

Ay. Tecleé lo más rápido que pude.

SOPHIE dice: ¡No, no hace falta! ¿A qué te referías entonces?

La respuesta me llegó casi de inmediato.

TOM dice: Es obvio que sois muy felices. Charlotte ha dicho que jamás había visto a Adam tan prendado de una mujer. Y, obviamente, yo te conozco muy bien, y creo poder decir lo mismo que ella.

No pude evitar sonreír. Sé que suena un poco bobalicón utilizar a unos amigos optimistas para darle validez a una relación, pero, joder, habría aceptado cualquier ayuda. Aunque no estaba dispuesta a admitirlo delante de Tom.

SOPHIE dice: Sí, sí. Tú lo que quieres es que todo el mundo esté tan pillado con el otro como vosotros dos.

No tuve respuesta, y tampoco hacía falta, así que guardé el móvil, me puse el cinturón y conduje hasta casa. Cuando llegué, tenía dos mensajes.

TOM dice: Ojalá estuviéramos tan pillados. Las cosas no siempre son lo que parecen.

Le mandé un mensaje preguntándole si estaba bien, y le recordé que si quería hablar, podía contar conmigo. Debo decir que, después de todo por lo que habíamos pasado, le conocía mejor que la mayoría de la gente, conocía su lado pervertido, y no le iba a juzgar por nada. No me contestó.

Por lo que se refiere al otro mensaje, mientras le contestaba deseé sinceramente que fuera lo que parecía.

ADAM dice: Te echo de menos, cariño. De verdad que ojalá hubiera podido quedarme esta noche. Avísame de que has llegado bien, por favor. x

Era patético por mi parte que me sintiera un poco querida y feliz cada vez que me llamaba

«cariño», ¿verdad? Eso pensaba.

Como la obsesa de Bridget Jones sabía, el primer fin de semana es la piedra angular de cualquier relación nueva. Pero, por lo que yo recuerdo, en la suya no había una cruz de san Andrés ni techos con espejos.

Adam y yo pasábamos mucho tiempo juntos. A veces nos despertábamos ridículamente temprano y yo lo mandaba al trabajo con un paquete de galletas y un termo con café para los noventa minutos que tardaría en cruzar la ciudad. Si a eso le uníamos que por la noche nos acostábamos tarde, después de muchas charlas y un montón de sexo pervertido, el resultado era que estábamos en un estado continuo de agotamiento sonriente.

Mi pequeño apartamento era nuestro escondrijo. Puesto que ambos éramos básicamente antisociales y todavía estábamos en esos días embriagadores en los que quieres saltar encima del otro a la menor provocación, él prefería venir a mi casa a que yo fuera a la suya, con su compañero de piso (que por supuesto sería muy simpático). Pero el apartamento, que sin duda estaba muy bien para una sola persona, empezó a parecernos un poco asfixiante. No me refiero a que no disfrutara compartiendo mi espacio con Adam. Debo decir que me resultó sorprendente la facilidad con la que me acostumbré a tener a alguien allí después de tantos años viviendo sola. Se trataba simplemente de que, bueno, no había muchas opciones respecto a los lugares donde podíamos practicar sexo aparte de la cama y el sofá, y el salón no era lo bastante grande, literalmente, para manejar un látigo de nueve colas. Aunque la verdad es que quizá fuera mejor así..., esos chismes duelen mucho.

Una noche estábamos tumbados en la cama cuando Adam propuso que pasáramos un fin de semana fuera de casa. A pesar de lo mucho que viajo por trabajo, sigo emocionándome como una tonta ante la posibilidad de dormir en hoteles (¡ay, los productos de baño gratis, el desayuno en el restaurante, que te lleven el periódico a la habitación, el minibar con esos cacahuetes tan caros pero tan tentadores!), así que acepté antes incluso de que me explicara en qué estaba pensando. Y entonces fue cuando me quedé un poco alucinada.

Creo que es justo decir que no soy una persona especialmente inocente, pero aun así jamás había oído hablar del concepto «palacio del sado». Sabía que se podían alquilar mazmorras profesionales por horas, pero era algo tan impersonal (además de mi ligera obsesión por la higiene) que la idea no

me atraía ni siquiera para satisfacer mi curiosidad ni mis fantasías más antiguas.

Por supuesto, la idea de jugar en una mazmorra me intrigaba, pero la verdad es que si yo tuviera una casa con un montón de espacio, lo primero que haría sería montar en el sótano el mejor *home cinema* que pudiera permitirme, y no un cuarto rojo del dolor. Pero al parecer eso no es problema. Se pueden alquilar casas vacacionales con este tipo de instalaciones. Estaba fascinada. Y también muy interesada. Escogimos un fin de semana y Adam se encargó de alquilarla. Me dio pocos detalles, creo que en parte porque sabía que le iba a volver loco con preguntas sobre lo que íbamos a hacer si me contaba demasiado sobre las instalaciones de que disponía la casa. Lo que sí me dijo fue que se trataba de un lugar completamente privado, que ofrecía muchas oportunidades para gozar de diversión de la fuerte e incluso un jardín aislado al que podríamos salir si queríamos jugar en el exterior. Teniendo en cuenta que soy una persona que tiene cubierto todo el recorrido desde su casa al trabajo por las cámaras del circuito cerrado de vigilancia de tráfico, eso me dejó muy intrigada, al menos hasta que llegó el fin de semana.

Estaba nevando. Y no era una nieve de «lanzar bolas y beber chocolate y pasarlo bien», sino una nieve «medio derretida, helada, triste, en la que puedes resbalar y partirte el cuello de camino al trabajo y nadie te encontrará hasta el verano». Discutimos si ir o no, pero tras mirar la información sobre el tráfico decidimos que el viaje de dos horas para llegar hasta allí valía la pena, sobre todo porque era más probable que hubiera mejor calefacción en esa especie de chalet que en mi propia casa y porque la reserva que Adam había hecho para el fin de semana no era reembolsable.

Durante el viaje reinó una expectación nerviosa. No hablamos mucho porque Adam estaba concentrado en la carretera. Aunque las condiciones no eran demasiado traicioneras, con el mal tiempo son muchos los que conducen como idiotas, y al no conocer las carreteras era más prudente de lo habitual. Con el silencio mi mente se puso a divagar, y empecé a pensar en lo que estaba a punto de meterme, en cómo iría todo, si se trataría de una larga e intensa experiencia o más bien de una serie de momentos cortos y muy sensuales.

Encontramos la casa, escondida en el extremo de un tranquilo camino residencial (me pregunté si los vecinos sospecharían algo), tan aislada como nos habían prometido. Aparcamos el coche, recogimos la llave (escondida en una maceta al lado de la puerta..., las ventajas de estar fuera de la ciudad), y sacamos nuestras bolsas. Yo llevaba una bolsa de viaje bastante pesada, pero aparte de la ropa limpia para el viaje de vuelta a casa, el neceser y el cargador del móvil, solo contenía una serie de prendas y de piezas de ropa interior que no tenía ninguna intención de ponerme fuera de los confines del que iba a ser nuestro hogar en las siguientes cuarenta y ocho horas. La entré en la casa y me dediqué a curiosear por todas partes.

Cada habitación en la que entrábamos parecía tener alguna función perversa, como supongo que era de esperar. En el salón había una cruz de san Andrés colgada en la pared. Me dirigí hacia ella como

lo habría hecho en una exposición en una galería de arte. La contemplé fascinada mientras intentaba imaginarme cómo sería estar atada a ella, y comprobé lo sólida que era. Adam observaba con atención mis reacciones, quizá con demasiada atención para mi tranquilidad. Me tomó de la mano y tiró de mí hacia la escalera.

—Quizá después.

Noté que me ruborizaba, y él me sonrió. Le devolví la sonrisa; estaba segura de que podría divertirme con él en ese lugar y que, por intenso o duro que fuera el ambiente, Adam no iba a convertirse en un amo dominante extremo que me llevara más allá de lo que yo fuese capaz de soportar.

Probablemente me vino bien pensar eso antes de llegar a lo alto de la escalera, porque lo que se veía desde el rellano hizo que se me secara la garganta. Había tres puertas cerradas que conducían a otras tantas habitaciones, pero lo que atrajo mi atención fue la jaula, que se encontraba en el mismo rellano, con la puerta tentadoramente abierta y, dentro, un cojín y una pequeña manta encima.

Adam abrió la primera puerta y yo me obligué a mover los pies, a seguirle. Era un cuarto de baño con una bañera lo bastante grande para dos personas (vale, probablemente más de dos, pero sin duda suficiente para nosotros dos). La segunda puerta daba a un dormitorio enorme dominado por una cama con cuatro columnas de madera oscura y que incluía (no pude evitar fijarme) varias anillas de metal acopladas a intervalos a lo largo de las vigas principales, para prácticas de bondage. Dejamos las bolsas en el suelo y seguí a Adam cuando abrió la puerta de la tercera habitación. Apenas llegué a ver un montón de aparatos bastante parecidos a los de un gimnasio doméstico antes de que la puerta se cerrara con firmeza.

—Después —dijo de nuevo, y el suave beso que me dio en la nariz no encajaba con la mirada hambrienta de sus ojos, que yo ya conocía—. Vamos a subir el resto del equipaje.

Bajamos y de camino a la puerta principal descubrimos la cocina. Era la única estancia donde no había aparatos o juguetes, y lo que más me sorprendió fue lo bien equipada que estaba. Horno de acero inoxidable, campana extractora, superficies con mucho espacio para cocinar, una máquina de café y una licuadora. Eché un vistazo al horno. Toda la casa estaba como una patena, lo que me tranquilizó respecto a la higiene, pero la cocina estaba todavía más limpia que el resto de las habitaciones. Supongo que tenía sentido —¿quién iría a pasar un fin de semana en una casa como aquella para ponerse a cocinar un asado?—, pero aun así me pareció un desperdicio. Me di la vuelta y vi la cara de Adam. Cualquier idea sobre cocinar se me borró inmediatamente de la cabeza.

Estaba nerviosa y excitada, y le observé con cierta cautela mientras seguía en pie delante de mí. A la espera. Se había llevado dos bolsas a la casa. Había dejado la de la ropa limpia en la habitación de arriba. La otra, la de cuero negro y suave que yo había acabado conociendo tan bien, la que

contenía todos sus juguetes, la tenía agarrada con las dos manos.

Me estaba mirando fijamente. Se bajó la cremallera sin apartar los ojos de los míos y se sacó la polla. Me hizo un gesto para que me acercara. Le sonreí y di un paso hacia él, pero me detuve en seco cuando me gruñó:

—No. Arrástrate.

De repente, el silencio sonaba a un volumen ensordecedor. Sentí que el corazón se me aceleraba. Le miré con rabia, pero me puse a cuatro patas y me arrastré por el suelo de baldosas de la cocina. Me sentí un poco ridícula con los vaqueros y el jersey. Cuando llegué a su altura, tuve un momento de duda. Tenía su polla justo delante de la cara, pero no me atreví a metérmela en la boca sin su permiso. Alcé la mirada.

Se echó a reír, y me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Buena chica. Puedes chupármela.

Sentí que me sonrojaba de nuevo, avergonzada de que hubiera interpretado mi gesto como una solicitud de permiso en silencio, pero me di cuenta, con cierta sorpresa, de que eso era lo que había sido en realidad.

Lo acogí con suavidad en mi boca y se la chupé con calma. Adam gimió y se apoyó contra la encimera. Sus jadeos de placer cuando empecé a utilizar la lengua me ayudaron a recuperar un poco el orgullo. Recobré cierta sensación de poder al ver cómo Adam se abandonaba con los párpados temblorosos mientras disfrutaba de las sensaciones que le provocaba mi boca.

Pero no duró mucho. Abrió los ojos y, sin siquiera mirarme, apartó el cuerpo de la encimera. Me moví con él, pero él siguió retrocediendo lentamente hacia la puerta, hasta salir de la cocina.

No me había dicho que no lo dejara salir de mi boca, pero la pista que me dio al caminar tan despacio, y el hecho de que, sinceramente, yo no quería soltarlo, me hizo avanzar a cuatro patas detrás de él, aunque me sentí torpe y un poco rara. Me hizo atravesar el salón hasta llegar al pie de la escalera. Por un momento pensé que iba a subirla de espaldas, y me pregunté si una persona tan patosa como yo debía arriesgarse a subir una escalera mientras hacía una mamada (¿y si me resbalaba? En el mejor de los casos nos cortarían el rollo, y en el peor habría que ir pitando a urgencias). Me sacó de dudas cuando bajó una mano y me agarró del pelo. Me separó de su polla y me puso en pie. No pude evitar lanzar un pequeño grito.

Se dio la vuelta para subir la escalera, y me tiró del pelo para que le siguiera. El cuero cabelludo me dolía por los tirones mientras me apresuraba a seguirle hacia la sala de las perversiones. Apenas pude hacerme una idea de lo que había allí dentro porque me arrastró de inmediato hacia la ventana y una picota.

Lo primero que tengo que decir es que mucha gente llama cepo a la picota. Técnicamente —dice ella, sonando como una repelente total— es incorrecto. Estos aparatos se utilizaban como una forma

de castigo para criminales y malhechores. Se les colocaba en cepos (que les inmovilizaban los pies) o en picotas (para la cabeza y las manos), y quedaban expuestos a la vergüenza pública. A menudo les arrojaban restos podridos de comida, y los aldeanos se congregaban allí para burlarse de ellos. Era una especie de ceremonia sádica y entretenimiento para todos los públicos que satisfacía a todo el mundo menos al pobre diablo que estaba inmovilizado y que era el centro de atención. Estos artefactos me fascinan desde que me enteré de su existencia en las lecciones de historia medieval del colegio. Cuando estudiaba historia en el instituto, por las noches me quedaba en la cama pensando en elaboradas fantasías sexuales en las que yo estaba inmovilizada en una picota, y donde me humillaba y me follaba cualquiera que sintiera necesidad de hacerlo.

La picota era una de mis fantasías sexuales más antiguas. Se lo había comentado a Adam pocos meses antes, en voz baja y tartamudeando un poco, avergonzada no solo por lo obsceno de la escena, sino también por lo específica que era. Pero era una perversión que jamás pensé que llegaría a experimentar. Las había visto en algunos museos raros a lo largo de los años, pero hay pocas y son viejas. Los encargados de los museos no suelen dejar que las chicas de ojos ansiosos las prueben, y sinceramente, aunque dejaran, no es algo que una haría con tranquilidad en medio de un museo ni en la recreación histórica de una ejecución.

La que tenía delante parecía fabricada con una madera roja de aspecto resistente. Me pareció extrañamente hermosa, y pasé un dedo por la suave superficie barnizada sonriendo para mí misma. Adam levantó la parte superior, lo que dejó a la vista tres huecos curvos en la madera: uno grande, para el cuello, y otros dos de menor tamaño, uno para cada muñeca. Me agarró otra vez por el pelo y me colocó el cuello en posición. Dudé un momento y luego puse las manos en las hendiduras pequeñas, lo que le permitió volver a bajar la mitad superior y dejarme inmovilizada.

Lo primero que sentí fue una oleada de pánico; lo segundo, una tremenda sensación de lujuria. Adam colocó la pieza de madera que mantenía unidas las dos mitades, y quedé atrapada. Atrapada por completo, bajo la implacable madera de cerezo. Me costaba mover la cabeza por el peso que tenía sobre el cuello, así que mi campo de visión quedó limitado a mis pies y poco más. Estaba doblada por la cintura, una postura que no solo era incómoda sino que me hacía sentir increíblemente vulnerable. Tenía el culo en pompa y sentía sus ojos clavados ahí, una mirada lo suficientemente intensa como para hacer que me sintiera desnuda. Agradecí una barbaridad no estarlo. Todavía.

Dio la vuelta y se puso delante de mí, con la polla tan cerca de mi cara que mi respiración le daba de lleno. De repente comprendí por qué el poste de aquella picota era más bajo que otros tradicionales que había visto. Aquello hacía que mereciera la pena cualquier calambre que sufriera en la espalda debido a lo incómodo de la postura.

Dejó caer la bolsa de cuero en el suelo, justo en mi campo de visión. La abrió y empezó a rebuscar

en el interior, aunque lo hizo de tal manera que no pude ver qué había dentro, aparte de una cuerda, y supuse que no la iba a utilizar en esa situación.

Por fin sacó un pequeño cilindro plateado. Un vibrador bala, pensé en un primer momento, pero entonces le quitó la tapa. Un lápiz de labios. Apenas me maquillo, y casi siempre me basta con un poco de protector labial, salvo en las ocasiones especiales, en que puede que utilice brillo. No soy una mujer aficionada al lápiz de labios, así que eso me sorprendió un poco.

Hizo girar la base, y asomó la punta, de un intenso color rojo. Un rojo realmente rojo. Le miré con suspicacia, y en ese momento se puso en cuclillas delante de mí. Me apartó unos cuantos mechones de la cara y me besó suavemente en la frente. Fue un contacto tierno, tranquilizador. Por eso lo que hizo a continuación me desconcertó.

Me escribió algo en la frente con el lápiz de labios. Empecé a temblar, con la cabeza convertida en un torbellino de vergüenza. Estaba bastante segura de que había escrito algo horrible. Sin duda, en ese momento debía de tener un aspecto ridículo. También sentí una nada despreciable sensación de miedo ante la posibilidad de que hubiera comprado uno de esos lápices de labios de duración extrema que me dejaría marcada la frente con algo que tardaría siglos en borrarse. En mi creciente histeria me pregunté si tendría que cortarme el pelo para dejarme flequillo antes de ir a trabajar el lunes.

—¿Sabes qué pone?

Sacudí la cabeza, en parte para que el pelo me tapase la frente y él no pudiera ver la humillación que llevaba escrita, y en parte para responder negativamente a la pregunta.

—Pone «puta».

Se puso de rodillas otra vez, me levantó la cara poniéndome un dedo en la barbilla y me apartó de nuevo el pelo. Pero el ambiente de la estancia había cambiado. Ya no sentía ternura, solo la punzada de la humillación. La sensación creció y creció mientras me pintaba los labios con aquel color rojo intenso. Me pellizcó en la barbilla mientras me pintaba la boca en círculos una y otra vez. Para cuando terminó, debía de parecer un payaso. Notaba los labios hinchados y pegajosos, como si no fueran míos.

Dio la vuelta y se colocó otra vez detrás de mí, pero el alivio que sentí cuando desapareció de mi campo de visión apenas duró un segundo antes de que sus manos me rodearan la cintura, me desabrocharan los pantalones y me los bajarán hasta las rodillas junto con las bragas. Moví las piernas para intentar quitármelos del todo, pero Adam me dio una palmada en el culo como advertencia. La sensación de estar medio desnuda, de quedar expuesta de esa manera, me hizo sentir más vulnerable que si estuviera completamente desnuda, pero después noté un cosquilleo, había empezado a escribirme algo en el culo, y las piernas comenzaron a temblarme.

—Por si acaso te lo preguntas, pone «zorra».

Me invadió una oleada de furia. Volvió a ponerse delante de mí y, sin previo aviso, me agarró del pelo y acercó mi boca a su polla. Empujó dentro y me tiró del pelo hasta que llegó al fondo y tuve arcadas y no podía respirar. Yo movía los dedos desesperadamente, con las manos inmovilizadas en los pequeños agujeros en la madera, en un intento de liberar mi cuerpo y apartar a Adam de mí.

Se retiró rápidamente y me dejó contemplando su polla, manchada por el lápiz de labios y reluciente por mi saliva. Se acercó de nuevo, y abrí la boca, a la espera de que se metiera de nuevo en mí, pero en vez de eso señaló la línea hasta donde había llegado el lápiz de labios, unas tres cuartas partes de la verga.

—Vas a tener que esforzarte más —me dijo mientras me la metía otra vez.

Comprendí en qué consistía el juego, así que me esforcé por abrir más la boca y que consiguiera llegar a mayor profundidad, pero a los pocos segundos, el pánico apareció de nuevo y ya estaba atragantándome otra vez. Los ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Se retiró, y en el aire quedó colgando un hilillo de saliva desde mi boca hasta la punta de su polla. Cerré los ojos al verlo, y gemí débilmente de vergüenza. Bajó la mirada para ver qué me incomodaba, y se movió despreocupadamente hacia delante para limpiarse en mi mejilla; luego volvió a comprobar dónde estaba la marca roja. Mantuve los ojos firmemente cerrados porque no quería darle la satisfacción de ver que la humillación me parecía tan intensa que estaba a punto de echarme a llorar. Sentí un gran alivio cuando lo dejó pasar. De momento.

—Eso ha estado mejor, pero todavía no has llegado. Un último esfuerzo. Vamos, cariño.

Sus palabras fueron un acicate. Inspiré profundamente justo antes de que me la metiera de nuevo en la boca. Contuve las arcadas al mismo tiempo que intentaba sofocar el pánico creciente por no poder respirar, y de algún modo, a pesar del extraño ángulo de entrada y de mis nervios, su polla se deslizó por completo dentro de mi boca. Adam soltó un fuerte gruñido y yo sentí una oleada de orgullo. Me quedé completamente quieta, intentando respirar por la nariz, que estaba hundida en su ingle. Lo logré durante unos segundos, hasta que sentí que me asfixiaba de nuevo. La sacó y volvió a limpiarse la saliva y el resto de los fluidos en mi cara. Cuando se acercó a la mejilla, vi que la marca del pintalabios había llegado al final de su verga. A mi espíritu competitivo le pareció que aquello era una victoria, algo ridículo teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba, pero supongo que hay que alegrarse de las victorias por pequeñas que sean. Traté de no pensar en el aspecto tan asqueroso que debía de tener mi cara en esos momentos.

Comenzó a meterla de nuevo en mi boca, con fuerza. Me agarró del pelo con las dos manos y me levantó la cabeza todo lo que la picota se lo permitió, manteniéndome así para poder meterla y sacarla imitando el ritmo con el que solía follarme. A veces me atragantaba y me ahogaba, pero la mayoría de las veces llegaba al fondo de la garganta, hasta que la sacó de repente y empezó a

menearse muy rápido delante de mi cara. Le conocía lo bastante como para saber cuándo se acercaba al orgasmo, y me sentí frustrada y enrabada cuando por fin se corrió con un gruñido bajo y profundo. Cerré los ojos, pero no pude hacer nada para impedirle que se corriera en mi cara y en mi pelo.

Cuando abrí los ojos, se la estaba metiendo en los pantalones sin dejar de mirarme. Bajó una mano y abrió la picota. Me puse en pie con lentitud y extendí un poco los brazos para aliviar el dolor de los hombros. Me sentía confusa. ¿Eso era todo de momento? Pero en ese mismo momento me agarró del pelo, aunque procurando no mancharse de leche, y me sacó de la habitación hasta el pasillo. Me permitió quitarme los pantalones y las bragas —por fin— mientras caminaba, y también me quitó la blusa y el sujetador al mismo tiempo y sin miramientos. Noté que me caía un poco de leche de la barbilla en los pechos mientras le seguía. Me llevó a la jaula.

Nos quedamos mirándola un buen rato. Las jaulas y las celdas me intrigan desde hace mucho, desde la época en que me fascinaba lady Marian, a quien mantenían prisionera Guy de Gisborne y el sheriff de Nottingham en su lucha incesante contra Robin Hood. Pero ahí de pie delante de una jaula, sabiendo que Adam esperaba que yo me metiera a rastras, me puse nerviosa. De repente, entrar allí gateando me pareció como saltar a un precipicio. Hacerlo por voluntad propia. Le miré, observé cómo contemplaba la jaula, y me pregunté qué estaría pensando. Un instante después, me miró a mí, y el breve momento de descanso pasó.

Me tiró del pelo en dirección a la jaula a la vez que la señalaba con un gesto de la cabeza. Me puse lentamente de nuevo a cuatro patas y solo me detuve un momento para tratar de calcular el mejor modo de entrar y ponerme cómoda.

No era una jaula grande. En el punto más alto tendría unos ciento veinte centímetros, el largo y el ancho eran un poco más cortos. Los barrotes eran gruesos y parecían de un acero inoxidable muy sólido. Había espacio para meter un par de dedos entre ellos, pero nada más.

Abrió la puerta, arrojó el cojín al interior, y luego me empujó con el pie hacia la entrada. Me giré un poco para entrar de espaldas, de cara a él, en un intento por mantener el decoro y para que no viera directamente cómo de húmeda me había puesto lo que me había hecho en la picota.

Entré casi a rastras, me coloqué el cojín bajo las manos y las rodillas, y esperé a ver qué me haría a continuación. No fue mucho. Se limitó a cerrar y a echarle la llave a la puerta, luego se dirigió hacia la escalera.

—Llámame si necesitas algo.

Eso me dejó un poco confundida. Era bastante obvio que lo que necesitaba, más que nada, era una oportunidad para correrme. ¿No se refería a eso? ¿Quería que se lo pidiera? ¿O quería que me quedara callada y a la espera? ¿Cuánto tiempo iba a esperar... yo?

Me quedé arrodillada durante unos minutos, tenía la certeza de que volvería con algún chisme de

su bolsa de los juguetes, que me haría algo más, que continuaríamos con aquello. En vez de eso, le oí entrar en la cocina y abrir y cerrar la puerta del frigorífico. Después encendió la televisión. Estaba claro que pensaba dejarme allí un buen rato. Aquello me enfureció: la idea de que me utilizara y luego se limitase a dejarme encerrada hasta que estuviera preparado para hacer más guarrerías, como si no fuera más que un juguete. Sin embargo, cuanto más pensaba en eso, más húmeda me ponía, lo que me dejó tan confusa como excitada. Me tumbé hecha un ovillo, fijé la mirada en el extremo superior de las escaleras y disfruté de la paz y la libertad del momento. Sé que parece una locura, pero había algo muy relajante y liberador en aquello. El pasillo era un lugar cálido, y con el cojín estaba cómoda. Me di cuenta de que estaba mirando los barrotes y alargué una mano para tocarlos.

Tras un rato, cerré los ojos y reviví lo que había ocurrido, cómo me había sentido estando en la picota, y me sonrojé un poco por lo mucho que me excité, incluso con toda la rabia y la vergüenza que me habían invadido. La adrenalina de la intensidad del acto, cómo me había follado la boca, la humillación, todo eso empezó a disiparse y comencé a sentirme somnolienta en la calidez del pasillo. Me adormecí, satisfecha de no tener nada más que hacer, de no tener ningún sitio adonde ir. Estaba literalmente tendida allí a la espera de que Adam volviera para así tener más sexo pervertido. No es que quisiera que aquello se convirtiera en el centro de mi mundo, pero durante ese ratito, había sitios peores en los que estar.

Me sobresaltó cuando abrió la puerta. No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido, pero no le había oído subir la escalera. Me indicó con un gesto que saliera, me ofreció el brazo para ayudarme a ponerme en pie, y luego me acompañó muy atento a bajar la escalera; tenía las piernas entumecidas después de tanto tiempo encogida. Le seguí con cierto nerviosismo, con timidez y muy consciente de que tenía la cara manchada de su leche seca y de lápiz de labios.

El corazón se me aceleró cuando vi lo que tenía delante. Había trasladado la cruz de san Andrés al centro del salón, y al lado estaba su fusta. Me sorprendió verla. Cuando llegó a la casa con las dos bolsas, supuse que había traído algo más, porque la fusta no cabía en ninguna de ellas. Debía de tenerla escondida en algún lugar del coche y la había sacado luego. Mierda.

Le miré a la cara. No había humor en sus ojos, solo una expresión severa y calculadora, como si me estuviera evaluando para algo en concreto. Me pregunté por un momento, preocupada, si pensaba que no iba a dar la talla. Había pasado mucho tiempo desde que me habían hecho daño de verdad. Adam se centraba mucho más en la psicología y la humillación que en el dolor. Solo había utilizado la fusta conmigo una vez; me había azotado unas cuantas veces más, aunque bromeaba diciendo que se le cansaba la mano antes de que yo empezara siquiera a sentirme incómoda. Al parecer, mi

reputación como puta del dolor seguía intacta.

Me dio la vuelta para que quedara frente a la cruz, me puso esposas en las muñecas y los tobillos, y me quedé con los brazos y las piernas abiertas.

Intenté prepararme para el dolor, consciente de que si quería darme algo más que unos simples azotes autoritarios, me dolería. Pero se estaba tomando su tiempo. Me pasó el extremo de la fusta por la espalda, de arriba abajo, y luego entre las piernas, y se rió cuando di un respingo. Dejó la fusta ahí durante unos segundos aterradores. Los músculos de los muslos se tensaron cuando intenté cerrar las piernas, pero no pude, claro. Créeme: si en ese momento hubiera podido cerrarlas, lo hubiera hecho. Retiró la fusta.

—Está empapada de tus fluidos. Bueno, supongo que eso contesta a la pregunta de cuánto disfrutaste de la picota y de la jaula.

Me sonrojé. Tenía razón. En otro tipo de contexto (probablemente más tarde, con té y unas galletas), podría admitir lo que los dos ya sabíamos: que me trataran así, que me hicieran daño, que me humillaran, que me encerraran, me ponía increíblemente cachonda. Incluso podríamos hablar de un modo racional sobre qué era más excitante, qué representaba un mayor desafío. Pero en ese momento, no. En ese preciso momento, pendiente de su voz autoritaria e implacable, me sentía avergonzada, tímida y curiosamente furiosa por cómo le divertía que todo aquello me excitara. Aunque yo estaba realmente húmeda, y los dos estábamos disfrutando de aquello, me daban ganas de fustigarlo un poco.

Pero no era yo quien iba a utilizar la fusta.

—Vas a contar desde cincuenta para abajo.

¿Qué? Mierda. Fue entonces cuando comenzó el terror. La fusta producía un dolor muy intenso. La única vez que la había utilizado conmigo no había recibido ni de lejos cincuenta golpes. No estaba segura de poder soportarlo. Quizá incluso me vendría bien tener los tobillos inmovilizados con las esposas. Un momento después me invadió una oleada de optimismo. Quizá se refería a que quería que contara desde cincuenta para abajo antes de empezar a azotarme, quizá estaba jugando con mi mente, quizá...

Primer golpe en pleno culo. Joder. Vale. La adrenalina empezó a llenarme de nuevo las venas. Bien. Hagámoslo.

—Cincuenta.

Me golpeó otra vez. Y otra. Y otra. Y otra.

Los primeros diez fustazos dolieron un poco, pero estaba claro que se estaba conteniendo. Comencé a pensar que si iba a mantener ese nivel de dolor podría soportarlo.

Por supuesto, no fue así. Soy idiota, pero está claro que soy una optimista incorregible.

Los siguientes diez me dolieron bastante.

Los siguientes cinco me hicieron gritar.

Los siguientes cinco me hicieron llorar. Las lágrimas bajaban por mis mejillas de tal manera que, después me di cuenta, el panorama de mi cara aún debía de ser más desastroso, aunque en ese momento bastante tenía con soportar los golpes.

Los últimos fustazos fueron un enorme desafío. Me golpeaba cada vez con más fuerza. La fusta atravesaba el aire con un sonido sibilante que me llenaba de miedo. Tenía el culo y los muslos ardiendo, y cuando no decía los números con la rapidez suficiente debido a los sollozos, me obligaba a repetirlos. Una y otra vez si hacía falta. Para cuando terminó, probablemente había recibido unos setenta fustazos.

Cuando por fin llegué al número uno, mi cuerpo se estremeció de alivio. Adam se apresuró a liberarme de las esposas y me tendió con cuidado en el suelo, para que no tuviera que apoyar mi trasero herido. Se sentó a mi lado, me puso la cabeza en su regazo y empezó a acariciarme el pelo mientras dejaba que la reacción me atravesara igual que una tormenta tropical, tanto por la intensidad como por la velocidad con que había pasado.

Me susurró al oído mientras yo recuperaba el aliento, y su voz me calmó. Me dijo lo maravillosa que era, lo complacido que estaba conmigo por haber soportado tan bien la flagelación y haberlo hecho por él. El aspecto tan hermoso que tenían las marcas de mi culo. Lo orgulloso que estaba de mí. Lo mucho que le impresionaba mi valentía. Sus palabras me llenaron de ánimo, me tranquilizaron, lo mismo que las endorfinas que me recorrían el cuerpo y el alivio no solo de haberlo soportado, sino de haberlo hecho bien. Respiré con más lentitud. Me calmé. Y de repente no era más que una mujer con un aspecto realmente descuidado, un culo agradablemente caliente y un coño increíblemente húmedo.

Me sonrió.

—¿Te gustaría correrte ahora?

Asentí rápidamente, y noté que me sonrojaba un poco por mi entusiasmo.

—Sí, por favor.

Me ayudó con suavidad a ponerme en pie. Me tomó de la mano y me llevó de vuelta al dormitorio.

Me tendió en la cama y empezó a besarme de un modo apasionado. Nuestras lenguas se entrelazaron y nuestras manos estaban en todas partes. La dinámica había cambiado, era más juguetona. Ese era el Adam que yo conocía: todavía con momentos de peligro, pero casi siempre encantador, sensual. Cariñoso. Se apartó un momento para sonreírme y vi la mancha roja que le rodeaba la boca. Recordé el lápiz de labios de mi propia cara. La habitación tenía un espejo enorme en cada pared y en el

techo. Lancé una mirada furtiva hacia el que estaba más cerca y gemí en voz baja cuando vi las manchas rojas, la leche seca y las letras medio borradas de «puta» escritas al revés en mi frente.

Siempre he pensado que los espejos son un poco demasiado Mansión Playboy, pero en esa habitación se tenía una visión de 360° de casi todo, y eso me gustaba, aunque era difícil hacer caso omiso de los detalles que me molestaban (como mi frente manchada), al menos hasta que Adam empezó a desvestirse. Por fin había comenzado a quitarse la ropa y me dejó ver su polla tiesa, y luego su culo, cuando se agachó a sacar un condón de su bolsa.

Cuando por fin estuvo desnudo y preparado, me hizo poner a cuatro patas y se metió dentro de mí desde atrás. Solté un largo gruñido de placer cuando empezó a follarme con fuerza. Después de tanto juego previo y de tantas experiencias intensas, estaba más que preparada para aquello.

Me agarró del pelo y lo utilizó para hacer palanca. Tiraba de mí hacia él con la misma rapidez con la que se metía dentro de mí. Sus empujones me provocaban una combinación paradójica de dolor y placer. El culo y los muslos todavía me escocían por los fustazos, y cada vez que él se estrellaba contra ellos me asaltaban nuevas oleadas de ardor doloroso en los verdugones, pero eso iba unido al placer de sentirlo dentro. Era una sensación increíble.

Me tiró de la cabeza hacia atrás para que la levantara y eso me hizo arquear la espalda, lo que significó que pude verme otra vez en el espejo. Me sonrojé por el desastre mugriento y lascivo en el que Adam me había convertido, y me quedé asombrada por la lujuria que se veía en mis ojos y la sonrisa de felicidad en mi cara. La expresión que vi en mi cara me hizo reflexionar un momento; el espejo me ofrecía una comprensión poco usual del aspecto que tenía durante mi propia sumisión. Me sorprendió ese aire tan feliz, tan despreocupado, y en cierto modo me vi también más joven y libre de lo que pensaba.

El movimiento a mi espalda me devolvió de repente al presente. Miré a Adam, mi atormentador, mi cómplice en el delito, el hombre que había hecho discretamente todo lo posible para que se cumplieran muchas de mis fantasías más antiguas. Le observé mientras follábamos, y disfruté de su expresión concentrada y de la lujuria en su mirada mientras le sentía deslizarse dentro y fuera de mí.

Al cabo de un rato, salió del todo, me tumbó de espaldas y empezó a follarme otra vez. Su peso me presionó el culo contra las sábanas y, con nuestro movimiento, los verdugones rozaron contra la suave superficie de algodón, lo que me provocó más dolor, pero en ese momento ya no me importaba. Estaba concentrada en mirarle a él por encima del hombro, a su reflejo en el espejo. Le vi entrar y salir de mí, vi el punto donde los dos nos uníamos de un modo tan íntimo.

La combinación entre dolor, placer y vernos reflejados en los espejos me acercó tanto al orgasmo que los muslos me temblaban por el esfuerzo de contenerlo. En mi pequeño espacio de sumisión, sentí que era algo que, más que nunca, debería pedir. Así lo hice, y mi voz me sonó desesperada incluso a mí. El alivio que sentí cuando me dijo «por supuesto» fue casi tangible.

Me corrí. Intensamente. Cuando dejé de temblar, se quitó de encima de mí y se quedó tumbado a mi lado mientras me recuperaba. Me acarició el brazo con la mano, lo que creó un momento de conexión que por fin me ayudó a regresar a tierra.

En cuanto mi respiración se calmó, me volví hacia sus brazos, pero al hacerlo le vi la polla: tiesa y cubierta de mis fluidos.

Sé que me había utilizado para su placer y que me había dejado encerrada e insatisfecha en la jaula, pero estaba claro que yo era mucho más amable que él y no quería que se quedase insatisfecho. Vale, su polla tenía un aspecto muy tentador y yo estaba deseando que se corriera en mi boca. No soy tan desinteresada. Le miré a la cara, para saber si ya no tenía más planes y no iba a impedirlo. Me sonrió y se colocó las manos detrás de la cabeza, una indicación silenciosa de que no me iba a interrumpir. Me tocaba jugar a mí.

Aunque sabía que Adam había disfrutado con las cosas que habíamos hecho esa tarde, también sabía que él se había esforzado mucho por hacerlas por mí, porque sabía cuánto deseaba yo probarlas, y eso me llenaba el corazón. Quería hacer algo por él, algo que le gustase.

Me deslicé hacia abajo en la cama y me la metí en la boca, y si bien cuando me encerró en la jaula me esforcé por ocultarle mi excitación y mi sensación de indignidad, en ese momento disfruté de ellas, se las mostré por completo. Me coloqué de tal manera que pudiera verme el culo enrojecido y dolorido mientras se la chupaba, para que no solo viera lo húmeda que estaba, sino cómo el hecho de chupársela me ponía más húmeda todavía.

Por el momento la tromba de violencia y maltrato había pasado. No me folló la cara ni me mantuvo agachada la cabeza. Se quedó tumbado, mirándome fijamente —tengo la sospecha que de vez en cuando miraba el espejo que tenía enfrente—, durante todo el rato que se la chupé. Me entregué con ansias a la tarea, lo acogí todo lo que pude en la boca, y logré que llegara hasta el fondo de la garganta sin ayuda, sin necesidad de que él empujara. Cada vez que lo hacía, sonreía, porque él gruñía de placer. Me encantaba la sensación de notarla palpitante en la boca. Por fin, cuando se corrió, me tragué hasta la última gota. Entonces, y solo entonces, volví a sus brazos, le di un beso en el pecho y me quedé dormida.

Cuando me desperté, espabilada por el movimiento de Adam al separarse de mí, la habitación estaba casi completamente a oscuras. Me quedé tendida disfrutando de la calidez del edredón un rato más antes de levantarme para echar un vistazo. Descubrí que estaba en el cuarto de baño, con el pelo húmedo por la ducha que se había dado, y me estaba preparando un baño caliente. Me ayudó a meterme en la bañera, me dio un beso suave y se apartó con una sonrisa cuando suspiré de placer al sentir que el agua tibia mitigaba el dolor y el escozor.

Salió para vestirse, y volvió con mi neceser, donde tenía el champú y el gel de baño, y también con

el periódico que había metido en mi bolsa por si tenía uno de esos escasos momentos de paz. Se arrodilló al lado del baño, volvió a besarme y me dijo que iba a encargarse de la cena y que me relajara con el baño caliente antes de vestirme y bajar a comer.

Estaba exhausta y extasiada, y quería disfrutar del sencillo placer de un baño después de la intensidad de todo lo que había pasado, así que hice un gesto de asentimiento y sonreí cuando se inclinó hacia mi oído para hablarme en susurros.

—Más vale que no te olvides de limpiarte bien toda esa porquería que tienes en la cara y en el culo.

Salió silbando del cuarto de baño. Le hubiera tirado el periódico, pero entonces me habría quedado sin nada que leer.

Después de leer unos cuantos artículos, me enjuagué bien toda la espuma con la clase de ducha prolongada y lujosa que nunca te das en casa por si acaso te quedas sin agua caliente, y luego me puse los pantalones y un jersey y bajé al salón.

—Llegas en el momento justo —me dijo desde la cocina—. Ponte cómoda en el sofá. Enseguida llevo la comida.

Había encendido la chimenea y echado las cortinas, y la televisión parpadeaba al fondo. Me senté en el sofá de cuero negro (seguramente más fácil de limpiar, aunque en ese momento no quise pensar en ello), y vi que Adam entraba descalzo en el salón con un plato en cada mano. Los colocó con una floritura, y me eché a reír al ver sobre los platos dos envoltorios de comida para llevar con pescado y patatas fritas, además de guarnición de puré de guisantes para mí. Entró otra vez en la cocina y volví con los cubiertos, la sal y una botella de champán con dos copas. Luego tocó unos cuantos botones del mando a distancia y en la pantalla apareció la imagen de comienzo de una serie. Me reí al ver que se había acordado de traer los capítulos de *The Shield: al margen de la ley* que todavía no habíamos visto.

Nos comimos el pescado y las patatas en el papel de envolver y bebimos champán acurrucados el uno contra el otro mientras charlábamos de nuestras cosas. Fue divertido, encantador, sencillo y, después de la intensidad de todo lo que había ocurrido, perfecto. Lo último que pensé antes de quedarme dormida fue lo alegre que me sentía y lo agradecida que le estaba a Adam por su rudeza y su amabilidad.

Pasamos buena parte del resto del fin de semana follando como conejos. La nieve que había caído dejaba claro que fuera hacía demasiado frío para jugar en el exterior, lo que me disgustó bastante. Pero lo hicimos en la bañera (y fue más difícil de lo que me imaginaba, y no solo por toda el agua que se salió de la bañera y hubo que limpiar después) y delante del fuego (un poco como en las

películas porno de los años setenta, pero lo cierto es que fue muy bonito). Volvimos a la picota, donde tuve un orgasmo tremendo mientras estaba inmovilizada, aunque nos dimos cuenta de los problemas prácticos que suponía una mujer a la que las piernas se le quedan completamente flojas y se mantiene sujeta únicamente por el cuello y las manos. El placer resultó menos atractivo cuando Adam tuvo que sostenerme para impedir que me asfixiara por accidente. También jugamos a médicos en una silla con unas cinchas para pies y manos que no eran las homologadas por las autoridades sanitarias. Me ató a la cama, y me metió en una jaula que había debajo y que descubrimos la segunda noche, aunque se apiadó de mí y me dejó volver a la cama para dormir de verdad con él debajo del edredón. Me encantaba dormirme en sus brazos, pero deseé que tuviéramos más tiempo para experimentar más. Para experimentarlo todo.

Vimos unos cuantos episodios más de *The Shield: al margen de la ley* cuando necesitamos descansar del sexo duro. Me pareció increíble que me hubiera perdido una serie tan buena y con tantos episodios. Preparé el típico desayuno inglés. Adam hizo fajitas con una salsa casera tan rica que me dejó extasiada. Bebimos té. Leímos la prensa. Aquellos pequeños momentos de cohabitación surgieron con naturalidad, de un modo cómodo y maravilloso. Lo preocupante era que parecía un poco el comienzo de una verdadera relación, algo que ambos habíamos comentado que no queríamos tener. Mi monólogo interior intentó avisarme, pero prácticamente no le hice caso.

Y en un momento de descuido, el domingo por la mañana metí la pata. Había hecho el desayuno y lo llevaba a la mesa mientras Adam hacía sitio entre los montones de periódicos y de suplementos.

—Es curioso, esto es lo mejor de una relación, estos momentos de vagancia con los periódicos, cuando estás cómodo sin apenas hacer nada.

Levantó la vista del suplemento deportivo y me di cuenta de repente de mi paso en falso. Volví a la cocina a por los cafés balbuceando con desesperación para intentar quitarle importancia a lo que acababa de decir.

—Bueno, está claro que nosotros no tenemos una relación. Los dos acordamos que esto iba a ser algo sin compromiso.

Dejó el periódico en la mesa y tomó la taza de mi mano. Me besó con suavidad mientras lo hacía.

—Tienes razón, dijimos que esto iba a ser algo informal.

Mierda. Dejé mi café en la mesa y me apresuré a ir a buscar la salsa de tomate para disponer de unos segundos con los que recomponer el gesto antes de volver a la mesa.

Mientras iba hacia la cocina, Adam habló.

—Pero a mí esto no me parece informal. Relajado, sí. Divertido, sin duda. Pero creo que ya es algo más que simplemente informal, ¿no te parece?

Le miré durante un largo momento antes de contestar. Estaba segura de que no se trataba de una

pregunta con trampa, pero tardé un instante antes de contestar.

—Sí.

Me sonrió.

—Entonces, ¿nos comportamos como quien tiene una relación? ¿Como compañeros o novio y novia o como lo quieras llamar?

Asentí.

—Vale. Bueno, y ahora que ya tenemos eso solucionado, ¿podemos desayunar? —me preguntó; no parecía preocupado por la demente que le sonreía de oreja a oreja con un bote de tomate en las manos.

Asentí de nuevo.

—Muy bien, pues adelante. Cómete el desayuno.

Y eso hice. Después de todo, iba a necesitar todas mis fuerzas para lo que quedaba del fin de semana.

Así pues, estábamos saliendo oficialmente. Digo «oficialmente» pero no es que lo anunciáramos, ni que eso cambiara mucho la situación. Pasábamos más fines de semana juntos, los que nos permitía nuestra ocupada vida social y familiar, pero por lo demás continuábamos viéndonos, follándonos como posesos siempre que teníamos el tiempo y la intimidad suficientes para hacerlo, enviándonos correos electrónicos y mensajes de móvil sobre política y televisión, y chateando varias veces al día sobre nuestro día a día.

No había dramas ni complicaciones, no me preocupaba que Adam llamase o no llamase, no me preguntaba si quería decir lo que había dicho, porque él era tan directo que incitaba a devolverle una sinceridad similar. Hablábamos de cualquier cosa: de la familia, los problemas en el trabajo (incluida una época bastante difícil en la que, como muchos en la industria periodística en los últimos años, estuve a punto de quedarme sin empleo), y de cómo queríamos vivir nuestras vidas. Además, hablábamos de sexo con más franqueza de lo que nunca antes lo había hecho con nadie. Lo sé, ¡ten cuidado! No es que yo fuera precisamente una persona retraída a la hora de hablar de ese tema.

Sin embargo, fue liberador tener novio (aunque llamarlo así parecía de adolescentes y decir «compañero» sonaba hippy) que no solo era comprensivo con mi manera de vivir la sexualidad, sino que además disfrutaba con ella. Le encantaba que le contase lo que me excitaba, en qué pensaba cuando me tocaba por la noche a solas en mi cama. Y yo se lo contaba todo. Las cosas que me hacían sonrojar. Las cosas que me excitaban. Esas fantasías tan oscuras que probablemente nunca sería capaz de realizar en la vida real, pero que bajo el manto de la oscuridad podíamos susurrarnos, tranquilos porque sabíamos que no nos juzgaríamos el uno al otro, y seguros de que nos parecería tremendamente excitante. Después de haber pasado tanto tiempo de mi vida preguntándome si alguna vez encontraría un chico que no se asustara de lo que algunos considerarían una sexualidad siniestra (aunque sigo creyendo que soy una persona bastante relajada en la escala de la pornografía, lo que pasa es que no somos muchos los que hablamos de ello con tanta libertad), era maravilloso poder disfrutar de ese tipo de cosas con Adam, y luego volver a ver juntos *Homeland* en DVD, hacer tortitas de formas divertidas o jugar al Scrabble hasta la madrugada.

Habíamos creado una rutina, y eso era algo que me encantaba. Y entonces un día, poco antes de las vacaciones de Pascua, recibí una llamada de teléfono de mi madre. Estaba llorando. Mi madre es una persona que nunca llora por cosas de la vida real. Lloro con los anuncios, o con esas horribles películas hechas para la televisión que ponen en Canal Cinco después de comer, que tratan sobre padres alcohólicos o niños enfermos de cáncer, pero en la vida real es una de las mujeres más duras y fuertes que conozco.

Se había caído mientras limpiaba las hojas acumuladas en los canalones del agua y se había roto la rodilla. La iban a operar de urgencias, pero no estaba segura de lo que iba a suceder después.

Normalmente no hubiera habido problema. Mis padres llevan casados casi cuarenta años y se adoran. Pero esa misma mañana mi padre se había marchado a un viaje de negocios de una semana a Hong Kong. Había tardado meses en organizarlo. Por lo general, mi hermano les hubiera podido echar una mano, entre otras cosas porque vivía más cerca, pero tenía un traslado de trabajo de un mes a Estados Unidos para conseguir un ascenso. Mi madre, que toda su vida había tratado de no ser una molestia para nadie, estaba angustiada por la idea de tener que pedirle a cualquiera de ellos que cambiara sus planes.

Estoy muy unida a mi familia más cercana. No había duda en cuanto a lo que haría. Por suerte, hacía ya algún tiempo que había reservado un fin de semana largo, y me debían un montón de horas extra (además tengo un jefe de redacción bastante enrollado) que con unos cuantos ajustes me permitieron acumular nueve días libres seguidos para viajar a casa de mis padres. Corrí a casa para coger algo de ropa, el neceser y mi ordenador portátil, solo me detuve lo justo para telefonar a mi padre y a mi hermano y decirles que mamá estaba bien y que yo iba de camino al hospital para estar con ella cuando se despertara de la operación. También llamé a Adam para decirle que nuestros planes obscenos para el fin de semana quedaban pospuestos. Y luego me marché.

Lo que tienen las operaciones es que hay que pasar mucho tiempo esperando. Entré en el hospital hecha un manojo de nervios y resultó que a mi madre aún le quedaban unas cuantas horas para salir del quirófano. Me senté en la sala de espera y atendí llamadas de preocupación, cada vez más nerviosa, hasta que por fin alguien vino para decirme que ya había salido del quirófano. Creo que creyeron que estaba a punto de darme un ataque de ansiedad, porque me dijeron que en cuanto mi madre se despertara de la anestesia y estuviera en la sala donde iba a pasar la noche me dejarían entrar a verla, y eso que ya había pasado la hora de visita del hospital.

Verla fue un verdadero alivio. De repente me di cuenta —como solo te das cuenta cuando sucede algo como esto— de que, a pesar de que algunos días me sentía tan inmadura que no sabía ni qué cenar, mis padres y yo estábamos envejeciendo y llegaría el día en que ya no estarían junto a mí. Le agarré la mano, y ella me sonrió adormilada. Estaba pálida y demacrada pero tenía el suficiente

brillo en los ojos como para disipar todos mis temores. La besé con cariño y luego me marché a casa de mis padres para hacer la ronda de llamadas a familiares y amigos con las últimas noticias sobre su estado (por una vez habría deseado que mi madre tuviese una cuenta de facebook solo para que todo eso resultase más fácil). Preparé una maleta para llevársela por la mañana y comencé a organizarlo todo para que se sintiera cómoda cuando regresase a casa.

Volvió a casa antes de lo que yo esperaba. Podría decirse que demasiado pronto, y aunque no puedo quejarme del trato que recibió el tiempo que estuvo en el hospital, sí parecía que estuviesen ansiosos por sacarla de la cama y poner a otra persona en su lugar. Dos días después de la operación le ayudé —ay, muy, muy despacio— a entrar en mi coche, con las muletas, y la llevé a casa conduciendo con mucho cuidado y maldiciendo cada bache que hacía que el coche se moviera de tal forma que le sacudía la rodilla y le hacía estremecerse de dolor. Le dolía mucho, y tomaba cinco tipos de medicamentos cuatro veces al día. Le dolía si caminaba, si estaba sentada, no podía echarse en la cama sin ayuda. Pasó de estar irritada por tener que necesitar ayuda a mostrarse llorosamente agradecida porque sabía que no podía hacerlo sin mí.

En los difíciles primeros días tras su operación nos convertimos en el centro del mundo la una para la otra. Dormía a su lado, para poder ayudarla a levantarse y acompañarla al baño si necesitaba ir en mitad de la noche. Me despertaba cuando ella lo hacía, me iba a la cama cuando ella se iba (aunque yo no dormía, el sueño no llegaba fácilmente), le preparaba la comida, le ayudaba con las pastillas, soportaba sus cambios de humor, enjugaba sus lágrimas, la tranquilizaba cuando se preocupaba por algo que había ido mal. Todo era estresante y agotador, y no lo digo para darme importancia. Lo único que aquella semana me enseñó fue que yo no tenía madera de enfermera, ni siquiera con una persona a la que quería. Soy demasiado impaciente y me desanimo con mucha facilidad, Además, la falta de sueño me estaba volviendo loca.

No tenía tiempo para diversiones ni entretenimientos. Incluso mi obsesión por los temas de actualidad se relajó, y me sorprendía leyendo el periódico a las diez de la noche, si es que llegaba a leerlo. Hablé por teléfono brevemente con Adam solo un par de noches porque me di cuenta de que le explicaba con tal lujo de detalles las dificultades de ayudar a mi madre a ir al baño y controlar el horario de sus medicamentos que decidí que era mejor no agobiarle más con esos asuntos, entre otras cosas porque tenía que ir a trabajar, de fin de semana, y continuar con su vida normal. Además, si soy sincera, me asustaba lo mucho que me tranquilizaba el mero hecho de oír su voz. No le contaba todo esto para que me ayudase. Yo debía ser capaz de hacerlo sola. Bueno, al menos así razonaba yo.

Razonaba con el culo.

Con el paso de los días las cosas fueron cada vez más fáciles. Mi madre comenzó a hacer progresos. Se sentía más segura de pie. Cada vez bajaba y subía las escaleras con las muletas más rápido. A medida que iba curándose, el dolor se hizo un poco más llevadero, y ella era cada vez más

la misma de siempre. Recobró el apetito, así que yo ya no me sentía tanto como un concursante de *Masterchef* que después de largas horas de trabajo ve como todas sus creaciones culinarias acaban en la basura tras un par de bocados. Y entonces mi padre regresó a casa, y la mirada de alegría y alivio en el rostro de mi madre fueron evidentes.

Cuando cargué mis cosas en el coche y regresé a casa lista para mi vuelta al trabajo, estaba exhausta. La tensión no había disminuido, aún me sentía mal por mi pobre madre. Y cuando crucé la puerta y me encontré con los platos de hacía nueve días todavía en el fregadero y la ropa del trabajo esperando en la lavadora, el corazón me dio un vuelco. Conseguí poner orden, me fui a la cama a la una de la madrugada y empecé mi turno de trabajo a las siete de la mañana maldiciéndome por ser una idiota desorganizada.

Por supuesto, las cosas mejoraron. Nunca antes había tenido unas vacaciones en las que volver al trabajo fuese un alivio, pero en este caso lo fueron. Cuando regresé a la rutina del trabajo, el estrés que sentía casi desapareció. Pero me había sucedido algo extraño durante esos días, y aún no había podido averiguar cuándo, cómo ni por qué, pero estaba empezando a preocuparme.

Soy una persona muy sexual. Este libro es una buena muestra de ello, incluso con la salvedad de que trata principalmente de mi vida sexual en vez de todas las demás cosas que hago (podría escribir un libro sobre mi pasión por el té, hacer sudokus o ver las reposiciones de *The Big Bang Theory*, pero no tendría el mismo atractivo). Desde que comencé a ver a Adam nos las apañábamos para tener sexo más o menos dos veces al día cuando estábamos juntos, a menudo incluso más. Pero cuando no estaba saliendo con el único hombre que he conocido que pudiera seguir mi ritmo en ese frente, yo tenía una rutina. Cada noche, antes de dormir, tenía un orgasmo acostada en mi cama. Hay quien se toma un vaso de leche caliente, cuenta ovejas, o cualquier otra cosa que le funcione, pero para mí un orgasmo es la mejor forma de conseguir que me quede dormida por la noche.

Pero hacía ya algún tiempo que no tenía un orgasmo. Llevaba la cuenta. Nueve días. Al principio era porque dormía con mi madre, en su cama, y, bueno, habría sido bastante molesto. Pero cuando ella ya se había recuperado lo suficiente y yo me trasladé al fondo del pasillo, a mi antigua habitación de niña, tampoco ocurrió. Caía en la cama exhausta, dormía a ratos, pero incluso cuando lo intentaba... nada.

Lo achaqué al estrés y la tensión, y traté de no preocuparme por ello, pero una vez que hube regresado a casa y tras un par de días de vuelta al trabajo, probé con todos los trucos que sabía (baños calientes, libros eróticos en el Kindle, correos electrónicos picantes con Adam) y nada de eso funcionó. Todo era increíblemente divertido y me encantaba, pero no conseguía llegar al orgasmo. Me habría tocado cada noche (aunque estuviera en una habitación compartida o en otras circunstancias inapropiadas o poco convenientes) literalmente desde que tenía edad suficiente para

descubrir lo que era un orgasmo, pero de repente parecía como si mi propio cuerpo se hubiese convertido en un extraño. Nada de lo que hacía funcionaba.

Nueve días se convirtieron en diez. En once. A los doce días empezó a entrarme el pánico. Esa no era yo. No solo estaba insoportable en el trabajo y andaba falta de sueño porque tardaba una eternidad en quedarme dormida por la noche, sino que además estaba realmente preocupada. Aunque conocía a Adam lo suficientemente bien como para saber que nuestra relación no se basaba solo en el sexo, sabía que este formaba una parte bastante importante de ella. ¿Qué pasa cuando tu novia no alcanza el orgasmo?

Pronto lo iba a averiguar.

Le hablé de ello por teléfono. Fue un día que llamó para ver cómo estaba. No era lo habitual, porque normalmente hablábamos a todas horas por mensaje de móvil, email o Messenger, reservábamos las charlas para los fines de semana o las noches entre semana que podíamos estar juntos (aunque si él tenía una semana dura de trabajo no había visitas entre semana). Me alegró mucho oír su voz, aunque admito que también estaba aterrada..., ¿cómo le dices a tu novio que has pasado de ser una escritora erótica con una gran libido y obsesionada por el sexo pervertido a convertirte en alguien que no ha tenido un orgasmo desde hace quince días? ¿Y era posible hacerlo sin echarse a llorar? En mi caso, no. Era la primera vez que lloraba delante de él y me sentí como una idiota melodramática. Y él se mostró tan encantador, que aún lloré más.

Me pidió que dejara de intentarlo, que intentara dejar de preocuparme, y que esperara hasta el fin de semana, que comenzaba la noche siguiente. Su compañero de piso iba a estar fuera hasta el domingo por la tarde, en una despedida de soltero, así que podríamos estar solos. Cuidaría de mí durante un tiempo; yo solo debía ocuparme de descansar, relajarme y tratar de recuperar mi equilibrio interior.

Sinceramente, no estaba segura de que eso fuese a funcionar, pero no se me ocurría ninguna idea mejor.

Llegué a su casa nerviosa y ya, si soy sincera, un poco malhumorada. El trabajo había sido agotador, y el día había estado lleno de pequeños contratiempos. Gran parte de la tarde se me fue discutiendo sobre una queja formulada por el protagonista de una historia que escribí y que había originado un montón de comentarios de los lectores. Podía demostrar que él había dicho lo que había dicho y que yo había transcrito sus palabras, pero el esfuerzo que supuso buscar la información en la grabación del dictáfono, mostrársela primero a mi editor, luego al jefe de redacción y a continuación redactar con una respuesta a la queja consiguió que cuando salí de trabajar lo único que quería era una copa de vino tinto. Preferiblemente en la soledad de mi apartamento, entre otras cosas porque, hacía casi

tres semanas que no veía a Adam y cuando nos viéramos quería estar simpática, sociable y divertida, y no hecha una antipática.

No sé cómo estuve, pero él me recibió con una gran copa de vino. Verlo cuando abrió la puerta me hizo sentir una oleada de mariposas en el estómago. No era solo el habitual deseo, también era cariño. Caí en sus brazos, envolviéndolo mientras él me abrazaba con fuerza, respondí ansiosa a su beso de bienvenida, abrí la boca para saborear su lengua.

Me dedicó un montón de atenciones y mimos. Me preparó *toad in the hole*, un plato típico inglés que consiste en salchichas rebozadas servidas con verduras o puré de patatas, y puré de mostaza, una cena perfecta para una fría noche de viernes, especialmente si se combina con buena compañía. La conversación fue alegre y distendida, centrada en tratar de hacerme reír. De postre me ofreció una mousse de chocolate (rechazarla habría sido una grosería) y una copa de un buen vino de oporto; cogimos las copas y nos acomodamos en el sofá para ver una película en DVD. A medida que transcurrían los minutos el cansancio se apoderó de mí, apoyé la cabeza en su pecho, él me abrazó y eso me hizo sentir realmente bien. De maravilla, de hecho.

Cuando la película acabó, me tomó de la mano y me llevó hasta la habitación. Estaba muy nerviosa, pero no como cuando practicábamos la D/s. Era más como una especie de ansiedad, supongo. Me sentía indecisa. Aquí estaba Adam, el atractivo, sexy y maravilloso Adam, al que hacía mucho tiempo que no veía. Quería que me follara, pero al mismo tiempo me preguntaba desesperadamente si podía alegar sueño o fingir cansancio para evitar la posible incomodidad de lo que podría pasar después.

Me abrazó y comenzó a besarme. Unos suaves y tiernos roces de sus labios con los míos que se convirtieron en un beso apasionado, y su lengua penetró con fuerza en mi boca mientras sus manos me acariciaban la espalda.

Se apartó un poco para quitarme la blusa por la cabeza y tiró de mí para besarme de nuevo, como si no quisiera detenerse, como si no quisiera romper el hechizo. Nunca había besado tanto a nadie como lo había hecho con Adam, y era algo maravilloso, romántico, dulce. Nuestros labios permanecieron pegados mientras me desabrochaba el sujetador. Cuando sus manos llegaron hasta mi cintura, las mías imitaron sus movimientos y, sin dejar de besarnos, nos desabrochamos los pantalones el uno al otro.

Se apartó de mi boca una vez más para bajarme el sujetador por los brazos y quitarse la camiseta por la cabeza. No podía dejar de sonreír al verlo desnudo, y lo último que vi antes de que volviera a besarme fue su sonrisa reflejada en la mía.

Me empujó suavemente hacia atrás hasta que mis piernas chocaron con el borde de la cama, luego empujó con delicadeza mis hombros para primero sentarme y después tumbarme en la cama. Me

siguió mientras me caía hacia atrás y la punta de su polla me rozó el muslo, lo que me provocó un estremecimiento.

Cuando sus labios finalmente se apartaron de los míos me besó en la mejilla, luego atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes, lo mordisqueó con suavidad y continuó bajando. Me besó el cuello y el pecho, se detuvo en mis senos, y acarició, lamió y chupó con delicadeza mis pezones.

Prosiguió hasta el estómago, asegurándose de que no se olvidaba de besar ni un milímetro de mi piel. Mis piernas se abrieron a modo de lasciva invitación, pero él en cambio comenzó a besarme la parte interna de los muslos. Gemí de placer, pero también de frustración. Sabía que ya estaba mojada (lo que era un buen comienzo, ¿verdad?) y quería que me saboreara.

Continuó besándome hasta llegar a la rodilla y después pasó a la otra pierna, besándome de nuevo hasta la rodilla. Cuando se acercó al lugar donde yo anhelaba desesperadamente que se detuviese, contuve la respiración. Sentí su cálido aliento en mi humedad y se me puso la carne de gallina. Estaba temblando de impaciencia cuando, por fin, sentí el roce de su lengua. Un largo lametón desde la raja hasta el clítoris. Casi grité de alegría y alivio.

Se tomó su tiempo, lamiendo con la lengua plana una y otra vez y luego usando la punta para subir y bajar por los labios. Luego me folló con la lengua. Cerré los ojos y arqueé la cabeza hacia atrás cuando empujó hacia dentro. Su lengua me penetró todo lo que pudo, con su cara pegada a mí, bañada en mis fluidos.

Movía la lengua y esos besos íntimos eran un reflejo de los besos apasionados que me habían dejado la boca hinchada solo unos minutos antes. Era algo sensual, increíble, y me sorprendió el efecto que estaba teniendo en mí. Estaba muy mojada, algo incluso audible. La sola idea me hubiera hecho sonrojar unas horas antes, pero traté de no pensar en ello y disfrutar de las maravillosas sensaciones que me provocaba.

No sé cuánto tiempo estuvo lamiéndome, solo sé que duró mucho y aun así no parecía suficiente. Finalmente movió la boca y comenzó a lamerme el clítoris. Lamía y chupaba, cada vez más fuerte y más rápido. Sentía que cada vez me acercaba más al orgasmo, pero en cuanto ese pensamiento llenaba mi mente la sensación desaparecía. De repente, mi cabeza se inundó de ideas nada obscenas. Todas las cosas estresantes en las que había estado pensando estaban allí de nuevo, mi preocupación por si aquello funcionaría, el cansancio. Sabía que no me iba a correr, y no tenía ni idea de por qué me pasaba eso ni cómo podía superarlo. Sabía que lo decepcionaría y me odiaba por ello, porque había sido tan encantador conmigo y había hecho todo lo que había podido para que la noche fuese especial, pero no era suficiente. Solo quería llorar.

Me aparté de él, y por primera vez me di cuenta de que no se trataba de un juego o de una broma, era algo real. No podía. Ocupado en lo que estaba, y por lo tanto ajeno a mi cambio de mentalidad, Adam trató de seguirme para besarme. Tuve que empujarle los hombros y pedirle que parara. Él me

miró, confundido.

—Lo siento, creo que no puedo. No es que no quiera. Por Dios. De verdad, de verdad que quiero, pero es que no puedo.

Mi voz se quebró y mis ojos se llenaron de lágrimas, exhausta, frustrada y verdaderamente preocupada por el hecho de que por primera vez en mi vida parecía incapaz de manejar mi cuerpo y mis propias emociones.

Se detuvo, parecía estar pensando en algo mientras me miraba. Entonces la expresión de su cara cambió. Ya no era de sorpresa y preocupación. De repente se volvió seria y feroz. Yo conocía esa mirada. Pero qué...

Tardó un segundo en agarrarme del pelo y soltarme una bofetada. Me pilló por sorpresa. Normalmente el primer golpe es el que más me hunde. Hay algo de primario en ello. Algo no solo físico, sino también degradante, humillante. En los instantes después de que el sonido retumbara por la habitación, el silencio —¿o fue el pitido que me quedó en los oídos?— se volvió ensordecedor, a pesar de que todo estaba tranquilo. Nos miramos el uno al otro, midiéndonos. Mi mente seguía centrada en las preocupaciones, pero estas se disiparon en cuanto percibí el subidón de adrenalina que siento siempre que empezamos esta danza.

—No depende de ti cuándo te corres o no te corres —susurró.

Lo miré fijamente.

—En serio, ¿crees que este es el mejor momento para convertirte en una especie de superdominante? Después de que...

Me acalló con un beso, pero si antes había sido sensual y apasionado, ahora era enérgico, invasivo. Introdujo su lengua profundamente en mi boca, haciendo que probara mi sabor en él. Me produjo mucha vergüenza. Sentí que me sonrojaba.

Mientras asaltaba mi boca trató de colar una mano entre mis piernas. Cerré los muslos y le aplasté la mano entre ellos. Soltó un gruñido de enfado y malestar. Dejó de besarme y volvió a abofetearme.

—No te atrevas, joder. Abre las piernas o juro que te arrepentirás.

La expresión de su cara realmente me asustó un poco, no porque pensara que me iba a hacer daño de verdad, confiaba en él por completo, sino porque parecía verdaderamente molesto. En lo que fue sin duda una primera vez en nuestra relación, mantuve las piernas cerradas con firmeza. Me dedicó una larga mirada.

—Usa tu palabra de seguridad o haz lo que te digo, pero deja de hacerme perder el tiempo, ¡joder!

Odiaba la idea de decepcionarle. No quería usar mi palabra de seguridad. De mala gana abrí las piernas y comenzó a frotarme bruscamente entre las piernas.

Se tumbó a mi lado, me puso de costado y se colocó detrás de mí en una posición que parecería

inocente e íntima de no ser por el antebrazo que me presionaba la garganta y la cantidad de obscenidades e insultos que comenzó a susurrarme en el oído. Al parecer los besos cálidos se habían esfumado.

Me dijo cosas humillantes y degradantes, cosas que sabía que me excitaban, que me hacían enloquecer. Me llamó furcia, puta, me dijo que él me diría cuándo me podía correr y cuándo no, que no tenía el puto derecho a decidir. Y luego pronunció aquellas palabras que me aterrorizaron.

—Voy a contar hasta cinco, y cuando acabe será mejor que te hayas corrido.

Yo ya no podía pensar en nada más, lo único que tenía en la mente era la imagen que dibujaba con sus palabras, su mano entre mis piernas, los números retumbando en mis oídos mientras contaba. Durante un instante todo aquello que bullía en mi cerebro enmudeció. Solo estábamos él, yo, esto. Me consumía.

En cuanto dijo «uno», sucedió. Y, sinceramente, yo no esperaba que ocurriese. Estaba empezando a preocuparme por si de verdad me iba a castigar por no alcanzar el orgasmo, tratando de prepararme, cuando de pronto el clímax me sacudió como si me hubiese golpeado con un mazo. Abrí la boca para gritar pero no pude. Me quedé quieta unos segundos y luego comencé a temblar. El alivio fue increíble. Por un momento me pregunté si me habría reventado alguna vena por el esfuerzo.

No sé si me quedé dormida o simplemente es que fui incapaz de concentrarme y escuchar, pero lo siguiente que recuerdo es la voz de Adam susurrándome de nuevo al oído. Esta vez era suave y relajante, me preguntaba si me encontraba bien, y me decía lo maravillosa que era. Su mano ahora me acariciaba el muslo de arriba abajo y el brazo que antes tenía alrededor de mi cuello me acariciaba suavemente el pecho.

Me di la vuelta y enterré la cara en su pecho, incapaz de mirarle, un poco superada por todo, por la presión, por el desahogo. Le di las gracias, con la voz amortiguada contra su piel, tratando de esconder que estaba llorando de alegría.

Él se rió con suavidad.

—Oye, cariño, no tienes que darme las gracias por nada.

Tiró del edredón, nos tapamos y me dio un beso en la frente, abrazándome con fuerza. Notar su calor era reconfortante. Por primera vez en casi quince días me sentí feliz y extrañamente en paz. Y además, bastante exhausta.

Cuando me desperté la luz de la habitación continuaba encendida. Debió de quedarse dormido a la vez que yo, no se había separado de mí para apagar la luz. No sé cuánto tiempo dormí, pero sin duda había sido un buen rato. Me quité de encima de su brazo, pensando que se le habría quedado dormido por la falta de circulación sanguínea.

Lo miré dormir. Parecía más joven sin las gafas, extrañamente inocente, sin duda no el hombre complejo y a veces severo que yo conocía. Nunca antes me había fijado en lo largas que eran sus

pestañas. Eso me hizo sonreír. Sin embargo me sentía un poco culpable. Él había sabido cómo ayudarme a correrme cuando yo no tenía ni la menor idea de lo que me pasaba, y en agradecimiento me había quedado dormida sobre él sin intención de devolverle el favor. Pensé que ya era hora de equilibrar la balanza. Teníamos que ponernos al día y, a decir verdad, cualquier preocupación que pudiera quedarme acerca de mi capacidad para tener un orgasmo o de cualquier otro tipo no eran un problema para lo que tenía en mente.

Me deslicé hacia abajo con mucho cuidado. Me detuve en su cintura y le besé justo debajo de la ingle, y luego a cada lado. No se movió. Me acomodé sobre los codos y las rodillas, tomé su polla flácida entre mis labios, usando la lengua por la parte inferior. Comenzó a crecer dentro de mi boca, y él empezó a moverse, gimiendo suavemente mientras dormía. Moví la boca de arriba abajo, frotando la lengua por la punta, y acariciándole despacio las pelotas con los dedos.

Sentí una de sus manos en mi muslo, lo que me sobresaltó un poco. Con la polla en mi boca, giré la cabeza para ver su sonrisa soñolienta. Le sonreí como pude con la boca llena.

Sus dedos comenzaron a jugar entre mis piernas, deslizándose dentro de mí mientras yo lo acogía hasta lo más profundo de mi garganta. Me atraganté y eso me hizo contraerme entre sus dedos, una reacción en cadena que me desconcertó. Comencé a mover la boca más rápido.

—Espera —me dijo con voz ronca.

Lo miré, confundida y, para ser sincera, de mala gana. Me encantaba lo que estaba haciendo.

—Así no. Fóllame.

Oh. Está bien. Le sonreí de nuevo.

Descendí sobre él y me incliné para besarlo mientras nuestras caderas comenzaban a moverse a la vez. Esto no era nada nuevo, a él le encantaba mirarme, jugar con mis pechos y ver cómo le cabalgaba.

Cuando me recliné hacia atrás, él extendió una mano entre nuestros cuerpos y me masajé el clítoris con suavidad. Gemí y comencé a mover las caderas un poco más rápido.

Entonces él retiró la mano y me agarró la muñeca. No con fuerza, pero sí con firmeza. Y la llevó hasta donde acababa de retirar la suya. Me miró a los ojos y sus intenciones estaban claras. Quería que me tocara mientras él me miraba.

Había hecho ya algunas cosas vergonzosas por y para él, pero ese acto íntimo, con su cara tan cerca mientras me tocaba, hizo que me sintiera reticente. Sin embargo, su mirada era implacable, y sus caderas permanecían inmóviles mientras yo me decidía.

Me sentí un poco avergonzada, pero saber lo mucho que él disfrutaba viéndome así hizo que la vergüenza inicial mereciera la pena y, admitámoslo, hacer algo tan intensamente placentero no supone un gran esfuerzo. Además, teniendo en cuenta lo que él había hecho por mí antes, habría sido

un poco grosero no complacerle.

Comencé a acariciarme el clítoris. Él retiró su mano. Sus caderas continuaron inmóviles, pero lo sentía tan profundamente dentro de mí que era algo maravilloso. Cerré los ojos, concentrada en aquella extraordinaria sensación y no en la vergüenza de masturbarme mientras él me miraba.

Entonces comenzó a hablarme. Susurraba cosas sucias. No humillantes ni asquerosas como antes, sino fantasías que nos habíamos contado, cosas que él sabía que me volvían loca. Me froté un poco más fuerte y sentí otro orgasmo creciendo dentro de mí.

Me obligué a abrir los ojos y lo miré.

—Me voy a correr —le dije, entre asombrada y casi como pidiéndole permiso.

Asintió con una sonrisa y de repente comenzó a mover la pelvis de arriba abajo, follándome con fuerza. Vi cómo su orgasmo le sacudía, y lo sentí vibrando en mi interior. Esa sensación me puso al límite. Mis muslos se contrajeron y grité.

Cuando recuperamos el aliento me recosté sobre él y lo besé. Puso sus brazos alrededor de mi cuello y nos quedamos así durante un rato, ninguno de los dos quería separarse del otro. Y en aquel momento me di cuenta de lo que había sucedido. Había tratado de tener un orgasmo yo sola, y al no conseguirlo me había preocupado demasiado por ello. Él había sido capaz de hacer que me corriera usando métodos de D/s, pero quería demostrarme que también podía conseguirlo yo sola. Lo besé en la clavícula. Mi hombre, tan complejo, tan inteligente, tan encantador.

A la mañana siguiente, después de dormir mejor que ningún día en las últimas semanas, me quedé en la cama escuchando su suave respiración y pensando un poco en todo lo que había sucedido. ¿Por qué no usé mi palabra de seguridad? En aquel momento era una compleja mezcla de no querer que lo que estaba ocurriendo llegara a su fin, de no querer decepcionarlo, y la curiosidad sobre lo que podría suceder después. Confiaba completamente en él, estaba intrigada (y también es cierto que a esas alturas un poquito desesperada) por descubrir qué sería lo próximo que él intentaría hacer. El hecho de que mi cuerpo hubiera respondido al sexo de D/s en una situación como esa cuando ninguna otra cosa había funcionado me sorprendió. Me habría preocupado de no ser porque poco después demostramos que no era que yo hubiese llegado a una especie de punto de inflexión en el que solo respondía al sexo con tintes de D/s, lo que era estupendo, la verdad, porque no quería que Adam acabase con una tendinitis crónica por azotarme o algo por el estilo.

Además me hizo darme cuenta de que Adam me conocía a la perfección, entendía mi carácter y mi personalidad de una manera de la que yo no había sido consciente hasta entonces. Sin duda, uno de los motivos principales de que él fuera tan desafiante como dominante era que podía adivinar una respuesta bastante exacta ante cualquier situación, cómo iba a reaccionar, qué podía resultarme difícil y molesto y qué me sería más fácil hacer. Pero realmente no me había dado cuenta de cómo él era capaz de canalizar ese conocimiento de una manera tal que pudiera ayudar a mi bienestar.

A partir de entonces, hubo otras ocasiones en las que me sentí estresada por distintas circunstancias y tuve dificultades con el sexo. Nuestra dinámica no consiste en que, si yo siento que no puedo tener sexo por algún motivo, Adam se coloca una máscara de granito y adquiere un papel dominante y ejerce toda su voluntad sobre mí de todos modos. No te equivoques, no consiste en eso, estas cosas no van así. Hay momentos, cuando alguno de los dos está enfermo, estresado o lo que sea, en los que todo se detiene por un tiempo. Pero hay otras ocasiones en las que el mundo parece desmoronarse sobre mí, en las que todo lo que me trastorna no se puede eliminar con facilidad y me fastidia un poco la autoestima. En esos casos, la D/s —catártica, encantadora y con frecuencia cruel— puede empujarme y ayudarme a avanzar y a aclararme las ideas. Durante un rato no estoy preocupada por nada, no pienso en la lista de cosas que tengo por hacer, no doy prioridad a lo que vaya a suceder después, simplemente reacciono. Aguanto. Disfruto. Y es puñeteramente maravilloso.

La intensidad de lo que sentía por Adam creció de un modo bastante gradual. Sé que a veces vivo un poco ajena a los asuntos emocionales, pero aun teniendo en cuenta eso, no me esperaba que fuera Charlotte quien me ayudara a darme cuenta del cambio.

Charlotte y yo habíamos quedado para comer cerca de mi oficina. Ella iba a trabajar cerca de allí durante un par de semanas, y nos pareció que era una buena oportunidad para ponernos al día, aunque sabía perfectamente que iba a tener que soportar un buen número de «ya te lo dije» sobre lo maravilloso que era Adam.

A veces todavía le daba vueltas a la idea de que Charlotte y Adam se habían acostado varias veces. Sabía que no debía preocuparme, aquello había terminado hacía ya mucho tiempo. Sabía incluso que él no quiso volver a tener una relación así con ella, y que Charlotte era feliz con Tom. Pero por alguna razón me parecía raro. No era capaz de saber cuál era el motivo exacto. Cuando Charlotte y Tom empezaron a acostarse, no me importó de ese modo. ¿Qué diferencia había?

Lo sé. Incluso yo debo admitir que aquello era un nivel superior de inconsciencia emocional.

Acababan de traernos los emparedados y los cafés cuando Charlotte sacó el tema de Adam y de nuestra relación y de lo bien que estaba yendo. Evité esa conversación con toda la delicadeza que pude.

—Va muy bien. Nos divertimos mucho.

Charlotte me miró con los ojos muy abiertos y moviendo las cejas. No pude evitar sonreír.

—Vale, nos divertimos mucho, mucho —admití.

Se echó a reír.

—Sabía que os llevaríais bien. Tenéis puntos de vista muy parecidos, y es obvio que os compenetráis muy bien en términos de D/s. —Ahora fui yo quien alzó una ceja. No era un tema del que fuera capaz de hablar con comodidad—. Y los dos os tomáis las cosas con calma pero os va la marcha.

Asentí (después de todo, tenía razón), aunque me costó mantener la sonrisa. Intenté dejar a un lado aquella sensación tan extraña. ¿Era enfado? No quería admitir que se trataba de celos, porque tenía razones para saber que no había nada de lo que estar celosa. Supongo que se debía más bien a que

me parecía que aún estaba descubriendo cosas sobre Adam, el modo en que reaccionaba a según qué cosas, aquello que le gustaba (y no me refiero solo en el terreno sexual..., la semana anterior habíamos quedado para comer y comentó de pasada que le encantaba la salsa HP, así que compré un bote y lo dejé en mi cocina), y sentí una punzada muy rara al darme cuenta de que quizá Charlotte ya conocía algunas de las cosas que le gustaban, o incluso todas. Joder. Sí que se parecía a los celos.

Le di un mordisco al emparedado para intentar ocultar mi reacción. Sabía que era una estupidez. Solo tenía que esforzarme por superarlo, aunque sonara a frase de libro de autoayuda.

No me enteré de lo que Charlotte me estaba contando mientras mi monólogo interior sufría algo parecido a un colapso, pero el cerebro se me activó de nuevo cuando su última frase se quedó flotando en esa clase de silencio que parece esperar una respuesta.

—Entonces ¿te apetece ir? No hace falta ir muy arreglado, pero sí que hay que llevar ropa fetichista.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero sabía que un sitio que establecía un código en el vestir no era para mí, ni siquiera antes de que empezáramos a hablar de disfraces. No me molesta la ropa fetichista. Creo que algunas prendas son muy excitantes, pero no soy la clase de persona que se siente cómoda mostrándose por ahí con esa clase de ropa.

Charlotte estaba esperando una respuesta. Mierda. Intenté improvisar.

—¿Dónde has dicho que era? —Me callé, me di cuenta de lo patético que había sonado—. Y... ¿cuándo?

Charlotte dejó escapar un suspiro.

—Este fin de semana no, el que viene, en un club del centro.

Me sentí un tanto aliviada. Soy muy mala mintiendo. Pero muy mala. Incluso las cosas más sencillas, como «sí, abuela, este jersey, que has tardado ocho meses en tejer y que no es de mi talla y que es de una lana que pica, me sienta de maravilla y me encanta», quedan más allá de mis posibilidades. Por suerte no tuve que inventarme nada.

—Lo siento, pero ese fin de semana tengo una fiesta que organiza una antigua compañera de colegio. Tendrás que ir sin mí.

Charlotte frunció el entrecejo.

—Es una pena. ¿Sabes si Adam estará por aquí? Quizá le apetezca venirse con nosotros. Seremos un buen grupo. Seguro que nos lo pasamos bien.

Adam ya había comentado que había ido a una fiesta fetichista con Charlotte. La conversación, en la que descubrí que también se habían acostado, se me había quedado grabada a fuego en el cerebro. Quizá querría ir a esa también, y yo no pensaba montar ninguna escena si era así, los dos habíamos acordado ser monógamos y confiaba en él, pero sentí que se me retorcían las tripas ante esa posibilidad

Charlotte me miró durante un largo momento, la clase de mirada que indicaba que se había dado cuenta de todo.

—Adam te gusta mucho, ¿verdad?

Hice un gesto de asentimiento y contesté, quizá con demasiada rapidez.

—Sí, claro que me gusta. No estaríamos haciendo las cosas que hacemos si no me gustara. Y confío en él, ahora que lo mencionas.

Charlotte negó con la cabeza.

—No me refería a eso, Soph. Y lo sabes.

Fingí no entenderla. Nunca habíamos hablado a fondo de los sentimientos. Siempre había esquivado ese tema con ella porque mi pasado con Thomas me parecía un extraño conflicto de intereses. Procuraba darles su espacio de un modo deliberado. Apreté los dientes, y deseé que Charlotte pensara lo mismo que yo en ese aspecto.

—Esto que tienes con Adam no es como lo que yo tengo con Tom, ¿verdad? Vais en serio. No es que quedéis de vez en cuando, solo para divertirlos.

Miré el aderezo de perejil que había en mi plato (¿a quién se le ocurre aderezar un emparedado?, ¿para qué?), y me esforcé por mantener la compostura, por no sonrojarme, por no revelar nada.

—Mira, ninguno de los dos quiere complicaciones ni nada serio. Solo nos estamos divirtiendo, nada más.

Lo extraño era que las dos sabíamos que estaba mintiendo pero, para mi gran alivio, no insistió en el asunto ni me lo rebatió. Solo sonrió.

—Sabía que os llevaríais bien. Tom no lo tenía tan claro, pero yo lo sabía.

Sonó petulante, pero lo dejé pasar. Me pareció lo mejor.

El problema cuando te das cuenta de que te has enamorado es que sientes el impulso incontenible de decirlo en voz alta. No pasa nada, no soy una de esas princesas de Disney. No hablo de montar un numerito con animales que bailan o algo así, pero hubo momentos en los que sentí que estaba a punto de decirlo pero me contuve a tiempo y me callé.

Y no, no me refiero a los momentos posteriores al orgasmo. Aunque sí, eso también era maravilloso.

La cuestión es que Adam y yo nos estábamos convirtiendo con rapidez en parte de la vida del otro. Ya conocíamos a nuestros respectivos padres (los míos se comportaron la mayor parte del tiempo, aparte de una anécdota vergonzosa sobre una obra de teatro que hice en el colegio a los seis años; su madre sacó el álbum de fotos del colegio y a Adam le dio tanta vergüenza que tuvo que salir del

salón). Venía a mis sesiones de trabajo como mi ayudante. Pensaba en él cada dos por tres a lo largo del día y, si había que hacer caso a los mensajes de móvil y los correos electrónicos, él sentía lo mismo por mí. Me hacía reír, me servía de apoyo emocional, era divertido, una compañía muy agradable. Le echaba de menos cuando no estaba. Intenté tomármelo con calma, pero solo pensar en que nuestras vidas se podían separar por alguna razón hacía que se me encogiera el estómago. Debo añadir que no había razón alguna aparente para que eso sucediera, pero me preocupó bastante el hecho de que al pensar en ello me sintiera fatal. Lo sé, soy una mujer complicada. O quizá un poco chiflada. Pero lo cierto era que había un hueco con la forma de Adam justo en mitad de mi vida, y eso me encantaba. En realidad, me encantaba todo él, pero todavía me parecía una situación precaria. Quizá mi precaución era un mecanismo de defensa un tanto extraño, pero intentaba constantemente adivinar si él sentía lo mismo por mí.

Por supuesto, Adam era Adam, directo hasta el punto de ser brusco, y encontró el modo de ponerme en situación.

Estábamos viendo la tele cuando le dije que le amaba. Sé que probablemente se producirá todo un debate sobre si debería o no haber sido yo la primera en decirlo, si era o no demasiado pronto, bla, bla, bla. De hecho, si mi mente hubiera estado más alerta en ese preciso momento, probablemente esa discusión la habría mantenido conmigo misma antes de abrir la boca.

Resulta que estábamos viendo juntos las noticias de la tele. Él estaba sentado en el sofá, y yo en el suelo, a sus pies, pero no por motivos de D/s, sino porque estaba más cómoda con las piernas estiradas.

Recosté la cabeza en su muslo, y Adam me puso una mano en el hombro para acariciarme el cuello. Empezó a masajearme un pinzamiento leve que me dolía desde principios de semana (Adam decía que me lo había provocado mi bolso, «del tamaño de un planeta pequeño»). Le dije que era un idiota, aunque admito que vacié la mitad de lo que llevaba en él en la basura y en el cajón del escritorio). En cuanto sus dedos comenzaron a masajearme el nudo, allí sentados, en un silencio compartido, sentí una oleada de cariño y también la sensación de que en ese momento de mi vida no había ningún otro sitio en el que prefiriera estar, y nadie más con quien quisiera estar.

Le besé el vaquero de un modo impulsivo justo por encima de la rodilla.

—Te quiero.

Siguió moviendo los dedos y me contestó con voz lánguida.

—Lo sé.

Me invadió una oleada de terror durante una fracción de segundo. Mi monólogo interior comenzó a entrar en fase de pánico con ideas como «joder, él no siente lo mismo por mí, qué quiere decir con que lo...», y de repente se detuvo. Mi cerebro captó lo que había dicho y empecé a reírme.

Giré la cabeza para mirarle, y vi que estaba sonriendo. Tal y como me había imaginado.

—Cabrón.

La sonrisa se le ensanchó.

—Yo también te quiero. Sobre todo porque pillas todas mis referencias a *La guerra de las galaxias*.

Lo fulminé con la mirada, pero los dos sabíamos que era una furia fingida.

—Pues tienes mucha suerte. Si no, te habrías llevado un codazo en las costillas como mínimo.

Se inclinó, me agarró de los brazos y me subió al sofá, a su lado. Luego se acercó para besarme, pero se detuvo a pocos centímetros de mi cara.

—Te quiero mucho, pero esas amenazas vanas no te servirán de nada.

Le saqué la lengua, y se me echó encima, mitad para besarme y mitad para atraparme la lengua con los dientes. Me abrazó por los hombros, y yo le rodeé la cintura con los brazos. El piquito se convirtió en un beso profundo.

No dijimos nada más durante un buen rato.

Incluso si no tenemos en cuenta la declaración de amor con cita de ciencia ficción, mi relación con Adam era distinta a cualquier otra que hubiera tenido antes. Era un novio atento y cariñoso, amable y solícito, pero también, debido a su gusto por la humillación, el dominante más difícil que jamás había tenido. Cuando era niña, mi madre me solía decir: «No ofende quien quiere, sino quien puede», pero Adam era el tipo de dominante completamente opuesto a eso (algo que no iba a mencionarle a mi madre, a la que había conquistado con sus buenas maneras).

Nuestra dinámica sexual incluía un poco de dolor, pero a Adam le gustaba lo mismo o más el placer que obtenía jugando con mi mente, sobre todo porque cuanto más me conocía más fácil le resultaba atarme, de un modo tanto figurativo como literal. Pero no todo consistía en el sexo. Obviamente el sexo era divertidísimo, y en cuanto teníamos la más mínima oportunidad nos abalanzábamos el uno sobre el otro, pero disfrutaba tanto de los momentos tranquilos, de las charlas entre los revolcones, como de los orgasmos. Cuanto más nos conocíamos, más nos dábamos cuenta de que compartíamos el mismo sentido del humor, el mismo desagrado frente al melodrama en las relaciones, aficiones similares y el mismo interés por la familia y los amigos. Y cuanto más tiempo pasábamos juntos, más tiempo queríamos estar juntos. De repente, era la persona a la que quería contar que había tenido un día de mierda, o a la que quería invitar a cervezas el día de la paga. Sabía que él sentía lo mismo porque, por fin, me lo había dicho. El siguiente paso era prácticamente inevitable.

Ya habíamos hablado de que algún día queríamos casarnos y tener niños (pero todavía no, todavía

tomábamos precauciones, solo que en vez de condones habíamos pasado al DIU). También hablamos de que queríamos empezar a vivir juntos en algún momento de los dos años siguientes, pero ocurrió de repente.

Su compañero de piso se había comprado una casa, así que Adam tenía la opción de encontrar a otra persona con quien compartir piso o mudarse a otro sitio. Aquello hizo que adelantáramos un poco nuestros planes: decidimos dar el paso y firmamos el alquiler de un apartamento de dos dormitorios que estaba a una distancia conveniente de nuestras dos oficinas. Ya era oficial: vivíamos juntos. Nuestros padres estaban encantados, Charlotte y Thomas se mostraban orgullosísimos y ufanos de que el emparejamiento que habían organizado hubiera funcionado tan bien (lo que hizo que en algunos momentos su ayuda con la mudanza fuera irritante, aunque nos vinieron muy bien para montar las estanterías de Ikea), y nosotros, bueno, nosotros estábamos disfrutando de las alegrías de la luna de miel.

Incluso para nuestros estándares, mientras decidíamos quién se encargaba de pagar exactamente qué deudas directas y a quién le tocaba fregar los platos, fuimos insaciables durante las primeras semanas después de la mudanza. Follamos en todas las habitaciones —vale, lo admito, el apartamento era pequeño, así que eso solo nos llevó una tarde— y revivimos cada fantasía y perversión en la que pensamos mientras los platos se acumulaban en el fregadero.

En la mudanza y el desembalaje tardamos mucho, lo que no fue una sorpresa. Tuvimos un montón de interrupciones. El primer fin de semana después de trasladarnos estaba de rodillas intentando que debajo de la cama cupiera otra caja de ropa cuando noté sus manos en el culo.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando me había bajado los pantalones de chándal y las bragas (lo sé, muy excitante), y me estaba acariciando entre las piernas. Me quedé todo lo quieta que pude, sabía que si levantaba la cabeza más de dos centímetros me daría con la estructura metálica de la cama. Disfruté de las caricias, me puse húmeda y, de pronto, él apartó la mano. Me habría sentido muy frustrada si no fuera porque un segundo más tarde me metió la polla. No dijo nada, se limitó a moverse y a follarme mientras yo miraba fijamente la caja que unos momentos antes había intentado mover.

Por un momento aminoró el ritmo y me pregunté si iba a ayudarme a ponerme en pie para follar en la cama en vez de debajo de la cama, pero lo siguiente que sentí fue la punta de un dedo —todavía húmedo por acariciarme momentos antes— en el culo. Me lo metió poco a poco y se acopló al ritmo de la polla: lo empujaba cuando retiraba la polla y viceversa. No sé si fue por la sorpresa del sexo repentino, por el dedo en el culo o por el hecho de que estaba atrapada debajo de la cama, pero me di cuenta de que me estaba excitando muy rápido y empujé contra su dedo y su polla y me corrí.

Salió de mis dos agujeros mientras yo intentaba recuperar el aliento y, antes de que me diera tiempo a saber qué estaba pasando, oí un sonido familiar y un gruñido cuando se corrió sobre mi

culo. Luego oí que se ponía en pie, que se subía la cremallera y que salía del cuarto. Me volví a poner los pantalones —en parte porque sabía que le encantaría ver que lo había hecho, y en parte por pura necesidad— y terminé de organizar las cajas del dormitorio. Cuando entré en el salón, vi que estaba sentado leyendo el periódico gratuito local y tomándose una taza de té. Había otra taza para mí en la mesita de café. Me miró y me guiñó un ojo. Le devolví la sonrisa y le empujé para que me hiciera sitio en el sofá; el desembalaje tendría que esperar.

Tras unos cuantos días libres en el trabajo para desempacar y acostumbrarnos a la casa juntos, volvimos a nuestras respectivas oficinas. Aunque habíamos elegido a propósito un apartamento que estuviera equidistante de ambas oficinas, Adam a menudo trabajaba más horas que yo, así que cada noche yo llegaba una hora antes que él como mínimo. El primero que llegaba a casa colaboraba en lo posible por hacerle cómoda la vida al otro, ya fuera empezando a preparar la cena u ocupándose de cualquier otra tarea doméstica para disminuir la cantidad de tiempo que absorbía cualquier quehacer casero.

Sin embargo, tras cierto tiempo, se me ocurrió un recibimiento mucho más memorable, y más obscuro.

Una idea errónea muy extendida es que ser sumiso significa ser pasivo, permanecer a la espera de que el otro te haga algo, en vez de tomar la iniciativa. Adam me había comentado muchas veces que le gustaba que yo fuera tan activa, así que una tarde bastante aburrida en el trabajo planeé un modo de alegrarle la noche, aunque de una manera que me hizo sonrojar un poco cuando llegó la hora de llevarlo a cabo.

Normalmente, cuando Adam entraba por la puerta le recibía un alegre «¡hola!», o quizá el sonido de los cacharros en la cocina o del agua de la ducha, dependiendo de a qué hora llegara y lo que hubiera avanzado yo en las tareas de la casa. Nunca había llegado y me había encontrado de rodillas y desnuda en el salón con un «por favor, utilízame» escrito en mi cuerpo con ese puñetero lápiz de labios rojo.

Créeme, una cosa es ser activa, pero cuando a tu novio le ponen cachondo cosas degradantes y perversas, es más difícil hacerte esas cosas a ti misma que soportar que te las hagan. Y no solo en el sentido práctico, como lo fue encontrar el lápiz de labios en su bolsa de los juguetes y luego conseguir escribir sobre mí misma desde arriba, algo bastante complicado. También era difícil emocionalmente. Me temblaba la mano, y estaba un poco sonrojada ante la depravación de todo aquello para cuando él entró. Una cosa era la teoría de hacer algo que sabía que le parecería excitante, pero llevarla a la práctica era muy distinto. Allí de rodillas empecé a dudar mientras

esperaba a que llegara, y me pregunté si aquello no sería muy mala idea, y si Adam no estaría agotado después de todo un día de trabajo y preferiría ver las noticias.

Por suerte, no lo estaba.

—Qué agradable sorpresa —dijo con una sonrisa mientras entraba en el salón.

Intenté no temblar ante el sonido de sus zapatos contra el suelo de madera; de repente me sentí vulnerable mientras él miraba las letras de pintalabios que me cubrían el pecho. Sabía que con esa mirada trataba de hacer que me sintiera incómoda y avergonzada, pero también sabía que más tarde me burlaría de él porque cualquiera habría dicho que le costaba leer unas palabras tan sencillas.

Era un hombre al que le encantaba verme con uniformes, con ropa interior y con toda clase de disfraces, pero a mí lo que me ponía era verle en traje de chaqueta. Sé que es un topicazo tremendo, pero eso no significa que no sea verdad. Verlo vestido elegante me dejaba con la garganta seca. Tragué saliva mientras le veía sacarse la polla sin quitarse la chaqueta y la corbata. Era bueno conmigo.

Me dejó inclinarme hacia delante, metérmela en la boca, chupársela, lamérsela con la punta de la lengua.

No tardó en tenerla completamente dura, y entonces me lancé hacia delante y me la metí hasta la garganta apretando la nariz contra su cuerpo. Gruñó mientras yo procuraba mantenerme en esa postura todo lo que podía, solo me aparté cuando empezó a faltarme el aire. Ví que se le doblaba un poco una de las rodillas, y le sugerí con una sonrisa que se sentará en el sofá.

Lo hizo, y yo no tardé en tenerla otra vez en la boca, alternando entre dejarla entrar hasta el fondo de mi garganta y lamerle la punta mientras se la meneaba. Le miré y noté cómo me humedecía al ver la expresión de puro placer de su cara.

El modo en que tensó el cuerpo y se le aceleró la respiración me indicó que no tardaría mucho y moví con rapidez la cabeza al tiempo que él enroscaba los dedos en mi pelo. Soltó un grito de alivio cuando me llenó la boca. En cuanto terminó, me saqué la polla de la boca, me levanté y le dije lo que había en el horno mientras entraba en el dormitorio para ponerme algo de ropa. No te preocupes, más tarde también yo tuve mi orgasmo, pero conseguir placer simplemente por complacerle a él hizo que me excitara más. Y vivir juntos significaba que siempre había tiempo para un poco de diversión traviesa.

El mayor tamaño del apartamento y la privacidad permitieron días enteros de polvos sin temor a que nos interrumpieran o a que uno de los dos tuviera que marcharse a su casa en algún momento. También significó, quizá por la cantidad de sexo que practicábamos y las nuevas experiencias que compartíamos, que nuestras fronteras —y mis límites—, comenzaran a desplazarse.

Todo empezó una mañana de sábado que estábamos acurrucados en el sofá viendo la tele. Ninguno de los dos somos demasiado activos por la mañana, y como no teníamos planes inmediatos, nos quedamos allí sentados bebiendo té y viendo programas de cocina, contentos de no tener que ir a ningún sitio y de no tener que hacer nada.

Cuando se levantó después de la tercera taza de té supuse que iba al baño. Al menos, eso creí hasta que volvió con una cuerda de algodón suave que ya me resultaba muy familiar.

Me tomó las muñecas en silencio y las ató delante de mí. El corazón ya se me había acelerado, y me pregunté qué me tendría preparado, pero en cuanto terminó de atarme las muñecas, se puso a ver la tele otra vez. Me colocó de nuevo el brazo sobre los hombros y me atrajo hacia él.

Me acarició el cabello y me rascó suavemente detrás de la oreja de un modo que casi me hizo ronronear. No tardé en tumbarme, con la cabeza apoyada en su regazo, mientras Adam me acariciaba de un modo casi ausente y en la tele, en una escena casi surrealista, hacían una demostración de cómo se hace una tortilla.

A veces mi actitud sumisa llega tras un tiempo, y el placer que siento al hacer lo que hacemos acalla la voz de mi cabeza; pero otras veces me dejó llevar por esa actitud con facilidad y en profundidad. Que me aten es una de las cosas, junto a las bofetadas en la cara, que me sumen en una condición mental sumisa de un modo realmente rápido. Ya me estaba entregando, y lo único que él había hecho era acariciarme la oreja.

Nos quedamos así largo rato, él incluso se puso a hablar conmigo como si aquello fuera lo más normal del mundo. Me sentía un tanto descolocada, y sin duda a la defensiva, pero fui capaz de conversar con él. Incluso pude tomar la taza de té y beber con las manos atadas. Era una mañana de domingo perfectamente normal, excepto por el hecho de que yo era consciente de que cada vez estaba más húmeda.

Por fin, me tomó las muñecas atadas y me las levantó por encima de la cabeza, lo que me provocó una sensación de gran vulnerabilidad. Empezó a acariciarme de un modo más sensual cuando movió los dedos a lo largo de mi cuerpo por encima de la ropa. Me acarició los pechos hasta que los pezones se pusieron duros. Luego se inclinó y me besó con suavidad en los labios, y yo creí que me derretía.

Comenzó a besarme con más pasión y las caricias se volvieron más bruscas, me aplastaba los pechos con una mano mientras que con la otra me mantenía las muñecas en alto. No tenía sitio al que moverme con los brazos en alto e inmovilizada, y la incongruencia de la situación (¡estábamos viendo cómo hacer una tortilla!) hizo que todo me pareciera irreal. Gemí de dolor y de excitación.

Dejó de acariciarme los pechos con la mano izquierda y me la puso entre las piernas. Me rascó la costura de los vaqueros, y me estremecí. Empezó a apretar con fuerza, lo que me mojó todavía más

las bragas a medida que aumentaba la presión, y el clítoris se me hinchó cuando la tela lo rozó una y otra vez.

Me frotó con energía entre las piernas, a través de la ropa. Noté que se me calentaba la piel cuando dejó de besarme y se irguió, con una expresión que parecía divertida. Odiaba que hiciera eso: la vergüenza que me provocaba era irritante. Daba la sensación de que se estaba burlando de mí. Forcejeé con las ataduras, pero no sirvió de nada, excepto que noté cómo se le ponía dura mientras me veía retorcerme para nada. Cabrón.

Pensé que iba a llevarme hasta el orgasmo, pero cuando noté que ya estaba cerca, se detuvo. Le miré con unos ojos de expresión borrosa y confusa; él me levantó la cabeza, se puso en pie y luego salió del salón. No supe qué hacer, así que me quedé donde estaba preguntándome dónde había ido y qué estaría tramando.

Oí un grifo abierto. ¿Es que me iba a dejar así mientras se tomaba un baño?

Debieron de pasar unos diez minutos antes de que volviera. Me puso en pie tirando de la cuerda y me desató; luego me dijo que me quitara rápidamente la ropa y que fuera con él al cuarto de baño.

Me deshice de la ropa, la dejé en el sofá y le seguí al cuarto de baño, intrigada y un poco nerviosa.

Estaba sentado en el borde de la bañera llena de agua, con la cuerda en la mano. Me dijo que me metiera, y le obedecí, pero no dejé de mirarle mientras lo hacía.

El agua estaba tibia, en su punto, y me metí pensando que si iba a estar así de cómoda podría soportarlo casi todo. Más tarde pensé que había sido una estupidez y una prueba de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Le había subestimado, y mucho. Bueno, así es como se aprende.

En cuanto me puse cómoda me dijo que levantara las manos y me las ató de nuevo a la altura de las muñecas, como antes.

Luego me miró a los ojos y me preguntó si confiaba en él.

Fue entonces cuando me puse nerviosa. Me había fijado en algo recurrente en Adam, y era que solía preguntarme eso cuando estaba a punto de hacerme algo nuevo o diabólico y quería tener la seguridad de que yo estaba de acuerdo. Tras un momento, asentí. Al fin y al cabo, sí que confiaba en él. Confiaba en él para todo.

Mejor que fuera así.

Antes de que pudiera darme cuenta, me puso la mano en la frente y me empujó debajo del agua. La bañera era una de las cosas que más me gustaba del nuevo apartamento. Cuando lo visitamos con el agente de la inmobiliaria, me enamoré inmediatamente de ella. Era larga, profunda, con unas patas grandes. Esto último no era importante, pero las dos primeras características sí. Cuando vi la bañera, de inmediato me imaginé a nosotros dos allí metidos, como hicimos después. Pero no me hubiera imaginado aquello nunca.

El chapoteo que provocó al hundirme la cabeza me sonó curiosamente fuerte en los oídos, y luego

todo se quedó en silencio, excepto por los latidos de mi corazón, un golpeteo sordo y aterrizado que me llenaba los oídos. Noté que me entraba agua en la nariz mientras él me mantenía sumergida con las manos en los hombros, noté cómo empezaba a patallar cuando el instinto tomó el mando e intenté levantarme para salir del agua. Tras unos pocos segundos (aunque a mí me parecieron una puta eternidad), me sacó tirando de las muñecas atadas. Aspiré una enorme bocanada de aire con la sensación de que había estado sumergida por lo menos medio minuto.

Tenía mi largo pelo empapado y pegado a la cara. Me lo apartó cuando intenté mirarle, con una mezcla de asombro y de miedo, y sin dejar de parpadear

—¿Estás bien? —me preguntó.

No aparté la mirada de sus ojos. Necesitaba esa conexión, la ternura que vi en ellos. Jamás me había sentido tan indefensa, prácticamente como si me tuviera por completo a su merced. Me picaba la nariz por el agua que había inhalado cuando me había metido la cabeza bajo el agua sin que lo esperara. Respiraba jadeante. Pero sabía que podía confiar en él. Sabía que, a pesar de todo, yo quería que aquello continuara. Asentí.

—Coge una buena bocanada de aire —dijo.

Volví a asentir, y de repente el mundo volvió a desaparecer y él me había hundido de nuevo bajo el agua. Esta vez me retuvo más tiempo, unos diez segundos. Quizá más. Para cuando me sacó de un tirón, el corazón me latía a toda velocidad y sentía los pulmones inflamados.

Siguió así durante un rato, alternando los períodos bajo el agua con los momentos en que dejaba que recuperase el aliento. Una de las veces me metió y sacó la cabeza del agua rápidamente varias veces; yo acabé jadeando, el suelo acabó lleno de agua, y sus vaqueros acabaron empapados. No pareció importarle. No pude evitar fijarme en el bulto de su entrepierna. Por lo que parecía, yo no era la única que estaba disfrutando, a pesar de lo inusual de la situación.

Cuando decidió acabar, me ordenó que me pusiera en pie de cara a la pared. Me sorprendió lo mucho que me costó levantarme con las manos atadas, pero él me ayudó. Antes de darme la vuelta vi que también tenía empapada la camisa.

—Pon el culo en pompa y ábrete de piernas.

Normalmente, una orden como esa me habría hecho sentir expuesta y avergonzada (¿llegaría alguna vez a acostumbrarme?), pero lo cierto fue que me alivió tener un momento para apartar la mirada y recuperarme un poco. Pero no tuve mucho tiempo..., me equivoqué al suponer que Adam ya había llevado a cabo la parte más intensa de lo que tenía planeado. Sin duda, pequé de optimista.

Con el rabillo del ojo vi que cogía el bote del gel de una esquina de la bañera y por un momento me pregunté si pretendía follarme con la parte superior curvada. Ahora que lo pienso, quizá hubiera sido menos humillante que lo que me hizo.

Me lavó. Se llenó las manos de gel y empezó a frotarme la espalda, las nalgas y las piernas. Luego me pasó las manos enjabonadas por la entrepierna y se rió en voz baja cuando las piernas se me estremecieron por aquel roce tan íntimo y tuve que apoyarme más en la pared. Pero después llegó la parte que me hizo gemir de bochorno en voz alta. Me frotó arriba y abajo la raja del culo y me pasó un dedo jabonoso por allí dentro, medio limpiándome medio follándome con el dedo. Cerré los ojos para intentar aislarme de la vergüenza que me causaba esa invasión al mismo tiempo que me esforzaba por luchar contra la inevitable e irritante excitación que me provocaba ese mismo acto.

Cuando consideró que ya estaba limpia me hizo sentar en la bañera y me lavó por delante, insistiendo especialmente en mis pechos. Habría puesto los ojos en blanco de tan obvio como era aquello, pero a esas alturas ya no era capaz de mirarle a la cara.

Se puso un poco de champú en la mano y empezó a lavarme el pelo. La sensación de sus dedos contra mi cuero cabelludo me volvió más dócil todavía y casi me adormecí. Me enjuagó el pelo con cuidado, procurando apuntar el chorro de la ducha de manera que no me cayera agua en los ojos y que la espuma bajara por la espalda y no por la cara. Su trato solícito me parecía irreal. Era amable, y me tocaba con suavidad mientras me ayudaba a enjuagarme con el chorro de la ducha hasta que estuve lista. Por lo visto le pareció que hacía falta el doble de tiempo para enjuagarme el clítoris que para el resto del cuerpo, y entonces sí que puse los ojos en blanco, pero él se limitó a sonreír y a ofrecerme el brazo para que pudiese salir de la bañera.

Me desató de nuevo la cuerda empapada de las muñecas y luego me envolvió en una toalla cálida y esponjosa para secarme. Me acurruqué en sus brazos mientras lo hacía, y me besó en la frente. Yo le besé en el cuello, y él se estremeció, lo que me hizo sonreír pegada a su cuerpo.

Cuando terminó de secarme el pelo con la toalla me ordenó que volviera al dormitorio y que me tumbara en la cama. Hice lo que me había dicho, y cuando él entró en la habitación, ya estaba desnudo, con la polla tiesa. Se puso de rodillas en la cama, entre mis piernas, para luego levantarlas y separarlas. Volví a sonrojarme mientras me inspeccionaba.

Alargó la mano para coger el tubo de lubricante de la mesilla de noche y se puso un poco en la punta del dedo. Después se inclinó hacia delante, me untó lubricante alrededor del ano y metió el dedo muy despacio, lo que provocó una exclamación entrecortada. Se apresuró a utilizar el tubo de nuevo, se puso lubricante en la polla y se la untó con la mano.

Por último me agarró de los tobillos, me sostuvo las piernas abiertas y hacia arriba y me colocó la punta de la polla en el ano. Yo ya había tenido sexo anal con anterioridad, pero siempre había estado boca abajo. En ese momento le estaba mirando a los ojos mientras me metía poco a poco la polla.

Era humillante, vergonzoso y enloquecedoramente erótico. No todas mis experiencias previas en sexo anal habían sido buenas —mi estrechez, unida a mi pánico al dolor (lo sé, es irónico),

provocaban que a menudo no saliera bien—, pero Adam me había preparado a conciencia: mi cuerpo estaba listo para aceptarlo. Le rodeé el cuello con los brazos mientras empezaba a follarme... entrando y saliendo con lentitud.

Empujé el culo hacia él para apremiarle en silencio a que siguiera, a que empujara más. Me susurró al oído que me iba a correr mientras él me follaba el culo porque era una putita guarrona y estaba claro que eso me ponía cachonda. Ya había tenido orgasmos con juegos anales, incluso con sexo anal, pero siempre con alguna clase de estímulo adicional. Dicho esto, nada más abrir la boca para decirle que así no me iba a correr, el orgasmo me llegó de golpe.

Cuando recuperé la respiración, él estaba sonriendo con ese aire petulante que tenía a menudo. No supe si besarle o darle una bofetada, un dilema muy común en nuestra vida sexual. Antes de que pudiera decidirme ya me estaba follando otra vez, un poco más fuerte y rápido que antes, mientras me decía lo apretado que tenía el culo y que follarme por ahí le daban ganas de correrse él también. Y antes de que acabara la frase ya lo había hecho.

Vivir juntos era genial. Me había preocupado un poco que me resultara extraño compartir mi espacio después de vivir tanto tiempo sola, pero era maravilloso. Adam era mejor que la mayoría de los compañeros de piso que había tenido; ponía los platos en el lavavajillas por voluntad propia y era un fanático de la limpieza de un modo que me venía muy bien. Lo único en lo que hizo falta que nos ajustáramos un poco fue, irónicamente, en el sexo.

Lo sé, es ridículo.

La cuestión es que teníamos mucho sexo. Mucho, mucho sexo. En aquellas primeras semanas embriagadoras, hasta dos y tres veces al día. Antes del trabajo. Después del trabajo. Fines de semana enteros. Era genial, agotador, divertido. Estábamos envueltos en un capullo de éxtasis, de amor, de diversión sexual. Era fabuloso.

Excepto, por supuesto, y esto es algo que ninguna heroína erótica ha mencionado jamás ni en broma, que tanto sexo puede provocar cistitis.

Jamás había tenido cistitis, y cuando sufrí el primer ataque no tenía ni idea de lo que me pasaba, solo que dolía tanto que tenía ganas de llorar. Solo me sentía cómoda sentada en el retrete, aunque no quería ir allí porque me parecía que estaba meando fuego. Tras unos pocos días en los que supe que podría soportarlo tomando analgésicos, con una bolsa de agua caliente y fuerza de voluntad, me di por vencida y concerté una cita con el médico. Tras una conversación incómoda sobre cuánto sexo estaba teniendo últimamente, me tomé unos sobrecitos de color arándano y después, por decisión propia, porque no quiero tener que hablarlo con más médicos, unas pastillas de color arándano también (que todavía tomo todos los días, es más seguro así).

No fue lo único extraño a lo que tuvimos que enfrentarnos al principio, a pesar de ser generalmente muy abiertos el uno con el otro. El asunto «¿qué opinas del sexo mientras tenga la regla?» se resolvió con bastante facilidad: a Adam no le importaba (probablemente menos que a mí, con mi miedo a ensuciarlo todo), y menos aún cuando se dio cuenta de lo juguetona que me ponía en los días previos y que de ese modo disponía de más oportunidades para realizar actos más depravados. Todo tiene su lado bueno.

Por supuesto, el tiempo que pasamos en la cama acariciándonos el uno al otro hasta llegar al orgasmo habría salido mucho mejor si no le hubiera pajeado por accidente casi en plena cara. Para colmo, me dio la risa tonta y no paré de reírme ni siquiera cuando empezó a dolerme y apenas podía respirar. Cuando logré recuperarme lo suficiente para pasarle una toallita, ya había llegado a la conclusión de que aquel hombre valía un imperio. No solo no se había enfadado, sino que también le había visto el lado divertido. Y el sexo debe ser sobre todo divertido. Aunque, como le comenté (mucho) más tarde, probablemente era cosa del karma, que me compensaba por las veces que yo me había tenido que limpiar sus fluidos de mi propia cara.

Estas anécdotas del divertido e indecente período de luna de miel no son algo de lo que puedas hablar con unos amigos en una comida de domingo. Tengo que admitirlo: los únicos amigos capaces de comprender este tipo de cosas (y que no sentirían la tentación de, en el mejor de los casos, comprarme un flotador para cuando me metiera en la bañera o, en el peor de los casos, llamar a la policía) eran Thomas y Charlotte, y la verdad, eso me parecía raro.

Salimos a cenar unas cuantas veces con ellos en nuestros primeros meses viviendo juntos, y yo hablaba e intercambiaba mensajes tanto con Charlotte como con Thomas por separado, pero no era algo de lo que me gustara hablar. En primer lugar porque se trataba de una situación tan nueva que no me apetecía compartirla con nadie más. En segundo lugar, y si debo ser sincera, porque todavía sentía punzadas de celos al recordar que Adam y Charlotte se habían acostado. Ya sé que eso ocurrió antes de que los conociera, y que difícilmente podía yo dárme las de ejemplo de moral suprema siendo como era la única persona de la mesa que se había acostado con los otros tres (aunque eso era algo que me hacía sonrojar cuando me acordaba), pero la idea de comentar las cosas que Adam y yo habíamos estado haciendo últimamente mientras en el fondo de mi mente me preguntaba si Adam y Charlotte ya habrían hecho algo parecido me resultaba muy extraña. Sabía que era algo irracional, y me esforzaba por no mostrarlo y dejarlo atrás, sobre todo porque esa clase de comportamiento irracional en las relaciones me molesta. Decidí que lo mejor era no decir nada al respecto de momento.

Además, por lo que habían comentado sobre su relación, lo que Adam y yo estábamos haciendo era bastante soso en comparación. Para mí era más que suficiente decir «gracias, nos va muy bien», pero

Thomas me contaba historias de algunos *munch* y fiestas sado y de diversión en lugares semipúblicos que iban más allá de lo que yo jamás había practicado y de con lo que probablemente me sentiría cómoda. Thomas y Charlotte eran igual que dos críos en un patio de colegio, aunque era evidente que se divertían juntos. Sin embargo, una noche memorable tuvimos una visión un tanto surrealista de su dinámica cambiante.

Adam y yo por fin habíamos acabado de desembalar todas las cajas, así que invitamos a Charlotte y a Tom a cenar y a tomar unas copas en casa como agradecimiento por su ayuda con la mudanza. Cuando llegaron, Charlotte parecía un poco más nerviosa de lo habitual y guardó un poco las distancias cuando les dimos la bienvenida y les hicimos pasar al salón. Saludé a Tom con un abrazo, y Adam y él se estrecharon la mano. Me giré para abrazar a Charlotte, que llevaba una maceta con una orquídea como regalo para la casa. Cogí la maceta y les di las gracias a los dos (mientras me preguntaba cuán fácil sería conseguir una planta sustituta antes de que nos visitaran otra vez; por desgracia no soy muy buena cuidando plantas). Luego me incliné hacia ella para darle un abrazo, pero se apartó.

De repente oí la voz de Thomas a mi espalda.

—Hoy no te va a saludar con un abrazo.

Me giré hacia él, un poco confusa.

—Ah, vale.

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. ¿Acaso estaba enferma y temía contagiarme algo? ¿O temía que yo estuviera enferma? ¿Le dolía la espalda?

Reconocí la sonrisa de Tom. En el pasado ese gesto me habría puesto muy nerviosa. La situación hizo que me sintiera confundida y que me preguntara exactamente qué estaba ocurriendo.

—Hay algo que te quiere pedir.

Miré a Charlotte. Yo no lo tenía claro. Mi amiga apretaba los labios y no parecía que quisiese decir nada. También le vi dos manchas rojas en las mejillas que me dejaron boquiabierta: desde que la conocía, jamás la había visto sonrojarse. Noté que Adam se ponía detrás de mí para verla mejor, y que estaba igual de confundido que yo.

Tom la miró.

—¿No es verdad?

La mirada de Charlotte tenía una expresión rebelde, pero asintió y cerró los ojos mientras reunía el valor necesario para hablar.

—Por favor, ¿puedo besarte los pies para saludarte?

No pude evitarlo: me sonrojé por empatía. Joder. Aquello era muy violento. Para mi sorpresa, también era curiosamente excitante. Aunque quizá se trataba de mi memoria al recordar algunas de las cosas humillantes que ella misma me había obligado a realizar una vez mientras jugábamos. Tuve

una extraña sensación de justicia. Donde las dan las toman.

No pude evitarlo.

—¿Qué?

Me miró con hostilidad. Sé que soy muy mala por haberle hecho repetir la pregunta, pero debo decir en mi defensa que habría sido terrible que la hubiese oído mal. Habría sido una situación vergonzosa.

Apretó la mandíbula y habló entre dientes.

—Por favor, ¿puedo besarte los pies para saludarte? —Se quedó un momento callada, y luego dejó escapar un suspiro—. A los dos.

Adam se volvió hacia mí e intercambiamos una mirada algo divertida. Ya conocía de sobra el fetichismo con los pies, pero en ese contexto me parecía un tanto extraño. También me preocupaba qué podría pasar después de aquello. Charlotte y Thomas seguían siendo mis mejores amigos, pero no me interesaba en absoluto reiniciar ninguna clase de relación erótica con ellos, y menos en ese momento. También he decir que era una especie de revancha. Resulta que soy un poco cabrona en lo que se refiere a este tipo de cosas.

—Por supuesto que puedes —respondí. Vi con el rabillo del ojo que Adam también asentía.

Me llevé la orquídea a la cocina y cuando volví me encontré a Charlotte caminando a cuatro patas por el suelo del salón hacia Adam. Era una escena surrealista. Sentí una punzada de curiosidad, que reprimí con rapidez, en la que me preguntaba si ese era el aspecto que tenían cuando jugaron juntos. La visión de Adam alzándose por encima de ella, verla a ella de rodillas plantando los labios primero en un zapato y luego en el otro, era impresionante. Me pareció excitante de un modo extraño, no tanto por Charlotte (aunque era y sigue siendo una mujer muy atractiva), como por la imagen que me ofrecía de Adam: la expresión de poder, la línea de la mandíbula, la curva de sus pestañas mientras bajaba la mirada hacia ella, en el suelo. Era una imagen que no estaba acostumbrada a ver porque —me di cuenta con un sobresalto— normalmente era yo la que estaba de rodillas.

Mientras los miraba, Charlotte rompió la escena y se dirigió hacia mí a gatas. Yo estaba descalza, y de repente me sentí muy agradecida por haber tenido una sesión de pedicura pocos días antes. Charlotte inclinó la cabeza y noté su aliento en el pie izquierdo. Luego presionó con rapidez los labios contra el empeine. Me hizo un poco de cosquillas, y sonreí mirando a Adam. Tanto él como Thomas nos miraban fijamente.

Pasó al otro pie y cuando se inclinó para besarme los dedos oí un ligero gemido de vergüenza, tan leve que nadie más pudo oírlo. Me asaltó sin querer el recuerdo de algunas de las cosas que ella me había obligado a hacer, y me sonrojé. Pero aunque una parte de mí disfrutaba del espectáculo de verla degradada de ese modo (lo que en sí mismo era un tanto confuso..., ¿aquello contaba como un

intercambio de tendencias?), aquel leve gemido hizo que me diera lástima. Me incliné hacia ella y le acaricié la nuca, justo donde terminaba el corte de pelo, y Charlotte se apoyó contra mi caricia, al parecer reconfortada por el gesto.

La habitación estaba cargada por una atmósfera de... algo. Y de repente desapareció con la misma rapidez. Charlotte se puso en pie, todavía sonrojada. Pregunté a cada uno qué querían beber. Decidimos qué pedir de comida a domicilio y escogimos una película.

El resto de la velada transcurrió más o menos como cabía esperar. Hubo detalles extraños. Charlotte no se sentó en el sofá al lado de Thomas mientras veíamos la película. Se sentó en el suelo, a sus pies. A mitad de la película le susurró algo que casi estoy segura que fue pedirle permiso para ir al cuarto de baño. En general me pareció que Charlotte estaba un poco más descentrada de lo habitual (Tom explicó más tarde que llevó puesto un dilatador anal toda la noche, lo que probablemente a mí también me habría provocado cierta dificultad para mantener una conversación), pero aparte de eso estaba tan relajada como en cualquier otro momento. Las miradas que Charlotte y Tom intercambiaron de vez en cuando hicieron que me preguntara qué pasaría cuando llegaran a casa, pero no se dijo nada más al respecto y no hubo más momentos extraños. Cuando Charlotte nos dio un beso de buenas noches en el momento de marcharse, todo parecía casi normal. Vale, ¿a quién quiero engañar? No era así. Pero al verles caminar por el sendero de entrada, cogidos de la mano, no pude evitar sentirme feliz por Charlotte y Tom. No creo que yo hubiera hecho eso por mi dominante jamás, pero sobre gustos no hay nada escrito, y a ellos parecía irles bien así.

Cerramos la puerta y nos dirigimos hacia la cocina para empezar a cargar el lavavajillas, y en ese momento Adam y yo dejamos escapar un suspiro a la vez y a continuación nos echamos a reír. No pude contener más la curiosidad.

—Tengo que hacerte una pregunta.

Adam estaba tirando los restos a la basura, y levantó la cabeza para mirarme.

—Venga.

—¿Esto es lo que solías hacer con Charlotte? ¿Esta clase de dominación pública las veinticuatro horas del día?

Admito que estaba un poco preocupada. Si a Adam le gustaba ese tipo de cosas, era algo nuevo para mí, y no era precisamente algo que yo estuviera dispuesta a hacer, independientemente de lo bien que conociera a las demás personas que estaban con nosotros en la habitación (de hecho, ¿conocerlas empeoraba la situación? Podría empeorarla).

Sonrió.

—No, no hicimos esta clase de juego público, y yo jamás la habría obligado a hacer algo así en una reunión social.

Uf, menos mal. Sin embargo, mi estúpido cerebro quiso de inmediato hacerle la siguiente pregunta

lógica: ¿qué clase de juegos públicos has realizado? Me contuve.

Adam interrumpió mis divagaciones.

—Nos ha cortado un poco el rollo, ¿no?

Me eché a reír.

—Sabía que estaban experimentando con un estilo de vida D/s más intenso, pero no me había dado cuenta de que hubieran llegado tan lejos. ¿Está mal que cuando Tom le dijo que hiciera eso, mi primer impulso fuera soltar una risita nerviosa e incómoda?

Adam me sonrió.

—A mí me ha pasado lo mismo. Y mis risitas son terribles.

Nos miramos fijamente durante un momento, con un silencio cargado. Al final esperé a darme la vuelta para meter un plato con sobras en el frigorífico, era incapaz de decírselo mirándole a los ojos.

—Pero ver cómo lo hacía fue muy excitante.

Cuando me di la vuelta me estaba mirando fijamente; asintió con la cabeza.

—Muy excitante. —Sonrió—. Sobre todo cuando te besó a ti los pies.

Puse los ojos en blanco.

—Las típicas fantasías lésbicas de los tíos.

Se inclinó y me dio un beso en la nariz.

—En parte. Pero ha sido un tipo de humillación interesante.

Me estremecí un poco al recordarlo.

—Es verdad. Hacer eso delante de otra gente sería un límite difícil para mí, pero ese nivel de control, de obediencia... —Me quedé callada, y tragué saliva para reunir el valor de decirlo en voz alta—: Me gustaría intentarlo durante un rato.

Adam me besó otra vez.

—¿Solo un rato?

Sonreí.

—Dios, sí, solo un rato. Y no un rato demasiado largo, no vaya a ser que te vuelvas insoportable y se te suba el poder a la cabeza.

—Es cierto que tengo tendencias megalómanas. Además, odio ocuparme de los pequeños detalles, así que yo tampoco podría soportarlo durante mucho tiempo.

Y así fue como comenzó nuestra pequeña incursión en un fin de semana completo de D/s. La culpa la tiene la puñetera Charlotte.

Desde el momento en que supe lo que era la D/s, dudé de si me gustaría algo así las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Había leído muchos relatos tremendamente excitantes sobre el tema, había conocido a unas cuantas personas (en mi primer y único *munch* y también después, a través de internet) a quienes sé que les funciona bastante bien algo así, pero no creía que eso fuese realmente conmigo. Como siempre, son los aspectos prácticos los que hacen que me detenga a pensar. ¿Qué sucede cuando él está hecho polvo y solo quiere ver el críquet, y tú estás esperando que te diga qué puedes comer, o qué ropa te puedes poner o qué puedes hacer? ¿Cómo encaja tener un trabajo dentro de esta clase de situación? ¿Y los amigos? Cada uno tiene sus gustos y todo eso, pero yo no creía que algo así tuviese cabida en mi vida.

Lo que no quiere decir que no sintiera curiosidad.

La inesperada visita de Charlotte y Thomas me animó a intentarlo. La noche había transcurrido con total normalidad durante la mayor parte del tiempo, solo hubo un trasfondo interesante. ¿Querría hacerlo todo el tiempo? No. ¿Podría tratar de probarlo durante un tiempo? ¿Me gustaría? La respuesta era sin duda sí, sobre todo después de nuestro viaje al palacio del sado y nuestra incipiente relación. Estaba segura de que Adam sería respetuoso conmigo, y que sin duda conocería mis límites. Y ahora teníamos nuestro propio espacio y la privacidad que necesitábamos para darnos una oportunidad.

Así que lo hicimos.

La mañana del día que decidimos que él tendría control total sobre mí amaneció como cualquier otra. Era sábado. La noche del viernes había sido tranquila. Después de toda una semana de trabajo, a los dos nos gustaba apoltronarnos en el sofá el viernes por la noche y dejar la diversión social para el fin de semana propiamente dicho. En el sopor del despertar tuve la extraña sensación de que algo importante iba a suceder ese día, pero no podía recordar qué era. Solo sentía la expectación, como cuando te despiertas y te vas a ir de vacaciones o es tu cumpleaños o algo así.

Me di la vuelta y me encontré a Adam ya despierto y mirándome. Me sonrió, me besó y me envolvió en un largo y agradable abrazo. Era encantador, cariñoso y en los pocos meses que llevábamos viviendo juntos se había convertido rápidamente en una de mis formas preferidas de

comenzar el día. Era, por lo tanto, una posición incongruente desde la que recordarme una última vez las reglas del juego para el día.

Era bastante simple. Yo le pertenecía total y absolutamente. Tenía que hacer todo lo que él dijera cuando él lo dijera, y si no lo hacía recibiría mi castigo. Todas las decisiones las tomaría él. La ropa que me pondría, qué comería, cuándo comería, qué haría. Ni un orgasmo sin su consentimiento explícito desde el preciso instante en que nos levantáramos hasta que me quedara dormida. Afortunadamente no tenía que llamarle «señor» ni «amo». Ambos estábamos de acuerdo en que resultaba un poco teatral y por el momento prescindiríamos de tal cosa, pero eso era básicamente lo que él sería.

Había esperado que transcurriese un poco de tiempo antes de que empezara todo. No soy nada madrugadora, así que albergaba la esperanza de al menos poder ir al cuarto de baño y cepillarme los dientes, tener un momento para ordenar mis pensamientos antes de que comenzáramos con algo potencialmente muy intenso. Resultaba un poco estresante, pero aquel acuerdo secreto ya me atraía. Quería que pasara el día, ver adónde nos llevaba todo aquello. La adrenalina ya corría por mis venas.

Me preguntó si comprendía lo que me estaba diciendo. Asentí con la cabeza, no confiaba en que mi voz no delatara mi nerviosismo, y me preocupaba la posibilidad de que, si percibía mi temor, actuase con menos dureza conmigo y yo no pudiera probar la experiencia completa.

Ja. Como si algo así fuera a pasar.

Me cogió la cara con ternura mientras me acariciaba el pelo y me miraba fijamente.

—¿Recuerdas cuál es la palabra de seguridad?

Asentí con la cabeza de nuevo.

Sonrió.

—Está bien. Recuerda, no debe avergonzarte usarla, sobre todo hoy. Sé que esto va a suponer un gran desafío para ti, pero también sé que vas a hacer todo lo posible por complacerme.

Miré a aquel hombre al que había llegado a amar, que me sonreía con el cabello un poco alborotado desde la cama, y le devolví la sonrisa; sabía que tenía razón. Por supuesto, había una parte de competitividad y una parte de amor bajo mi necesidad de hacerlo bien, aunque no creí que debiera mencionarlo en ese momento.

Visto en retrospectiva, tengo la leve sospecha de que él ya lo sabía.

Y así comenzó todo. Me mandó a darme una ducha mientras él se quedaba en la cama leyendo las noticias en su teléfono móvil. Debido en buena parte a mi malhumor matutino, nuestra rutina se había consolidado rápidamente: él iba al baño primero, lo que me daba unos diez minutos más en la cama antes de tener que levantarme, con el útil efecto secundario de que para cuando acababa de vestirme por lo general había una taza de té y hasta un par de tostadas esperándome. Así que esa primera

orden tan inocente me resultó un poco extraña. Por supuesto, las cosas se iban a poner mucho más difíciles.

Cuando ya estaba limpia y seca, regresé a la habitación, desnuda, tal y como me había ordenado. A estas alturas ya me había visto desnuda cientos de veces, pero cuando colocó el teléfono en la mesilla de noche y se giró para mirarme me sentí cohibida y avergonzada. Traté de no sonrojarme, y cerré los puños en un esfuerzo por no cruzar los brazos. Estaba convencida de que eso era algo que sin duda estaba prohibido.

Me dijo que me diera la vuelta, colocase las manos en la pared de al lado de la mesilla de noche y que separara las piernas. Hice lo que me pidió y salió de debajo del edredón para colocarse detrás de mí.

Me puso una mano en el culo y me frotó un dedo frío por el lubricante alrededor del ano antes de introducirlo tan fácilmente que no pude evitar sonrojarme un poco, agradecida de repente de que no pudiera ver mi cara. Luego reemplazó el dedo por la punta (helada) de un dilatador anal que lentamente introdujo en mi interior.

Colocó una de sus manos entre mis piernas y, aunque el tacto era metódico y algo impersonal, no pude dejar de temblar. Mi cuerpo mostraba señales de satisfacción por el inicio de este juego antes incluso de que mi cerebro tratara de averiguar si realmente me gustaba.

Aunque eso no era del todo cierto. Yo ya estaba, a mi pesar, un poco harta de tantas órdenes.

Me dijo que me diera la vuelta. Así lo hice, y puse los ojos en blanco ante aquel constante exceso de control. ¿Iba a ser así todo el día? Porque en ese caso la situación no iba a tardar en volverse aburrida.

Cuando me giré no disimulé la expresión de mi cara lo suficientemente rápido para que no la viera. No era la primera vez que veía esa mirada en mi cara, y con toda seguridad tampoco sería la última, pero su reacción me dejó literalmente estupefacta por un instante.

Me agarró del pelo, me sujetó con fuerza y acercó su cara a la mía. Su expresión era severa y su voz tranquila y amenazante mientras me advertía cómo debía comportarme en un día así.

Antes de que ni tan siquiera hubiera pensado en si se suponía que debía contestar a lo que él acababa de decir con alguna clase de respuesta o si era más sensato guardar silencio, ya se había sentado en la cama, me había tumbado sobre sus rodillas y me estaba dando unos fuertes azotes.

Me concentré en el firme e inmóvil dilatador anal mientras él me ponía el culo completamente rojo. Me sentía frustrada y excitada al mismo tiempo, desesperada por tomar las riendas. Pero a pesar de las contradictorias emociones que atravesaban mi mente (vale, lo que sentía sobre todo era rabia), había una prueba irrefutable de cómo me estaba afectando realmente toda esa humillación. Tenía la cara enrojecida y sabía que estaba húmeda. Maldito fuera.

Aunque posiblemente mi excitación no era su objetivo ese día.

Cuando por fin acabó, me levanté de su regazo con cuidado, las piernas me temblaban y el culo me ardía. Ni siquiera lo miré. Me sentía tan insignificante... Tan humillada...

Él se levantó y se dirigió hacia el armario, dejándome allí de pie sumida en mi vergüenza. Comenzó a colocar ropa sobre la cama. Una falda. Una blusa. Una corbata. Mis calcetines largos de rayas (los llevaba a menudo al trabajo, debajo de los pantalones, aunque ya me había dado cuenta de que siempre los miraba antes de que me los quitase). Una cinta para el pelo. Parecía que el tema del día era el de colegiala sexy. Eso debería haberme tranquilizado. Ya había usado alguna que otra variante de ese traje para él antes, incluso me burlaba de él con sutileza para adaptarme al papel. Pero aun así lo observaba con cautela, sabía que las reglas habían cambiado.

Antes de ordenarme que me vistiera envolvió un trozo de cuerda alrededor de mi cintura, y me lo colocó entre las piernas para mantener el dilatador en su lugar. Luego se dispuso a contemplar cómo me vestía para él. Fue un proceso algo lento y un poco torpe, sobre todo porque la combinación de la cuerda y el dilatador me obligaron a inclinarme de una forma un tanto incómoda para poder ponerme los calcetines.

Sé que me sonrojo con mucha facilidad, pero aun así estoy segura de que nunca me había sentido la cara tan caliente sin tener fiebre. Por último, cuando ya estaba completamente vestida, hizo que me arrodillara delante de él mientras permanecía sentado en el borde de la cama. Aunque era yo quien estaba vestida, continuaba sintiéndome desnuda.

Me dijo que abriera la boca todo lo que pudiese. Eso hizo que comenzara a sentirme un poco más confiada. Al menos ya sabía lo que iba a suceder. Sin embargo, no me pidió que se la chupara, simplemente me agarró de la coleta y se folló mi boca, de una forma brusca y feroz, una y otra vez. Me atraganté en varias ocasiones tratando de respirar mientras la saliva me chorreaba por las mejillas, pero a él no le importaba mi incomodidad. Me usó como un agujero al que follarse, nada más. Al final se apartó y acabó corriéndose sobre mi escote y mi blusa.

Se puso en pie y pasó junto a mí dándome una palmadita en la cabeza. Lo tomé como un gesto de cariño porque, a decir verdad, poco más había de ternura en aquella experiencia que me hacía sentir extrañamente molesta y furiosa. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y volvió a ponerse delante de mí.

—Ponte el abrigo y ve a comprar el desayuno.

Estoy segura de que me quedé boquiabierta. La falda era lo bastante larga como para ir a trabajar si hubiese querido, pero los calcetines que llevaba puestos quedaban un poco ridículos.

—¿Dónde se supone que tengo que ir? ¿Qué quieres que traiga?

Odié aquel tono de nerviosismo e indecisión en mi voz (¿cómo había podido sucederme algo así

tan rápido?), pero teniendo en cuenta que era su día de dar órdenes, esos momentos de independencia parecían tener más significado del que tenían normalmente, y yo no quería hacer nada mal. Quería complacerlo. Además, mi cerebro no dejaba de pensar en las cuestiones logísticas del asunto. ¿Cómo iba a funcionar algo así?

Su sonrisa de superioridad al responderme pareció indicarme que él también se había dado cuenta de mi inusual titubeo.

—Tú decides.

Caminé hacia la tienda. Me resultó un poco incómodo, pero por suerte mi abrigo era lo suficientemente largo como para que nadie pudiera darse cuenta de lo que llevaba debajo, y me coloqué un pañuelo alrededor del cuello para esconder cualquier rastro de la mancha de mi blusa. Ojalá hubiera podido ir a la tienda en coche, pero mi sentido común se impuso. Bueno, eso y el hecho de que no estaba segura de querer escribir «llevaba un dilatador anal y una cuerda en la entrepierna mientras conducía» en el apartado «causas del accidente» de un formulario de reclamación del seguro.

Esperaba que aquellos diez minutos de trayecto hasta la tienda al aire fresco, sola, me ayudaran a recuperar el equilibrio, pero no fue así. El dilatador se movía con cada paso que daba, las nalgas aún me dolían de la paliza y mi mente retumbaba con todas las preguntas sobre lo que podría suceder más tarde..., sobre todo porque aquello parecía mucho más desafiante de lo que yo había imaginado e intentaba desesperadamente averiguar por qué para lograr comprenderlo y, con suerte, ir un poco más allá.

Por desgracia, cuando llegué a casa no había llegado a ninguna conclusión. Apagué la cafetera y puse los cruasanes que acababa de comprar en el horno, para calentarlos, insegura aún de lo que iba a suceder.

Cuando el desayuno estuvo listo, Adam se sentó en el sofá y me hizo un gesto para que me sentara en el suelo, entre sus piernas.

Resultaba extraño. Yo solía sentarme en el suelo. Cuando veía la televisión o leía un periódico, acostumbraba a coger un cojín del sofá y ponerlo delante para leer y relajarme. No era algo degradante ni una cuestión de estatus social; era algo que hacía porque me apetecía, no era más que un sitio cómodo donde sentarme. Pero en este escenario me sentía diferente, muy diferente, y todo lo que podía recordar era a Charlotte sentada allí, un par de fines de semanas atrás, viendo películas con nosotros. ¿Podría algo tan simple resultar tan trascendental para ella también? ¿Tan incómodo?

Desayunamos en silencio, pasándonos la mermelada, con la televisión en voz baja de fondo. Cuando terminamos de comer, nos bebimos el café y vimos las noticias. Adam comenzó a

acariciarme el pelo y yo apoyé la cabeza en su rodilla; aquel silencio hizo que el ambiente cambiara sutilmente (para mí al menos) de algo estresante a algo más tierno. De repente todo encajó. Los momentos en los que lo sentía abrumador y extrañamente inquietante eran los momentos en que había menos conexión emocional, cuando me trataba como un objeto más que como una persona. Los momentos como ese en el que nos encontrábamos equilibraban la balanza, me hacían sentir bien. Incluso entre tanta humillación había algo de ternura. Era maravilloso.

Aunque también acababa de terminarme mi primer café de la mañana, lo que probablemente me ayudaba a sentirme de mejor humor.

Cuando acabaron las noticias me dijo que me pusiera en pie. Así lo hice, con las piernas un poco temblorosas. Todavía de espaldas a él, sacó mi blusa manchada de dentro de la falda para poder desatar la cuerda que aún tenía entre las piernas y me bajó las bragas hasta los muslos para así quitarla con más facilidad.

Luego me dijo que me inclinara hacia adelante y que me sacara el dilatador.

Sé que es una estupidez. Para entonces ya me había follado el culo unas cuantas veces, así que probablemente ya sabía qué aspecto tenía. Pero aun así, tuve que respirar profundamente un par de veces y hacer un esfuerzo consciente por tratar de calmar mis manos, repentinamente temblorosas, antes de que pudiera mostrarme ante él de esa manera.

Mientras me observaba humillarme a mí misma cogió el lubricante; probablemente lo había traído del dormitorio cuando yo había ido por el desayuno. Se bajó los pantalones y untó un poco sobre su polla, ya dura. Lo que dijo a continuación destruyó esa sensación hogareña que habíamos estado disfrutando unos momentos antes.

—Empálate en mí.

Giré la cabeza para mirarlo, en busca de una aclaración silenciosa, aunque ya sabía lo que quería.

—Empuja tu culo contra mi polla.

Estaba sentado en el sofá. No era muy bajo, pero descender sobre él resultaba un poco complicado y tuve que hacer algunos movimientos para asegurarme de que no la aplastaba y conseguía meterla dentro de mí. Su gemido de placer cuando caí sobre su regazo me llenó de satisfacción. Dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro mientras disfrutaba de la sensación de tenerlo completamente dentro de mí.

Tras unos instantes comencé a moverme, con suavidad, con los pies apoyados en el suelo, lo que me ayudaba a elevarme y a bajar de nuevo. El movimiento hacía que las nalgas, resentidas por los azotes, me doliesen aún más. Era tan humillante..., le estaba dando mi culo mientras él estaba allí sentado. Pero también era increíblemente excitante, incluso antes de que su mano se deslizara alrededor de mi cintura para llegar hasta mi clítoris.

No me había corrido antes, por lo que ya estaba un poco alterada, incluso antes de que comenzara a frotarme y hacer que me retorciera con más fuerza contra él.

El orgasmo me sobrevino rápidamente, y fue solo en el último segundo cuando la voz del fondo de mi mente me recordó que debía pedir permiso antes de correrme. Los muslos me temblaron por el esfuerzo de reprimirlo mientras trataba de pronunciar las palabras, aunque me hizo repetírselas antes de apiadarse de mí y dejar que me corriese, a gritos y con tal fuerza que, de no ser porque me tenía agarrada por la cintura, me habría caído del sofá.

Cuando conseguí regresar de mi éxtasis me acarició el pelo, me besó el cuello y me susurró que estaba muy satisfecho de que hubiera resultado ser un juguete sexual tan estupendo, algo que en otro momento podría haber hecho que lo fulminara con la mirada, pero el subidón de adrenalina me hizo esbozar una sonrisa picarona. Me giré para mirarlo y, de pronto, se inclinó y me besó apasionadamente.

—Estás tan hermosa... toda despeinada y sucia.

Tuve la tentación de sacarle la lengua (sabía que ese día eso no era buena idea) pero lo que hice fue devolverle el beso, disfrutar de aquel momento de ternura.

Una de las mejores cosas de irnos a vivir juntos era cómo nos complementábamos. Yo era una persona muy organizada, siempre lo había sido, en parte debido a mi trabajo y también porque había pasado muchos años viviendo sola, por lo que si yo no me organizaba nadie vendría a hacerlo por mí. Adam, por el contrario, adoraba el hecho de que yo me hubiese encargado de organizar los preparativos de la mudanza, y a cambio él se hizo cargo de algo a lo que yo no era muy aficionada: la limpieza.

Sé que vivir en una casa limpia y ordenada es algo maravilloso, pero debo decir que yo no soy limpiadora por naturaleza. De vez en cuando organizaba un zafarrancho de limpieza, si iba a recibir alguna visita, o si llegaba a ese punto en el que de repente sientes que ya no podrías seguir viviendo de ese modo ni un minuto más y tienes que hacer algo de inmediato (véase también: el crecimiento de las cejas. ¿Cómo puede ser posible que me vaya a la cama viéndome bien y me levante pareciendo el eslabón perdido entre el hombre y el mono?). A Adam, sin embargo, le encantaba limpiar. Lo primero que hizo cuando nos vinimos a vivir juntos, mientras yo ordenaba alfabéticamente nuestra colección de DVD (no me juzgues), fue organizar la cocina. Para él la diversión de un sábado por la mañana comenzaba con una buena limpieza del baño, hasta que estuviera reluciente, mientras yo iba a comprar el periódico y preparaba el desayuno. Le encantaba, parecía disfrutar de lo que hacía, y esta era una de las (muchas) razones por las que agradecía a mi buena suerte haberme enamorado de

alguien tan maravilloso como él.

Aunque no ese día.

Ese día solo parecía dispuesto a ponerme a prueba. Se sentó en el sofá y me hizo limpiar todo el salón a su alrededor. Quitó el polvo, pasé la aspiradora y fregué, mientras él permanecía allí sentado y apenas levantaba las piernas cuando era necesario, sin dejar de observarme todo el rato y mirándome debajo de la falda cuando me agachaba.

Sin embargo, si eso era lo que él tenía en mente para su día de control total, ¿quién era yo para oponerme?

Cuando acabé, se levantó y dio una vuelta, inspeccionando mi trabajo. Lo había hecho mejor de lo que acostumbro a hacerlo, pero él era muy meticuloso, o tal vez solo estaba buscando excusas.

Encontró un poco de polvo detrás del reproductor de DVD, pasó un dedo por la mancha y me lo enseñó. Lo miré con el ceño fruncido al comprobar la —sinceramente, casi imperceptible— suciedad en la punta de su dedo. Cogí el plumero, me agaché para apoyarme en el mueble de la televisión y poder llegar hasta donde estaba la mancha de polvo, y apenas me di cuenta de que susurré un «joder, por favor».

Recorrió la distancia que nos separaba en cuestión de segundos. Ni siquiera me miró, simplemente me agarró del brazo cuando pasaba junto a mí y me arrastró con él. Apenas era consciente de lo que estaba sucediendo por la rapidez con la que andaba.

Abrió una puerta situada en una esquina de nuestro salón en la que había un pequeño armario de almacenamiento. Cuando nos trasladamos colocamos ahí dentro unas cuantas cajas vacías que había que sacar cuando hubiésemos deshecho las maletas, y lo primero que pensé cuando abrió la puerta fue: «Oh, ha limpiado y lo ha tirado todo a la basura». Me empujó hacia dentro, me tiró al suelo y cerró la puerta, dejándome dentro de aquel armario oscuro y casi vacío (había una manta que usábamos en el sofá cuando hacía frío, pero nada más).

Todo sucedió con tanta rapidez que durante los primeros minutos me quedé un poco aturdida. Me senté, maldiciéndolo en voz baja (mucho más baja de lo que lo había hecho antes), esperando a ver qué sucedería después. ¿A qué demonios estaba jugando? Más que nada me sentía furiosa. Sabía que había aceptado los términos del compromiso, pero ¿qué diablos era esto? Una parte de mí quería abrir la puerta, pero varias cosas me detuvieron: la curiosidad ante lo que él pretendía hacer, y el orgullo que me impedía dejar que notara que todo eso me estaba molestando o incomodando. Pensé en abrir la puerta, salir y comprobar qué sucedería si lo hacía, pero como no quería pedir disculpas y no tenía intención de usar la palabra de seguridad, lo único que podía suceder es que me metiera en más problemas. Mal plan.

Esperé con tanta paciencia como fui capaz de reunir (que no fue mucha).

La única luz era la que se colaba por debajo de la puerta. De vez en cuando la veía parpadear y me

preguntaba si era él al pasar. Traté de oír si estaba por ahí, y no tenía claro de si en caso afirmativo eso haría que me sintiera aliviada o nerviosa. Aunque a pesar de todo estaba bastante furiosa. Sentía una rabia abrasadora, similar a la que había sentido en otras situaciones de D/s, pero nunca con Adam.

No sé cuánto estuve allí sentada, pero con el tiempo comencé a tranquilizarme. Dejé de sentirme enfadada y empecé a sentir ansiedad. Me apenaba poder haberlo decepcionado o desilusionado, estaba molesta conmigo misma porque estas pruebas aparentemente simples habían resultado ser muy difíciles y, si soy sincera, al preguntarme por qué habían sido tan duras me sentía confundida. Me tumbé y me acurruqué hecha un ovillo mientras esperaba a que él regresara.

Finalmente abrió la puerta y me hizo una señal para que saliese. Intenté ponerme en pie pero me dijo que me quedara a cuatro patas. Lo miré de reojo cuando pasaba junto a mí y traté de leer la expresión de su cara, pero por primera vez no pude.

Me arrastré tras él mientras caminaba por la habitación. Se quedó de pie junto al mueble en el que estaban la televisión, la videoconsola y el reproductor de DVD, y al final se volvió hacia mí, y se bajó la cremallera de los pantalones como solía hacerlo. Abrí la boca automáticamente, pero él sonrió, un breve pero reconfortante regreso de mi Adam, y me dijo que no con la cabeza.

Comenzó a masturbarse mientras lo miraba. Ya lo había visto hacer eso antes, pero mientras que normalmente podía ayudarlo un poco, esta vez sabía que solo podía mirar. Era una especie de tortura erótica, sobre todo cuando comenzó a acariciarse más rápido, acercándose cada vez más al orgasmo.

Finalmente gimió y apuntó con su polla hacia abajo. Por un instante pensé que estaba apuntando a alguna parte de mi cuerpo o de mi ropa, pero lo que hizo fue correrse sobre el suelo de madera.

Más tarde me contó que la expresión de mi cara en ese momento era una mezcla de confusión y enfado. No creo que mejorara cuando me habló. Tuve literalmente que contener el impulso de derribarlo de un empujón.

—Esto es porque, cuando digo que limpies la habitación, quiero que todo quede limpio. Ahora, lámelo.

Levanté la cabeza para mirarlo, quería saber si estaba hablando en serio o si se trataba de algún tipo de trampa. Por entonces lo conocía lo bastante bien como para darme cuenta de que no estaba jugando conmigo, que permanecería impasible ante mis miradas de súplica. Y creo que por entonces él también me conocía lo bastante bien como para saber que no iba a utilizar mi palabra de seguridad para librarme de aquello.

Lentamente me agaché y comencé a lamer su semen, pero el líquido resbalaba por la superficie de madera. Putos suelos laminados. Me movía para tratar de atraparlo con la lengua, consciente de que era una misión ridícula y sorprendentemente difícil. Tardé una eternidad, y para cuando acabé mis

ojos estaban llenos de lágrimas de humillación. Me sentía también como si le hubiese fallado, como si le hubiese decepcionado. Era un sentimiento extraño e inesperado que me provocaba unas ganas tremendas de gritar. Me tomó por sorpresa. Aunque él lo vio como lo que era.

En cuanto vio mi cara me levantó del suelo y me llevó al sofá. Nos quedamos allí sentados, juntos, me envolvió en sus brazos, me abrazó y yo me aferré a él de una forma de la que más tarde me sentiría un tanto avergonzada pero que en aquel momento me parecía desesperadamente importante. Necesitaba esa conexión, necesitaba su calor. Lo necesitaba a él.

Su voz era tranquila, apacible. Me dijo que lo había hecho muy bien, que se sentía orgulloso de mí. Me preguntó si me encontraba bien, si había ido demasiado lejos.

Tras la reacción inicial ante toda aquella humillación me tranquilicé un poco. Me trajo la manta del armario y me envolvió en ella, me besó suavemente en los labios y fue a preparar dos tazas de té.

Mientras me tomaba el té comencé a sentirme un poco menos desolada. Había tenido antes experiencias de D/s bastante intensas —mucho más humillantes y desde luego mucho más dolorosas— que no me habían afectado tanto. Estuvimos hablando con tranquilidad de todo aquello, de lo que nos había excitado, lo que me había resultado más difícil de hacer, y por qué.

Teniendo en cuenta lo elocuente que puedo llegar a ser en cuanto a algunos aspectos de mi forma de pensar, en esta ocasión me sentía un poco desconcertada. Me habían tratado como un simple objeto en otras ocasiones, me habían hecho daño, me habían humillado de otras formas similares. No sé si el hecho de que todo eso hubiese ocurrido en nuestro entorno familiar era lo que lo hacía parecer más intenso; no sé si fue que me encerrase en el armario. Seguramente. Ahora me pregunto si fue la sensación de estar siendo castigada por una tontería, en lugar de ser la «interpretación» de un castigo, lo que me llevó al límite.

Sea lo que fuere, poco a poco empecé a sentirme yo misma otra vez. Nos bebimos el té, y yo me tomé un reconfortante chocolate Hobnob (creo que el azúcar también ayudó a levantarme el ánimo; esa es mi excusa y con ella me quedo) y mientras nos abrazábamos en el sofá mi forma de pensar cambió una vez más.

Aún nos quedaba toda una tarde para dedicarla a diversiones perversas; por acuerdo tácito el tiempo de control de Adam había llegado a su fin, pero yo aún me sentía un poco juguetona y quería demostrarle mi aprecio por su delicadeza y comprensión. Así que me dispuse a hacerlo de la forma más obscena que se me ocurrió. Me tumbé en su regazo y me dediqué a lamerle y chuparle con suavidad mientras veíamos el rugby, medio provocándole, medio adorándole durante todo el partido. Entonces le pregunté, porque quise y porque me apetecía, si podía continuar chupándosela hasta que se corriese, y tocarme a mí misma mientras lo hacía. Y a continuación me dispuse a ofrecerle el espectáculo más pornográfico que se pueda imaginar, el tipo de cosas que me hacen sonrojar pero que siempre consiguen que sus ojos se nublen de deseo y lujuria.

Eran cosas que en un contexto diferente habrían sido humillantes, habría odiado que me hubiese obligado a hacerlas. Pero ahora quería hacerlas por voluntad propia. Me excitaba hacerlas para él, ver lo dura que se le ponía solo de verlas.

Mis humillaciones habían sido casi imposibles de soportar, pero hacer lo mismo voluntariamente me parecía bien.

Lo sé, soy una mujer contradictoria. Algunos sadomasoquistas dirían, sin duda, que mi comportamiento no era más que una mala interpretación de lo que debe ser una buena sumisa, y tal vez fuese así. Pero nosotros descubrimos nuestros límites y comprendimos, sin una sombra de duda, que el tipo de control las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, no era para nosotros. Aunque, como Adam admitió aquella misma noche mientras nos cepillábamos los dientes, no había estado tan mal.

—Soph, algunos días ni siquiera puedo organizarme yo mismo, mucho menos podría controlarte a ti también. Simplemente era algo que no me parecía natural. Quiero una pareja igual a mí que se someta, no una esclava que me obedezca. Imponerte castigos reales no me excita como lo hacen otro tipo de juegos. Solo hizo que me sintiera como un hijo de puta.

Reí mientras hacía gárgaras.

—Sé que esto seguramente me impedirá entrar en el club de los dominantes, pero en realidad nunca he leído las reglas de admisión, y supongo que de todos modos habría pasado de ellas. Como decía Groucho Marx: «Nunca pertenecería a un club que admitiera como socio a alguien como yo».

Suspiré aliviada. Gracias, joder. Me dio un beso en la oreja.

—Hagamos únicamente lo que sabemos que nos va bien. Eso significa que puedes burlarte de mí sin tener que preguntarte si voy a enfadarme y a obligarte a que te disculpes por tu falta de respeto. Podemos divertirnos con juegos de D/s o con juegos normales. O simplemente ver la tele y comer tostadas. Ese es más o menos mi concepto de una relación ideal.

Él tenía razón. Y eso nos salvó de firmar un engorroso contrato sexual.

Yo no soy muy gamberra, aunque supongo que los que sí lo son deben de decir lo mismo. A veces, sin embargo, puedo llegar a ser algo... maleducada, digámoslo así. Descarada. Con Adam no había problema en la mayoría de los casos, porque nuestra relación se basaba en una dinámica D/s para nada seria. Se sentía seguro en su dominación sobre mí sin que tuviera que llamarle lord Farquhar, señor de todas las cosas, hacerle reverencias, ni hablar de mí misma en tercera persona. Nuestra dinámica fluctuaba en función de lo que hiciéramos, dónde estuviéramos y con quién. A veces, nuestras bromas podían ser muy insolentes, e incluso algo absurdas. Si él estaba de humor y se acordaba, luego era capaz de hacerme pagar por mis «ofensas», pero como a él mismo le encantaba decir, no necesitaba motivos para «castigarme»: llegado el caso y si sentía la necesidad, simplemente me hacía daño, y a los dos nos gustaba. No necesitaba más justificación.

Y no se equivocaba.

No tenía sentido que me «castigara» por ser como era. En la mayoría de los casos, me permitía salir impune de mis burlas menores, ya que él mismo entendía que eran una muestra de afecto, y solía ser tolerante con mis impertinencias, que ni mis tendencias sumisas podían controlar.

Bueno, casi tolerante.

Tengo que reconocer que había estado burlándome de él más de lo habitual, aunque si me preguntas por qué, no sabría qué decirte. Estaba de muy buen humor, lo que posiblemente lo empeoró todo, porque cuando soy feliz tiendo a ser bastante irreverente. Fue justo después de una escena especialmente fuerte que habíamos protagonizado unos días antes y que no se me iba de la cabeza (en sentido positivo, como ese tipo de flash-backs que no paras de tener y que al recordarlos, te pones cachonda y sientes vergüenza mientras esperas a que hierva el agua de la tetera). Quizá eso hizo que me rebelara un poco más que de costumbre, una forma de recuperar el equilibrio al recordarme desnuda tirada en el suelo de la cocina, llena de cardenales y cubierta de su leche. Aunque lo más probable es que se debiera a que unos antiguos compañeros de la universidad habían venido de visita ese fin de semana y ellos, felizmente, no sabían nada de lo que hacíamos en el dormitorio.

Así que seguí con la ofensiva. Siempre que mis amigos de la universidad se reúnen, las burlas y los sarcasmos fluyen, por lo que era fácil entrar en la dinámica. Mientras los demás se reían,

resultaba divertido verle fruncir el ceño y mirarme con una mirada que decía: «Si no estuvieran aquí, ya estarías tirada en el sofá y sabrías lo que es arrepentirse de lo que acabas de decir». Yo le devolvía la mirada, y la mía decía: «Lo sé, pero el caso es que están. ¡Ja!».

Visto en retrospectiva, quizá me pasara, aunque en aquel momento no tenía esa sensación. Mientras preparábamos la cena —*dim sum* comprado en el supermercado chino acompañado de ternera salteada con jengibre y cebolleta, y todo regado con cerveza fría—, las bromas continuaron. Veía que sus ojos se entrecerraban ante mis comentarios más insolentes, pero sabía que no podía hacerme nada. No podía evitar reírme, y el humor de sus respuestas y el hecho de que su tendencia a tocarme no hubiese decaído me habían dejado bastante claro que se lo estaba tomando bien. Y, para ser justos, así fue: su sonrisa era indulgente, sus ojos brillaban.

Mientras poníamos el lavavajillas y nuestros invitados preparaban el Scrabble en el salón, tiró de mí para besarme. Riendo, me dejé llevar por cómo había ido el día y lo abracé, encantada por lo bien que se llevaba con mis amigos, disfrutando de la buena compañía y pasando un rato agradable. Nuestro beso se hizo cada vez más intenso y, de repente, nos empezamos a mirar como esos amigos que, sin importar lo agradable que fuese la compañía, solo querían arrancarse la ropa.

Podía ver la lujuria en sus ojos y estoy bastante segura de que los míos eran reflejo de los suyos. De repente, el Scrabble ya no era el juego al que quería jugar. Me incliné para volver a besarlo y le mordí el labio inferior. Empezó a refunfuñar.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa a ti hoy? ¡Estás eufórica!

Le sonreí mientras mis labios rodeaban los suyos.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Me divierte hacer estas cosas mientras hay gente cerca.

Le pellizqué el culo. Bastante fuerte. Él hizo una mueca de dolor.

—No seas quejica. Cosas peores me has hecho tú. Lo que pasa es que tienes un umbral de dolor muy bajo.

Me miró con rabia fingida.

—¿Quejica? ¿Yo? Espera a que estemos solos y ya veremos quién es el quejica.

Le sonreí y volví a pellizcarle el culo mientras le plantaba un beso en la nariz.

—Buena respuesta, pero hablar es gratis. No podrás hacer nada hasta que Sam y Emily se vayan a su casa. Demasiado ruido. —Puse cara de que lo sentía—. Oh bueno...

Me agarró por los hombros y volvió a tirar de mí para besarme.

—Ay, mi querida e insensata Sophie.

Se inclinó para susurrarme al oído. Yo intentaba no temblar.

—Reto aceptado.

Me mordió la oreja y, antes de que pudiera reaccionar o digerir sus palabras, cogió la botella de vino y se fue al salón silbando.

Cuando ya creía que el día no podía ser más divertido, empezó el juego. Y no estoy hablando del Scrabble.

Me duché antes de acostarme para no ocupar el baño cuando todos nos levantáramos al día siguiente por la mañana, y entré en el dormitorio mojada y llevando puesta únicamente una toalla. Me estaba esperando, y en cuanto cerré la puerta, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, me arrancó la toalla y me tiró al suelo, donde el aire frío hizo que se me pusiera la carne de gallina. Su mano se enredó en mi pelo y me arrastró a la cama. Grité por la sorpresa y él me tapó la boca con la mano y me hizo callar.

En el espejo de la pared de enfrente, mis ojos parecían bien abiertos, conmocionados y un poco nerviosos, aunque brillaban por la expectación (ni los peores nervios han sido jamás capaz de acabar con la expectación). Me sonrió, aunque su expresión parecía peligrosa mientras se inclinaba sobre mí y su respiración me susurraba al oído con calidez.

—No digas nada. ¿Me oyes?

Asentí con la cabeza, pero me agarraba tan fuerte del pelo que a duras penas pude hacer el movimiento. El corazón empezó a latirme más deprisa. Las cortinas estaban echadas y mi jugueteón amigo se había convertido en mi estricto dominante. La expectación, esa sensación de desafío, empezaba a crecer. Me miraba con impaciencia y, ahora más que nunca, supe que tenía que responder. De mi garganta salió un gruñido que, con suerte, sonaría a vaga afirmación.

No volvió a hablar mientras me llevaba a la cama. Ya había apartado el edredón para preparar mi llegada y las esposas colgaban de los lados. Antes de que pudiera reaccionar, ya tenía las muñecas y los tobillos inmovilizados con las esposas reforzadas que, por regla general, no utilizaba, ya que prefería una cuerda meticulosamente enrollada. Eso significaba dos cosas: que no tenía intención de malgastar su tiempo con preciosismos y que quería hacerme algo de lo que no quería que me escapara. Mi nerviosismo iba en aumento, incluso antes de que se girara para comprobar una serie de objetos que había colocado en su mesilla de noche y que yo apenas podía ver.

Se tumbó junto a mí en su lado de la cama utilizando la mano a modo de reposacabezas. Durante largos minutos, no pronunció una sola palabra y se limitó a observarme con ojos de deseo allí, tumbada y vulnerable, mientras evaluaba la situación. Intenté no moverme; intenté aguantarle la mirada; intenté hacer todo lo posible para que no se percatara de mi nerviosismo (ni de lo mojada que estaba). Para ser sincera, teniendo en cuenta lo mucho que me conocía, y lo estirada y abierta que me encontraba en ese momento, no estoy muy segura de que lo consiguiera, pero una chica siempre tiene que intentarlo, ¿no?

Me apartó un mechón de pelo de la cara y empezó a susurrarme al oído.

—Me encanta tu ingenio y tu retorcido sentido del humor, ya lo sabes. Me encanta que encajemos tan bien, que nos desafíemos mutuamente.

Asentí con un educado movimiento de cabeza que quedó un tanto incongruente dadas las circunstancias.

—Pero a veces creo que eres un poco insensata. Te has metido conmigo creyendo que no habría consecuencias porque, al haber invitados en casa, pensabas que no podría hacerte nada.

Tragué saliva y mi corazón empezó a palpar desbocado.

—Has sido un poco temeraria, ¿no te parece?

Abrí la boca con la intención de contestar, pero al mirarle a los ojos decidí que más valía que fuera cauta, sobre todo porque ambos sabíamos que era cierto. Desconfiando de mi voz, volví a asentir con la cabeza, pero esta vez con un movimiento más lento.

Una risa ahogada resonó mientras giraba la cabeza hacia mí con una sonrisa en la cara.

—No deberías subestimar mi creatividad. —Una pausa—. Si quiero, puedo inventar nuevas formas de castigarte.

Se inclinó para besarme y yo me arqueé para intentar que el beso fuera aún más intenso.

—Y no necesito excusas, ¿verdad?

Agité la cabeza con una tímida sonrisa.

Me volvió a besar con suavidad apartándome el pelo de los ojos.

—Oh, cariño, es por tu bien.

A pesar de la expectación, los nervios y su mirada severa, sentí que mi amor por él crecía. Y entonces pasó a la acción y los nervios volvieron a hacer acto de presencia.

Visto con perspectiva, mi complacencia puede parecer una locura. Incluso en esos momentos, en el fondo jamás pensé que lo que me iba a hacer pudiera suponer un desafío. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo solucionaría los problemas de logística? Me había hecho daño antes y, aunque en los momentos de mayor severidad había resultado difícil de soportar, había aguantado hasta el final, casi indemne y en silencio. Habiendo personas en la habitación de al lado, ¿qué podía hacerme esta vez que fuese peor que el azotador, la fusta o la peor de sus humillaciones?

Ja. Tonta de mí.

Empezó con las pinzas. Mientras las alineaba cuidadosamente junto a mí, eché un vistazo y conté diez. No pintaba bien.

Directamente procedentes del cesto de la colada, pinzas de madera, despiadadas e inflexibles.

Inspiré desesperadamente en cuanto el dolor empezó a subir desde mis pezones tras pinzármelos con gran eficiencia.

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, no tenía intención de andarse con miramientos. Mi pecho todavía jadeaba intentando tragar aire cuando tuve que empezar a procesar esos primeros momentos de dolor. Entonces siguió bajando por mi cuerpo con otra pinza y abrió los labios de mi coño con los dedos. En una fracción de segundo, me di cuenta de lo que quería hacer. Me senté rápido, o al menos lo intenté, sacudiendo cabeza, brazos y pies, todavía sujetos por las esposas de cuero, tirando con tanta insistencia como ineficacia.

—Adam, no, no lo hagas... —dije mientras mi voz se iba apagando al recordar su orden anterior de permanecer en silencio, consciente de su mirada asesina ante mi nerviosa voz.

Se alejó negando con la cabeza por mi impertinencia, pero todo el alivio que pude sentir al verlo alejarse de su premio se desvaneció cuando volvió con la mordaza de bola, me la metió en la boca con brusquedad y me la ajustó alrededor de la cabeza. Volvió a coger la pinza y, dedicándome una sonrisa malévola, me metió el dedo en el coño para abrírmelo y poder colocar la pinza directamente en uno de mis labios.

Para mi gran turbación, estaba tan mojada que la pinza resbaló. Soltó una risita silenciosa y yo lo fulminé con la mirada. Chasqueó la lengua, pasándome un dedo por la cara a modo de advertencia, y volvió a intentarlo. Se las apañó para colocarla y que se quedara en su sitio. El intenso pellizco me hizo sollozar y tuve que respirar hondo por la nariz para intentar procesar el dolor.

Con movimientos rápidos, añadió otra pinza junto a la primera y después dos más en el otro labio. Empecé a resistirme un poco, pero, por supuesto, no tenía adónde ir, así que intenté concentrarme en quedarme quieta, en dejar que el dolor me inundara y acostumbrarme a él, casi dándole la bienvenida. También tenía la firme determinación de que él no supiera lo mucho que me estaba doliendo. Olvida mi competitividad cuando juego al Scrabble, esto estaba completamente a otro nivel y él lo sabía. De repente me puso pinzas en las orejas, una en cada lóbulo. Lo ridículo de la situación (junto con el dolor) me sacó del trance y volví a fulminarlo con la mirada. Él sonrió y yo sentí que mi mirada se iba suavizando en contra de mi voluntad, encantada con el juego, incluso cuando mi intención era ganarle. Sé que técnicamente era bastante difícil que yo «ganara» en una dinámica como la nuestra, pero eso no iba a impedir que lo intentara, con lo optimista que soy. O lo idiota. Según se mire.

Se inclinó y besó la bola que tenía en la boca.

—Solo dos más.

¿Dos? ¿En serio? Yo solo he visto una. Mmm.

Deslizó sus dedos por mi labio inferior, lo cogió y lo apartó de la mordaza para colocar otra de las putas pinzas. En ese momento yo estaba temblando. El dolor fue inesperado, pero lo que más sentí

fue la humillación. Resulta ridículo, lo sé; me había hecho cosas mucho más mezquinas en el pasado, pero verme inmovilizada y tratada de esa manera me hacía sentir mucho más a merced de sus caprichos. También estaba tremendamente húmeda, y esa paradoja —una vocecita en mi cabeza me preguntaba: «¿Y cómo es que esto te pone cachonda?»— me hacía sonrojarme aún más, sobre todo porque cuando cogió la última pinza sabía perfectamente lo que iba a hacer. El diez es el número de la suerte.

La puso en mi clítoris y el roce de sus dedos entre mis piernas me hizo estremecer ante una mezcla de expectación y excitación. Podía ver su erección bajo los pantalones; se estaba excitando con todo eso casi tanto como yo.

Me conocía bien y sus ojos se fijaron en la dirección de mi mirada.

—Oh, cariño. ¿Quieres que te folle?

Asentí con la cabeza, consciente de mi entusiasmo (quizá demasiado), pero ya no me importaba nada. Me sonrió.

—Una última cosa y estarás lista.

No tenía muy claro qué estaba haciendo; solo sé que me había levantado el culo de la cama con las manos colocadas en las caderas. De repente sentí una presión en el ano, algo que entraba un poco y que luego se detenía. Era demasiado pequeño para ser un dilatador, y era rugoso, lo que explicaba que no hubiese entrado demasiado, pero entonces, ¿qué era eso?

Se puso en pie junto a la cama y me hizo una seña con la mano.

—Voy a lavarme las manos. No quiero que acabe donde no debe.

Después me dijo que mi cara era todo un poema. Literalmente no tenía ni idea de lo que me había hecho y la cabeza me daba vueltas.

El culo me hormigueaba un poco. Era una sensación muy extraña, pero desde luego no desagradable. Era como calentito. Contraje el culo para apretar más fuerte el objeto que me había introducido en un intento por adivinar qué era y, de repente, el hormigueo se convirtió en calor, pero de una forma menos agradable.

¿Qué era ESO?

Cuando volvió y se sentó en la cama, me sacó de la duda.

—Es jengibre. Decidí guardarme un trozo cuando estábamos preparando la cena.

Una pequeña parte de mí recibió con alegría su organización. El resto, que cada vez sentía más calor en el culo, le habría dado una patada si no hubiese tenido las piernas atadas.

Ya había oído hablar antes del *figging* —insertar un pequeño dilatador de jengibre fresco esculpido a mano en el ano del sumiso—, pero jamás lo había probado. El jengibre, junto con todas las pinzas que tenía en el cuerpo, hizo que las sensaciones se intensificaran justo antes de que Adam

tirara lentamente de las pinzas de mi entropierna para poder entrar.

Me penetró con total facilidad, gimiendo agradecido a medida que me iba abriendo a él con impaciencia, muy a mi pesar.

Empezó a moverse y, cuanto más lo hacía, más entraba el jengibre. Cada empujón parecía golpear una pinza diferente, y esas explosiones de placer y dolor no dejaban lugar a nada más que no fuera reaccionar a lo que llegara después. Finalmente, ambas acabaron por mezclarse y empecé a gimotear bajo la mordaza, disfrutando del anacronismo de dos sensaciones tan extremas.

Pasados unos minutos, se corrió, resultado, creo yo, de su total conciencia de poder, en combinación con mis espasmos cada vez más frenéticos debajo de él a medida que el jengibre aumentaba en intensidad. Estaba empezando a quemarme un poco, así que levanté el culo, pero si me preguntas si lo hice para intentar sacarlo o para regodearme en el dolor, la verdad es que no sabría qué decir. Sacó la polla, se levantó y cruzó la habitación en busca de su cinturón.

Yo debía de tener los ojos muy abiertos, porque me sonrió y me acarició la cara; una demostración de falso consuelo.

—No te preocupes, Soph. No voy a pegarte con el cinturón, al menos esta noche.

Me sentí aliviada, aunque algo decepcionada; a pesar de la amplia gama de sensaciones a las que me estaba sometiendo, yo, patéticamente, todavía quería más.

—Creo que enseguida empezarás a retorcerte todavía más, así que esto te ayudará a estarte quieta.

Observé con cautela como cogía el dilatador anal inflable que había comprado y descartado porque era demasiado grande para mi culo. Apartando las pinzas con cuidado, me abrió y me introdujo el dilatador. Mierda. Ya sabía dónde iba a acabar todo esto. Apretó la bomba y el dilatador se expandió dentro de mí. No pude evitarlo y gemí. Volvió a apretarla y me llenó por completo. A continuación se inclinó sobre mí y me ató los muslos con el cinturón, bien juntos, para evitar que el dilatador (accidentalmente o por otro motivo) se saliese.

Entonces lo encendió.

En ese momento vino bien que estuviera atada, de lo contrario probablemente me habría caído de la cama. Las vibraciones en mi coño estaban haciendo que me retorciera, lo que tenía efectos colaterales tanto en el dilatador de jengibre como en las pinzas. Cada pequeño movimiento, incluso cada respiración, tenía consecuencias dolorosas y placenteras.

Ardía.

La sensación en mi culo cada vez era más intensa. Se recostó junto a mí, con la barbilla apoyada en su brazo, observando atentamente. Si hubiera podido moverme, le habría soltado una patada. Me sentía como una rata de laboratorio.

No quería moverme, pero el jengibre de mi culo cada vez dolía más. La cacofonía de dolor procedente de todas las partes de mi cuerpo se fue concentrando hasta que, de repente, aquella

quemazón se impuso a todo lo demás. Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas y me puse a gimotear como una loca detrás de la mordaza.

Adam sonrió.

—Lo que pasa es que el jengibre tarda un rato en calentarse. Creo que ahora debe de estar cerca de su máxima potencia.

¿Cerca? No estaba segura de poder aguantar algo más fuerte. Esbozó una leve sonrisa, lo que me hizo pensar que mi cara debía de ser un claro reflejo de mi incredulidad.

—No te preocupes. El dolor empezará a desaparecer pronto. En unos diez minutos o así, será como tener un dilatador normal en el culo, aunque más pequeño, claro.

Me ruboricé.

—Eso sí, es posible que antes de empezar a mejorar empeore, pero no te preocupes, cariño, estaré aquí contigo durante todo el proceso.

Y ahí estaba. Jugaba conmigo como un gato juega con un ratón. Vio la agonía en mi cara mientras el escozor del jengibre se convertía en encarnizada quemazón y las lágrimas brotaban de mis ojos. Me vio intentar controlar la respiración para soportar el dolor y, cuando por fin había conseguido que mi evidente sufrimiento empezara a remitir, quitó una pinza de un pezón y volvió a ponerla. Al liberar y, acto seguido, volver a aplicar presión se desencadenó una nueva oleada de placer. Me acarició el pelo, deslizó los dedos por mi cara y me besó los pechos. Me dijo que estaba muy orgulloso de mí, que había sido muy valiente, que era muy excitante verme sufrir por él, con su leche secándose en mis muslos, que era una zorra asquerosa por haberle dejado hacerme todas esas cosas y haberme excitado con ellas.

Y tenía razón: me había puesto cachonda. El dolor se había entremezclado y fusionado con las incesantes vibraciones entre mis piernas. Me sentía zarandeada por un mar de sensaciones, consciente de que solo podría soportarlo con ayuda del dolor y de su voz susurrándome al oído, castigándome, diciéndome que podía hacerlo.

Empezó a quitarme las pinzas y yo no estaba segura de poder soportarlo. Lo más extraño de llevar una pinza es que pasado un rato dejas de sentirla. Cuando la presión se mantiene el tiempo suficiente como para que la zona se quede algo entumecida, deja de ser un dolor agresivo y pasa a ser un malestar sordo. Mi cuerpo era una mezcla de esos dolores hasta que Adam empezó a quitarme las pinzas. Las primeras fueron las de la boca y las orejas; me las masajeó un poco para que volviera el riego sanguíneo y así minimizar el dolor. A continuación pasó a mis pechos, pero no me frotó los pezones. Las lágrimas empezaron a brotar sin reservas a medida que el dolor iba aumentando hasta que rodaron por mis pobres y castigados pechos. Por fin, se apiadó de mí y besó ambos pezones con delicadeza, metiéndoselos en la boca de vez en cuando y calmándolos suavemente con la lengua.

Cuando empezó a bajar por mi cuerpo, me eché a temblar. Había perdido el sentido del tiempo, pero ¿no se suponía que a esas alturas la quemazón del jengibre debería haberse calmado? Mientras se calmaba, yo no dejaba de gimotear detrás de la mordaza, incapaz de controlar mis reacciones, agradecida de que me hubiera amordazado porque, de lo contrario, llegados a ese punto estaría aullando. Su mano se deslizó entre mis piernas y yo no sabía si sentirme agradecida o molesta por que me quitara las pinzas tan deprisa. La explosión de dolor era lo suficientemente intensa como para ver las estrellas, pero por lo menos se pasó rápido, y su mano frotando mi entrepierna suponía un cambio agradable.

Ya solo quedaba la pinza en el clítoris, el jengibre en el culo y el dilatador megahinchado vibrando como loco en mi coño. Se detuvo unos segundos y volvió a mirarme para recrearse en la visión. Para mi gran pánico, apretó la bomba del dilatador otra vez, llenándome aún más, y cambió la velocidad de la vibración. De repente mis gemidos se convirtieron en el inevitable precursor de un orgasmo que temía que hiciera que me cayera de la cama. Menos mal que estaba atada.

Se inclinó y me besó en la mejilla, allí donde había empezado a secarse un sendero de lágrimas.

—¿Te vas a correr por mí, mi buena y valiente niña?

Asentí con la cabeza, aunque la verdad era que no estaba segura de poder sobreponerme a tal espiral de sensaciones y dejarme llevar hasta el orgasmo. Pero a veces él sabía cuáles iban a ser mis reacciones mejor que yo misma.

Me quitó la pinza del clítoris y me lo masajeó con los dedos, tanto para mitigar el dolor como para aumentar mi placer. Con la mirada clavada en él, en su sonrisa, sentí que empezaba a dejarme llevar y decidí entregarme a la sensación.

Me corrí con tal intensidad que me dolió y, justo después, perdí toda conexión con lo que me rodeaba, mi respiración se hizo más fuerte y mis extremidades se fueron relajando a medida que me quitaba las esposas, me masajeaba los brazos, me sacaba la mordaza y, por último, el trozo de jengibre.

Lo envolvió en un pañuelo de papel y lo tiró a la basura; luego volvió a lavarse las manos y regresó a la cama conmigo. Yo estaba tranquila, llena. Después de experiencias de sumisión tan intensas necesito algo de tiempo para volver a la realidad. Estaba un poco aturdida, era casi una versión soñolienta de mí misma.

Se acurrucó junto a mí y yo me acoplé al calor de su cuerpo, agradecida, buscando esa conexión y cercanía mientras empezaba a resurgir de mis cenizas. Besó mi pelo y acarició mi espalda, y yo me aferré a él un poco abrumada. Sin palabras.

—¿Lo ves? Creatividad. No tengo que preocuparme por el ruido.

Tardé unos cuantos segundos en procesar sus palabras, pero cuando lo hice no pude evitar reírme

de mí misma al recordar el juego que había iniciado todo aquello.

—Tenías razón. ¿Es eso lo que quieres oír? Pues sí, tenías razón.

Me sonrió.

—Venga, Soph, sabes de sobra que siempre quiero oír que tengo razón.

En ese momento se me soltó la lengua.

—Ha sido increíble. El jengibre me ha dolido mucho, pero esa intensidad cada vez mayor ha sido alucinante. Pasó del hormigueo a la quemazón, hasta tal punto que lo único que podía hacer era aguantar el dolor.

Me mordió el lóbulo de la oreja.

—Mirar era de lo más excitante, joder. Me encanta hacerte sufrir.

Asentí con solemnidad.

—Ya te digo.

Me sonrió.

—La próxima vez que lo hagamos te pondré a cuatro patas, y te azotaré y fustigaré en cuanto empieces a retorcerte.

Quizá porque el jengibre quemaba una barbaridad mientras lo tenía dentro pero fue quitarlo y dejar de doler, mi primer pensamiento fue de expectación.

—Me muero de ganas.

—Lo sé. Desvergonzada.

Apagué la luz y nos quedamos dormidos, él con la seguridad de saber que había demostrado que tenía razón, yo pasando de eso y disfrutando de los agradables efectos secundarios de la satisfacción y la liberación de una noche maravillosamente intensa.

¿Tan malo era que estuviera maquinando formas de fastidiarle al día siguiente para ver qué más podía hacer? Quizá sí sea un poco gamberra.

El jengibre era una de las muchas experiencias nuevas que Adam me había hecho vivir. Otra que, para mi sorpresa, también me había gustado era ver porno juntos. Antes de conocernos casi todo lo que sabía del porno era resultado de los prejuicios y de esos tráileres gratuitos de quince minutos de los canales de pago de los hoteles, casi todos protagonizados por mujeres con tetas operadas y uñas postizas. Ya sé que criticar las extensiones de uñas es una tontería, pero es que me parecen ridículas. ¿Quién puede creerse que esas mujeres disfrutaban masturbándose con unas garras que ni las de Lobezno? Vale, lo sé, probablemente a los directores de cine porno les importa muy poco mi preocupación por la suspensión voluntaria de la incredulidad de Stanislavski, pero a mí sí me importa.

Está claro que no soy una mojigata, pero mis preferencias en cuanto a inspiración erótica siempre se han centrado en la literatura, desde mis tempranas incursiones en los libros de la editorial Black Lace y mis visitas a la página web de Literotica. Cuando Adam mencionó por primera vez la idea de ver porno juntos, puse los ojos en blanco. Simplemente no me interesaba. Habría preferido tener sexo viendo un partido de críquet, que es algo que no me pone precisamente. Pero una noche, estando acurrucados en la cama, me enseñó un fragmento de una escena en la que aparecía una preciosa mujer castaña (que no parecía para nada operada) con unos ojos impresionantes.

Los elementos de D/s eran mínimos, estaba muy bien rodada y no era demasiado —a falta de una palabra mejor— ginecológica. Resultaba real y, cuando Adam se coló entre mis piernas, era evidente que me lo estaba pasando bien. Después supe que el nombre de esa mujer era Stoya. Adam me enseñó otro par de pelis en las que salía ella y luego, juntos, encontramos otras en las que aparecían mujeres sexis y reales que actuaban como lo hacen las mujeres normales cuando mantienen relaciones sexuales (sin garras y nada de orgasmos escandalosos de esos que me hacen arquear las cejas). Mis favoritas, junto con Stoya, eran Madison Young, Sasha Grey y la dominatriz australiana Chanta Rose. Lo que tenían en común todas estas mujeres es que no se ajustaban en absoluto a mis ideas preconcebidas de lo que se supone que es una mujer que trabaja en el porno. Elocuentes, sexualmente liberadas (de las que nadie se estaba aprovechando), inteligentes y creativas, ese tipo de mujeres con las que te tomarías un café porque parecen interesantes y tienen algo que decir.

Durante un tiempo estuvimos viendo algunas escenas acurrucados en la cama, y al final me convertí. No las veíamos cada vez que nos lo montábamos —creo que hacer cualquier cosa por sistema cada vez que tienes sexo sería preocupante—, pero como parte de nuestro repertorio sexual era divertido. También nos servían para iniciar conversaciones sobre lo que hacíamos y lo que nos gustaría hacer. El porno era variado; iba desde un sexo bastante directo (incluyendo una parodia de Batman que era excitante y tronchante) hasta escenas de D/s bastante fuertes que hacían que se me secara la garganta. Aunque me gustaban mucho, también me gustaban las escenas de después, en las que las sumisas que habían intervenido en la acción se envolvían en sus albornoces con esa sonrisa eufórica producto del subidón de endorfinas que yo misma tenía después de algo intenso y excitante. Me veía reflejada. Me las creía. Y el hecho de que este tipo de porno estuviera dirigido a mí, y no fuera solo para tíos, me atraía. Mucho.

En cuanto a Adam, a él le encantaba lo mucho que yo disfrutaba y que pudiéramos compartirlo. Creo que otra cosa que le gustaba es que pudiéramos hablar de mujeres atractivas sin que me pusiera celosa. Me sentía segura en nuestra relación y en el punto en el que nos encontrábamos; no me parezco en nada a una estrella del porno (aunque, por lo que sé, cuando no están delante de las cámaras, la mayoría de las estrellas del porno tampoco parecen estrellas del porno) y Adam no esperaba que me pareciera a una más de lo que yo habría esperado que él se pareciera a James Deen (una estrella del porno masculina muy prolífica y cada vez más comercial) o a Damian Lewis (tiene algo en la mirada).

Sé que para muchos el porno es un gran tabú, pero con Adam aprendí que, cuanto más le conocía y más confiaba en él, más me gustaba experimentar cosas nuevas. Estaba loca por él, sabía que él también me quería y confiaba en que me protegería. Había confiado en los anteriores dominantes con los que había jugado, pero no tanto como confiaba en él, y cuanto más intensas eran las experiencias que compartíamos, más nos leíamos el pensamiento. Confiaba en su capacidad para saber qué podía y qué no podía soportar, para descifrar lo que indicaban cada una de mis reacciones en cada situación.

Por supuesto, en ocasiones él utilizaba este conocimiento para jugar con mi mente de un modo malvado, entre otras cosas porque sabía que soy impaciente e increíblemente curiosa por naturaleza (mi madre dice entrometida, yo prefiero decir curiosa y, joder, soy periodista, así que creo que puedo justificarlo como una «curiosidad profesional»).

Un lunes por la mañana, anodino y gris, llegué a mi mesa con una taza de café y un cruasán de chocolate (seguramente la única forma de enfrentarse al inicio de la semana) y me encontré con un correo electrónico suyo esperándome. Era corto, ese tipo de mensajes que me sacan de mis casillas y hacen que mis dedos empiecen a teclear miles de preguntas en respuesta.

Tengo planes para este fin de semana. Todo un reto. Vas a probar algo nuevo.

Me moría de curiosidad. Me puse realmente nerviosa y no tardé mucho en ponerme a investigar para intentar averiguar cuál podía ser ese reto a partir de la información (más bien escasa) que pudiera darme. Lo más irritante es que sabía que me lo había dicho antes porque quería despertar mi nerviosismo y aumentar mi expectación a medida que nos fuéramos acercando al fin de semana y, aun así, yo estaba reaccionando justo como él quería. No podía evitarlo. Mierda de cerebro. Siendo lunes, la única respuesta que recibí a mi bombardeo de preguntas fue:

No te dolerá como estás pensando, pero no puedo jurarte que no te vaya a doler en absoluto.

Para ser sincera, después de lo del jengibre, ya no daba nada por supuesto. Ya había quedado demostrado que podía hacerme cosas que yo jamás habría imaginado. Mi curiosidad hizo que me distrajera.

Intenté sonsacarle cuando tuviera la guardia baja. Despreocupadamente antes de irnos a dormir. Mientras cenábamos. Incluso mientras pegábamos un polvo. Pero no había manera de que soltara prenda. Se limitaba a sonreírme con ese brillo en la mirada que me excitaba y me ponía nerviosa a partes iguales.

Incluso cuando llegó el fin de semana siguió haciéndome esperar. Me pasé todo el viernes por la noche esperando que me saltara encima o que me pidiera que cogiera algo del cesto de la colada, que se había acabado convirtiendo en nuestra caja de los juguetes. Pero nada. El sábado nos pasamos casi todo el día jugando a juegos de ordenador con nuestros respectivos portátiles, y cuando llegó el domingo estaba casi convencida de que se le había olvidado, que había cambiado de opinión o que lo que fuera que tuviera planeado dependía de algo que había pedido y que no había llegado a tiempo.

La tonta de Sophie.

Estábamos sentados en el sofá viendo la tele cuando me cogió de la mano y se puso en pie. No me miró ni me dijo nada, pero estaba claro lo que quería. Le seguí al dormitorio.

Mientras avanzábamos hacia el cesto de la ropa —¡lo sabía! (¿qué sabía?, no tenía ni idea, solo era una especie de justificación)—, empezó a hablarme por encima del hombro.

—Quítate la ropa. Toda.

Su tono era brusco, pero al menos de momento mis nervios habían desaparecido en favor de la expectación. Me desnudé deprisa intentando ver por encima de sus hombros qué estaba sacando de su caja de los juguetes.

Una vez desnuda, se acercó a mí con un par de cuerdas. Me empujó a la cama, me ató las muñecas juntas y, a continuación, me las ató al cabecero. Después me estiró las piernas abiertas y me las ató por los tobillos a las esquinas de la cama; totalmente abierta.

Antes de Adam estaba relativamente poco acostumbrada a que me ataran. Mis ex solían utilizar esposas, y en las raras ocasiones que usaban una cuerda, lo hacían de una forma algo descuidada. Adam era un entusiasta de la cuerda. Le encantaba el shibari, y sus nudos solían ser elaborados, meticulosos, a veces los deshacía porque no habían quedado donde debían y luego volvía a hacerlos. Cuando me ataba, se centraba en lo que estaba haciendo y a mí me encantaba ver la concentración en su cara. Pero incluso teniendo esto en cuenta, ese día estaba más desconectado de mí que de costumbre. Movía mis brazos y piernas a voluntad, pero sus movimientos eran metódicos, como si yo fuera un juguete más, algo que me resultaba extrañamente excitante. Supongo que debía de sentirme agradecida porque no me había metido en el cesto de la ropa.

Salió de la habitación un momento y volvió con unos cables. Estaba confusa y un poco nerviosa (mi primer pensamiento fue: «¿Trae algo que se enchufa?»). Entonces se acercó y levantó los brazos para que pudiera ver lo que llevaba.

Todo el mundo ha visto esas maquinitas. Son el tipo de cosas que anuncian en la teletienda a altas horas de la madrugada para la gente que quiere desesperadamente ponerse en forma pero que carece de tiempo o motivación para ir al gimnasio. Había leído la publicidad y visto los folletos del suplemento dominical, pero, si he de ser sincera, siempre me habían parecido algo sospechosos. Francamente, tengo tendencia a echar culo debido a mi amor incondicional por el queso, así que no veía yo cómo cuatro parches adhesivos pegados al estómago podían esculpir algún «músculo» bajo una gruesa capa de cheddar.

La vez que vi por primera vez el aparato de Tens entre sus cosas cuando estábamos empacando para la mudanza, me burlé un poco de Adam, pero me dijo que iba muy bien para tratar el dolor muscular que padecía como resultado de una lesión recurrente de rugby. En ese momento me di cuenta de que, posiblemente, no me había comentado otro posible uso adicional que podía resultarme de interés. Cabrón.

Colocó un pequeño parche circular en mi pecho, justo al lado del pezón. Estaba frío y pegajoso, por lo que me estremecí ligeramente. A continuación añadió un segundo parche al otro lado de mi ya erecto pezón (digamos que en parte por los nervios, en parte por la excitación). Pasó al otro pecho e hizo exactamente lo mismo.

Tenía mis dudas cuando se inclinó sobre mí, respirando junto a mi oído.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad?

Mi garganta estaba seca y no estaba segura de poder hablar, así que asentí con la cabeza.

—Dila en voz alta.

Dudé. Él interpreto mi silencio como cabezonería.

—Venga, no te avergüences por decirla. Hazlo por mí.

Mi mandíbula estaba encajada y mi nerviosismo iba en aumento, como siempre que hacía esa especie de comprobación ritual. La palabra que había escogido —cortesía de un chiste privado de una comedia— era deliberadamente poco glamurosa y algo ridícula, pero no era eso lo que me preocupaba. El problema no era que pudiera cortarnos el rollo o algo, sino que esa comprobación dejaba claro que fuera lo que fuese lo que iba a pasar después, sería un serio reto para mí. Tras una semana preguntándome qué sería lo que tenía en mente, con un solo movimiento se había cargado de un plumazo todas mis locas teorías. Se me habían acabado las ideas y no sabía qué podía pasar después. Era un auténtico salto a lo desconocido, y tenía que confiar en él y dejarme llevar. Lo maldije mentalmente por hacer que la tensión fuese aún mayor y respiré hondo para intentar calmarme un poco.

—Fiscorno —mascullé entre dientes.

Ya te había dicho que no era nada glamuroso.

Medio segundo después de decirlo, grité. No pude evitarlo. De repente un dolor agudo atravesó mis pezones. Apenas tuve una milésima de segundo para pensar: «Tenía razón, no es un dolor convencional; es diferente» antes de que me volviera a golpear. No suelo gritar —soy más de lloriquear, y en eso también soy reacia—, pero esta vez con cada explosión de dolor que atravesaba mi piel un grito salía de mi garganta.

Joder.

En este tipo de situaciones son muchas las cosas que se me pasan por la cabeza, y de repente pensé: «¿Y él utiliza esto para sentirse mejor?».

Durante el minuto siguiente o así, el dolor iba y venía cada pocos segundos. La pulsación incesante hizo que los pezones me hormiguearan y que sintiera punzadas en la suave piel de mis pechos.

Se acercó y yo lo miré, ahí de pie, con su cajita blanca de plástico y todos esos cables negros y rojos fijados a mi cuerpo. También me di cuenta de que había una cantidad preocupante de ruedecitas y botones en la caja. Ya sabía adónde nos iba a llevar todo aquello.

Estaba claro que quería jugar. Giró una de las ruedas y, de repente, empecé a arquear la espalda como consecuencia de una descarga más intensa y larga. Joder. De mi boca salió un sonido que solo podría definirse como un llanto afligido. Cambió el programa, seguramente para molestar lo menos posible a nuestros vecinos.

Tras un momento de bendito alivio, el dolor volvió. Empezó como un leve hormiguelo, pero a medida que pasaban los segundos, empecé a morderme el labio para intentar evitar que un grito se

formara en mi garganta.

Adam me observaba mientras yo forcejeaba con la cuerda, y me sonreía (era la misma mirada que cuando le daba al mando a distancia del huevo vibrador). Por un momento me imaginé su expresión cuando, de pequeño, le regalaron un Scalextric o algo por el estilo. Coño, seguía siendo un puto fanático de los aparatitos, solo que ahora sus juguetes favoritos incluían mujeres semidesnudas.

Sus dedos volvieron a deslizarse hasta la caja y yo intenté reunir valor para lo que pudiera venir a continuación. Era como si quisiera ver qué reacciones y sonidos podía sacarme, y qué era lo que más me costaba soportar.

Con mayor rapidez de lo que cabría esperar, apagó el aparato, me quitó los parches de los pechos y me besó los pezones mientras lo hacía.

Su sonrisa se fue ampliando a medida que pasaban los segundos, y eso me hizo sentir una mezcla extraña de afecto por lo mucho que se estaba divirtiendo y nerviosismo porque no sabía qué estaba tramando. Hice bien al sospechar.

—Bien. ¿Empezamos otra vez?

¿Qué? Pensé que ya se había acabado. Mierda.

Colocó los cuatro parches en grupos de dos en la parte interna de mis muslos, seductoramente (y, admitámoslo, preocupantemente) cerca de mi coño. Con la caja de control en la mano, se sentó en la cama junto a mi cuerpo boca abajo. Tenía esa mirada que hacía que me pusiera nerviosa y húmeda a la vez. Su pulgar accionó un par de interruptores más y el movimiento empezó.

El shock inicial (si se me permite el juego de palabras) de esa sensación de hormigueo en los muslos hizo que pegara un bote, aunque antes ya hubiera sentido lo mismo en los pechos. Me retorcí un poco en las cuerdas y sonreí con satisfacción. Tuve tiempo de ajustarme a la sensación.

A mínima potencia el hormigueo no era muy diferente al del conejito vibrador cuando me lo ponía en la entrepierna. Era agradable, incluso relajante, y producía un leve cosquilleo. Empecé a relajarme y a disfrutar de mis ataduras.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero estaba en la gloria hasta que la sensación cambió. La potencia de la vibración aumentó —un vistazo rápido a la cara de Adam hizo que me diera cuenta que no me lo estaba imaginando—, y de repente ya no era como un vibrador agitándose sobre mi piel, sino que más bien parecía que era la propia piel la que vibraba; así que, por supuesto, era como si la corriente la atravesara. No era una sensación desagradable, pero está claro que era un nivel superior. Empecé a moverme más, atada a las cuerdas, a pesar de mis intentos por quedarme quieta, queriendo resistirme a la sensación.

La media hora o así siguiente fue absurdamente intensa. Había subestimado al aparatito. Tenía más posiciones de pulsaciones que el mejor conejito que he tenido jamás (y eso que tenía treinta y una velocidades..., soy una friki de los juguetitos, qué le voy a hacer). Algunas posiciones me excitaban,

me llevaban casi al límite; otras eran salvajes, me hicieron retorcerme y gimotear un poco, aunque si me lo preguntas, no sabría decir si resultaba placentero o doloroso. Y, por supuesto, luego estaba el regulador de intensidad. Al principio utilizamos los diferentes programas pero a potencia mínima (que es lo que se debe hacer cuando utilizas algo por primera vez y estás un poco nerviosa). Sin embargo, en el momento en que empezó a formarse una capa de sudor entre mis omóplatos y mis muslos se humedecieron, era evidente que todo posible nerviosismo había desaparecido, y Adam estaba encantado de poder llevar las cosas un poco más allá.

Sorprendentemente, una situación en apariencia inocua, utilizada a un nivel endiabladamente elevado, terminó siendo la más dolorosa y estremecedora. Adam casi tuvo que despegarme del techo después. Una pulsación intensa y luego unos segundos de descanso. Puede parecer fácil de soportar, una ráfaga rápida y luego una pausa. ¿Sí? No. A niveles más altos de potencia la sensación de la electricidad recorriendo mi cuerpo era como un centenar de agujas clavándose en mí. Era un tipo diferente de dolor al de la catarsis de unos azotes con vara o de una buena sesión con el cinturón, que una vez acabada se olvidaba deprisa; en el momento en que llegó a mis muslos y a los límites de mi coño la sensación se volvió insoportable, lo peor que había tenido que soportar en mi vida. Los momentos de pausa solo servían para que el corazón me latiera más rápido y mis manos temblaran más, ya que sabía que esos segundos eran el prelude de nuevos gritos. Si me hubiera estado torturando para sonsacarme información, le habría dicho todo lo que hubiera querido y más. Después me dijo, con una especie de orgullo petulante, que me había visto apretar los puños y encoger los dedos de los pies en un intento de procesar el dolor. No me sorprende.

Por suerte no era un sádico por naturaleza, así que acabó cansándose de ver cómo me temblaban los labios mientras intentaba soportar el dolor y mi monólogo interior no paraba de repetirme que solo tenía que aguantar unos segundos más, que pronto pararía. Y vuelta a empezar. Cuando todo acabó, tenía la boca seca y me había quedado algo ronca. Y todavía no había llegado al orgasmo.

El orgasmo fue bastante interesante (aunque supongo que todos los son). Siempre había creído que el electrosexo era una forma de juego límite de D/s, y seguramente, en el contexto adecuado y con la persona apropiada al mando, ofrece la oportunidad de provocar sensaciones tan intensas que podrían llegar a resultar dolorosas pero sin dejar marcas, de forma que hasta el propio Jack Bauer se sentiría orgulloso. Dicho esto, a baja potencia resultaba más bien placentero; de hecho, si hablamos de «juego límite» como concepto, puede resultar bastante divertido jugar con ese momento en que el placer se vuelve tan intenso que llega a ser doloroso. Después de mucho juguetear, Adam encontró la configuración óptima para pulsar mis botones. Era una pulsación intensa y regular que aumentaba de potencia, y que estaba fijada en un nivel que, cuando alcanzaba la máxima intensidad del ciclo, proporcionaba unos cuantos segundos de dolor agónico antes de que volviera el éxtasis reconfortante

de los niveles más bajos. Mi masoquista interior estaba en la gloria, mientras el vaivén constante de sensaciones me hacía retorcerme en la cama de forma desesperada, algo que también le hacía feliz a él.

No creo que todo esto fuera resultado únicamente de los Tens, al menos no estando colocados donde estaban. Aunque el punto focal de las pulsaciones eléctricas que me atravesaban estaba cerca de mi coño, no eran lo suficientemente intensas o focalizadas como para hacer que me corriera. Pero cuando Adam, con sorprendente facilidad, me introdujo un dildo de cristal y lo giró para jugar con mi clítoris mientras me follaba con él, bastaron unos minutos para llevarme al límite; cuando llegó, fue ruidoso, largo e intenso. Me gusta pensar que soy una persona que se siente cómoda con su cuerpo y que sabe cómo llegar al orgasmo, pero jamás, ni en el mejor de mis días, estando muy cachonda y con el mejor de los juguetes que mi cajón puede ofrecer, había sentido un orgasmo parecido. Mis piernas siguieron temblando cuando me sacó el dildo, se limpió los dedos pegajosos en mi culo, quitó los parches y empezó la ardua tarea de deshacer los nudos de la cuerda que sujetaba mis brazos y piernas. Me costó bastante tranquilizar mis nervios y volver a moverme, algo que tenía que hacer porque, la verdad, después de todo lo que había sentido, habría sido desconsiderado por mi parte no agradecersele a Adam de alguna manera.

Nos acurrucamos juntos el tiempo suficiente como para que mi respiración volviera a la normalidad mientras él me daba golpecitos en la espalda de forma casi hipnótica. Por fin, me deslicé por su cuerpo y lo acogí en mi boca; una forma obvia pero bastante efectiva de decir gracias por algo tan diabólico y divertido. A juzgar por el tamaño de su erección, yo no había sido la única que se lo había pasado bien, y esa idea me hizo sonreír mientras me metía su polla todavía más adentro, recorriéndola con la lengua y disfrutando de la sensación de volver a recuperar cierto control sobre la situación.

Me tomé mi tiempo mientras disfrutaba de la sensación de tenerlo en la boca, encantada con sus reacciones y sintiendo que merecía que lo mimara un poco (aunque mi forma de mimarlo no despertaba el escalofrío de la deliciosa malevolencia de la suya).

—Oh, Sophie —susurró enredando sus dedos en mi pelo para sujetarme fuerte mientras se corría.

Me dio un vuelco el corazón y se me subió un poco el ego. Supuse que todo iba bien porque Adam era un engreído el ochenta y cinco por ciento del tiempo cuando hacíamos algo relacionado con el sexo (y eso siendo conservadora). Mierda, quizá era contagioso.

Volví a la cama y me metí en la curva de su brazo. Él me besó en la cabeza.

—¿Estás bien?

Sonreí. Estos pequeños momentos de tranquilidad se habían convertido en algo que me encantaba, eran claros signos de que Adam se preocupaba por mí, y también funcionaban, de la forma más bonita posible, como biopsia poscoital que le ayudaba a saber qué era lo que más me gustaba y qué

lo que más me costaba soportar. Siempre era cariñoso y amable, incluso cuando era malvado, pero desde luego nunca lo era más que cuando hablábamos con total franqueza y felicidad de lo que había sucedido.

Por supuesto, cuando habíamos hecho algo tan obsceno que a duras penas si era capaz de mirarlo a la cara sin sonrojarme, pasaba la mayor parte del tiempo susurrando mis respuestas en su pecho.

—Estoy muy bien, gracias. Ha sido genial. Realmente intenso.

—¿No demasiado?

—No, ha sido perfecto. Soportable. Bueno, soportable no. A veces era insoportable.

Hice una pausa para intentar ordenar mis pensamientos, algo que la mayoría de las veces ya me costaba, cuando más volviendo de mi espacio mental de sumisa. Es como si parte de mi cerebro todavía estuviera intentando procesar las sensaciones después de todo lo que había pasado, así que explicárselo a alguien es como intentar clavar una tarta de crema a la pared.

—Es raro. Quiero llegar a ese punto en el que crees que ya no puedes más para luego ir un poco más allá solo para demostrar que puedes hacerlo aunque creas que no puedes. Y eso es lo que haces tú. Tú sabes bien qué es lo que puedo soportar.

—Creo que empiezo a saberlo, sí —dijo con una sonrisa.

Me volvió a besar.

—Eres muy valiente. Me encanta cuando te pones toda estoica, ahí, intentando aguantar el dolor. Y también cuando te veo forcejear estando atada. Nunca me canso.

—¿De verdad? —repose fingiendo sorpresa—. Me sorprendes. Pero me gustaría preguntarte algo.

—Pues adelante —dijo con voz curiosa.

Me daba un poco de vergüenza decirlo, cosa que no es muy normal en mí.

—¿Qué crees que habría pasado si me hubieras follado mientras la electricidad atravesaba mi cuerpo?

Se incorporó para poder mirarme.

—Eres sorprendente. Siempre que pienso algo perverso, vas tú y se te ocurre algo todavía más retorcido. Brillante.

—Podría decir lo mismo de ti. Eso lo hace más interesante —le contesté con una sonrisa.

—Esa es la idea, preciosa, esa es la idea —dijo mientras me tapaba los hombros con el edredón—. Está claro que tenemos que probar a ver qué se siente follando de esa forma.

Antes de quedarme dormida pensé en la suerte que tenía por lo que compartía con Adam. Sé que suena cursi, pero jamás pensé que podría tener un novio así con el que podía vivir y compartir todas esas pequeñas cosas de la vida diaria, al que podía amar y que me follaría de cincuenta formas distintas de lunes a domingo. Me sentía realmente afortunada.

Un par de semanas después, una tarde que salí a tomarme algo con Tom después del trabajo, yo todavía seguía embelesada por las maravillas de la fase de luna de miel. Tras unos meses asquerosos después de mi ruptura con James, estaba más feliz que nunca, y saber que Tom y Charlotte seguramente se lo estaban pasando igual de bien me hacía todavía más feliz; no solo había encontrado una pareja malévola y adorable a partes iguales, sino que su relación también parecía cada vez más fuerte.

O eso creía yo. Resulta que Thomas no mentía cuando me mandó un mensaje diciendo que las cosas no eran siempre lo que parecían.

La velada empezó bastante bien. Pedimos la primera ronda de cervezas y nos sentamos en un reservado a charlar y ponernos al día. Empezó contándome las últimas noticias del trabajo y que había pedido un ascenso. Me preguntó por mi madre y yo le conté cómo llevaba la recuperación de su operación de rodilla. Comentamos un poco los programas de la tele que veíamos. La conversación era fluida y animada, como siempre lo había sido, y me sobrevino un ataque de cariño por mi amigo; juro que la cerveza no tuvo nada que ver.

—Me alegro de que tengamos tiempo de ponernos al día. Parece que haga siglos de la última vez —dije—. Es maravilloso que yo tenga a Adam y tú a Charlotte, y que podamos hacer cosas juntos, dadas las circunstancias, pero hacía mucho que no salíamos los dos solos.

Tom asintió con la cabeza.

—Seguramente desde que rompiste con James. Es curioso, jamás había seguido siendo amigo de una chica después de dejar de acostarme con ella.

Levantó su copa en un gesto de falso brindis.

—Por los ex amigos con derecho a roce.

Choqué mi copa, pero negué con la cabeza.

—No somos ex amigos. Simplemente ya no tenemos derecho a roce. No es lo mismo.

—Pedante —respondió, sonriendo—. Ese es el tipo de comentario sabiondo que en aquella época te habría costado un buen varazo.

Le saqué la lengua.

—Bueno, esos días son agua pasada. No creo que ni a Adam ni a Charlotte les hiciera demasiada gracia.

Tom sonrió.

—Sé que a Adam no le gustaría, pero quizá a Charlotte no le importase.

Opté por no decir nada. Si algo me ha enseñado el periodismo es que, si no tienes nada que decir,

el silencio siempre hará que alguien se anime a llenarlo, y Tom no fue una excepción.

—Tenemos una relación abierta, ya sabes.

Bebí un sorbo de cerveza.

—Oh, ¿de verdad?

Ya me imaginaba que estaban abiertos a divertirse con otras personas, sobre todo por los comentarios que Charlotte había dejado caer sobre las fiestas y los clubes nocturnos a los que habían ido, pero desconocía los detalles. No estaba segura de que fuera asunto mío, pero estaba claro que Tom quería hablar del tema.

—Charlotte es maravillosa. Sexy, divertida, buena persona... Es una chica estupenda. Durante el último año, hemos hecho un montón de cosas que siempre había querido hacer pero que nunca antes había podido. Tríos.

En ese momento me sonrojé al recordar mi experiencia con ellos dos al principio de su relación.

—Juegos en público, dolor intenso, relación 24/7... La he llevado a fiestas y he hecho que se folle a otros tíos delante de mí. Ha dominado a otras mujeres, no solo a ti.

Puse los ojos en blanco.

—Es increíble. Es una mujer increíble —siguió—. Ha hecho realidad casi todas mis fantasías.

Se quedó en silencio. No estaba segura de lo que le pasaba, pero dejó de hablar. Me aclaré la garganta.

—«Casi todas» tus fantasías ya está bastante bien, ¿no? De todas formas, como los límites van cambiando, seguramente acabaréis dando un paso más, si eso es lo que queréis los dos. Después de todo...

—No voy por ahí, Soph.

Estaba confusa. A Tom no se le da especialmente bien hablar de sus sentimientos, por lo que tener este tipo de conversación emocional con él resultaba tan surrealista como hablarle a un león marino, o al menos en ese momento tenía el mismo sentido.

—Bien, ¿qué pasa?

—La quiero. Estoy loco por ella. Y a ella le gusto yo. Le gusto mucho —dijo frunciendo el ceño y utilizando los dedos para añadir unas comillas a ese «mucho»—. Pero en realidad no somos pareja. Ella no quiere.

Parecía desconsolado. Alargué los brazos por encima de la mesa para poder cogerle las manos. De verdad que no sabía qué decir.

—Pero creía que estabais saliendo.

Negó con la cabeza.

—Nos vemos la mayoría de los fines de semana. Nos divertimos mucho juntos. Salimos con vosotros. Vamos a todas esas fiestas, pero no hablamos de la cuestión sentimental. Es, sobre todo,

sexo. Y ella ve a otras personas.

Me incliné en la silla.

—¿Estás seguro de que ve a otros? ¿Cómo lo sabes?

Su sonrisa estaba llena de dolor.

—Me lo ha dicho. Para ser justo, también me ha dicho que le parecería bien que yo hiciera lo mismo. Solo quiere divertirse.

—¿Sale con varias personas a la vez? —seguí preguntando para intentar entenderlo—. ¿Es eso lo que quiere? ¿Quiere tener varias parejas?

Volvió a negar con la cabeza.

—Si solo fuera eso, me plantearía seriamente si la cosa podría funcionar. No es que quiera salir con varias personas. Lo que pasa es que en estos momentos no quiere tener una relación seria.

Tom parecía tan abatido que lo sentí mucho por él. Nunca me había hablado de sus sentimientos; de hecho, creo que nunca antes le había visto mostrar sus emociones.

—No tiene límites, Soph. Es tan morbosa, tan sexy... Haría realidad todas mis fantasías. Hace, literalmente, todo lo que le pido, pero no puedo ordenarle que me quiera. Y no me quiere.

Acabamos nuestras cervezas algo cabizbajos. Todos mis intentos por reconfortarlo se veían frustrados por una verdad fundamental: tenía razón. Podía dominarla para cumplir todos sus caprichos físicos, pero no podía cambiarla emocionalmente. Pobre Tom.

A medida que iban pasando los meses —y que por fin habíamos desempaquetado todas las cosas—, nuestra vida empezó a coger ritmo. Era sencilla, sin sobresaltos, con una cadencia suave y fluida. Yo me encargaba de las cenas entre semana porque salía antes del trabajo, mientras que Adam se limitaba a meter los platos en el lavavajillas, pero los fines de semana marinaba cosas y preparaba platos elaborados y deliciosos, aunque, si de buenas a primeras yo sentía la urgencia de asar algo, también se aseguraba de que la cocina estuviera libre. Mientras él se encargaba de la limpieza, yo me ocupaba de la logística y me aseguraba de que sus ahijados recibían sus regalos de cumpleaños y de que se acordaba del aniversario de bodas de sus abuelos. Todo fluía. Puede resultar irónico cuando, en términos sexuales, había un componente D/s tan fuerte —y, por lo tanto, un desequilibrio de poderes inherente— en nuestra relación amorosa, pero en todo lo demás éramos iguales. Nos queríamos, éramos felices, nos animábamos en los buenos momentos y nos ayudábamos mutuamente en los malos.

Por desgracia, sin previo aviso, la carrera de Adam sufrió un pequeño revés.

Llevaba ocho años trabajando en una agencia publicitaria y había tenido varios ascensos cuando, de repente, una agencia más grande compró la suya. Como Adam ocupaba un puesto directivo que ya existía en la agencia más grande, sabía que en cuanto se llevara a cabo la fusión, su puesto peligraría. Tengo que reconocer que ninguno de los dos pensamos que las cosas podían cambiar tan deprisa.

Una noche llegué a casa después del trabajo y me lo encontré sentado a la mesa de la cocina con una taza de té. Dejé las bolsas de la compra a un lado y, cuando me incliné para saludarle con un beso, me rodeó con sus brazos. Yo le devolví el abrazo durante unos segundos, luego le di un beso en la cabeza y me aparté para poder verle la cara.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Me dio un beso en el pecho y suspiró con suavidad.

—Hoy me han hecho una oferta.

Tengo que admitir que estaba un poco aturdida y confusa. Como he dicho, era algo que nos esperábamos.

—¿Quién?

—El director ejecutivo. Me han propuesto el despido voluntario.

Volví a abrazarlo apretándolo fuerte contra mi pecho mientras la cabeza me daba vueltas.

—¿De verdad? ¿En serio? Joder. ¿Estás bien?

Sé que es una pregunta estúpida, pero este es el tipo de malas pasadas que te juega el cerebro cuando pasa algo así. Créeme, a mí también me habría gustado decir algo más profundo.

Asintió con la cabeza.

—Estoy bien, pero tenemos que sentarnos a hablar del tema.

Sobre el papel, la oferta parecía tentadora. Adam había hablado otras veces de la frustración que le causaba la dirección y que estaba considerando montar su propia empresa. Querían pagarle seis meses de salario si se iba inmediatamente, solo tenía que quedarse el tiempo del preaviso mínimo. Dado que los acuerdos por despido no están sujetos a impuestos, en realidad recibiría el equivalente a ocho o nueve meses de sueldo por irse. Si encontraba otro trabajo, o incluso si se instalaba por cuenta propia y buscaba clientes para su agencia antes de que se le acabara ese dinero, su situación no sería nada mala. Yo sabía qué haría yo si estuviera en su lugar, pero también sabía que, aunque lo quería y lo apoyaría hiciese lo que hiciese, era una decisión que tenía que tomar él solo.

Por suerte, él sabía que aceptar el despido era lo que tenía más sentido, y al día siguiente se dispuso a negociar las condiciones (incluso consiguió un poco más de dinero; me sentí muy orgullosa). Como él mismo dijo tristemente menos de una semana después, cuando brindamos por su nueva vida, resultaba irónico que, aunque en el tiempo que llevábamos saliendo era yo la que había pasado por dos tandas de despidos en mi periódico —por desgracia ya no es una rareza en el sector—, al final el que había recibido el finiquito había sido él. Sin embargo, en términos generales parecía que se lo estaba tomando bien. Era optimista en cuanto a las oportunidades que le ofrecía la nueva situación, y por supuesto el colchón de su cuenta corriente amortiguaba cualquier posible crisis de ansiedad.

A pesar de todo, las cosas cambiaron un poco durante las semanas siguientes a su despido. Postuló a un par de trabajos y concertó algunas citas con sus ex colegas y con otras agencias, por lo que siempre andaba de aquí para allá, pero cuando estaba en casa era maravilloso: la mayoría de las noches, cuando llegaba, me encontraba una cena épica esperándome en la mesa, la vajilla estaba limpia y, como disponía de algo de tiempo, incluso había hecho algunos trabajos de bricolaje por toda la casa. Era genial. Quería mantenerse ocupado, no le preocupaba cuánto le llevaría organizar su nueva situación y quería aprovechar todo lo posible el tiempo que tenía libre. ¿Quién era yo para oponerme?

También urdió un montón de diversión indecente. Compró juguetes por internet, contento por no tener que planificar una visita a la espantosa oficina de correos porque sabía que andaría por casa y

podría recoger sus nuevas golosinas. Me mandaba correos electrónicos al trabajo contándome cuáles habían sido sus últimas adquisiciones para que supiera qué me esperaba. O, cuando yo llegaba a casa, me lo encontraba aguardando con un brillo en los ojos y un plan en mente, que podía ser abrupto y violento (me cogía en cuanto cruzaba la puerta para besarme y meterme mano debajo del abrigo) o dulce y cariñoso (un día frío y gris de invierno, entré empapada y me encontré un baño caliente preparado y a Adam loco por ayudarme a quitarme la ropa mojada y servirme una copa de vino). Y, desde luego, yo encantada.

Aunque mis horizontes se habían ampliado gracias a mi adorable novio dominante, todavía había cosas que me dejaban perpleja cuando las hacíamos por primera vez. Fue así como terminé merodeando por una tienda de animales de un centro comercial de las afueras un lluvioso sábado por la mañana.

Hacía frío. Como de costumbre en fin de semana nos habíamos quedado en la cama hasta tarde; bueno, vale, ninguno de los dos era capaz de dormir más allá de las ocho de la mañana, pero no teníamos que preocuparnos por apagar el despertador. Tras un polvo sin prisas, no especialmente de D/s pero aun así agradable, se levantó y me tiró unos vaqueros.

—Venga, nos vamos de compras.

Me extrañó, en parte porque estábamos en nuestra pequeña fase de austeridad e intentábamos no caer en gastos superfluos para no tener que recurrir al dinero de su indemnización, en parte porque sabía que teníamos comida de sobra para todo el fin de semana. Me lanzó un jersey y yo le saqué la lengua.

—¿Qué? ¿Escogiendo lo que tengo que ponerme? Pero mira que eres dominante...

Tiró de las sábanas y salí de la cama refunfuñando. Me besó en la nariz.

—No seas maleducada. Solo es que creo que deberías ponerte los vaqueros sin bragas.

Lo miré fijamente intentando adivinar si estaba ante el Adam sarcástico o ante un Adam preparándose para algún tipo de indecencia. Y entonces se descubrió el pastel: los dos.

Suspiré con sorna, aunque ambos sabíamos que el pulso se me había empezado a acelerar por el trasfondo supuestamente inocente de nuestro viaje.

—Vale.

Empecé a contonearme dentro de mis vaqueros. Mientras me los subía, Adam me rodeó con sus brazos y me dio un beso intenso. Cuando me soltó, estaba sonriendo.

—Buena chica.

En contra de mi voluntad, le devolví la sonrisa. Mierda. Cogí un sujetador y fui a por el jersey, que estaba en la cama. Tramaba algo. Lo sabía.

Cuando llegamos al aparcamiento del hipermercado para mascotas, lo miré arqueando las cejas. Él fingió que no me había visto y salió del coche. Le seguí a pesar de mis sospechas de lo que podía llegar a pasar. No tenemos ninguna mascota, ni siquiera un pez de colores, así que, a menos que tuviera pensado comprarme un cachorro, ya sabía yo por qué estábamos allí. Lo había mencionado antes; era una de esas perversiones que nos susurrábamos en la cama, cuando nos poníamos a tono mutuamente con fantasías e ideas indecentes. No estaba poniendo a prueba ningún límite, y eso era algo que me intrigaba; aunque también me cohibía bastante la posibilidad de que termináramos deambulando por Pet at Home un sábado por la mañana para hacer realidad alguna fantasía.

Mientras subíamos las escaleras en dirección a la puerta automática, no pude evitar hacerme algunas preguntas en alto con la respiración entrecortada.

—¿Y por qué tenemos que comprar estas cosas aquí? Todos los bozales nuevos los has comprado en internet.

Me oyó y se giró con esa sonrisa que me daba ganas de empujarlo escaleras abajo.

—¿Y entonces dónde estaría la gracia? Quería que vinieras conmigo.

Imbécil.

Le lancé una mirada asesina y él me cogió de la mano. Me acarició la palma con los dedos, aunque no sé muy bien si lo hacía para intentar aplacar los nervios que sabía que estaban detrás de mi furia, o para evitar que volviera al coche o me escondiera en el almacén de manualidades que había de camino. Quizá había llegado el momento de aprender a hacer punto de cruz.

Por supuesto, sabía que parecer nerviosa y culpable sería aún peor. Solo estábamos en una tienda de mascotas. Por el amor de Dios, no estábamos en un sex shop del Soho (hoy en día, incluso esos locales ya son bastante elegantes). Me miré los zapatos todo lo que pude y casi me trago un expositor de comederos para pájaros. Me llevó a la parte trasera de la tienda.

Nos detuvimos frente a una pared llena de jaulas de diferentes tamaños, desde las pequeñas como para un conejo, hasta las grandes como para un gran danés. O para Sophie. Recordé la jaula del palacio del sado y me sonrojé. Adam se inclinó para poder ver la etiqueta con el precio y las dimensiones de la jaula que había captado mi atención.

—Algún día tendremos una casa lo suficientemente grande como para tener una de estas y te meteré dentro siempre que quiera.

Al oír esas palabras, mis mejillas enrojecieron. No dije nada, pero sentí una sacudida entre mis piernas, lo que demostraba que no era reacia a esa idea, pero por supuesto no iba a darle la satisfacción de saberlo. Mascullé algo entre dientes y seguí andando por el pasillo. Él me siguió, pero volvió a pararse para echar un vistazo a algo más.

—Evidentemente, necesitaremos un cojín grande para ponerlo dentro.

Había una pareja con un yorkshire con correa un poco más allá lo suficientemente cerca como para oír cualquier posible respuesta. Opté por la discreción y le seguí la corriente.

—Por supuesto.

Puso cara de niño pillo; estaba claro que se divertía. Muy a mi pesar, se me escapó una sonrisa. Dos podían jugar a ese juego. Intenté mostrar una indiferencia despreocupada y estudiada, y me acerqué como si tal cosa a unos adorables conejitos de largas orejas. Mi calma duró unos cuatro segundos, lo que él tardó en llevarme a la zona en la que se encontraban los cuencos para la comida.

—Coge uno.

Los miré. Por encima. Por debajo. Alrededor. Todos parecían cuencos para animales, algunos de ellos con precios absolutamente desproporcionados. Uno tenía escrita la palabra princesa con una especie de diamante. ¿La gente compra esas cosas para sus mascotas? Empecé a divagar hasta que su voz interrumpió mis pensamientos.

—Venga, vamos, no nos podemos ir hasta que no escojas un cuenco.

Entonces, ¿nos podemos ir ya? Vale. Manoseé un poco los cuencos más próximos sin diamantes y de precio razonable que pude encontrar, cogí una cosa de cerámica blanca y se la puse en las manos.

—Y también un collar y una correa.

¡Qué cabrón!

Me llevó a donde estaban los collares y las correas. Hace mucho tiempo tuvimos un perro, y cuando compramos todos los complementos para Barry no había tanta variedad. Cuero, ante, estampados, lisos, tachonados... y más putos diamantes. En contra de mi propia voluntad, empecé a examinarlos preguntándome cuál me sentaría mejor, y luego me preocupé porque pensé que cualquiera me sentaría bien. Para empezar, jugar a dueño y mascota había sido idea mía, sobre todo por lo seguro, simple e inesperadamente erótico que me había resultado estar en los confines de la jaula, pero desde luego esto no me lo esperaba.

Casi sin darme cuenta, mis dedos volaron a un collar grueso de ante marrón. Lo acaricié, y de repente la voz de Adam susurró detrás de mí:

—¿Te gusta ese?

—Solo me ha parecido suave y, de alguna forma, bonito —contesté con voz vacilante.

Lo descolgó del expositor y yo bajé la mano torpemente.

—Es muy largo. ¿De verdad crees que te quedará bien?

A pesar de mi turbación, lo fulminé con la mirada.

—No creo que sea algo que te puedas probar —dije.

Arqueó las cejas y me sacó la lengua, pero por suerte avanzó por el pasillo para buscar la correa a juego, hecha de cuero marrón simple con una parte trenzada en la que estaba el asa. Recuerdo que

pensé que me gustaba y luego me dio un escalofrío.

Teníamos las tres cosas, por fin podíamos irnos. Cuando nos acercamos a la caja, se lo puse todo en las manos; si me iba a obligar a hacer eso, al menos que pagara él. Sé que podíamos estar comprándolo para una mascota real, pero experiencias anteriores me habían demostrado que lo mío no es poner cara de póquer. Sabía que si me acercaba al mostrador, mi expresión me delataría, así que me limité a quedarme rezagada fingiendo que leía un cartel sobre un espray que hacía que los perros se portaran bien. Me preguntaba si también funcionaría con los novios.

Mientras tanto oía cómo Adam parloteaba con la guapa dependienta que lo atendía. Se inventó con auténtica facilidad una historia sobre nuestro imaginario alsaciano que la hizo reír (aparentemente su perro no obedecía siempre pero en general era un buen perro). Me dieron ganas de ir corriendo y darle una patada en el culo; reírse a mi costa mientras flirteaba con otra mujer... Tuvo suerte de que no le mordiera una pierna.

Cogió la bolsa del mostrador y miró a su alrededor para ver dónde estaba. Fui hacia la puerta y él se unió a mí, me cogió de la mano y nos dirigimos hacia la salida. Le dije que era un capullo, y él se rió a carcajadas, se inclinó y me besó en la frente. Me derretí, lo reconozco, lo que me hizo enfadarme conmigo misma tanto como con él.

Cuando llegamos a casa, puso el collar, la correa y el cuenco en la mesa de café para que los viera bien. Entonces me pidió que me quedara allí y él y salió de la habitación. Tardé una fracción de segundo en captar el doble sentido, pero para entonces él ya se había ido, así que mi cara de indiferencia y mi gesto de brazos cruzados no sirvieron de mucho. Volvió unos minutos después con un montón de cojines, almohadas y mantas.

Lo dispuso todo con mucho esmero en el suelo, delante del sofá, y entonces me di cuenta de que estaba preparando una pequeña cama; no hace falta ser muy listo para saber para qué. Supongo que, después de todo, tenía que agradecer mi buena suerte porque no había comprado uno de esos cojines grandes.

Se tiró en el sofá.

—Desnúdate —dijo en tono serio, casi displicente.

Creo que a estas alturas ya había estado desnuda delante de él unas mil veces. De hecho, me había visto desnuda hacía un par de horas. Joder, compartía cama conmigo desnuda todas las noches, a menos que hiciera un frío de muerte y necesitara un pijama mullidito. Pero siempre que me miraba así, tan atento, me hacía sentir incómoda. Me quité el jersey y el sujetador, y dejé caer mis vaqueros tras desabrocharme los botones intentando ignorar el rubor de la vergüenza —y su correspondiente sonrisa de superioridad— mientras me desnudaba para él. Intenté no pasar de un pie a otro para evitar que los nervios me jugaran una mala pasada.

—Ponte de rodillas y gatea hasta aquí.

Necesité unos segundos para poder moverme. La simple idea de hacer algo tan humillante era, en teoría, excitante, pero cuando me vi ante la situación real de tener que hacerlo, mi primer instinto fue negarme, mentir y proponer que lo hiciéramos otro día. Y prepararme una taza de té, ponerme con la revisión free lance que había estado posponiendo o cualquier otra cosa que se me ocurriera.

Se sentó pacientemente, observándome. No dijo nada, lo que me cabreó todavía más. Él sabía que no tenía que decirme nada. Sabía que lo haría, incluso aunque yo no estuviera segura. Cabrón arrogante... Suspiré y, con cuidado, bajé al suelo. Vi que Adam asentía con la cabeza en señal de aprobación mientras cruzaba la alfombra a cuatro patas para ponerme a sus pies.

Me mantenía cabizbaja incapaz de mirarle directamente a los ojos. Por desgracia, él conocía ese truco, así que en cuanto llegué a él, me apartó el pelo de la cara y me lo recogió en una especie de cola de caballo improvisada de la que tiró levemente para forzar el contacto visual. Me sonrojé, me sentía pequeña.

—Recógete el pelo.

Lo hice. Me desabroché el collar que llevaba puesto —un regalo de cumpleaños suyo y la única pieza de joyería que me pongo— y se lo guardó en el bolsillo. Nos miramos un buen rato, hasta que sus dedos empezaron a deslizarse lentamente hacia mi garganta para colocarme el collar de perro bien apretado en torno a mi cuello. El contacto del ante en el cuello me puso la carne de gallina.

Los collares de perro son objetos muy curiosos. Por supuesto, son uno de los típicos clichés del BDSM, pero no eran una de esas cosas que estuviera deseando probar. Mi sumisión —se la dé a quien se la dé— es algo privado. No necesito llevar un collar de perro para gritárselo al mundo. En muchos sentidos, el collar que me regaló Adam, lo suficientemente sutil como para poder llevarlo debajo de la ropa del trabajo, era una prueba de su amor y, sí, también de su dominancia. Lo llevaba puesto siempre; me sentía desnuda sin él. Para cualquier otra persona no era más que un collar. Y yo, con eso, era la mar de feliz. Generalmente.

El collar tenía unos cinco centímetros de ancho y hacía que mover el cuello arriba y abajo me resultara complicado. Apretaba. Era pesado. Suave. Adorable. Desafiante. Tragué saliva —o al menos lo intenté— y el collar me oprimió aún más. Me senté, mirando al suelo, y me limité a inspirar y espirar, acostumbrándome. O al menos lo intenté.

Adam se inclinó hacia delante y me puso la correa con un clic tan sonoro que me hizo estremecer. Cogió un mechón de mi pelo y empezamos el diálogo que precede siempre a nuestros juegos más desafiantes.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad?

Yo asentí con la cabeza. Él sonrió.

—Bien. Aparte de esa palabra, no quiero que digas nada. ¿Lo entiendes?

Volví a asentir con la cabeza. Quedarme callada no suponía un problema para mí. Me costaba mucho más hablar cuando me humillaba.

Se puso en pie y empezó a alejarse del sofá arrastrándome con la correa. Me dio un pequeño paseo por todo el apartamento, tirando de vez en cuando para asegurarse de que seguía su ritmo; a veces se movía tan deprisa que tenía que arrastrar las rodillas bastante rápido para poder seguirle.

Para terminar, me llevó de vuelta al sofá y me ordenó que me tumbara en mi cama. Si hubiera podido hablar, seguramente habría hecho algún comentario inteligente sobre eso, pero como no tenía permiso, me subí a mi sorprendentemente cómoda montaña de cojines y me enrosqué para poder caber. Él se sentó en el sofá y nos pusimos a ver la tele.

Tras unos minutos, se agachó para acariciarme el pelo sin prestar demasiada atención. Deslizó sus dedos por mis mejillas y me rascó un poco detrás de las orejas. Las orejas y la nuca son dos de las zonas erógenas que me hacen ronronear. Tuve que esforzarme mucho para no emitir ningún sonido mientras sus dedos iban de un lado a otro, pero me quedé allí, disfrutando de su tacto, dejando mi mente divagar.

No sé cuánto tiempo permanecimos en cómodo silencio hasta que se puso en pie, cogió el cuenco de la mesa del café y salió. El corazón se me puso en un puño; mi nerviosismo era cada vez mayor. Ese era el momento en que empezaba a preocuparme que la humillación fuera demasiado lejos y no pudiera soportarlo, a pesar del erotismo y la extraña intimidad.

Adam volvió con una bebida para él y el cuenco lleno de agua para mí. También traía una bolsa de galletitas.

Puso el cuenco delante de mí y me ordenó que bebiera, pero no se quedó esperando a ver si lo hacía, sino que se volvió a instalar en el sofá, bebiendo su Coca-Cola y mordisqueando una galletita pero sin volver a acariciarme. Me sentí desamparada por la pérdida de sus caricias.

Me quedé quieta, congelada, mirando al cuenco que, debido al ángulo en el que lo había colocado, se interponía en mi campo de visión.

Cuando se acabó la bebida y colocó el vaso vacío sobre la mesa, me miró. No me había movido. No podía moverme. Me pregunto si sabía que no lo haría.

Se incorporó y se inclinó para poder mirarme directamente a los ojos.

—¿Vas a utilizar la palabra de seguridad?

Consciente de su advertencia de permanecer callada y sin ningunas ganas de meterme en más líos, negué con la cabeza en silencio.

—Pues entonces haz lo que te he dicho y bebe. —Hizo una pausa y siguió—: O no lo hagas, como prefieras. Tenemos todo el día. Tarde o temprano tendrás sed y beberás.

Su voz no sonaba enfadada, si acaso extrañamente reconfortante, pero sus palabras eran una gran

verdad. Él sabía que esto era difícil para mí, pero estaba decidido a conseguir que lo hiciera. En cierta forma, eso lo hizo más fácil. Quería esto, quería que lo hiciera. Si no era lo suficientemente valiente para intentarlo por mí misma, lo haría por él, para complacerle.

Así que lo hice.

Bajé la cabeza y mis labios tocaron el agua fría. Me alegró que mi pelo cayera sobre mi cara porque me permitía esconderme, pero me di cuenta, ya algo tarde, de que se me estaba mojando. Di un pequeño sorbito. Él se agachó y volvió a sujetar mi pelo en una cola de caballo. Me percaté de que volvía a tener la correa en la muñeca.

Bebí un par de sorbitos más del cuenco con la esperanza de que cada vez me resultara más fácil. Agaché la cara aún más en el agua —así que no, no me sentía menos avergonzada—, lo miré con ojos suplicantes. Me sonrió y se volvió a acomodar en el sofá. Tiró de la correa para alejarme del cuenco y terminé sentada entre sus piernas.

Empezó a acariciarme el pelo otra vez y eso me tranquilizó.

—Buen perro.

Me puse en tensión unos segundos, pero no dijo nada más, así que poco a poco me fui relajando con la cabeza apoyada en sus rodillas, disfrutando de su atención y sus elogios.

Un rato después, volvió a coger las galletas. Lo observé con cautela.

Puso una en la palma de su mano y me la ofreció. Instintivamente, agaché la cabeza y la cogí con la boca. Solo al morderla me di cuenta de lo que había hecho. Tenía las manos libres, así que nada me impedía haberla cogido; incluso si me hubiera regañado, al menos podía haberlo intentado. Pero, por instinto, había utilizado la boca, y no sabía si eso era bueno o malo. Entonces me volvió a decir que era un buen perro y decidí que lo mejor era no pensar en absoluto. La simplicidad y el cómodo silencio que estábamos compartiendo me parecían adorables, pero había una espinita en todo esto: la vergüenza, un tipo de humillación que no podía ignorar. No estaba segura de si me gustaba o si lo odiaba, pero pude ver el bulto en los pantalones de Adam, así que supongo que era bastante evidente cómo lo veía él.

Me pilló mirándolo, sonrió y me preguntó si quería su polla. Asentí con la cabeza sin atreverme a mirarlo, se desabrochó los botones de los vaqueros y se la sacó. Tiró un poco de la correa, pero, la verdad, no necesitaba ningún tipo de invitación. Me acerqué y abrí la boca dispuesta a metérmela dentro, pero él me detuvo.

—Así no. Tienes que lamerla.

Me sonrojé. No me malinterpretes, mi repertorio de mamadas incluía una buena cantidad de lametones, pero no así. Nunca así. De todas formas, ¿quién era yo para discutirlo? Además, no podía, por eso de la prohibición de hablar, así que...

Me volví a ruborizar mientras recorría su miembro con la lengua, regodeándome en la punta para

conseguir que saliera el líquido preseminal. Seguí chupando justo debajo del glande, haciendo que se le pusiera aún más dura y jadeara. Entonces empecé a bajar y le lamí los huevos, disfrutando del sonido de sus gemidos.

Supuse que, en un momento dado, me metería la polla en la boca y estaba segura de que no le faltaba mucho para correrse, pero al rato me detuvo y me pidió que me diera la vuelta. Lo hice, y con la correa en la mano, hizo que me alejara de él unos pasos gateando.

Se puso de rodillas detrás de mí y colocó la punta de su polla entre mis piernas, casi dentro de mí, pero no lo suficiente. Para mí era una tortura sentirle ahí tanto tiempo, pero hice todo lo posible por no moverme hasta que me indicó que me echara hacia atrás tirando de la correa. Me hundí en su polla y gemí (el primer sonido que emitía en horas).

El sonido que él emitió en respuesta solo podría describirse como un gruñido de placer.

—Dios, Sophie, estás muy mojada.

No se equivocaba.

—Me encanta que te encante —dijo entre risitas.

Miré al suelo, consciente de que tenía razón, pero quise bajar la cabeza para darme un momento de calma y poder procesarlo sin que él lo viera. Pero sabía que lo había visto todo; a veces veía demasiado.

Tiró de la correa para volver a arrastrarme hacia atrás, pero no movió las caderas.

—Fóllame. Demuéstrame lo mucho que te gusta todo esto.

Sonreí. Eso era algo que podía haber hecho sin necesidad de collar ni correa. Moví mis caderas hacia delante y luego volví clavarme en su polla. Parecía que quería que me lo tomara con calma, así que eso es lo que hice. Durante un tiempo mantuve un ritmo regular y muy lento, moviéndome hacia delante hasta casi dejar escapar su polla, para luego volver hacia atrás hasta que mi culo se topara con su cadera.

Después de todo este tiempo, conocía sus reacciones bastante bien y sabía cuándo estaba resistiéndose al orgasmo. Hizo que me quedara quieta para que pudiera reponerse un poco, y yo era una perrita obediente, así que lo hice, pero me aseguré de mover levemente las caderas (a veces creo que es tan bueno para él que luche por el control como lo es para mí).

Por supuesto, follar, junto con todo lo demás, también había tenido efectos en mí y no tardé mucho en tener que resistirme a mi propio orgasmo. Ambos queríamos que aquello durara, aunque a él le dolieran las rodillas tanto como a mí, así que seguimos follando lentamente.

Él fue el primero en correrse. Por lo general le encantaba que le provocaran y podía aguantar mucho más que yo (creo que porque es mucho más paciente que yo), pero esta vez simplemente no parecía capaz de contenerse más tiempo, y cuando me eché hacia atrás, él empujó hacia delante y me

folló con fuerza. Por supuesto, yo me adapté a su ritmo y pronto estuve a las puertas del orgasmo.

De repente tuve un momento de pánico: si hacíamos algo particularmente intenso en el terreno de la D/s, él solía preferir que le pidiera permiso para alcanzar el orgasmo, pero ¿cómo lo haces si no puedes hablar? Por suerte, Adam me conocía muy bien, a veces mejor que yo misma. Entre jadeos, me dijo que tenía permiso para correrme, lo que fue muy oportuno porque, segundos después, ambos empezamos a gritar.

Durante unos minutos se quedó inmóvil, pero luego se apoyó en el sofá y echó la cabeza hacia atrás para intentar recobrar el aliento.

Sin pensarlo, volví a mi cama y me acurruqué en ella.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, pero debí de quedarme frita en cuanto me tumbé. Cuando me desperté, volvía a estar delante de mí, aunque esta vez había cogido un par de cojines para protegerse las rodillas. Sonreí para mis adentros; estaba claro que no estaba tan acostumbrado a ponerse de rodillas como yo.

Volvía a tener la polla dura y estaba a centímetros de mi cara. Sus manos estaban entre mis piernas. Pude oír y sentir lo húmeda que estaba en cuanto me metió los dedos y, mientras lo hacía, empezó a hablarme, a decirme lo guarra que era porque me ponía cachonda que me trataran como un animal y lo buena perra que era. Sus palabras encendieron mi piel, pero apreté más sus dedos.

Sacó los dedos y me los metió en la boca, haciéndome saborear la mezcla de nuestros fluidos, un recordatorio de nuestro placer mutuo.

Su mano volvió a mi entrepierna mientras me metía la polla en la boca. Intenté usar la lengua, pero él no estaba interesado en eso. Solo quería utilizar mi boca, me la follaba mientras me masturbaba.

Su pulgar encontró mi clítoris y aplicó presión. Unos segundos después, me corrí. Me concedió unos instantes para que recuperara el resuello, pero no sacó la polla de mi boca. Enseguida empezó de nuevo a follarme la boca, con su mano en mi pelo, ahogándome al empujar en mi garganta. Se puso tenso y me llenó la boca.

Esta vez no me dejó en mi cama improvisada, sino que me subió al sofá con él. Me quitó la correa, pero cuando intentó quitarme el collar, puse mi mano sobre la suya. Me gustaba llevarlo, así que me fui a dormir entre sus brazos con él rodeando mi cuello.

La dinámica del juego de rol era interesante: resultaba liberadora, principalmente porque no tenía que hablar y eso me facilitaba bastante las cosas cuando la situación se volvía más embarazosa. Aquí lo importante no era fingir ser un animal, sino más bien la simplicidad de todo. Había tenido más control que de costumbre y los dos disfrutamos mucho ese día.

En muchos sentidos, la cercanía de nuestra relación, la parte D/s y la parte de novio/novia tradicional ayudaron a que el cambio en la situación laboral de Adam fuera más fácil de llevar. A falta de algo mejor, este tipo de cosas le distraían durante unas horas.

Y además, era divertidísimo.

A medida que fueron pasando las semanas y las entrevistas de trabajo de Adam no se traducían en ofertas, empecé a ver un ligero cambio en él. Nada exagerado (no te asustes, esto no va a convertirse en una relación dramática diseñada para la tele), pero de repente había momentos de nervios. Lo había visto con mirada pensativa. Preocupado. Triste.

En realidad teníamos mucha suerte. Yo tenía un salario decente, suficiente para pagar el alquiler y las facturas, entre otras razones porque ya eran cosas que pagaba antes de que empezáramos a vivir juntos. Podíamos ir tirando bastante bien a corto plazo, incluso aunque él se quedara sin dinero, y por suerte estábamos lejos de llegar a ese punto, pero eso no evitó que se sintiera frustrado. Todo empezó con una pelea por una pizza, quién lo iba a decir.

Yo había llegado tarde del trabajo y Adam había ido a una entrevista, así que ninguno de los dos había tenido tiempo de preparar la cena. Ambos llegamos a casa prácticamente a la vez. Él había recogido el correo y le estaba echando un vistazo, y yo me quité el abrigo y puse rumbo a la cocina para abrir el frigorífico y empezar a preparar la cena. Él me siguió medio leyendo una carta.

—Soph, no te molestes. ¿Pedimos algo? Me apetece pizza.

Eché un vistazo a los huevos, las verduras y las hierbas aromáticas que había sacado intentando sopesar mentalmente si merecía la pena gastar veinte libras en una pizza y complementos (porque, ya que vas a pedir una pizza, sería un crimen no añadir también un poco de pan de ajo).

—No es necesario —dije señalando la tabla de cortar que acababa de sacar—. Puedo preparar una tortilla de patatas en diez minutos. Será más rápido que esperar a que traigan la pizza.

Dejó de leer la carta para clavar su mirada en mí; sus ojos me evaluaron como solía hacer cuando intentaba decidir cómo iba a reaccionar en una sesión de D/s.

—No pasa nada, no me importa esperar. Podríamos abrir una botella de vino y esperar con clase.

Me giré hacia el bloque de cuchillos, cogí uno para verduras y volví a la tabla.

—No. Cenar pizza entre semana es un poco decadente. No me importa cocinar.

Se colocó detrás de mí y, con mucho cuidado, me quitó el cuchillo y me giró para que lo mirara a la cara. Me besó el puente de la nariz y me sonrió.

—Soph, podemos permitirnos una pizza. No voy a arruinarme por eso.

Lo miré. Me conocía demasiado bien. Me parecía muy excitante (y a veces puñeteramente molesto) que fuera capaz de leerme la mente en situaciones sexuales, sobre todo porque en la mayoría de los casos eso lo convertía en un novio atento y sensible, pero en las escasas ocasiones en las que quería ocultar algo, resultaba casi imposible. Como en ese momento.

Suspiré y solté el cuchillo. Esboqué una sonrisa, aunque resultó algo forzada. Solo esperé que no se hubiese dado cuenta.

—Vale, pidamos una pizza.

Cogí mi tablet y empecé a buscar el menú en internet. Se inclinó detrás de mí y empezamos a hablar sobre las relativas virtudes de la salsa barbacoa en la base (algo obligatorio para mí) mientras escogíamos la cena. Hice el pedido y me dispuse a introducir los datos de mi tarjeta de crédito para pagar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras yo hurgaba en mi bolso.

—Pues encargar la pizza —contesté en un tono más cortante de lo que pretendía.

—No tienes por qué —dijo en un tono todavía más cortante que el mío—. He sido yo el que ha propuesto que pidiésemos pizza, así que yo la pago.

—No hace falta. Soy yo la que la está pidiendo. Puedo pagarla.

Me quitó la tablet de las manos.

—Pago yo.

Quise recuperarla, todo aquello me parecía una pelea absurda, y además sabía que no tenía nada que ver con las opciones de pedido de comida italiana. En realidad, no tenía muy claro de qué iba todo aquello.

—Lo estaba haciendo yo, la cuenta está a mi nombre, así que pago yo.

De repente se giró y, por primera vez, me gritó. Me estremecí.

—No tienes por qué pagarla. No necesito que lo pagues tú todo.

Me sentí herida.

—Yo no pago todo.

Y si fuera el caso, ¿es ese motivo para ponerse así?

—Simplemente me parece lógico que pague yo ciertas cosas mientras estás...

—Mientras esté sin trabajo. Lo sé, no tengo trabajo. Gracias por recordármelo. No me había dado cuenta. Así que no tengo trabajo y me pongo a sugerir que pidamos comidas extravagantes. Vale.

Me sentí muy ofendida ante tal injusticia.

—Yo no he dicho eso. Ni siquiera lo he pensado. Y cuando he dicho que no estás trabajando, no lo he hecho con esa intención; simplemente es un hecho. Y no pasa nada, podemos salir adelante. Seguro que encuentras algo. Pero mientras tanto, estamos bien. —Hice una pausa y tragué saliva—.

Estamos bien.

Creo que él notó mi cambio de tono y oyó el leve temblor de mi voz. De repente su frustración se hizo patente y se mostró tímido y silencioso. Se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Lo siento, Soph. Lo siento mucho. No quería gritar. Soy un idiota. Es solo que jamás pensé que vivir juntos acabaría siendo así.

Mierda, ¿qué quería decir con eso? Sentí en mi pecho que el pánico se apoderaba de mí. Yo era muy feliz, más feliz que nunca. ¿Acaso él no lo era? Creo que vio esa mirada en mis ojos, y por eso me cogió del brazo y me acercó a él.

—No, Soph. No es eso lo que quería decir. —Juró en voz baja—. Lo que quiero decir es que, cuando nos mudamos, jamás pensé que no podría valerme por mí mismo y que tú tendrías que tirar de mí.

Estaba confusa y bastante cabreada.

—Yo no tiro de ti. Tiramos el uno del otro.

Agitó la cabeza.

—No, no en estos momentos, cariño. Tú estás tirando de mí y es realmente bonito que quieras hacerlo. Tengo mucha suerte, pero estoy frustrado. No me siento bien.

Agité la cabeza, enfadada.

—Somos una pareja. Compartimos las cosas. Cuando trabajabas, ganabas mucho más dinero que yo. Ahora no trabajas, pero eso es algo que pronto cambiará y volveremos a nuestra dinámica habitual. Esto solo es temporal. Desde luego no es algo por lo que sentirse mal.

—Pero es así como me siento. No está bien.

Sabía que me estaba cabreando, pero lo dijo de todos modos. Tengo que reconocer que fue realmente honesto.

—¿Sabes que eres idiota y que esto es ridículo?

Negó con la cabeza, muy serio.

—Lo sé. Siento mucho ser tan gilipollas, pero es que todo esto me molesta. —Hizo una pausa de un minuto y agitó un dedo en mi dirección—. Pero no me niegues que cuando era al revés tú también te sentías mal. ¿O acaso has olvidado todas aquellas veces que salimos a cenar e insistías en que dividiésemos la cuenta o esa fase en la que te asegurabas de reservar las entradas del cine o lo que fuera para compensar en caso de que yo pagara la cena?

Hizo el gesto de las comillas con los dedos para enfatizar lo de «compensar». Me dieron ganas de morderlo de la mala leche que me entró.

Tenía razón, pero esa no era la cuestión.

—Ya lo he superado.

No era del todo cierto, pero bueno. Él me sonrió.

—Lo sé. Y también sé que esta es una discusión absurda.

Asentí con la cabeza.

—Todo esto es ridículo. Sobre todo porque todo esto es la teoría: el dinero es de los dos.

Volvió a coger la tablet y empezó a introducir sus datos.

—Déjame que utilice un poco de nuestros ahorros para pagar la cena.

No pude evitar sonreír.

—Vale, pero que conste que ponerse así porque yo gano más dinero que tú, aunque sea algo temporal, es una estupidez. Tenía mejor concepto de ti.

—Lo sé. Soy un feminista horrible.

Imbécil.

A pesar de todas esas peleas y de las tensiones por la situación laboral de Adam, seguimos disfrutando del sexo. Quizá se debía a nuestra libido tan compatible (por no decir entusiasta), pero el hecho es que casi todos los días acabábamos acurrucados y con algún tipo de diversión morbosa que nos permitía permanecer emocionalmente unidos a pesar de las dificultades del día a día. Es muy difícil estar cabreado con alguien con el que duermes con los pies entrelazados y con sus brazos rodeándote (aunque su manía de monopolizar el edredón me lo pusiera difícil).

Dicho esto, llegó un momento en que las cosas ya no eran tan estables como antes. Para mi sorpresa, tuvo que ver más con la parte sexual, e incluso sumisa, que con alguna movida relacionada con el dinero o alguna preocupación real. Todo estaba en mi cabeza.

El problema de poner a prueba tus límites es que a veces no te das cuenta de que las cosas han ido demasiado lejos hasta que ya es demasiado tarde y no puedes volver atrás. Ya sé que suena a consejo de galletita de la suerte, pero es verdad. Por desgracia, y en cierto modo inevitablemente, fue una conclusión a la que llegué después de los hechos.

Adam había ampliado mis límites y pulsado mis botones en docenas, si no cientos, de maneras diferentes durante el tiempo que llevábamos juntos. Me había hecho daño, me había hecho sentir vergüenza y me había excitado de formas que jamás habría podido ni soñar y que, en algunos casos, ni siquiera había considerado eróticas hasta que él me las había hecho. Estaba a su merced. Era tan excitante como sorprendente y, para alguien a quien le gusta estar contra las cuerdas como parte fundamental de su sumisión, resultaba bastante embriagador. Me encantaba. Adoraba la psicología que se escondía tras las cosas que hacíamos. Me encantaba cómo, tras acabar, preparábamos la cena juntos, veíamos la tele o tendíamos la ropa; momentos de silencio bastante prosaicos y que suponían un fuerte contraste frente a las obscenidades de hacía tan solo unos minutos.

Con el tiempo acabé acostumbrándome a sus juegos mentales, a su capacidad para mantenerme a la expectativa mientras sentaba las bases, con mucha antelación, para una experiencia que compartiríamos. A veces (pero, para mi frustración, solo a veces) era capaz de silenciar la curiosidad y el nerviosismo que él había intentado construir. Vale, ¿a quién quiero engañar? No era capaz de acallarlos, pero sí que podía calmarlos. Pero, a pesar de todo, en ocasiones conseguía mostrarme indiferente y era entonces cuando él decidía subir la apuesta. De repente, nuestra confrontación de dominación y sumisión se volvió más competitiva que en nuestros juegos de ordenador (que una vez llegó tan lejos que Adam estrelló el mando contra el suelo; yo me reí, él me besó y pasamos a otra cosa).

Para empezar, no vi venir el reto que Adam tenía en mente para mí. Después de darle muchas vueltas, había decidido que quizá la mejor forma de garantizarse un trabajo era establecerse como redactor creativo autónomo y trabajar desde casa. Empezó a buscar clientes para su incipiente agencia, y cuando un antiguo compañero de la universidad lo recomendó a una gran empresa de York, le pidieron que presentara algunas ideas para un folleto y una campaña publicitaria. Me preguntó si me apetecía acompañarlo de viaje. Yo, que siempre estoy dispuesta a pasear por los callejuelas medievales de York, acepté encantada, y lo siguiente que supe es que había tirado la casa por la ventana y había reservado una suite en un lujoso hotel para el fin de semana, contento porque luego podría desgravárselo como gastos, y yo busqué en Google algunos sitios bonitos a los que ir a cenar después de la reunión.

Ya me había avisado la semana anterior de que iba a poner mis límites más a prueba que de costumbre mientras estuviéramos fuera. Evidentemente, sentí el hormigueo del nerviosismo —no soy tonta—, pero tengo que admitir que también me sentía satisfecha de mí misma. Había podido soportar todo lo que me había hecho hasta entonces (al menos la mayor parte), así que cuando empecé a sentir mariposas en el estómago no fue tanto por lo que podría hacerme como por el miedo a defraudarlo. Estúpida Sophie.

La suite era preciosa, tenía vistas al río desde todas las ventanas, una bañera enorme con patas de garra y una cama en la que podrían dormir seis personas (o al menos yo, en mi mejor postura de estrella de mar, y Adam, que ya es bastante). Adam se fue a su entrevista mientras yo paseaba por las tiendas y almorzaba tranquilamente. Quedamos en que nos encontraríamos en el hotel a última hora de la tarde para, supuse, algún tipo de travesura sexual antes de salir a cenar.

Esa fue la primera vez que lo subestimé esa noche. Por desgracia, no sería la última.

«Nadie puede verme desde tan lejos.» Eso era lo que no paraba de repetirme mientras el sol

calentaba mi piel desnuda. Incluso si alguien desde alguno de esos chárteres turísticos que pasaban tan bajos hubiera alcanzado a atisbar alguna pequeña parte de mí, probablemente habría pensado que estaba admirando las vistas al río. Inmóvil. Durante media hora. Y ellos se movían. Jamás habrían podido darse cuenta. «A no ser que vuelvan. ¿Y qué pasa si vuelven?»

Después de todo, Adam había sido sutil; la cuerda que ataba mis muñecas a la parte superior del balcón era todo lo larga que debía ser y no más, permitiéndome extender los brazos, agacharme y ocultar mi situación presionando mi pechos desnudos contra lo que había empezado siendo frío metal, pero que se había calentado durante el tiempo que llevaba fuera. Supongo que tendría que haberme sentido agradecida por que el balcón fuera a prueba de niños y, por lo tanto, había pocos sitios por los que los viandantes pudieran ver que estaba casi desnuda. Definitivamente, estaba poniendo a prueba mi paciencia. Me advirtió que no mirara, por muy grande que pudiera ser la tentación o por muy aburrida que pudiera estar, y aunque el sonido de sus pasos por toda la habitación, las puertas abriéndose y cerrándose, e incluso los canales de televisión cambiando, me permitían hacerme una idea de lo que estaba pasando, la tentación de girar la cabeza era cada vez mayor. Por «casualidad», hice un movimiento para apartarme el pelo de los hombros y me arriesgué a mirar, para descubrir que la profundidad del balcón no me permitía ver gran cosa; no podía girarme con las muñecas inmovilizadas.

Y no solo me había atado los brazos. Mis tobillos estaban anclados a los puntales que sujetaban el balcón. Había extendido mis piernas un poco más allá de lo confortable, lo que hizo que me diera un tirón en los muslos. Me di cuenta de que estaría allí, atrapada, hasta que él decidiera lo contrario. Mi pie se había doblado cuando él se arrodilló para atarlo, traicionada por los nervios que me hicieron querer salir corriendo, apartarlo de una patada, antes de que el tacto de su mano, que acariciaba con suavidad mi muslo, me calmara como si yo fuera un animal asustado.

Intenté desesperadamente ser racional. Confiaba en él. Sabía que él no tenía más interés que yo en hacer algo público, y que disfrutábamos de nuestro secreto compartido. De repente todas esas investigaciones que había hecho sobre los hoteles de la zona empezaron a cobrar sentido. Aunque estaba nerviosa e incómoda, sabía que aquello tenía que ser seguro y discreto, aun si parecía que quería exponerme a todo el que pasara por allí.

Adam recorrió mi cuerpo posesivamente con sus manos, apartó un mechón de pelo y quitó unas pelusas de mi culo. Los nervios volvieron cuando, una vez que se había asegurado de que no iría a ninguna parte, desapareció para volver con una de sus combinaciones favoritas: el dilatador anal de cristal y el puto dilatador hinchable. Cuando empujó el cristal dentro de mí, gemí un poco olvidándome de mí misma y de dónde estaba. Me sonrojé y escondí la cabeza en mi hombro unos segundos (menuda tonta, como si eso hubiera evitado que me vieran en caso de haber alguien cerca). Cuando introdujo el dilatador hinchable en mi coño, soltó una risita por lo húmeda que estaba ya. Me

armé de valor, y me mordí el labio para silenciar mis gemidos mientras él apretaba la bomba e inflaba el dilatador hasta llenarme. Se colocó junto a mí, apoyando la espalda con indiferencia en la barandilla del balcón, observando mi cara, viendo cómo apretaba los dientes y cómo mis orificios nasales se ensanchaban cada vez que presionaba el botón y me llenaba aún más. Siguió apretando, sonriéndome, hasta que vio el enfado en mi cara.

—No, no. No pongas esa cara porque quiera hacerte esto.

Su tono era cortante. Como de costumbre, no tenía ni idea de cuál era esa cara ni cómo podía evitar ponerla, pero su desaprobación hizo que me arrepintiera. También estaba algo preocupada, pero sobre todo lo que estaba era molesta por haberlo decepcionado, por haberlo disgustado.

—Lo siento. No he puesto ninguna cara. No pongo ninguna cara. Es solo que... —balbuceé.

No terminé la frase presa de la incertidumbre, frustrada porque, a pesar de que las palabras eran lo mío, él era capaz de dejarme sin argumentos. Tan insegura. Mi voz, imperceptible.

—Quiero ser buena.

Su sonrisa hizo que el estómago me diera un vuelco. Se agachó y me besó los hombros.

—Sé que quieres serlo. Y la mayor parte del tiempo eres una buena chica. Sabes complacerme.

Mientras mi cerebro intentaba procesar sus palabras, se vio interrumpido por el siseo del puto dilatador al hincharse tres veces más.

—Mejor asegurarse de que queda bonito y apretado.

Me sonrió. Aunque mi coño estaba ya bien lleno —era como si me hubiese metido el puño— y había empezado a dolerme, le devolví la sonrisa disfrutando de esa mirada atolondrada que ponía a veces cuando jugábamos, como un niño pequeño en una tienda de chucherías. Un niño impúdico y malvado, desde luego.

Estaba realmente decidido a que todo quedara bonito y apretado. El último trozo de cuerda sirvió para fijar ambos dilatadores en su sitio con un bonito lazo en mi cadera. Se puso de pie, se sacudió el polvo de los pantalones y cogió la cajita que hacía vibrar el dilatador. Gemí en silencio desde lo más hondo de la garganta, casi una súplica. Besó mi costado.

—No te preocupes. No lo pondré demasiado alto. Sé que te va a costar guardar silencio estando aquí fuera. Solo quiero que funcione lo suficiente como para ir tirando.

Resoplé tanto por sus palabras como por la sensación. Atada, desnuda, llena y ¿esperando su placer? Si me mantenía excitada, tendríamos un problema. Las vibraciones comenzaron dentro de mí y mis piernas empezaron a temblar. Me besó en el hombro.

—¿Confías en mí, Sophie? —dijo, mirándome con incertidumbre.

Asentí con la cabeza sin dudarlo.

—Sí, confío en ti.

Me miró durante unos segundos antes de asentir en señal de aprobación.

—Bien. Recuerda: si realmente confías en mí, no te pasará nada malo.

Intenté no temblar por la advertencia que había en sus palabras.

—Recuerda: sigue mirando al frente y sé buena chica.

Sonreí.

—Lo prometo.

Volvió adentro. Yo podía ver los barcos a lo lejos y un hombre paseando a su perro junto al río.

No había mucho más que hacer aparte de estar ahí de pie, esperar y disfrutar de las vistas y del buen tiempo, inusualmente caluroso para esa época del año. Mientras estaba allí, esa sensación de la simplicidad de la sumisión empezó a hacer efecto. Confiaba en él. Lo quería. Quería complacerle. Sabía que no haría nada que pudiera dañarme. Estaba segura de que estaba dentro maquinando algo, pero no me importaba qué. Ya estaba mojada ante las expectativas. Empezó a entrarme algo de sueño bajo el calor del sol.

Visto en retrospectiva, ahora me doy cuenta de que Adam me creó una falsa sensación de seguridad.

No sé cuánto tiempo estuve allí fuera hasta que vino a desatarme. Mientras desataba los nudos, me dijo en voz baja que siguiera mirando al frente y que no me moviera aunque pudiera. Flexioné las muñecas un poco cuando me las desató, pero aparte de eso no me moví un ápice mientras bajaba a mis tobillos.

Adam chasqueó la lengua mientras recorría la parte interior de mis sudorosos muslos. Tuve que resistirme a la tentación de explicarle que cuando te dejan de pie con algo vibrando entre las piernas durante un tiempo considerable, cabe esperar que la gravedad obre su magia. Tenía ese rictus severo, y ni yo soy tan insensata.

Cuando me hubo desatado, puso sus manos sobre mis ojos.

—Ahora voy a llevarte adentro, pero quiero que mantengas los ojos cerrados. ¿De acuerdo?

Contesté que sí. De repente, ya no me sentía tan segura como antes.

—Buena chica.

Era una de sus frases favoritas para demostrarme su afecto, y eso hizo que me sintiera algo más tranquila. No mucho, pero algo. Y todo ayuda, ¿vale?

Mientras me llevaba adentro, me puso una venda en los ojos. Sus manos sujetaban mis muñecas detrás de mi espalda, y de repente tiró de mí hacia el suelo.

—De rodillas.

Me arrodillé lentamente, sin saber muy bien en qué parte de la habitación estaba. Mis rodillas hicieron contacto con una alfombra afelpada que sabía que estaba en el centro de la habitación. Me

hundí en ella y disfruté un poco de su suavidad y calor, incluso cuando Adam empezó a atarme las muñecas a la espalda. Su silencio y la venda, que poco a poco se iba escurriendo hacia la nariz, me estaban poniendo nerviosa.

—¿Puedes ver algo?

Abrí la boca para contestar, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, me abofeteó con fuerza. La sorpresa (así como la nada desdeñable bofetada) me dejó boquiabierta. Él se rió bajito y el sonido me puso aún más nerviosa.

—Supongo que no.

Me senté inmóvil, casi esperando que me volviera a pegar, preguntándome de dónde vendría el golpe. Pero se fue.

Podía oír sus pasos a mi alrededor. A veces estaba cerca, a veces en la habitación. En un momento dado pensé que estaba en el baño. No tenía ni idea de qué hacía y, al no encontrarnos en casa, todavía me resultaba más difícil hacerme una imagen mental de dónde podía estar ni de qué tramaba. La alfombra, que recubría el suelo de la mayor parte de la suite, amortiguaba el sonido de sus movimientos. Me llevaba continuos sobresaltos preguntándome si el más mínimo crujir o cambio de aire era él acercándose.

Por fin me acarició la cara. Me encogí, en parte porque pensaba que me iba a pegar otra vez, pero su mano resultaba cálida y reconfortante. Mi Adam había vuelto y esa conexión me tranquilizó un poco. Hasta que habló.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad?

Me cago en la puta. Suspiré, creo que por los nervios, y contesté en tono brusco.

—Sí.

Se agachó y su voz sonó tan fría que me hizo temblar.

—No me hables en ese tono. Solo quiero que la recuerdes por si necesitas utilizarla.

Sentí un arrebató de furia. Abrí la boca con la intención de replicar, pero pensé que sería mejor que me quejara para mis adentros (buena idea, ¿no?). De todas formas, ya no importaba. Se había ido. Creo.

No sé cuánto tiempo estuve allí arrodillada. El suficiente para empezar a sentirme incómoda. Me hubiera gustado desplazarme un poco por el suelo, pero no tenía forma de saber si él me estaba mirando o no, y no tenía ninguna intención de mostrarle que si él estaba en la habitación me sentía incómoda.

De repente, oí un zumbido y sentí una punzada en mi pecho. La vara. Joder.

Odio la vara. Es lo que más duele de todo lo que usa (deja poco margen para la modulación). El

látigo, si lo usas con suavidad, puede resultar realmente sensual, como un cosquilleo. Sin embargo, la vara, aunque se use con delicadeza, me hace temblar. Y aquello era cualquier cosa menos delicado.

Me golpeó en los pechos dos veces y luego creo que se puso detrás de mí (era difícil saberlo por culpa de la alfombra). Me pegó en el culo. El sonido de la vara cortando el aire hizo que me doblara de dolor, pero nunca hay tiempo para prepararse, incluso aunque sepas en qué parte del cuerpo va a impactar. De repente mi cuerpo era un campo de batalla. Era implacable. Intenté no gritar, pero el dolor era muy intenso y el hecho de que no pudiera verlo me hacía sentir que me faltaba algo.

Me pegó mucho, lo suficiente como para que empezara a gimotear. Era un tipo de dolor muy penetrante y, a pesar de la vibración en mi coño, me costaba mucho soportarlo; sentía que los ojos se me llenaban de lágrimas detrás de la venda, pero los incesantes azotes continuaron. Seguramente no tardaría en cansarse, ¿no?

No tuve tanta suerte. Cada cierto tiempo hacía una pausa y yo notaba que se acercaba. En un momento dado, recorrió con una uña alguna de las marcas que me había hecho en el pecho y el dolor me hizo gritar. Puso el dedo en mi boca, burlándose de mí mientras me susurraba «ssshhh» al oído.

Yo tenía un conflicto interno. Mi lado racional sabía que aquello no tenía puta gracia, sabía que se estaba pasando conmigo, sabía que era intenso, tan intenso como me había dicho que sería, pero era Adam, mi adorable novio, en el que confiaba y que cuidaría de mí. Mi lado más irracional era presa del pánico, capaz únicamente de reaccionar al dolor, la adrenalina y los nervios, y esperaba que todo aquello acabara pronto y pasáramos a algo que no supusiera un reto tan grande. ¿Qué lado ganaría? Ni puñetera idea. Pero por primera vez en mucho tiempo era una batalla igualada.

Por suerte, paró. Escuché el sonido de la vara al caer en el sofá. Era todo lo que podía hacer para no caerme redonda al suelo.

Noté que se acercaba a mí. Me cogió la cabeza por la parte de atrás y empujó hacia delante; en ese momento me di cuenta de que mi nariz estaba rozando su entrepierna a través de sus pantalones. Me incliné hacia él, impaciente, seguramente demasiado. Restregué mi cara contra él, sintiendo cómo se le ponía dura. Abrí la boca, una señal silenciosa pero clara de que quería que las cosas avanzaran. Me dio una palmadita en la cabeza.

—Todavía no. Espera.

La decepción me invadió cuando me cogió por los brazos y me puso en pie. Oí que cogía la caja de control y apretaba la bomba del dilatador, que todavía seguía dentro de mí. Estaba bien, de lo contrario creo que me habría caído de bruces. Me llevó al dormitorio. A duras penas tuve tiempo de recuperarme cuando de repente sentí las frías baldosas del baño bajo mis pies. No me lo esperaba.

—A la bañera —dijo con voz brusca.

Me metí con indecisión, utilizando los pies para orientarme. Al no ver nada y tener las manos

atadas a la espalda, me costaba mantener el equilibrio y me sentía torpe. Me sentí aliviada cuando percibí que la bañera estaba vacía; lo primero que se me había pasado por la cabeza fue que haríamos algún tipo de juego de asfixia con agua y la idea de hacerlo sin contacto visual me hacía sentir auténtico pavor.

Pero bueno, me parecía bien. La bañera era lo suficientemente ancha como para poder ponerme de rodillas con comodidad mientras esperaba. Oí que se desabrochaba la bragueta cerca de mi cabeza y por un momento creí que por fin podría saborearlo (quizá me había traído a la bañera porque quería rociarme todo el cuerpo y tenía miedo de ensuciar la habitación).

Pero no fue eso lo que pasó. Pasaron dos cosas a la vez. El dilatador de mi coño empezó a vibrar a toda velocidad, lo que, teniendo en cuenta el erotismo de todo lo que había pasado antes, hizo que sintiera que mi orgasmo se aproximaba a pasos agigantados.

Y Adam se meó encima de mí.

El chorro caliente empezó en mis pechos. Me quedé helada. Mi cerebro se cortocircuitó. A medida que mi orgasmo iba creciendo, el chorro iba subiendo hacia mis hombros y acabó mojándome el pelo. Empecé a temblar, en parte por el orgasmo, en parte por la conmoción. Me corrí, pero mis gritos eran fruto de mi consternación. ¿Cómo podía haberlo hecho? Siempre habíamos dicho que esa era una línea que no había que cruzar. ¿Cómo podía haberlo hecho? Me sentí apenada y decepcionada hasta lo más profundo de mi ser. Quería llorar, quería darle un puñetazo, pero no podía hacer nada; tenía miedo de que mis piernas no fuesen capaces de sostenerme si intentaba moverme. El sonido de mi orgasmo había dado paso a una serie de sollozos sordos.

Las manos de Adam estaban en mis muñecas. Las vibraciones se silenciaron, desató las cuerdas que sujetaban los dilatadores y me los sacó. De repente, percibí un rayo de luz —me había quitado la venda— y le estaba mirando de frente. Sus ojos marrones estaban bien abiertos y me miraba con preocupación. Parpadeé intentando centrarme en él, intentando centrarme en algo, hasta que me di cuenta de que no podía porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

Me estaba hablando, pero yo era incapaz de entender nada de lo que me decía. Lo repetía una y otra vez mientras se inclinaba para quitarme las cuerdas de las muñecas, me ayudaba a incorporarme, cogía una toalla caliente del toallero.

—¿Sophie? Era agua. Solo era agua caliente. Solo agua caliente.

Volví a pestañear intentando comprender lo que me estaba diciendo, pero mi cerebro seguía sin funcionar. Cogió un vaso.

—Es agua. Te la he echado con la boca.

Asentí con la cabeza. Él sonrió aliviado, contento de que por fin lo hubiese entendido, complacido de que ahora supiera hasta dónde había llegado su movida mental. Me besó en la cara y apartó mi pelo mojado hacia mis hombros. Estaban mojados, pero de agua.

—Oh, cariño, has estado increíble. ¿Estás bien?

Volvió a besarme, apretando los labios con fuerza, frotándome los hombros porque tenía la carne de gallina por el frío.

—Estás helada. Venga, vámonos a la cama un rato.

A medias me acompañó, a medias me llevó al dormitorio y nos metimos juntos en la cama. El calor de su cuerpo y el edredón con el que me tapó me ayudaron a volver en mí. Empezó a acariciarme la espalda, a besarme, a abrazarme. Era mi Adam; volvía a ser él.

Nos besamos e hicimos el amor con cariño. Fue lento, tierno y afectuoso, la oportunidad perfecta para volver a conectar y para que yo pudiera recuperar mi equilibrio. Se colocó sobre mí lentamente, con la mano entre mis muslos, acariciando mi clítoris para provocarme un orgasmo que ambos compartiríamos, uno al que llegaría voluntariamente en vez de que me lo arrebataran.

Cuando nuestra respiración se hubo ralentizado, nos quedamos tumbados juntos en silencio, conscientes de que todavía disponíamos de algo de tiempo para recuperarnos antes de ir a cenar.

Me miré los pechos y los muslos llevada por la curiosidad de ver las marcas de la vara. No tenía ninguna. Me confesó, algo somnoliento, que la había usado pero no tanto como para dejar marcas; la había sentido con mayor intensidad por la forma con la que había jugado con mi mente durante todo el proceso. No podía negarlo. La había sentido con mucha intensidad. Lo había sentido todo con mucha intensidad.

—Realmente creí que... —dije con voz vacilante que se fue apagando antes de poder terminar la frase.

Me acarició la cara y me besó en los labios.

—Lo sé, cariño. Lo siento mucho. Pensé que lo habías entendido cuando te dije que no te pasaría nada malo. Cuando vi que empezabas a temblar, me di cuenta de que no —dijo antes de besarme—. Lo siento mucho.

Lo rodeé con mis brazos.

—No pasa nada. Estoy bien. Simplemente no entendí qué querías decir con «nada malo». No lo pillé.

Me miró fijamente.

—Pero ¿estás bien? ¿Me lo prometes?

Le sonreí y asentí con la cabeza.

—Estoy bien. Te lo prometo.

Era la primera vez que le mentía.

Todavía no podía creérmelo. No se me había meado encima ni había cruzado los límites. El alivio era inmenso. Todavía podía confiar en él. Pero mientras estaba ahí, tumbada, junto a él, escuchando

su respiración, las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro. Sí que había un problema.

No podía confiar en mí misma.

Resulta realmente irónico que algo que nunca sucedió tuviera tales consecuencias en mi mente, pero las tuvo.

Tenía que darle la razón a Adam. Me había avisado de que iba a jugar con mi mente y eso era lo que había hecho, con graves consecuencias. Después de todo aquello, estuvo encantador, realmente encantador. Sabía que me había afectado y se tomó muchas molestias por intentar tranquilizarme. En lo que respecta a los cuidados postsesión, se comportó como un dominante bueno y responsable, pero aparte de eso, como novio, fue cariñoso, solícito y preocupado.

Esa tarde me quedé allí tumbada, con los ojos bien abiertos y la cabeza a mil por hora mientras él dormitaba. Después salimos a por una cena decadente a base de marisco muy bien cocinado y ese tipo de pudín de chocolate pecaminoso que hace que me derrita. Él me felicitó por mi vestido y yo me quedé sin palabras cuando lo vi aparecer con uno de sus trajes más elegantes. Fue romántico, divertido y Adam estaba en forma. Nos sentíamos tan cómodos el uno con el otro como siempre. Fue agradable, de verdad que sí.

El problema era que, aunque estaba disfrutando de la velada, había una pequeña parte de mí que seguía asustada. Era como una ruta alternativa: podía ignorarla la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando se hacía tan fuerte que no podía evitar pensar una y otra vez en algo sobre lo que en realidad no quería pensar para nada.

Y entonces volvimos a la habitación del hotel. Salimos al balcón a gatas para que nadie pudiera vernos, riéndonos como niños, y nos tumbamos desnudos sobre una manta que habíamos cogido del armario para resguardarnos del frío cemento. Nos acurrucamos juntos para mantenernos calentitos, y el roce se convirtió en caricias y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos follando, riéndonos de lo incómodo que era ponerse encima (el hormigón resultaba excesivamente duro bajo las rodillas) y disfrutando el uno del otro. Cuando nos recuperamos de nuestros respectivos orgasmos, observamos las estrellas abrazados y él me besó y me dijo que me quería, así que yo le devolví el beso y le dije que también lo quería.

Fue una noche memorable, bonita y romántica; bueno, todo lo bonita y romántica que podía ser teniendo en cuenta que no hacía mucho estaba totalmente convencida de que Adam se me había

meando encima. Y ese era justo el problema. Tendría que haber sido capaz de deshacerme de esa sensación, pero no podía. Y, para ser justa, el problema no era Adam, sino yo.

Tumbada en la cama, mi mente volvía una y otra vez a ese momento en la bañera: el orgasmo que llegaba, la certeza de que se estaba meando encima de mí... Había dos cosas que no se me iban de la cabeza:

1. Creía que me estaba meando encima y no hice nada para detenerlo.
2. Creía que me estaba meando encima y, de todas formas, me corrí.

Sé que a algunas personas les encantan los tabúes, pero la lluvia dorada siempre había sido un límite infranqueable para mí. Aunque mis límites se habían ido ampliando desde que estaba con Adam, había ciertas cosas que seguían estando prohibidas. Por supuesto, todo aquello que fuera ilegal, que pudiera provocar daños permanentes, que estuviera relacionado con la taza del váter, que implicara a terceras personas (sí, incluso aunque ya hubiera hecho tríos antes, no quería joder una relación incluyendo a terceros) y nada que tuviera que ver con agujas (sí, soy una cobarde). Confiaba en que él respetaría esos límites y, la verdad, lo había hecho.

Pero yo no.

Mi pasividad, mi decepción y mi cobardía me confundían. A menudo, tras un juego sexual, tengo pequeños flash-backs sobre lo que ha pasado, sobre lo que hemos hecho. Cuanto mayor sea el reto, mayores posibilidades de que suceda. Durante mis primeras experiencias D/s, este proceso mental era el que me permitía aceptar los pensamientos y los sentimientos que me evocaban estas nuevas experiencias. Me resultaba tan excitante como útil para poder comprender el lado emocional de lo que estaba haciendo, de lo que le había permitido hacerme.

Pero el problema con esto era que cuanto más lo pensaba, más desconectada me sentía. Incluso la D/s más desafiante y dolorosa que había consentido había sido, en esencia, divertida. Desafiante, sí, a veces incluso turbadora (creo que a estas alturas resulta obvio que, a un nivel retorcido, me gusta). Pero esto era diferente. Las intenciones de Adam habían sido buenas; malévolas pero buenas: el equivalente erótico a cagarse de miedo en la casa del terror y salir por el otro lado ileso, muerto de la risa y con el corazón en un puño por el miedo que produce una situación que solo es real en tu cabeza. Pero yo no podía sacármelo de la cabeza y fingir que no había pasado nada.

Sabía que no utilizaba mi palabra de seguridad todo lo que debía, ni siquiera cuando las cosas se ponían intensas hasta el punto de volverse prácticamente insoportables. Joder, dos de las cuatro veces que la había usado, había sido porque tenía calambres en el pie estando atada y necesitaba sacudirlo para que volviera el flujo sanguíneo (lo sé, es una imagen fascinante).

Desde un punto de vista racional, sabía que no era justo considerar que utilizar la palabra de

seguridad era un «fracaso», pero en el fondo así era como lo veía yo, si no como un fracaso, sí como una derrota, como sacar la bandera blanca. Por lo general, estaba bien porque la gente con la que estaba ya contaban con mi cabezonería, pero aquí la responsabilidad era toda mía y había renunciado a ella. Me había quedado congelada.

Intenté racionalizarlo. Estaba en shock. Todo pasó demasiado rápido. Pero en el fondo sabía que Adam no se me había meado encima, podría haberlo supuesto por la falta de olor o porque el agua no estaba demasiado caliente o... pero no por ello dejaba de ser raro. Me sentía mal y esa sensación me duró semanas.

Adam y yo hablamos del asunto; me conocía y sabía que las cosas no iban bien, pero yo no quise profundizar en el tema. No presté atención a sus repetidas disculpas porque creía sinceramente que no tenía que disculparse de nada, la responsabilidad había sido mía. Su consuelo y amabilidad hicieron que lo quisiera aún más. Me abrazó, acarició mi pelo y me lo explicó todo. Creo que pensaba que ya lo habíamos superado, que todo iba bien. Pero a pesar de que ambos volvimos a nuestros quehaceres diarios —trabajar, follar, debatir sobre las noticias, ver la tele, quedar con los amigos y visitar a la familia—, la experiencia afectó a mi estado de humor y en los momentos de silencio volvía a mi cabeza una y otra vez.

También me hizo cuestionarme hasta dónde podía llegar esto de la D/s. Poner a prueba tus límites es algo natural, pero ¿hasta dónde? De repente mi frustración con James, que no había podido seguir haciéndome daño porque fue más allá de lo que él consideraba aceptable, seguro y amable, ahora parecía injusta. Las situaciones no eran comparables, pero las similitudes me dieron qué pensar. Por primera vez en meses, James volvía a estar en mi cabeza. Y eso también era raro.

Por supuesto, ver a James me parecía aún más raro que pensar en él.

Por aquellas fechas hacía más de un año que no nos habíamos visto. Habíamos salido a comer sin demasiadas ganas y yo esperaba que aquello pudiera ayudar a nuestra reconciliación, pero terminó siendo el último de una serie de encuentros y comunicaciones impersonales que acabaron en absoluto silencio.

El último mensaje no devuelto fue mío. Decidí que era demasiado difícil vivir en un mundo de síes y quizá, así que tomé la iniciativa (si por iniciativa se puede entender desaparecer en un pozo de desesperación sombría). El hecho de que no intentara volver a contactar conmigo justificaba mi respuesta.

Había pasado página.

Pero, por supuesto, cuando lo volví a ver, me quedé paralizada por un momento. Estaba en un pub

con unos cuantos colegas después del trabajo celebrando un cumpleaños cuando vi a alguien que se parecía a él apoyado en la barra. Eso de verlo en alguien que en realidad era un extraño fue algo que se repitió con cierta frecuencia durante los primeros meses posteriores a nuestra ruptura. Con el tiempo dejó de sucederme, pero había algo en ese tío —el corte de pelo, su porte, quizá el corte de su traje— que me trajo a James a la memoria. Joder, quizá se debía a que había estado pensando mucho en él recientemente por culpa de lo que en mi cabeza yo llamaba el Pipigate. Sé que es un nombre ridículo, pero me reí mucho cuando se me ocurrió y estaba intentando quitarle importancia. Por supuesto, un nombre ridículo no iba a hacer todo el trabajo, y en los momentos de reflexión en los que seguía surgiendo en mi cabeza, me preguntaba —a raíz de cómo me había afectado— si había sido justa con James cuando intenté ayudarlo con sus preocupaciones sobre lo que estábamos haciendo juntos.

Me quedé mirando a aquel hombre de la barra el tiempo suficiente como para que Mark, nuestro reportero especializado en gobierno local y el tío que se sentaba a mi lado en el trabajo, me diera un codazo en las costillas.

—¿Estás bien, Soph? Se te cae la baba.

Volví a la conversación.

—Qué va. No se me cae la baba. No es mi tipo. Es solo que creí que era alguien que conocía.

Shona, nuestra editora de noticias y la mujer más directa que he conocido en mi vida, se giró para mirarlo.

—Pues a mí me encantaría conocerlo. Bonito culo. El traje también le queda bien y parece caro. Apuesto lo que sea a que no tendría problemas para pagar una ronda de vez en cuando.

Shona miró a Mark fijamente y él suspiró.

—Muy sutil, pero creo que me toca ir a pedir. ¿Me ayudas, Soph?

Asentí con la cabeza y empecé a arrastrarme por el reservado de madera hasta que pude levantarme. Y entonces se dio la vuelta.

Fue como si supiera que habíamos estado hablando de él, pero no habíamos hablado fuerte, a Shona todavía le faltaban unas cuantas copas para ponerse a gritar y a montar un escándalo. Sus ojos se toparon con los míos y la sensación de reconocimiento dio paso a la sorpresa. Sonrió y me saludó con la mano.

Mierda.

Shona soltó una carcajada.

—Desde luego, para ser alguien a quien no conoces, está claro que se alegra de verte. De frente está todavía más bueno. ¿Soltero?

Me resultó más difícil responder de lo que debería.

—No lo sé.

Soy una cobarde. Le devolví el saludo con la mano y me fui al baño con la esperanza de que ya le hubieran servido y que, para cuando tuviera que ir a ayudar a Mark, ya no estuviera en la barra.

Pero no tuve tanta suerte. Cuando salí de los aseos, me lo encontré esperando.

—Hola, Sophie.

—Hola.

—¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo. Tienes buen aspecto.

—Gracias. Estoy bien, muy bien. ¿Y tú?

La conversación resultaba ridícula y me dieron ganas de salir corriendo. Supongo que era un pequeño paso adelante que yo percibí como una incomodidad que me ponía la carne de gallina más que como un arrebató de lujuria. El pelo todavía le tapaba un poco la cara, nunca había podido resistirme a la tentación de apartárselo, así que me metí las manos en los bolsillos.

El silencio se prolongó. ¿Ya está? ¿Se había acabado? Esperaba que así fuera.

Se aclaró la garganta y señaló una mesa detrás de él.

—Estoy con unos colegas. Creo que debería volver con ellos. Van a pensar que estoy tratando de ligar contigo o algo...

Se rió y yo tuve que aguantarme las ganas de darle una patada en la espinilla. ¿Tan descabellado era que la gente pudiera pensar que él estaba intentando ligar conmigo? Y, espera, ¿a mí qué me importa? No quería que él ligara conmigo. ¿Vale? Dios mío, todo esto es un lío. Pensé en Adam — simple, directo y que siempre sabía lo que estaba pensando— y recordé que ya no necesitaba hacer este tipo de cosas. La idea me hizo reír. De alguna manera, me devolvió a la tierra.

—Yo también estoy con gente. Tengo que irme. Me alegro de que estés bien.

—Igualmente. Deberíamos quedar algún día para tomar algo.

Le quité importancia con un «vale» despreocupado, segura de que ni en un millón de años me llamaría, y me dispuse a ayudar a Mark cogiendo un par de pintas mientras el adiós de James resonaba en mis oídos.

Al día siguiente, recibí un correo electrónico suyo en el trabajo preguntándome cuándo quería que nos tomáramos esa copa.

Literalmente no sabía qué decir. Un «no» directo habría parecido demasiado brusco, pero «tengo pareja» quizá habría resultado excesivamente presuntuoso, podría interpretarse como si yo hubiera dado por hecho que me estaba pidiendo para salir, algo bastante difícil de creer teniendo en cuenta

cómo habían acabado las cosas entre nosotros. No quería quedar con él, así que opté por ignorar el mensaje, segura de que se le olvidaría en un par de días.

Pero no fue así.

Ese viernes quedé con Charlotte después del trabajo. Ella había estado trabajando en la ciudad y pensamos que sería buena idea aprovechar la ocasión —y la *happy hour*— para ponernos al día. Tenía mis dudas, no habíamos pasado mucho tiempo juntas desde que yo había empezado a salir con Adam, y me preocupaba que ella intentara iniciar una conversación sobre las (imponentes) habilidades sexuales de Adam que me hiciera querer salir corriendo. O emborracharme. Eso, de hecho, podría haber funcionado.

Poco antes de salir de la oficina, me llamaron de la recepción para que bajara a firmar la entrega de un ramo de flores enorme, decorado con mucho celofán, lazos y ramas verdes. Me sentí un poco avergonzada cuando tuve que subir con él hasta mi mesa, aunque no podía evitar sonreír por dentro. Con Shona revoloteando a mi alrededor, oliendo los lirios que formaban el centro del ramo, abrí la tarjeta.

¿Qué hay de esa copa? – James x

Me quedé pasmada. Volví a meter la tarjeta en el sobre y me lo metí en el bolsillo. Shona empezó a reírse en cuanto vio la expresión de mi cara.

—¿Adam te ha mandado un mensaje indecente al trabajo?

Me reí en contra de mi voluntad.

—Ya quisiera yo.

Evidentemente, era mentira, pero no era cuestión de confesarle a mi editora de noticias que algunas mañanas, cuando parecía que estaba respondiendo a mis correos con mucha seriedad, en realidad estaba charlando con él sobre lo que pasaría esa noche cuando nos viéramos en el salón de casa.

Agaché la cabeza y terminé de escribir un informe sobre la reunión del consejo con la esperanza de que el rubor delator de mis mejillas se fuera atenuando. Una cosa estaba clara: era bastante obvio que tendría que decir «no, gracias» a esa copa.

Decidí que la forma más fácil de hacerlo era a través del correo electrónico. Ya sé que es un poco cobarde, pero tengo que decir en mi defensa que nuestro historial de llamadas telefónicas dejaba bastante que desear. Y lo mismo en cuanto a las conversaciones en persona. Pensé que sería lo más seguro. Teniendo en cuenta todos los hechos, seguía siendo embarazoso pero más seguro.

Hola, James:

Solo quería agradecerte las flores. Son preciosas.

No creo que quedar sea buena idea. Estoy saliendo con alguien en estos momentos.

Sé que era demasiado directo. Lo escribí y reescribí docenas de veces, pero no quería escribir nada que pudiera interpretarse como que me habría encantado estar libre para poder quedar con él o que no quería verle en absoluto. Tampoco quería que sonara como que Adam restringía mi vida social si lo que James quería era una inocente cita para ponernos al día (aunque estoy bastante segura de que no era el caso; menudo ramo de flores había enviado).

Cuando me fui del trabajo, James todavía no me había respondido. No estaba muy segura de que fuera a hacerlo. Dudaba que se pusiera a hacerme preguntas sobre mi vida amorosa. Fui a toda prisa a reunirme con Charlotte, encantada de empezar el fin de semana.

Charlotte estaba en buena forma. Desde que irrumpió en el bar, se quitó el sombrero que protegía su pelo de la lluvia y se peinó con los dedos mientras leía la carta de cócteles, no paró de parlotear animadamente sobre todo y nada. Parecía realmente feliz.

Algo sorprendente, teniendo en cuenta la conversación que había tenido con Tom. Tras unos cuantos cócteles, decidí arriesgarme y preguntarle cómo le iban las cosas. Estaba segura de que no estaba poniendo al mal tiempo buena cara, pero al mismo tiempo me parecía surrealista que ella estuviera tan contenta y él tan triste. A no ser que algo hubiese cambiado en las últimas semanas.

Había llegado el momento de empezar a pinchar. Sé que puedo parecer una entrometida, pero no era intromisión, era curiosidad, ¿recuerdas?

—Y bueno, ¿cómo van las cosas entre Tom y tú?

Lo admito, mi interrogatorio no fue lo más sutil del mundo, pero es que ya llevaba tres cócteles en el cuerpo, distaba mucho de ser la más perspicaz de las entrevistadoras. Dicho esto, ni yo esperaba que la conversación tomara ese rumbo.

—Estupendamente bien. Él es maravilloso. El fin de semana pasado no, el anterior, organizó un trío con una chica que había conocido por internet. Ella me dominó a mí y luego él a las dos —dijo mientras una sonrisa cruzaba sus labios—. Fue muy intenso. Realmente intenso. Todo un reto. Me recordó mucho a ti, de hecho.

Por un momento me sentí confusa.

—¿Yo soy intensa y desafiante?

Tenía las manos encima de la mesa y ella me dio un golpecito con suavidad, aunque no sabría decir si como reprimenda o como muestra de afecto.

—No, me recordó a lo que fue dominarte a ti.

Me ruboricé.

Fue algo que pasó no mucho antes de conocer a James. No me arrepentía de nada, pero esa

experiencia fue uno de los catalizadores que me hicieron darme cuenta de que prefería una relación D/s romántica a una dominatriz con beneficios. Thomas había conocido a Charlotte antes, y luego nos reunimos los tres para lo que fue mi primer y único *munch*. Nos llevábamos bien y hubo mucho flirteo, y entonces, un fin de semana memorable, acabamos haciendo un trío. Me obligó a practicar el beso negro con ella —bueno, vale, al principio me obligó, pero luego lo hice porque quise— y me azotó con una vara. Escribieron en mi cuerpo y follaron a mi lado. Fue intenso, con muchas emociones a flor de piel, mucho dolor y mucha humillación, y en su momento fue una de las experiencias sexuales más increíbles que había vivido, aunque no estaba muy segura de querer volver a repetirla.

De repente estaba sonriendo, aunque tímidamente. Charlotte me acarició la mano con los dedos antes de coger su cóctel.

—Es curioso. Antes de aquel fin de semana con Tom y contigo, jamás había considerado la posibilidad de ser *switch*. Había pensado que no estaría mal probar, pero nunca pensé que sería algo que me saldría con tanta naturalidad.

Le dediqué una sonrisa llena de ironía.

—Sin ánimo de ofender, cariño, tengo que discrepar. Lo que fuiste es una perra muy natural.

—¿Has dicho perra o guarra?

—Las dos, claramente las dos.

Se echó a reír y dos tíos que había en la mesa de al lado se giraron para mirarla, pero creo que ella ni se dio cuenta. Charlotte era despampanante, pero a ella no le importaba lo más mínimo, y eso, su naturaleza despreocupada, era una de las cosas que más admiraba de ella.

Asintió con la cabeza.

—Fui bastante cruel contigo, ¿verdad?

—¿Tú crees? —Puse los ojos en blanco.

Sonrió.

—En cualquier caso fue muy divertido ver cómo reaccionabas, intentar predecir qué ibas a hacer después, y querer averiguar cómo podía conseguir que hicieras lo que te había pedido. Hasta entonces no había apreciado el lado psicológico de la dominación. Fue maravilloso. Me lo pasé realmente bien.

El silencio lo inundó todo unos segundos. Era una de esas situaciones en las que solo tenías dos opciones: o cambiabas de tema o mostrabas algún tipo de interés y ella seguiría hablando. ¿Que si me resultaba incómodo? Un poco, pero no demasiado; Thomas y yo no nos habíamos acostado juntos durante demasiado tiempo, y en esa época tampoco hubo celos de por medio. Tenía que admitir que me moría de curiosidad. De perdidos al río.

—Dices que te lo pasaste bien, pero intuyo que hay un «pero», ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Hubo momentos en los que me preguntaba qué hubiera pasado si me hubieran pedido a mí que hiciera lo que te pedimos a ti. Que te escriban en el cuerpo duele.

Empezó a subirme la temperatura de solo recordarlo. Tragué saliva y asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra por culpa de un cerebro ralentizado por tantos pensamientos no aptos para menores de dieciocho años.

—Le dije a Tom que tenía curiosidad, que quería hacer un trío en el que, básicamente, yo era tú, dominada por ellos dos. Y entonces él se puso a chatear con esa chica, Jo, en un *munch*. Gran sentido del humor, amable, muy sexy, pelo largo y negro y ojos verdes. Quedamos a tomar algo para asegurarnos de que nos llevábamos bien y entonces él lo organizó todo.

Sus ojos brillaban al recordar la excitación.

—Lo organizó todo para mí —continuó.

Su voz fue apagándose, tuve que inclinarme para poder oírla.

—No sabía exactamente cuándo lo haríamos, solo que lo haríamos. Cuando el sábado por la noche me ató y me vendó los ojos en el salón de su casa, pensé que solo estaríamos los dos, pero entonces alguien llamó a la puerta y él fue a abrir.

—¿Imaginabas que sería ella?

Por un momento su cara mostró vergüenza.

—No, al principio no. Pensé que sería alguien vendiendo algo o que, de algún modo, aquello era un juego mental. Y entonces escuché que alguien entraba, y el murmullo de sus voces se fue haciendo más fuerte y entonces me di cuenta...

—De que Tom realmente estaba jugando contigo —acabé su frase.

Se rió y siguió hablando.

—Ella no me dijo nada cuando entró, pero empezó a tocarme, no sexualmente, pero sí con total naturalidad. Fue como si estuviera evaluándome: pellizcaba, apretaba y pinchaba, recorría mi cuerpo con sus manos como si estuviera examinando un trozo de carne.

De repente noté que tenía la boca seca.

—¿Y cómo te sentiste?

—Fatal. Incómoda. Avergonzada. Humillada. —Sonrió con ironía—. Increíble. Era jodidamente excitante...

Le devolví la sonrisa.

—Ah, sí, siempre esa extraña mezcla.

Charlotte asintió con la cabeza y se inclinó para chocar su vaso con el mío.

—A veces agradezco saber que no soy la única que siente eso. Fue todo un reto. Fue implacable.

Me pegó por todo el cuerpo con una regla.

La cara de Charlotte reflejaba indignación fingida.

—Eso duele un montón. Acabé cubierta de pequeños cuadraditos rojos.

Imaginé su piel pálida repleta de marcas rojas. Tengo que admitir que ese pensamiento hizo que me estremeciera un poco. No estaba interesada en absoluto en mantener relaciones sexuales con otra persona que no fuera Adam en esos momentos, pero recordar la suave palidez de su piel y pensar en las marcas me afectó.

—Cuando entró, Tom y ella empezaron a hablar de lo fácil que resultaba hacerme moretones, del tipo de dolor al que había sido sometida antes, sobre si me había gustado y si a él le gustaba azotarme. Mientras ella me pegaba, sabía que yo no era realmente lo que centraba su atención, sentía que solo era un juguete, algo con lo que entretenerse mientras charlaba con él. Era tan humillante y tan excitante... En ese momento entendí por qué te había gustado tanto. Entonces se pusieron a follar mientras yo les observaba, y era todo lo que yo deseaba. Me dijo que debía agradecerle que se lo follara delante de mí, y eso hice. Fue tan divertido... Fue increíble que Tom lo organizara todo tal cual yo lo había imaginado y más.

Sonreí, entendía totalmente su asombro ante la intensidad de la experiencia y me alegraba su evidente cariño hacia Thomas por haber organizado todo aquello para ella. Pero tenía una pregunta.

—Tengo una duda.

Se echó a reír.

—No te cortes, Soph, ya hace tiempo que superamos lo de la charla educada.

Sonreí.

—Esto es mucho más divertido que una charla educada, que conste, pero me pica la curiosidad...

¿Te sentiste celosa o rara al ver a Tom follando a otra?

Charlotte no dudó ni un segundo.

—En absoluto. Asumámoslo, Tom y yo no estamos saliendo. No es el tipo de relación que tenemos. Tenemos un acuerdo parecido al que tú tenías con él. Solo es diversión. No es mi novio. No quiero que lo sea. Y él no quiere una novia.

Fingí un interés repentino y profundo por la carta de bebidas. ¡Ay! ¡Pobre Tom! Pensé que había llegado el momento de cambiar de tema, principalmente pidiendo otra ronda.

El resto de la velada pasó muy rápido. Charlotte y yo charlamos sobre el trabajo, volvió a decirme que nunca había visto a Adam tan enamorado (lo que seguía haciéndome sonreír), y comentamos qué podríamos ver en el cine cuando saliésemos todos juntos el próximo sábado. Fue divertido, exactamente la noche de viernes que necesitas después de una larga semana de trabajo.

Me parecía un desperdicio dejar las flores de James en el trabajo, pero tampoco quería llevármelas a casa —no soy una experta en etiqueta, pero creo que no habría sido buena idea, sobre

todo porque tenían pinta de haber costado un pastón y Adam todavía estaba preocupado por sus finanzas—, así que decidí dárselas a Charlotte cuando nos despedimos. Por lo que a mí respecta, las cosas con James habían terminado. Pensé en comentarle a Adam que James me había escrito, pero no estaba muy segura de cómo podría afectarle si aparecía en casa con un ramo de flores que me había regalado otra persona, así que preferí guardar silencio y olvidarlo.

Visto con perspectiva, ahora sé que fue un error; era como si le mintiera por omisión. Pero en aquel momento puse rumbo a casa de muy buen humor, sintiéndome agradecida por la relación sincera y cariñosa que tenía con Adam, y preguntándome qué me depararía el resto del fin de semana.

Lo sé. Fui una idiota.

Poco a poco, las cosas fueron volviendo a la normalidad. Bueno, todo lo normal que pueden ser las cosas entre Adam y yo. Con la distancia, el horror del Pipigate empezó a difuminarse y yo empecé a darme cuenta de que mi respuesta no había sido indicio de que me había caído por el precipicio. Mis límites seguían siendo los mismos y Adam —como había hecho en su momento— seguía respetándolos. Incluso esa rara sensación de que, de alguna manera, lo había defraudado o de que lo había decepcionado por no haber sido capaz de soportar su juego mental comenzó a difuminarse. Empecé a sentirme más estable emocionalmente. James también pasó a un segundo plano. Fue todo un alivio.

Adam llevó el asunto genial, fue cariñoso, picante y sin lugar a dudas la razón por la que recuperé mi equilibrio mental, aunque ya no ponía los ojos en blanco cuando me preguntaba si recordaba cuál era mi palabra de seguridad antes de hacer algo intenso.

Sin embargo, la verdad es que, desde ese fin de semana, no volvimos a hacer nada especialmente intenso. No sabría decir si eso me causó alivio o decepción. Teníamos sexo casi todas las noches (a menos que yo llegara tarde del trabajo y estuviera demasiado cansada para moverme) y nuestras conversaciones obscenas a altas horas de la madrugada continuaron, pero pasábamos más tiempo hablando de D/s que practicándolo. No creo que fuera algo deliberado, simplemente creo que las cosas surgieron así sobre todo porque por aquella época estábamos muy ocupados en nuestro día a día, con visitas a nuestras familias, manteniéndonos al día con nuestro trabajo (yo) y montando una empresa (él). Pero incluso las experiencias vitales más corrientes pueden ser un poco más divertidas si se les añade algo de morbo, así que decidí que tenía que tomar la iniciativa para demostrarle que estaba preparada para otra nueva experiencia (pero una que me diera menos dolor de cabeza).

Era su cumpleaños. Sé lo que estás pensando, pero no tenía intención de alquilar un palacio del sado ni de idear una forma de colgarme de la araña del techo; mis planes, en su mayor parte, eran bastante tranquilos. Adam había estado trabajando mucho, así que un par de semanas antes le dije que se reservara el fin de semana posterior a su cumpleaños para irnos por ahí y mimarlo. Y eso es lo que hice.

Después de un montón de búsquedas en internet y de comparar opiniones sobre diferentes hoteles,

encontré un lugar con un precio razonable que parecía romántico e ideal para un fin de semana acogedor. Por desgracia, con mi pésimo sentido de la orientación y mi optimismo al calcular la duración de un viaje, tardamos siete horas en llegar. Paramos a cenar por el camino, pero el tiempo que pasamos en el coche —rememorando la música que iba seleccionando en el iPod y charlando sobre todo, desde el tipo de adolescentes que fuimos hasta los últimos discos que nos habíamos comprado— hizo que tomara conciencia de lo mucho que me gustaba estar con Adam. Incluso cuando permanecíamos callados mientras los pueblos y las ciudades daban paso al campo, era un silencio agradable entre dos personas que disfrutaban de la compañía del otro pero que también se sienten cómodas con sus propios pensamientos y opiniones. Llegamos tarde al hotel —¡muy tarde!— y nos fuimos a la cama muy rápido, deseosos de empezar a explorar a la mañana siguiente.

Tras un desayuno copioso, decidimos ir paseando hacia el pueblo más cercano, siguiendo las indicaciones (de eso se encargó Adam, por el bien de los dos), por la carretera y por el camino que bordeaba los campos. Cuando llegamos al pueblo, descubrimos que había una pequeña tienda y un pub/hotel. Entramos en la tienda y me compré unos cuantos periódicos, y luego nos fuimos al pub. Resultaba un poco raro porque solo eran las once de la mañana o así, pero esperábamos poder beber un té. Pobres ingenuos. La dueña al parecer se tomó lo del té muy en serio y nos acomodó en la vacía sala de atrás, con tazas, platillos y una tetera como para media docena de personas.

Nos sentamos a charlar y a calentarnos las manos con las tazas mientras nos íbamos bebiendo el té hasta que me di cuenta de que Adam empezaba a mirar la tele que había en la esquina de la habitación. No me sentí ofendida, sino más bien intrigada. Lo conocía lo suficiente como para saber que no pasaba nada en concreto.

—¿Crees que tendrán el canal de deportes? El segundo día de prueba está al caer.

Antes de que empezáramos a salir, no habría entendido ni una sola palabra de lo que acababa de decir. Pero para entonces dominaba la terminología del críquet y sabía lo mucho que le gustaba. Se sintió avergonzado, pero yo me eché a reír y preguntamos. Y así fue como el romántico fin de semana de andar por las colinas y alejarnos de todo para celebrar el cumpleaños de Adam acabó en seis horas bebiendo té de una tetera interminable (resulta que al último marido de la propietaria le encantaba el críquet, lo que la predispuso en favor de Adam) mientras yo me leía los periódicos de cabo a rabo y él veía el partido. Como dijo con cierto regocijo cuando empezamos a caminar de vuelta al hotel tras un largo, largo almuerzo (habría sido grosero irnos sin comer después de haber estado con la tetera tanto tiempo):

—Y encima Inglaterra va ganando. Qué día tan maravilloso.

Por supuesto, también hubo tiempo para algo de diversión morbosa.

Durante el camino de vuelta terminamos empapados, así que nos refugiamos en la zona de bar, en la que había una bonita hoguera. Esta vez las bebidas fueron alcohólicas. Yo me acabé la mía la

primera, en parte por el nerviosismo, en parte porque sabía que tenía que encargarme de la organización. Adam me preguntó con un gesto si quería otra, pero decliné su oferta, luego me sonrojé —no lo puedo evitar— y le dije que tenía una sorpresa para él, que tenía que darme diez minutos o así, y que después subiera a la habitación.

Su cara fue todo un poema. Habíamos hecho muchas obscenidades juntos, pero le encantaba cuando era yo la que se encargaba de planificar cosas secretas para él. Levantó su jarra de cerveza a modo de falso brindis.

—Definitivamente, este es el mejor cumpleaños de mi vida.

Le sonreí.

—¡Ja! Yo que tú no hablaría tan pronto. Todavía no sabes qué tengo planeado. Te veo en diez minutos.

Y subí la escalera.

Nunca me han gustado los disfraces. Ni siquiera para las fiestas de disfraces, así que mucho menos para el sexo. Hacen que me sienta ridícula y muy cohibida. Hace mucho tiempo que no soy una colegiala, nunca he sido camarera, y aún menos animadora, y aunque cuando tenía once años quería ser la Mujer Maravilla, no por ello he sentido la necesidad de vestirme como ella. Dicho esto, Adam era un fan de los disfraces. Desde el principio me dijo que le encantaba la lencería, los disfraces, los uniformes, y diferentes materiales como el cuero y el látex.

Yo me burlaba de él y ponía los ojos en blanco cuando veía cómo se le saltaban los ojos con mis calcetines a rayas por encima de las rodillas. Así que sí, sabía que a él le iban esas cosas. Era obvio que apreciaba el esfuerzo, el color y la fantasía de toda esa parafernalia. No era algo obligatorio —no lo necesitaba para disfrutar del sexo—, no me presionaba para que me pusiera cosas para él, pero cuando me di cuenta de que le encantaban, me gustaba hacerlo de vez en cuando para complacerlo y ver cómo le brillaban los ojos.

Eso no significa que a mí la idea no me pareciera un poco tonta y que no me pusiera en tensión. La primera vez que me disfracé para él, improvisé un uniforme de colegiala con una falda gris por encima de las rodillas, una blusa blanca, unos calcetines largos y una vieja corbata que compré en una tienda benéfica por unos cincuenta peniques. Cuando vino a verme, me encontró de rodillas y con los ojos vendados (para beneficio de ambas partes, porque yo me moría de los nervios). Cuando por fin me quitó la venda y vi lo mucho que le había gustado verme con lo que yo consideraba un disfraz, me convertí. Parecía que era incapaz de apartar los ojos de mí; me miraba con tal deseo y lujuria que me hizo sentir más segura, aunque bien es cierto que seguía algo ruborizada. Él siempre me hacía

sentir bien conmigo misma, incluso cuando hacía cosas que me resultaban algo degradantes, pero la forma en la que me miraba cuando me probaba ropa nueva me ponía la carne de gallina.

Cuando lucí por primera vez un corsé delante de él, prácticamente me tiró a la cama y se pasó una hora besándome los pechos, que rebosaban por encima de una prenda tan ceñida. Y no solo pasaba con los disfraces sexuales. Para la boda de un amigo, me puse un vestido retro estilo años cincuenta bastante recatado, con un estampado de cerecitas. A lo largo del día, lo pillé varias veces observándome con esa mirada que yo tan bien conocía y que tanto me gustaba, pero que por desgracia anunciaba algo que definitivamente no podíamos hacer ante compañía educada. Cuando volvimos al hotel en el que pasamos la noche, en cuanto cerramos la puerta nos lanzamos el uno encima del otro y no paramos de meternos mano y de besarnos como posesos. Por supuesto, él puso fin al recato de mi vestido obligándome a desatarme el cuello y dejar a la vista mis pechos, y después me levantó la falda de varias capas para que me tocara delante de él. Me pareció que no era momento de quejarme.

Sabía, por nuestras charlas en la cama, que Adam era un gran fan del látex. Yo no lo había usado nunca, así que no tenía opinión al respecto, pero si algo tenía claro es que yo era una gran fan de Adam... y era su cumpleaños.

Me compré el vestido por internet. No estaba mal de precio y, cuando me lo probé, me sorprendió no solo lo bien que me quedaba —marcaba mis curvas sin destacar las partes más orondas— sino también su tacto. La sensación sobre mi piel era muy agradable y me sorprendí a mí misma acariciándolo, recorriendo mi muslo con la mano y disfrutando de su roce en la punta de mis dedos. Tenía una cremallera que cruzaba todo el vestido, desde más o menos la mitad del muslo hasta el cuello. Después de estudiarla, decidí que era mejor bajarla un poco para que se viera algo de escote. La cremallera era increíblemente útil, ya que minimizaba el inevitable forcejeo para intentar embutirte en un vestido de látex. Aunque algo de pelea sí que hubo.

Me cambié muy rápido; tuve que agitar los brazos bastante, pero al final conseguí vestirme en el plazo de tiempo establecido. Cuando, quince minutos después —estaba claro que quería asegurarse de que tenía tiempo suficiente para prepararme—, oí cómo metía la tarjeta en la puerta, yo ya había dejado de respirar entrecortadamente por el esfuerzo. Esperaba que el rubor de mis mejillas transmitiera seducción y no estrés.

Cuando me vio, ahogó un grito, lo que supongo era buena señal. Yo estaba de rodillas con las manos atadas a la espalda y cruzadas por las muñecas (así no tendría que preocuparme de que me diera un tirón en los dedos, además de que me hacía un pecho muy bonito), esperándole. Seguía sintiéndome avergonzada —había bajado la luz de la habitación deliberadamente, pero me di cuenta tarde de que no había tenido en cuenta la luz de la luna que entraba por la ventana—, pero su mirada me dio confianza. Lujuriosa. Su expresión gritaba: «Es increíble. ¡Cualquiera diría que es mi

cumpleaños!»). Y, desde luego, lo era.

Se acercó a mí y se agachó hasta ponerse casi a la altura de mis ojos. Extendió las manos y tocó el material, acariciando mi cuerpo de arriba abajo, agarrándolo como si quisiera arrancarme el látex que recubría mis pechos.

—¡Oh, Dios mío!

No es el tipo de reacción a la que estaba acostumbrada. Lo digo sin el más mínimo atisbo de autocompasión, sino desde el punto de vista realista de una mujer que no usa casi maquillaje, que tiene más camisetas frikis de las que puede ponerse y que no sabe andar con tacones. Le sonreí. Su reacción había sido exactamente la que esperaba. De hecho, había superado mis expectativas. Desde luego, había merecido la pena pasar por todas esas inseguridades.

Se inclinó para besarme y yo me arqueé hacia él con impaciencia. Mientras nuestras lenguas se movían, él seguía recorriendo mi cuerpo con sus manos. Tras un largo rato —no me quejo— se puso de pie frente a mí. Empezó a desabrocharse los vaqueros, pero yo alargué mi mano y la puse sobre la suya para detenerlo. Me miró levantando una ceja. Estoy segura de que estaba intentando decidir si me cogía de las muñecas y tomaba el control o si, por el contrario, esperaba a ver qué tenía planeado. Cuando quise hablar, se me trababa la lengua, pero era algo que había imaginado y repasado en mi cabeza miles de veces.

—Déjame —susurré.

Me devolvió la sonrisa y empecé a moverme. En cuanto estuve de pie, rodeé su cuello con mis brazos y empecé a besarle de forma ansiosa. Apreté mi cuerpo contra el suyo y le metí la lengua en la boca, controlando el beso, jugueteando con él y haciéndolo gemir mientras sus manos se posaban en mi culo. Sonreí mientras seguía masajeando su lengua con la mía y le giraba un poco para que su espalda coincidiera con la cama. Me alejé de él y, con suavidad, lo empujé contra el colchón y gateé inmediatamente sobre él, quedándome a cuatro patas mientras lo besaba. Sus manos volvieron a acariciarme y manosearme a través del vestido.

Jamás habría descrito a Adam como *switch*. Él mismo había admitido que era una nenaza en cuanto al dolor y que no le gustaba nada que lo humillaran ni que le hicieran pasar vergüenza. Su tolerancia a la provocación era, de hecho, mayor que la mía (y desde luego no se quejaba si bajaba el ritmo cuando se acercaba al orgasmo, como había hecho otras veces cuando invertíamos papeles).

Lo besaba, lo lamía, lo chupaba, le masajeaba los hombros o le rascaba entre los omóplatos. Solía hacer estas cosas cuando lo notaba estresado o cansado. Me había comentado que le resultaba agradable poder desconectar un rato. Decía que le encantaba el reto mental de dominarme, pero eso significaba que siempre tenía que prestar mucha atención y planear el siguiente movimiento. De esta forma, al no tener que pensar, se sentía mimado; solo tenía que relajarse. No era muy habitual que le

apeteciera, pero sabía cuándo lo quería y —asumámoslo— yo sabía apreciar esa sensación más que nadie. Me encantaba preocuparme por él de esa forma; para mí era una manera íntima de demostrarle lo mucho que lo quería.

Así que, cuando lo cogí por las muñecas, aparté sus manos de mi cuerpo y las hundí en la almohada, por encima de su cabeza. No se quejó. De hecho, sonrió con impaciencia. De la mesilla de noche, cogí una cuerda que me había traído para la ocasión y le até las muñecas al cabecero de la cama. Era un bondage bastante rudimentario y estoy segura de que podía haberse liberado con facilidad (no tenía las habilidades de Adam para las ataduras shibari; de hecho, era nefasta haciendo nudos), pero estaba claro que él no quería soltarse, así que no me molesté demasiado.

Una vez atado, me senté a horcajadas sobre su cintura y pude sentir su erección contra mi culo a través de sus vaqueros. Moví la cadera un poco y volvió a jadear. Le guiñé un ojo.

Empecé a desabrocharle los botones de la camisa lentamente, tocando y acariciando su piel con suavidad a medida que aparecía ante mis ojos. Cuando llegué al último botón, abrí la camisa y me incliné para volver a besarle, pero esta vez asegurándome de que el látex rozaba su pecho desnudo y su estómago de tal forma que le hizo estremecerse. Empecé besándolo en la boca y, poco a poco, fui pasando a su barbilla, su cuello y alrededor de las orejas. Le mordisqueé los lóbulos de las orejas y le susurré que se pusiera cómodo porque se iba a pasar ahí un buen rato. Al escuchar estas palabras, levantó la pelvis y dejó escapar un leve gruñido; una mezcla de excitación y frustración, un sonido que yo misma había emitido muchas veces.

Dejé que mi lengua y mis labios exploraran sus hombros y luego pasé a su cuerpo. Acaricié y chupé sus pezones, acercando un poco los dientes para recordarle todas las veces que él me había mordido los mios, lo que le hizo reír. Me aseguré de que seguía sintiendo el látex sobre él lo más posible, de tal forma que, para cuando llegué a su ombligo, se retorció y gemía. Me encantaba verle resistirse a sus ataduras mientras arqueaba la espalda. Empezaba a parecer desesperado, que era justo lo que yo quería. Además, para mí suponía toda una novedad. Le sonreí. No podía evitarlo. Me preguntaba si esa clase de petulancia sería contagiosa.

Su erección estaba aprisionada por su bóxer. No pude resistirme y le di un lametón rápido, lo que hizo que todo su cuerpo temblara. Me encantó que el juego le hubiese vuelto tan sensible.

Le bajé el bóxer y su polla erecta surgió ante mí, más gorda que de costumbre. Estuve tentada de metérmela directamente en la boca, pero tenía que ceñirme al plan.

Puse mis rodillas junto a las suyas y volví a sonreírle. Cuando me devolvió la mirada, parecía adormilado. Tenía los labios secos y no paraba de lamérselos. Yo, en su lugar, a esas alturas ya habría estado implorándole que me tocara, pero él siempre había tenido más autocontrol. Por supuesto, a mí no me importaba que no suplicara.

Sí que lo toqué, pero seguramente no como a él le habría gustado. Acaricié su muslo con mis uñas

hasta quedarme a centímetros de su miembro y luego me alejé arañándole el cuerpo. Lo mejor de hacer esto era ver cómo su polla se contraía cada vez que me acercaba, como si de forma involuntaria quisiera que la tocara. Me puse húmeda —bueno, vale, más húmeda— mirándolo y viendo la concentración en su cara mientras gemía entre jadeos.

Sonreí.

—Ronroneas.

Negó con la cabeza.

—Cariño, yo no ronroneo. Es un gruñido suave.

Me eché a reír.

—Oh, ¿en serio? Entonces seguiré un rato más.

El sonido que emitió entonces sí que fue un gruñido.

Me encantaba torturarlo así y seguí más tiempo de lo que tenía pensado. Me incliné y le besé los muslos y el estómago, pero siempre evitando su polla. Podía ver lo mojada que tenía la punta y me sentía orgullosa de mí misma por resistirme. No estoy muy segura de que él lo viera igual.

Me puse en pie y me alejé de la cama. Su gemido de decepción me hizo soltar una risita. Definitivamente, empezaba a estar desesperado.

Me dirigí al baño un momento para buscar otra parte de su sorpresa. Me había traído una botella de champán de casa, pero el hotel se había encargado del cubo con hielo y las copas a petición mía. La verdad es que todo resultaba bastante elegante y decadente, si no tenías en cuenta el vestido de putilla de látex y la gran erección al viento.

Coloqué el cubo con hielo junto a la cama y, por suerte, no me costó demasiado abrir la botella. Empecé a llenar gradualmente una de las copas y bebí un sorbo mientras él me observaba; parecía divertirse, pero al mismo tiempo estaba algo confuso.

Cuando acerqué la copa a mis labios por segunda vez, me llené la boca de champán, pero, en vez de tragarlo, retuve el frío y burbujeante líquido mientras volvía a la cama y deslizaba mis labios sobre su polla.

Gritó mientras arremolinaba el champán en su miembro con la lengua antes de empezar a moverme arriba y abajo. Volvió a mascullar todo tipo de palabrotas, entre las que destacaba principalmente «joder» (todas eran bastante halagadoras de una forma algo agresiva). Lo miré a los ojos y le sonreí mientras el líquido se calentaba gradualmente e iba perdiendo las burbujas. Saqué la boca y tragué antes de volver a por otro trago y repetir el proceso.

Finalmente, aprovechando que la copa estaba más vacía, la acerqué a sus labios para que también pudiera tomar un sorbo. Eso sí, a mí me gustaba más mi forma de beber champán, no era apta para gente educada pero a nosotros nos iba más.

Empecé a utilizar mis manos en su polla y sus huevos, sin parar de masajear y jugar con la lengua. Cambié de postura hasta quedarme de rodillas con el culo en dirección a su cara. Sabía que desde esa posición podría ver mejor mi vestido de látex. Solo imaginarme su mirada clavada en mí me hizo sonrojar, pero sabía que le encantaría, incluso antes de que me lo dijera y me llamara desvergonzada.

Aceleré el ritmo, y oí que su respiración empezaba a acelerarse también y se hacía menos profunda, lo que solo podía significar una cosa. Había llegado el momento de parar.

Pensé que seguramente ese nivel de provocación lo acabaría volviendo loco, pero quería darle una sorpresa más antes de dejar que se corriera. Me puse a horcajadas sobre su cara de tal forma que pudiera ver directamente mi coño mojado.

A él le encantaba comerme el coño y una de sus formas favoritas de hacerlo era conmigo sobre su cara. Ya sé que el *facesitting* es el pilar fundamental de la dominatriz, pero no con Adam. Él decía que no le importaba que no fuera una forma especialmente dominante de hacerlo si eso le ponía cachondo. No le preocupaba demasiado mantener un aire de superioridad (lo que explicaba sus estúpidos bailes desnudo por toda la habitación los sábados por la mañana mientras me daba una serenata con la canción que sonaba en la radio). Él sabía que cuando la dinámica cambiara me sometería a él sin dudar y el resto del tiempo simplemente seríamos nosotros.

Por supuesto, no iba a obtener lo que quería con tanta facilidad. Me mantuve a unos centímetros de distancia de su cara y, lentamente, fui enrollando el vestido para poder abrir las piernas un poco más. Deslicé mi mano hasta mi coño y, con cuidado, acaricié mis labios con los dedos. A él le encantaba ver cómo me masturbaba; a veces me resultaba un poco embarazoso delante de él, pero en esta ocasión la provocación merecía la pena y sonreí mientras mi rostro se sonrojaba.

En estas situaciones él era capaz de hablar mucho más que yo, así que empezó a decirme lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo y lo mucho que le excitaba. Me metí los dedos hasta el fondo y gemí, lo que me hizo darme cuenta de lo mucho que yo también deseaba correrme. Saqué los dedos y rodeé sus labios con ellos, cubriéndolos con mi flujo. Él se relamió ansiosamente y me chupó los dedos con avidez.

Empecé a frotarme mientras él me susurraba obscenidades, prácticamente suplicando que le dejara lamerme. Aguanté todo lo que pude, pero su oferta era demasiado buena para dejarla pasar, así que me senté en su boca.

Adam me metió la lengua unos segundos, más profundo de lo que yo pensaba que se podía. Luchaba contra la cuerda mientras movía la cabeza. Intentaba desesperadamente saborearme y lamerme; los dos gemíamos al unísono. Sacó la lengua unos segundos para recorrer mi clítoris y luego volvió a follarme con ella. Estábamos frenéticos. Cuando noté que el orgasmo se aproximaba,

me levanté unos segundos para permitirle que respirara y, entonces, volví a bajar, experimentando el placer que me daba su boca mientras me chupaba y lamía, sujeta al cabecero de la cama.

Todo mi cuerpo se estremeció al correrme y sentí que me iba por unos segundos para luego volver a la realidad, jadeando y teniendo ese extraño momento posorgásmico de «Ups, ¿lo habré aplastado?» (seguramente los gajes del *facesitting*). Por suerte, no lo había hecho. Me quité de encima de Adam con las piernas temblorosas y me tumbé junto a él, con miedo a mirarle a la cara porque sabía que estaba húmeda, cubierta por mis fluidos. No ayudaba demasiado que tuviera una sonrisa de oreja a oreja.

Le rodeé con mis brazos y hundí la cara en su cuello, que no solo era estupendo para mi posorgasmo (solía sentirme algo insegura justo después, pero a Adam se le da bien reconfortarme), sino que también le permitía sentir el látex contra su piel una vez más. Miré hacia abajo y vi cómo retorció los dedos de los pies más allá de su polla palpitante. Pobrecito. Tendría que hacer algo al respecto en cuanto consiguiera recuperarme.

Me llevó algún tiempo, de hecho casi me quedé dormida en mi éxtasis posorgásmico; hasta que Adam se aclaró la garganta y levantó las cejas cuando lo miré.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le dije sonriendo.

De su garganta salió un sonido de exasperación y yo me burlé un poquito más de él antes de ceder y bajar. Me volví a sentar a horcajadas, pero esta vez aplastando deliberadamente su miembro contra su estómago. Gimió mientras yo movía las caderas, deslizándome hacia arriba y hacia abajo sin permitir que su polla entrara.

—Por favor —susurró por fin.

Yo cedí y me levanté un poco para permitir que entrara dentro de mí.

Sus gemidos eran tan fuertes que creí que tardaría poco en correrse. Francamente, no lo habría culpado; llevaba horas jugando con él. Entonces empezó a mover la pelvis intentando follarme. Todavía no estaba dispuesta a ceder el control, así que lo sujeté contra la cama. Se quedó quieto. Nos quedamos inmóviles, mirándonos el uno al otro, esperando a ver qué pasaba después.

—Tienes mucho más autocontrol que yo —dije sonriendo.

Asintió con la cabeza.

—Sí, pero tú eres más amable conmigo de lo que yo lo soy contigo.

Asentí con la cabeza y me incliné para besarlo.

—Pero no pasa nada. Es divertido cuando eres malo conmigo.

Se echó a reír.

—Te lo recordaré la próxima vez que me fulmines con la mirada.

Touché. Me incorporé lentamente y empecé a bajar la cremallera del vestido, ampliando mi escote y liberando mis pechos. Me agaché para presentárselos, y él empezó a lamerlos y chuparlos con

ansia. Bajé la cremallera un poco más para que pudiera acceder mejor, y aprovechó para meterse los pezones en la boca, primero uno y luego el otro, y rodearlos con su lengua. No pude contenerme más y empecé a mover las caderas, arriba y abajo, adelante y atrás, sobre su polla. Empezó a jadear y a gemir entre mis pechos mientras le follaba, cada vez más rápido.

Sacó la cabeza de entre mis pechos y gimió:

—¿Puedo correrme?

Era la primera vez que me lo preguntaba (aunque luego me dijo que, más que por pedir permiso, lo había hecho porque no quería estropear otros posibles planes. No estoy del todo convencida).

—Por supuesto que puedes —dije, más por la sorpresa que por otra cosa.

Esta vez no dejé de moverme.

Gritó cuando se corrió. Si alguien del hotel todavía no se había enterado de que estábamos follando, ahora lo sabía (quizá no era mala idea pedir el desayuno en la habitación al día siguiente por la mañana). Sentí que su polla se sacudía y me llenaba. Su orgasmo fue eterno, hasta que por fin se derrumbó, con los ojos cerrados, exhausto.

Le desaté los brazos deprisa y le ayudé a ponerlos a cada lado de su cuerpo. Me dijo que se le habían quedado algo dormidos pero que estaba bien.

Me puse de pie, me quité el vestido de látex, encantada de volver a sentir el aire fresco sobre mi piel —el vestido daba bastante calor— y volví a la cama para acurrucarme junto a él. Le habría preguntado si le había gustado su regalo de cumpleaños, pero ya se había quedado dormido —no me lo tomé como una ofensa, más bien lo consideré una señal de que todo había ido bien—, pero entonces pidió una copa de champán y volvimos a empezar.

Efectivamente, a la mañana siguiente acabamos pidiendo el desayuno en la habitación. De alguna forma, resultaba menos embarazoso y, además, así no nos teníamos que vestir.

No decirle a Adam que James me había enviado flores era una cosa, pero cuando se plantó de repente en la oficina, estaba claro que tenía que contárselo, por muy raro que pudiera sonar.

Fue una o dos semanas después del cumpleaños de Adam. Había tenido un par de semanas frenéticas en el trabajo, pero estábamos a punto de terminar la gran reestructuración en la que llevábamos tiempo trabajando y estaba deseando que pasara la tarde y pudiéramos ir a celebrarlo.

Salí a comprarme un sándwich para aguantar hasta la tarde cuando, casi literalmente, me tropecé con James. Mi primer pensamiento fue de recelo. Su oficina estaba en la otra punta de la ciudad, así que había pocas posibilidades de que pasara por allí por casualidad en mitad de la jornada. Levantó la mano para saludarme mientras yo intentaba fingir que no lo había visto; sospechaba que si salía corriendo, él me seguiría.

—Hola —dijo, sonriendo.

—Hola —dije, seria.

Resultaba realmente incómodo. Se me da fatal interpretar las señales en este tipo de situaciones. Mi experiencia con James había demostrado que me costaba interpretarlo más que a nadie. No necesitaba más. Así que no dije nada más.

—¿Vas a comer?

Intenté que no se me notara el enfado. Eran las 13.10 de un viernes por la tarde, así que era altamente posible, sí.

—No, salgo por trabajo.

Se me quedó mirando.

—¿Puedo invitarte a un sándwich antes de que te vayas?

Ambos sabíamos que yo estaba mintiendo en cuanto al trabajo y estaba claro que él quería decirme algo. Tenía curiosidad, una prueba más de mis tendencias masoquistas, si es que quedaban dudas. Quizá era buena idea aclarar las cosas. Suspiré y empecé a bajar la calle mientras él me seguía.

—Yo me pago mi sándwich.

Mientras esperábamos nuestros sándwiches, me preguntaba por qué narices se me había pasado por la cabeza que sería buena idea. Era horriblemente incómodo. Cuando no me miraba, observé su cara. Parecía más inquieto que de costumbre. Al final, como casi siempre, no pude aguantar más y hablé la primera.

—¿Y qué tal? ¿Estás bien?

Dio un sorbo a su bebida y asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, estoy bien. Bueno...

Hizo una larga pausa. La cosa iba de maravilla, sobre todo porque no estaba muy segura de que me importara si estaba bien o no.

—Tenía una reunión cerca, así que pensé que no estaría mal pasarme y ver si andabas por aquí y podíamos ponernos al día.

Se me pasaron miles de comentarios sarcásticos por la cabeza. Por mi bien, intenté ignorarlos.

—Deberías haber llamado.

Sonrió con ironía. Me conocía muy bien. Sabía lo que estaba pensando.

—Lo pensé, pero o has cambiado de móvil o has estado ignorando mis mensajes. Pensé en llamar a tu oficina, pero esperaba que el elemento sorpresa jugara a mi favor.

Sonreí en contra de mi voluntad, aunque fue una sonrisa triste. Resultaba raro que una persona con la que había tenido tanta conexión, y a la que tanto había querido, estuviera allí, frente a mí, como un total extraño. Más que un extraño: un conocido inoportuno.

—¿Y cómo te ha ido?

Se echó a reír, un eco del pasado.

—No demasiado bien. No soy la versión más feliz de mí mismo.

Su boca sonreía, pero sus ojos transmitían tristeza. Ni siquiera fui capaz de esbozar una sonrisa. Mis niveles de paciencia estaban bajo mínimos y ya empezaba a cansarme del jueguito. Era como arrancarse una costra.

—¿Para qué has venido, James?

—Para pedirte que salgas a cenar conmigo —dijo con voz titubeante.

Resultaba irónico pensar que hubo un momento en que me habría encantado que me lo pidiera. Pero no ahora. Lo que realmente me apetecía era darle una patada en la espinilla por haberme hecho sufrir tanto. Me quedé mirándolo. Parecía algo cansado, un poco derrotado. Era como si supiera cuál iba a ser mi respuesta antes de dársela.

—No puedo.

Mierda, esto era lo que me preocupaba cuando le escribí el correo. La ambigüedad tenía la culpa de que esto fuera tan difícil.

—No quiero —aclaré.

¿Un poco dura? Quizá.

—Simplemente no creo que sea buena idea —dije en un intento de atemperar—. Tengo una nueva relación y soy feliz. Salir a cenar, aunque sea inocentemente...

Pensé que la advertencia era importante, aunque todavía no tenía ni puta idea de lo que estaba pensando.

—Estaría mal —continué—. De hecho, esto está mal.

Parecía dolido. Sentí remordimientos por hacerle daño, hasta que volvió a hablar.

—Mira, no me importa que sigas viendo a Thomas. Yo también he intentado olvidarte, pero no puedo. Me preguntaba si te gustaría volver a intentarlo —dijo esbozando una leve sonrisa—. O más bien intentarlo simplemente, porque en realidad nunca lo intentamos.

Sentí tal arrebató de ira que ya no sabía ni por dónde empezar.

—No, nunca lo intentamos. Esa fue tu elección. Me dijiste que me querías, pero te largaste de todas formas. No quiero intentar nada contigo.

Abrió la boca para responder, pero le corté antes de que pudiera hacerlo.

—Y no tiene nada que ver con Tom. Estoy con otra persona. Vivimos juntos, somos felices y tenemos una vida en común.

Parecía confuso, avergonzado, sorprendido por que hubiera encontrado a alguien. Me dieron ganas de echarle el café en la bragueta.

—Pero yo te quería. Te quiero —repuso.

Esas eran palabras que yo había anhelado escuchar cuando más las necesitaba, pero ahora solo eran palabras vacías. De repente estaba harta.

—James, tú no me quieres. Siento mucho si te duele, pero esto no es amor. ¿Recuerdas cuando me dijiste que me querías y que por eso te costaba tanto infligirme dolor y que tenías que dar un paso atrás en la dominación?

Asintió con la cabeza.

—Bien, ¿no crees que, si realmente me hubieras querido, habrías querido seguir viéndome sin ninguna D/s o, incluso, sin sexo de por medio?

Entonces me interrumpió, pero fue una protesta tímida, como la de un niño al que han pillado en una mentira.

—Te he echado de menos. Te echo de menos.

Negué con la cabeza.

—Si me hubieras echado de menos, no habrías podido mantenerte lejos tanto tiempo. Pero es lo que has hecho. Y me parece bien. No me siento ofendida. Posiblemente me hiciste un favor. No

habríamos durado mucho juntos. Yo necesitaba la tranquilidad de saber con quién estaba y dónde. Sin conjeturas ni sorpresas.

—¿Y ahora tienes eso? —preguntó, en parte por curiosidad, en parte por melancolía.

No veía por qué tenía que responder a esa pregunta; no necesitaba justificar mi relación con Adam ante él. No quería hablar sobre algo tan especial con él cuando no era asunto suyo. Pero en mi interior sabía que la respuesta a esa pregunta era un rotundo sí.

Acabamos de comer rápido, con estrictamente el mínimo de conversación incómoda, pero aliviada porque por fin estaba hecho. Dijo que seguiría en contacto, solo como amigos, pero ambos sabíamos, mientras me besaba en la mejilla, que no sería así. Y a mí me iba bien así.

Cuando volví a la oficina, empecé a notar un dolor de cabeza incipiente que ascendía desde el puente de la nariz. La confrontación no es lo mío, y aunque sabía que había hecho lo correcto, odiaba haber herido sus sentimientos, aun si estaba enfadada porque parecía que él creía que podía volver a mi vida como si nada después de meses de silencio.

También sabía que tendría que decírselo a Adam. No sabía cómo reaccionaría; aunque las cosas se habían calmado desde nuestro viaje a York y su negocio iba bien, no quería hacer nada que le hiciese sentirse inseguro en cuanto a mis sentimientos hacia él. No quería que pensara que James todavía era un factor en mi vida; era bastante incómodo, sobre todo teniendo en cuenta que habíamos hablado mucho sobre mis sentimientos por James, antes incluso de considerar una relación con Adam.

Todo era tan jodidamente complicado.

Por supuesto, cuando por fin nos fuimos al pub para celebrar el trabajo hecho, no ayudó demasiado que Mark, de broma, le echara la bronca a Adam por dejar en evidencia a todos los tíos de la oficina enviando ramos de flores tan ostentosos.

Los ojos de Adam se clavaron en mí. Sabía que parecía afligida y un poco culpable, pero ¿qué podía decir llegados a este punto?

—Lo siento, tío —dijo, sonriendo a Mark.

La conversación siguió su curso, pero yo sabía que el tema surgiría después. No era tonto y no iba a dejarlo pasar sin preguntar, aunque probablemente supiera que todo era muy inocente.

Pero ahora no parecía tan inocente. Más bien parecía una traición accidental. Y si a eso se le unía que tendría que contarle lo de mi almuerzo improvisado con James esa misma mañana, de repente todo apuntaba a que tendríamos una conversación bastante fea.

Mierda.

Shona nos llevó de vuelta en coche porque le había tocado el turno de fin de semana y no había podido beber. Todos charlamos animadamente sobre el tráfico, el tiempo y todas esas cosas que se

dicen para llenar los silencios. Pero llegamos a casa y yo tenía una bola de nervios en el estómago.

En su favor tengo que decir que no dejé que me torturara demasiado.

Empecé a quitarme el abrigo mientras él fue a la cocina a encender el hervidor, supongo que más que nada por hacer algo.

—¿Y qué es eso de las flores? —dijo, dándome la espalda, por lo que no pude calibrar lo relajado y tranquilo que pudiera estar, pero su tono era calmado.

Respiré hondo.

—Me las envió James.

Devolvió la lata de las bolsitas de té al armario con más fuerza de lo estrictamente necesario.

—No recuerdo que las trajeras a casa. ¿Cuándo fue eso?

Dudé.

—Hará uno o dos meses. La noche que quedé con Charlotte. Se las di a ella porque yo no las quería.

Se giró para mirarme con ojos atentos, recelosos de una forma que me hizo sentir fatal.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Eran tantas las respuestas posibles... Decidí no complicarlo.

—No me pareció importante. Pensé que no sería apropiado traerlas a casa, así que se las di a Charlotte. Simplemente se me pasó comentártelo.

¿Que no sería apropiado? ¿En qué momento esto se había vuelto tan estúpidamente formal?

—¿Charlie se las quedó?

Asentí con la cabeza.

—¿Y ella sabía de quién eran?

Volví a asentir con la cabeza, a pasar de la confusión. ¿Qué importaba eso? A juzgar por su cara, sí que importaba.

—¿Y por qué a ella se lo dijiste y a mí no?

Me encogí de hombros.

—Realmente no me parecía importante. No es que tuviéramos una gran conversación al respecto; simplemente se lo comenté cuando se las di.

Pensé que era mejor dejarlo ahí que decirle que me lo había callado hasta que entró en el taxi precisamente para evitar que me preguntara.

Escudriñó mi cara en busca de más información. Me puse nerviosa. En ocasiones como estas, que me conociera tan bien no jugaba a mi favor.

—¿Y por qué te mandó las flores?

Suspiré. No había forma de evitar tener esa conversación en ese momento.

—Me pidió que quedáramos.

Intenté sonreír, pero él no me devolvió la sonrisa.

—Obviamente dije que no.

Cruzó los brazos a la altura del pecho. Parecía molesto y herido. Me hubiera gustado hacerlo mejor, pero no tenía ni puñetera idea de cómo hacerlo, solo sabía que no le iba a gustar nada lo que tenía que decirle pero que no había más remedio que decirlo.

—Lo he visto hoy y le he hablado de ti, de lo felices que somos juntos, y le he dicho que no quiero nada con él.

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—Se pasó por la oficina —dije tragando saliva para poder continuar—. Fuimos a comer.

De repente su voz se volvió brusca.

—¿Quedaste con él para almorzar?

La fría indignación de su voz me puso furiosa.

—Por supuesto que no quedé con él para comer. Estaba esperándome en la puerta de mi oficina para invitarme. Pensé que lo mejor era ir con él y decirle en persona que no estaba interesada y así poner fin al tema.

—¿En serio? —dijo con poca convicción.

—En serio.

—¿Y pensabas contarme que habías comido con él?

Podía sentir cómo mi voz se hacía cada vez más estridente a medida que mi enfado iba subiendo, pero ya no podía contenerme.

—Claro que sí.

Su risa era fría como el hielo.

—¿Y cómo se supone que voy a creerte teniendo en cuenta que ni siquiera me habías dicho que había vuelto a dar señales de vida?

Empecé a sentirme aterrorizada. Cuando era pequeña, en mi casa rara vez había discusiones y, como resultado de esa educación, odiaba la confrontación. Para ser honesta, se me daba como el culo. No sabía qué decir, odiaba haberle hecho sentir mal, y sin embargo me invadía un sentimiento de injusticia y ansiedad. No podía cagarla ahora.

—No seas así. Ni siquiera lo pensé. No era importante. No es importante. James ya no pinta nada en mi vida. De hecho, no pinta nada en nuestra vida.

El rostro de Adam transmitía una emoción que me costaba descifrar y su tono me hizo estremecer.

—Pues yo creo que pinta bastante. Entre otras razones porque cuando empezamos a salir, estabas lejos de haberlo superado. Cuando desapareció, diste un paso atrás por tu propia supervivencia, pero

era obvio que seguía gustándote. Si no hubiera sido así, me lo habrías dicho.

Guardé silencio unos segundos. Estaba celoso. Resultaba raro.

Era un asco que me conociera tan bien, que pudiera leer mis emociones mejor que nadie y que, a pesar de todo, estuviera tan ciego.

—Eso fue hace mucho tiempo, maldito idiota. ¿Crees que habría iniciado una relación contigo, me habría instalado contigo, y habría empezado a construir una vida contigo si, en secreto, albergara esperanzas de volver con otro hombre?

Adam se quedó boquiabierto por la ira de mi tono de voz, pero no le di tiempo a interrumpirme.

—Te quiero, imbécil. Eres el amor de mi vida. Cuando me despierto por las mañanas y te veo durmiendo junto a mí, todo me parece maravilloso. Cuando me pasa algo bueno, o malo, mi primer instinto es compartirlo contigo. Nunca había sido tan sincera ni había hablado con tanta franqueza como lo hago contigo. Me haces reír.

Mi voz se fue suavizando.

—Me pregunto cómo serán nuestros hijos, si tendrán tu pelo y tus ojos. Pienso en lo que será envejecer a tu lado, cuando tenga las rodillas tan mal que si me arrodillara ante ti luego tendrías que ayudarme a levantarme. Cuando pienso en mi vida, no me la imagino sin ti. No eres el plan B por si no puedo encontrar a nadie mejor. Eres el mejor. Eres tú. Te quiero, tonto del culo.

Me giré para mirar por la ventana, de repente me sentía cohibida y algo triste. Me quedé mirando la carretera, intentando recomponerme para lo que pudiera pasar después.

De pronto, sentí sus brazos rodeándome desde atrás, su cuerpo caliente, reconfortante y sólido. Deseaba con cada poro de mi piel darme la vuelta, ceder y abrazarle, pero me quedé quieta, erguida. Desconfiada. Insegura.

Apoyó su barbilla sobre mi hombro. Podía ver su reflejo en la ventana, y aunque no sonreía, ya no parecía enfadado. Suspiró suavemente y su aliento en mi cuello me hizo estremecer.

—Lo siento. Sé que soy un idiota. Es que me ha extrañado que no me lo hubieras dicho. No es propio de ti.

Me di la vuelta y abrí la boca para contestarle, pero puso sus dedos sobre mis labios.

—Lo sé. Sé que no querías hacerme daño. Seguro que era un ramo chapado en oro y no querías que me sintiera mal, sobre todo si fue poco después de mi despido. —Sonreí en contra de mi voluntad—. Pero fue un golpe oír que había vuelto a tu vida y que te habías visto con él.

Me mordí el labio.

—Adam, no es así. No ha vuelto. Él ya sabe que no estoy interesada.

Me plantó un beso largo en la frente. Era un pequeño gesto, lo había hecho cientos de veces antes, pero esta vez me suponía tal alivio que casi se me doblaron las rodillas.

—Sabía que no era eso, cariño. Y ya sé que crees que estoy loco, pero cuando nos conocimos

todavía te consumías por él, a pesar de que te había tratado fatal y yo sabía que te merecías algo mejor. Que apareciera y quisiera volver contigo era una de mis peores pesadillas.

Suspiré.

—Pero yo no me voy a ninguna parte.

Sonrió.

—Lo sé y es maravilloso, pero, para empezar, yo no lo sabía, ¿verdad?

Negué con la cabeza con cierta timidez.

—No, supongo que no.

—El caso es que yo también te quiero. No lo digo tanto como tú, aunque estoy intentando mejorar, pero lo intento y te lo demuestro cada día —dijo arqueando las cejas—. Y no me refiero al sexo.

Puse los ojos en blanco.

—Yo tampoco me puedo imaginar la vida sin ti. Sería bastante aburrida. Posiblemente más limpia, sí, pero si rompemos, mis padres se sentirían muy decepcionados. Estaban convencidos de que jamás encontraría a alguien que me aguantara.

Hice una mueca.

—Uau, así que ¿estás conmigo porque soy la única mujer que te soporta?

Me mordisqueó el labio inferior a modo de aviso juguetón y sonrió.

—No, la única mujer que me soporta, no. La única mujer que me sigue el ritmo.

Creo que mi cara debía de ser un poema, porque de repente empezó a cubrirme de besos.

—No, no, no, no solo eso. No me malinterpretes. Me encanta el sexo que tenemos, pero creo que lo que lo hace más intenso y divertido es nuestra conexión emocional, tanto como la física. Sé que nuestra conexión en parte se debe a que somos capaces de hablar de cualquier cosa, aunque a veces te sonrojes —dijo tocándome la mejilla.

Mis labios esbozaron una leve sonrisa.

—Te quiero, Soph. De verdad. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, compartir lo bueno y lo malo, cuidar el uno del otro, y todo el tinglado ese.

—Vale, entonces ¿por qué estamos discutiendo? —dije sin poder ocultar mi frustración.

Me volvió a besar.

—Porque me preocupa cuando no eres tan abierta y sincera conmigo como sueles ser.

Tragué saliva.

—Lo sé y lo siento. Te lo iba a decir.

Adam sonrió.

—Sé que ibas a hacerlo. Te creo.

Acercó sus labios a los míos y yo abrí la boca, deseosa de un beso decente (bueno, vale,

indecente). Pero antes de que tuviera la oportunidad, se apartó.

—Ah, por cierto, ¿«Te quiero, tonto del culo»? Muy sutil.

Le di una patada en la espinilla con el pie descalzo y él me besó.

Las peleas no se me dan bien, pero hubo algo en mi conversación pospub con Adam que limpió la atmósfera como una tormenta de verano. ¿Estaba contenta de que hubiera sido tan dramático? Pues no, y después me pasé unas cuantas semanas sintiendo la necesidad de demostrarle lo mucho que lo quería (para ser sincera, yo también necesitaba que él me demostrara que ya no estaba enfadado conmigo). Pero todo eso nos hizo, extraña pero felizmente, más fuertes no solo como pareja sino también en términos de D/s.

Una de las cosas más interesantes de mi sumisión a Adam era que su tipo de dominación era diferente a todo lo que había vivido antes. Había no pocas similitudes entre las personas con las que había jugado y que me habían dominado, pero lo más destacable es que en aquello siempre había mucho dolor. Eso no me molestaba. En realidad, al contrario; me encantaba debido a mi inclinación hacia el masoquismo y mi afición a los subidones de endorfinas. Pero el estilo de Adam era diferente. Estaba lejos de ser un sádico. Yo sabía que había tenido otras parejas sumisas a las que les gustaba el dolor —al fin y al cabo no es algo muy inusual entre las sumisas—, pero a él le ponía mucho ver a una mujer «disfrutar» con el dolor, más que el hecho de infligirlo. Era un hombre complejo, si no sorprendente.

No obstante, algunas veces me asombraba cómo y dónde acabábamos descubriendo la perversión. Un fin de semana fuimos a una gran tienda de deportes para que Adam, que había empezado a desplazarse en bicicleta tanto para ponerse en forma como para ahorrar en gasolina, comprara luces nuevas para su bici.

Yo estaba impresionada con lo enorme que era la tienda, casi un almacén. Me gusta nadar e ir al gimnasio, pero, aparte de eso, no había practicado ningún deporte desde mis días de falda de netball en el instituto. Estaba claro que habían cambiado muchas cosas en cuanto a tiendas desde entonces. Acabábamos de pasar el pasillo de los trajes de submarinismo y llegamos al de los artículos para la equitación.

Me lo había pasado bien en nuestras recientes incursiones en los juegos de rol, pero no me interesaba demasiado convertirme en una *ponygirl*, y a Adam, hasta donde yo sabía, tampoco. Sin embargo, hubo algo que le hizo acelerar el paso; empezó a andar deprisa y yo le seguí. Tenía una

sonrisa en la cara que solo podía indicar que había visto algo que le resultaba interesante; a veces era como un niño pequeño, y a mí eso (y él) me parecía adorable.

Seguí su mirada y vi una selección enorme de fustas de montar. No hacía mucho que Adam había roto su fusta en mitad de una sesión —por suerte no dolió tanto como puede parecer— y tuve que morderme el labio para no echarme a reír por su mirada de desolación al tener que tirarla a la basura partida en dos. Por lo visto quería comprar una nueva.

Igual que en la tienda de mascotas, allí estábamos, en una tienda normal y corriente, rodeados de cazadores de gangas, hablando en voz baja de comprar lo que parecía un elemento ordinario para fines perversos. Me gustaría decir que esta vez estaba menos ruborizada, pero no era así. Mi gusto por las gangas fue lo único que evitó que saliera corriendo para admirar los equipos de buceo en superficie. Lo que nos sorprendió no fue que la fusta fuera idéntica a la que habíamos visto en internet y en los sex shops —obviamente, algunos proveedores tenían dos tipos muy distintos de clientes—, sino que allí estaban mucho más baratas. Aceptas que tienes que pagar más por los juguetes y los objetos sexuales, por las cosas bien hechas; es como un impuesto perverso que hay que soportar. Sin embargo, aquello era como encontrar una ganga en juguetes sexuales, así que escogimos una fusta con un acabado precioso en cuya etiqueta del precio ponía algo ridículo como cuatro libras.

Cuando la descolgamos del expositor, yo tenía las orejas rojas y estaba casi tan excitada como él por la ganga que habíamos conseguido. Bueno, y también porque sabía que era señal de que, cuando volviéramos a casa, tendríamos una adorable tarde de diversión alta en endorfinas.

Estábamos a punto de irnos cuando Adam se detuvo con los ojos como platos. No estaba muy segura de que eso fuera una buena señal, sobre todo cuando vi qué estaba mirando. Me quedé boquiabierta. La etiqueta decía «látigo de doma» y tenía como setenta y cinco centímetros de largo; era más o menos como una fusta pero mucho más larga y gruesa. Como a tres cuartos del mango, el núcleo fuerte pero flexible parecía acabar, pero en realidad el material continuaba, colgaba sin gracia del extremo como un cordón de zapatos grueso.

Sabía a ciencia cierta que eso tenía que doler. Mucho. Me quedé mirándolo, preguntándome qué tipo de marcas dejaría y cuánto durarían. Un momento después Adam lo tenía en las manos y empezó a flexionarlo, como intentando evaluar su peso, con los ojos entreabiertos, tratando de imaginar cómo se podría blandir aquello. No puedo negar que a mí también me fascinaba, pero eso no significaba que quisiera que lo comprara. Pero, por supuesto, lo compró; para él era un juguete nuevo con el que jugar. Habría dicho que su cara de nerviosismo por el segundo chollo del día era «mona» de no saber cómo tenía pensado utilizarlo cuando llegáramos a casa.

Tan pronto como volvimos a nuestro apartamento, se puso a rebuscar en una de sus bien organizadas cajas de juguetes. No le llevó mucho tiempo encontrar su azotador, que tenía un mango negro bastante pesado y muchas colas gruesas como de terciopelo. Era algo que podía utilizar para

acariciar mi cuerpo y ponerme la carne de gallina, o con lo que podía azotarme hasta hacerme verdugones. Y, a pesar de eso, me encanta. Bueno, en realidad, por eso mismo me encanta.

El azotador, la fusta y el látigo estaban en el salón, y yo casi esperaba que estuviera organizando obsesivamente su colección en vez de planeando algo. Ni debía ni podía utilizar los tres a la vez, ¿no? Ah, ¿quién estaba jugando con mi inocente optimismo?

Cuando por fin los tenía colocados como quería, se percató de que lo estaba observando y sonrió. Me cogió y empezó a besarme, con sus brazos rodeándome la espalda, apretándome contra él. Me fundí en él, olvidando el preocupante montón de objetos de la mesita del café y centrándome únicamente en su abrazo.

Sus manos no permanecieron demasiado tiempo donde estaban. Al principio solo me acariciaba la espalda, pero luego tiró de mi top hacia arriba, interrumpiendo nuestro beso unos instantes, y me lo quitó por la cabeza.

No tardó nada en desabrocharme el sujetador, y antes de que pudiera reaccionar, tenía los vaqueros y las bragas a la altura de los tobillos. Nos reímos mientras seguíamos besándonos (se había convertido en un experto en desnudarme a toda velocidad).

Se apartó un poco para que pudiera desprenderme de mi ahora inútil ropa, y una vez más él estaba completamente vestido y yo en cueros. Me pidió que me quedara de pie con las piernas abiertas al ancho de los hombros y las manos detrás de la cabeza con los dedos entrelazados. Me hizo esperar y yo disfrutaba del creciente nerviosismo mientras me observaba, intentando prepararme para lo que vendría después. Entonces cogió el azotador y yo esboqué una sonrisa porque sabía que estaba dejando para el final sus nuevos juguetitos como durante las comidas de los domingos dejaba para el final las patatas asadas: porque era lo que más le gustaba y, en su mundo, tenían que comerse al final.

Me acarició el cuerpo de arriba abajo con las colas del azotador, haciendo que mis pechos se estremecieran y los pezones se me pusieran duros. Entonces se colocó detrás de mí e hizo lo mismo en las piernas y la espalda; tuve que hacer esfuerzos para no temblar por los nervios.

Pero entonces dejó de acariciarme y empezó a azotarme. Al principio no demasiado fuerte (de hecho, a duras penas lo sentí), pero a medida que iban pasando los minutos empezó a echar el brazo más atrás para pegarme con más fuerza. Me seguía sintiendo bien, pero los azotes se fueron volviendo gradualmente más y más intensos. Me estaba calentando. Funcionaba.

Empecé a sentir auténticos impactos en el culo y los muslos. Todavía no eran dolorosos, pero cuando echaba el brazo hacia atrás y las tiras del azotador me golpeaban al unísono, las sentía como un golpe sólido más que como un grupo de colas azotándome.

Los golpes fueron aumentando en intensidad hasta que empecé a doblarme de dolor cada vez que me pegaba en el culo. Entonces comenzó a rodear mi cuerpo, golpeándome en las piernas, en el

estómago y en los pechos mientras yo hacía muecas de dolor. Dejó de mover el brazo como si se tratara de una raqueta de tenis y pasó a girar las muñecas en círculos de tal forma que solo me pegaba con las puntas de las colas de terciopelo. Cada variación era una sensación diferente que experimentar y padecer.

No estaba muy segura de que alguna vez hubiera utilizado el azotador durante tanto tiempo, pero lo que sí sabía es que me observaba de cerca, no solo para asegurarse de que estaba bien, sino también para intentar captar mis reacciones a cada cambio y cada golpe. El simple hecho de saberlo me calmó un poco los nervios del estómago.

Bajó un poco y me golpeó los pies, lo que me hizo soltar un grito de sorpresa, pero ese grito dejó a la altura del betún al que salió de mi garganta cuando me azotó entre las piernas y alcanzó mi clítoris.

Para cuando paró, no había trozo de mi cuerpo que no hubiera sentido el latigazo o la punzada del azotador. Hasta entonces no había resultado difícil soportar la intensidad del dolor, pero tras tanto tiempo golpeándome con las cintas de terciopelo, aquello parecía una prueba de resistencia.

El azotador volvió a la mesa y Adam no dudó un segundo en coger el látigo de doma. Antes de escuchar el silbido en el aire, ya sabía que iba a ser un tipo muy distinto de dolor. Como antes, empezó por mi culo, con un par de golpes suaves, para luego pasar a un latigazo en las nalgas que hizo que me rechinaran los dientes. Y luego otro y otro, deprisa, antes de hacer una pausa. Se arrodilló y echó un vistazo a mi culo.

—Oh, te lo juro, deberías ver esto. Líneas finas instantáneas. Me parece que te saldrán unos buenos moretones.

El asombro que transmitía su voz me hicieron sentir afecto por él y un extraño tipo de orgullo al ver lo complacido que parecía. Quizá no era un sádico, pero le encantaba ver las marcas. Y yo no podía decir nada al respecto porque, en los días posteriores a una sesión, recorría una y otra vez con los dedos los verdugones que iban apareciendo en mi cuerpo. Era una ilustración colorida de lo mucho que nos habíamos divertido.

Pero todavía no era divertido. No había otra forma de describirlo: el látigo dolía una barbaridad. No podía evitar encogerme de dolor cada vez que oía el silbido del látigo. En las zonas en las que el azotador me había enrojecido la piel, las finas líneas del látigo se veían todavía más. Cuando me fustigó los pechos, me mordí el labio, y cuando me fustigó los pies, casi le di una patada.

Definitivamente, era el dolor más desafiante al que me había sometido nunca y, sin duda, el dolor más fuerte que había sentido en mucho tiempo. Casi histérica, me preguntaba si sería posible que mi umbral de tolerancia se hubiera reducido. Dolía tanto... ¿Me había dolido así antes? ¿Acaso lo había olvidado? ¿Quizá lo había erotizado? ¿Cómo podría soportarlo? ¿Cuándo pararía? ¿Podría aguantar mucho más?

No era muy habitual que Adam se limitara a azotarme. No había humillación ni degradación, nada

más en lo que ocupar mi cerebro, con lo que ponerme a prueba, a lo que hacer frente. Solo era dolor. Un dolor penetrante, abrupto e implacable. Y, perdón por decir una obviedad, dolía. Mucho, mucho.

Adam me observaba de cerca, pero ahora tenía menos que ver con la experimentación y más con intentar ver cómo estaba. Eso calmó un poco mi nervioso monólogo interior. Sabía que podía confiar en él y que cuidaría de mí. Sabía que podía aguantar más, pero podía percibir algo de resistencia y preocupación en él.

Dejó a un lado el látigo y cogió la fusta. Vale, a lo mejor lo que yo había tomado por preocupación no era más que un optimismo histérico por mi parte.

Un tercer instrumento significaba volver a acostumbrarse a una intensidad y un tipo de dolor completamente distintos. Escocía, sobre todo al golpear en los surcos ya inflamados que había dejado el látigo y en las áreas enrojecidas de piel cortesía del azotador. El dolor era agudo y directo en una zona relativamente pequeña, y él se empleó con fuerza desde el principio.

Me fustigó por todas partes rápidamente: en el culo, en los muslos, en el estómago, en los pechos. Yo no sabía dónde sería el siguiente golpe y eso empezaba a resultar muy estimulante; tenía que obligarme a respirar y concentrarme en procesar el dolor. Él seguía adelante, fue más allá que nunca, me castigaba los pezones y después, cuando veía que yo intentaba protegerme, me castigaba los brazos hasta que los apartaba y volvía a ponérmelos en la cabeza.

La cabeza me daba vueltas y los ojos me lagrimeaban. El dolor me estaba venciendo, pero, llegados a ese punto, lo deseaba, necesitaba esa liberación catártica. Aunque eso no impidió que me estremeciera y apretase los dientes. Sabía que si el tema se alargaba mucho, me echaría a llorar.

Entonces se detuvo y en un instante lo tuve a mi lado, acariciándome el pelo y besándome la frente. Era encantador, aunque raro; en aquel momento era casi como si me negara el orgasmo: podía aguantar más y quería aguantar más.

—Por favor —gemí con la voz entrecortada, desesperada.

—¿Qué quieres, cariño? —me preguntó dulcemente, con un deje de preocupación genuina.

—No tienes por qué parar. Por favor, no pares. Quiero que me hagas llorar.

Pegó su frente a la mía y cerró los ojos. Tras respirar hondo, retrocedió y me miró fijamente.

—¿Estás segura?

—Sí —respondí después de tragar saliva, sonrojándome un poco—. Por favor.

No estoy segura de haber percibido en su rostro ningún conflicto interno hasta entonces. Siempre me había parecido muy seguro de todo. Era habitual que me rodeara el cuello con las manos, pero que me hiciera llorar de dolor era una de las pocas cosas que no había experimentado conmigo. Sí, se me habían saltado las lágrimas alguna vez, pero jamás me había hecho llorar de dolor con todas las de la ley. Me daba cuenta de que dudaba sobre seguir castigándome, sobre si yo lo soportaría. Sin

embargo, esta vez, yo sí lo sabía. Confiaba en él, confiaba en él hasta el final, y estaba convencida.

Casi me había llevado hasta ese punto, y yo deseaba que las lágrimas se me derramaran por el rostro, anhelaba la liberación de mi cuerpo estremecido por los sollozos, la catarsis del dolor.

Nos pasamos un buen rato mirándonos. A pesar del brillo húmedo de mis ojos, le sonreí.

—Confía en mí —le dije.

Él guardó silencio durante unos largos segundos, pero movió los labios poco a poco hasta devolverme la sonrisa.

—Confío en ti.

Respiró hondo y comenzó de nuevo, asegurándose de golpearme, como mínimo, tan fuerte como antes. Para empezar me fue rodeando, como la primera vez, de modo que no supiera dónde caería el siguiente golpe, e incluso me azotó entre las piernas unas cuantas veces más.

Después empezó a centrarse. La fusta me dio en los pechos, y yo hice una mueca. Repitió el golpe. Y otra vez. Empezó a fustigarme con más intensidad, echaba el brazo más hacia atrás mientras yo me revolvía y notaba que me subía un nudo por la garganta. Me golpeó una y otra vez, y yo no dejaba de pensar: «No pares, por favor».

Entonces sucedió. Había tenido la boca bien cerrada, los labios apretados para soportar el dolor, pero un último azote me obligó a abrirlos y a gritar. Era la liberación que esperaba. Se me doblaron las rodillas, me derrumbé en el suelo, y las lágrimas fluyeron sin cortapisas mientras los sollozos me estremecían el cuerpo.

Acudió a mi lado al instante, se agachó junto a mí y me abrazó con ganas, susurrándome palabras de amor.

—Gracias —le dije, jadeante, una y otra vez, intentando dejarle claro que estaba bien y que había hecho lo que yo le había pedido, lo que anhelaba, lo que, en aquel momento, deseaba más que nada en el mundo.

Mientras me aferraba a él, noté su erección apretándose contra mi cuerpo y sonreí a través de las lágrimas, a pesar de que todavía no estaba en condiciones de hacer nada al respecto. Era demasiado pronto.

Al final me recogió del suelo y me llevó a la cama, se tumbó a mi lado y se aseguró de que de verdad no había pasado nada. En este caso creo que fue tanto para tranquilizarse él como para tranquilizarme a mí.

Cuando me recuperé, seguimos allí acurrucados un rato y hablamos de lo sucedido, como hacíamos casi siempre que probábamos algo nuevo. Sin embargo, esta vez no era solo él el que me preguntaba si yo lo había disfrutado, sino que yo también le preguntaba cómo se sentía después de haber llegado a ese límite.

Hablamos en voz baja. Estaba agotada, como si me hubiesen destrozado para volver a

recomponerme después, y mientras Adam me apartaba el pelo de los hombros le dije lo mucho que había disfrutado, lo mucho que me había gustado el desafío. Me besó suavemente en el hombro, volví la cabeza y le di un beso mucho más intenso en la boca.

Cuando empezamos a movernos el uno contra el otro y él se introdujo dentro de mí, se liberó de mis labios y se quedó quieto.

Por un momento me preocupó que ocurriera algo malo, porque estaba muy serio.

—¿Qué pasa?

Entonces esbozó una sonrisa, la amplia sonrisa de mi Adam, la sonrisa que puede surgir por cualquier cosa, desde por una mamada alucinante hasta por una porción de tarta de zanahoria, pasando por la repetición de un episodio de *Crónicas carnívoras* en la tele.

—Joder, qué mojada estás —dijo en tono de asombro.

Le saqué la lengua.

—Es muy poco caballeroso por tu parte mencionarlo.

—¿Te parece poco caballeroso que lo mencione, pero no te importa que te fustigue y te azote hasta hacerte llorar? —preguntó, entre risas, después de darme un beso en la nariz.

—Correcto —contesté con seriedad fingida—. ¿Y?

—Es increíble —dijo serio de verdad, todavía asombrado—. Eres increíble. Nunca había pegado a nadie hasta hacerle llorar de dolor. Cuando empezaste a sollozar fue como si una sacudida te estremeciera, la liberación fue como un orgasmo, algo sorprendente. Muy sexy. Me sentí... —Hizo una pausa para hacer una mueca y después siguió—: Va a sonar cursi, pero me sentí un privilegiado por ser el que te doblé de ese modo. Parezco un capullo presumido.

—Creo que es justo reconocer que la mayoría de los capullos presumidos no son capaces de darse cuenta de que lo son —repuse, riéndome—. Tú no estás mal.

Me devolvió la sonrisa y, sin necesidad de hablar, reanudamos el movimiento de las caderas.

—Gracias —dijo.

Sonreí, y jadeé cuando me agarró del culo y sus dedos presionaron la plétora de cardenales y verdugones.

—De nada. Y gracias.

Me besó en la nariz.

—De nada. Y gracias.

Seguimos follando y, al final, dejamos de darnos las gracias. Tardamos un rato, eso sí. No se puede decir que no seamos personas educadas.

Salvo, ya sabes, cuando no lo somos.

Puede que suene un poco raro, pero tras la catarsis de aquella tarde mi vida con Adam volvió a su ritmo habitual. Desapareció cualquier miedo que todavía pudiera albergar sobre haber llegado demasiado lejos, y la conversación sobre James que habíamos mantenido hacía varias semanas nos hizo sentir una especie de paz, fruto de saber mejor que nunca lo que opinábamos cada uno. Llevábamos una vida ajetreada, los meses transcurrían, y Adam consiguió un buen número de clientes nuevos para su negocio, mientras que yo nunca había recibido tanto trabajo como free lance. Los fines de semana combinábamos las actividades sociales de siempre (familias, amigos, cine) con nuestras sesiones de trabajo en amistoso silencio, cada uno con su portátil, haciendo descansos para tomar un té o para algún que otro revolcón.

Aunque parezca ridículo, para mí era una novedad tener un novio al que mis padres adorasen, con el que poder pasar cuatro horas en un bar charlando sobre las diez mejores secuelas cinematográficas de la historia (y sobre si *El imperio contraataca* todavía contaba como secuela después de las siguientes precuelas de *La guerra de las galaxias*) y al que no le molestaba que trabajara los fines de semana o hasta entrada la noche, ya que sabía la importancia que yo daba a mi trabajo. El hecho de que no solo fuera el hombre más obscuro que había conocido, sino que, además, se tomara el trabajo tan en serio como yo, y quisiera tener un hogar y críos algún día era, sinceramente, la guinda de nuestro pervertido pastel.

La carga sexual de la relación no menguó, aunque sin duda se adaptó al conjunto de nuestra vida en pareja. Seguíamos disfrutando de mucha intensidad y de algunos desafíos, pero también teníamos muchas más relaciones sexuales corrientes..., con alguna que otra pinza en los pezones y unos azotes de vez en cuando.

Un sábado, a primera hora de la noche, estábamos los dos acurrucados en el sofá sin hacer nada intenso. Acabábamos de servirnos una copa de vino tinto para celebrar que Adam había terminado su primer plan de cuentas para su nueva asesoría sobre derechos de autor (irónicamente, la parte más difícil había sido conseguir que el banco le diera el papeleo).

Habíamos estado hablando de comprar algo juntos, haciendo castillos en el aire, aunque el alquiler del piso en el que vivíamos nos permitía ahorrar un poco cada mes. Como su negocio iba muy bien, y mi trabajo como free lance estaba despegando, nuestros ahorros crecían, así que intentábamos decidir si había llegado el momento de mover ficha. Que terminara sus cuentas era otra pieza del puzle.

Estábamos hablando sobre las ventajas relativas de esperar un poco más (sobre todo para poder comprar algunos muebles), cuando sonó mi móvil.

Al principio no le hice caso, estábamos distraídos cantando las alabanzas de nuestra futura casa e inventándonos ideas para captar nuevos clientes para Adam, antiguos colegas a los que poder colocar trabajo de asesoría o free lance. Nunca lo había visto tan contento en el terreno laboral, estaba motivado, disfrutaba de la creatividad y de la libertad de ser su propio jefe. El Adam que se había aburrido tanto en el trabajo antes de su despido y que se volvió tan negativo después había desaparecido hacía tiempo. Era fantástico verlo tan entusiasmado, y yo me lo pasaba bien buscando ideas para ayudarlo en su empresa. El hecho de que, un día (banco hipotecario mediante), eso nos permitiera tener también nuestro propio hogar, era una ventaja adicional.

Estábamos hablando en broma sobre dónde pondríamos mi colección de dragones de porcelana (no me juzgues, los colecciono) en la casa nueva, cuando el móvil volvió a sonar. Era fácil pasar de un mensaje en un fin de semana en que no esperaba llamadas de trabajo, pero dos tan seguidos era señal de que ocurría algo. Adam me miró y señaló el teléfono con la cabeza.

—Venga, no pasa nada, deberías mirar tus mensajes.

Cogí el móvil y los leí. Los dos eran de Thomas.

Charlotte ha roto conmigo.

Se acabó.

Seguido un instante después por:

Aunque al parecer

nunca estuvimos juntos.

Estúpido de mí. ¿Una cerveza?

Le pasé el móvil a Adam y leyó los mensajes.

—No suena bien, ¿quieres llamarlo?

Siguiendo un impulso, lo abracé. La naturaleza relajada de Adam era una de las cosas que más me gustaban de él, sobre todo cuando las necesidades de un amigo, que encima era un ex, nos reventaban la noche. No solo no le suponía un problema, sino que sabía que yo debía hablar con Tom. A pesar

de que la parte sexual de nuestra amistad terminara hacía tiempo, Tom seguía siendo uno de mis mejores amigos, y para que un novio comprendiera algo así tenía que ser un novio con una actitud relajada. Que Adam estuviera tan seguro de mi amor por él como para estar tan tranquilo me hacía sentir muy agradecida.

—¿Te importa? —Señalé las copas de vino—. ¿Lo dejamos para otra ocasión?

—No pasa nada, cariño —respondió tras besarme en la frente—. Tengo tiempo de sobra para aprovecharme de tus ideas de negocio. Ve a llamarlo —añadió mientras se inclinaba para coger su móvil—. Le mandaré un mensaje a Charlie para ver qué hace.

Y así es cómo nuestra tranquila noche nos llevó a cada uno a un bar distinto para emborracharnos con otra persona.

Cuando llegué al bar, era obvio que Thomas ya se había tomado un par de copas. También tenía peor aspecto que nunca.

—Hola —saludé.

Levantó la vista y agitó la mano para darme una desganada bienvenida antes de volver a concentrarse en su copa.

—Voy a pedir una cerveza, ¿quieres otra? —le pregunté.

No estaba segura de si era buena idea, pero no quería ser maleducada. Él asintió con la cabeza. Cuando volví a la mesa, estaba jugueteando con su móvil.

—He pensado en mandarle un mensaje, pero no sé qué decirle.

Parecía un poco hundido y, sinceramente, yo tampoco sabía bien qué decir, reconozcámoslo.

—¿Estás bien? —fue lo que me salió, porque no cabía duda de que no lo estaba—. ¿Crees que un mensaje servirá de algo?

Él negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Si te soy sincero, no creo que haya nada más que pueda decirle. Creo que hemos terminado —dijo, el vivo retrato de la tristeza, como si oír las palabras en voz alta, aunque fuera de sus propios labios, fuese demasiado—. Joder, creo que hemos terminado.

Parecía surrealista. Recordaba lo contenta que estaba Charlotte cuando quedamos, y no comprendía qué había producido un cambio tan radical. Así que se lo pregunté.

—¿Qué ha pasado?

Se pasó un buen rato sin hablar. Tanto, que me pregunté si me habría oído.

—Le dije que la quería. Dos veces —respondió al final, y esbozó una sonrisa tensa—. Creo que podríamos decir que ella no siente lo mismo.

Mierda.

—¿Y ha roto contigo? ¿Por eso?

—La primera vez que lo dije, me salió sin querer —respondió tras asentir con la cabeza—.

Estábamos tumbados en la cama, ella se había acurrucado sobre mi brazo, y lo dije. —Debió de notarme algo en la cara, porque añadió—: No, no me mires así, no fue una de esas cosas que se dicen después del sexo. Solo estábamos abrazados, era muy agradable. Íntimo. Cuando lo dije, se puso un poco tensa, pero me pareció que había llegado el momento de soltarlo. Llevaba un siglo pensándolo y teniendo cuidado de que no se me escapara. Así que se lo conté. Le dije que la quería, que quería una relación estable con ella —explicó bajando la voz—. Entonces fue cuando se apartó.

»Me dijo que no quería nada serio, que nunca lo había querido. Que la idea era divertirse teniendo experiencias sexuales interesantes con personas que le gustaban y en quienes confiaba. Estaba bastante molesta, pero también parecía un poco enfadada conmigo por haberle dicho que sentía eso cuando siempre habíamos dejado claro que era algo informal. Le contesté que no pasaba nada, que podíamos volver a ser amigos con derecho a roce, que me bastaba con eso, pero ella me dijo que ahora sabía que no sería bastante para mí, que yo me merecía algo mejor y que deberíamos dejarlo y punto. Romper del todo.

La verdad es que no sabía qué decirle para que se sintiera mejor. De hecho, el tema era aún peor: sabía que nada que yo le dijera lo ayudaría, fuera cual fuese la combinación de palabras.

—Lo siento mucho, Tom.

—Lo sé —respondió esbozando una sonrisa lánguida—. Espero que cambie de idea, pero no soy optimista. Decírselo fue una estupidez.

—No puedes controlar lo que sientes —le dije mientras le apretaba la mano.

—Lo sé, pero ahora voy a tener que dejar de sentirlo —respondió, sacudiendo la cabeza—. Es que no lo entiendo, una relación estable era el siguiente paso. Nos divertíamos un montón, hacíamos muchas cosas juntos: *munch*, fiestas, tríos... El sexo era, literalmente, el mejor que he probado.

Me eché a reír, y él puso cara de avergonzarse.

—Lo siento, Soph, no quería decir eso —dijo, y arqueó una ceja—. En realidad, tú no cuentas.

Me reí otra vez.

—Menos mal que sé lo que quieres decir y que tengo sentido del humor, porque si no te ibas a enterar.

A pesar de parecer incómodo, siguió hablando, tenaz.

—Es que creo que la compatibilidad sexual, esa mentalidad abierta mutua, sería una gran base para una relación.

Asentí con la cabeza.

—Sin duda.

—Pero no basta.

—No.

Terminamos las cervezas en silencio.

Llegué a casa un poco antes que Adam, ya que yo había dejado a Tom en un taxi, mientras que Adam, el eterno caballero, había acompañado a Charlotte hasta la puerta de su casa. En cuanto llegué, recuperé mi copa de vino y mi sitio en el sofá, y puse de fondo el canal de noticias; alguien pasaba revista a las portadas de los periódicos del día siguiente, mientras yo dejaba la mente divagar y pensaba en lo mal que se sentía Tom y en la suerte que había tenido yo al conocer a Adam. Mi furia por la chapucera cita a ciegas que nos puso a los dos en la misma habitación no era más que un lejano recuerdo.

Se dejó caer en el sofá, a mi lado, y se inclinó para darme un beso.

—Hola.

Sonreí y le di un abrazo.

—Hola, ¿cómo te ha ido?

—No ha estado mal —respondió, esbozando una sonrisa irónica—. Pero he pasado noches de sábado más divertidas.

—Yo también —dije, y asentí con aire solemne—. ¿Cómo está Charlotte?

—No demasiado bien —contestó, suspirando—, no está segura de haber hecho lo correcto, se cuestiona la amistad que mantenían, le preocupa haberle dado falsas esperanzas, le preocupa haber sido una estúpida por romper.

—Es una pena. Después de verlos juntos estaba convencida de que estaban colados el uno por el otro.

—Lo sé, el tema es que no tengo muy claro que Charlie haya estado alguna vez así con alguien. Es una persona muy independiente. Ha comentado que quiere viajar un tiempo para aclararse las ideas.

El trabajo de Charlotte como formadora de software iba por contratos y le dejaba mucho tiempo libre, lo que le facilitaba viajar. Podía cogerse un mes o dos sin problema y seguir con el trabajo después. Yo no tenía claro si eso le ayudaría a tomar una decisión o al contrario.

Adam sonrió.

—A lo mejor se pone de moda eso de socializar por el mundo al terminar una relación.

Ay, su ex.

Lo observé con atención para intentar captar cualquier atisbo de melancolía. No lo conseguía, así que decidí que lo más sencillo era preguntar.

—¿Algún remordimiento en ese sentido?

Se inclinó de nuevo para darme un beso en la nariz y después me rodeó con un brazo.

—Claro que no, señorita Morgan. De hecho, justo lo contrario.

—Buena respuesta —dije, sonriente.

Al final, Charlotte no se fue de viaje, aunque tampoco volvió a ver a Tom. Él estaba desconsolado con la ruptura, y a mí me daba mucha pena, sobre todo porque había muchos paralelismos con mi ruptura con James: la sensación de que no era una relación «de verdad», sea eso lo que sea, sino más bien una serie de encuentros aleatorios.

Sinceramente, el tema de los amigos con derecho a roce y los «follamigos», que parece haberse convertido en algo *de rigueur* para nuestra generación, es un mundo difícil de manejar. Por cada relación como la que tuve con Tom (que terminó de una manera natural y limpia, sin que ninguno de los dos se enfadara con el otro), había habido otras muchas que habían acabado con sentimientos heridos, confusiones y sin saber bien a qué atenerse. Aunque me encantaban las experiencias de las que había disfrutado por el camino y la oportunidad de descubrir más sobre lo que me gustaba (y, por supuesto, la diversión desmedida que me habían proporcionado), estaba más que contenta de que esa incertidumbre ya no fuera un problema. Solo esperaba que Tom lograra pasar página y encontrara la felicidad.

Sin embargo, estaba claro que no pensaba quedarse esperándola. Después de unas cuantas semanas de bajón, se apuntó a un servicio online para encontrar pareja y a Fetlife, una red social para D/s. A pesar de que todavía hablaba de Charlotte de vez en cuando, empezó a charlar a través de internet con otras mujeres, aunque seguía sin estar listo del todo para dar el siguiente paso. Me daba la impresión de que se divertía flirteando. Lo que no me quedaba claro era si aquello sería el inicio de la clase de relación que quería. A veces cuesta saber si la gente es como parece ser online.

Adam, por otro lado, seguía siendo de lo más transparente. A veces resultaba divertido sin pretenderlo. Por ejemplo, tendía a concentrarse tanto en el trabajo que desconectaba de todo lo demás y había que agitar la comida delante de sus narices (o desnudarse, eso también funcionaba) para que se despegase de lo que estuviera haciendo. Pero no pasaba nada, no me lo tomaba como algo personal. Estaba tan segura de su amor por mí que sus peculiaridades me hacían gracia.

No obstante, a veces lograba sorprenderme de verdad.

Una mañana de sábado habíamos ido al supermercado después de una de esas semanas que parecen

no acabar nunca. Adam estaba tan distraído que resultaba hilarante. Se olvidó la cartera, y luego nos olvidamos de la leche y tuvimos que volver a por ella. Después de más de un minuto en el aparcamiento sin que recordara dónde había dejado el coche, empecé a reírme de él sin disimulo. Imposible evitarlo. Él también sonreía, así que supuse que podía considerarme a salvo.

En el camino de vuelta a casa tomó la calle que no era y nos llevó a un barrio no demasiado lejos de nuestro piso pero lo bastante como para que lo mirara desconcertada cuando aparcó.

—¿Estás bien? —le pregunté, casi temiendo que su extraño comportamiento fuese señal de que estaba enfermo.

—Sí, estoy bien —respondió al salir del coche.

Estaba perpleja, pero lo seguí.

Cruzamos la calle, y Adam se dirigió a la puerta principal de una casita y saludó al hombre que esperaba allí. Al parecer, nos esperaba a nosotros. Sonreí y saludé, pero no sabía bien qué decir, puesto que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Lo seguimos al interior de la casa mientras me zumbaba el cerebro: ¿era un cliente potencial de Adam? ¿Un amigo? ¿Por qué no me había mencionado nada?

Cuando entramos, todo encajó. La casa estaba vacía, no había muebles por ninguna parte y, al llegar al vestíbulo, me quedó claro que habíamos ido a echar un vistazo.

El agente inmobiliario, el que nos había recibido, estuvo de acuerdo en dejarnos solos; por lo visto estaba deseando hacer una llamada con el móvil desde el calorcito de su coche, que estaba aparcado en la calle.

Cuando cerró la puerta principal, me volví para mirar a Adam con curiosidad. Bueno, por lo menos eso explicaba por qué estaba distraído.

—No mencionaste que hoy iríamos a ver casas.

—Bueno, en realidad no estamos viendo casas —respondió, algo avergonzado—. Es que vi este anuncio en el periódico local, lo busqué en internet y me dio la impresión de que era algo similar a lo que habíamos estado hablando.

Sonreí. Era ridículo lo mucho que habíamos hablado de cómo sería nuestra casa ideal, sobre todo porque así nos daba la sensación de que ahorrar merecía la pena. Queríamos una casa pequeña (bueno, nos habría gustado una grande, pero teníamos que ser realistas), con grandes ventanas y una cocina lo bastante amplia para que cupiera una mesita (yo), habitación para un despacho (los dos), todo pintado en colores neutros (él), y con mucho sitio para estantes, sofás de colores vivos y demás (yo). A ser posible, un jardincito, sobre todo para poder tener una hamaca (lo sé, es una condición absurda, pero, sinceramente, tumbarme a leer en una hamaca con mi Kindle es mi sueño de un día de verano), y Adam podría tener una barbacoa.

No tenía ni idea de cuánto costaría la casa, ni tampoco de si sería o podría convertirse en nuestro

hogar. Sin embargo, veinte minutos soñando no podían hacerle daño a nadie, ¿no? Le di la mano.

—Vamos, enséñamela.

Dimos un paseo. Un paseo bastante corto. Nuestro presupuesto no daba para una mansión, pero cuando entré en el salón y vi las enormes ventanas saledizas y la diminuta galería acristalada, de repente fue como si reconociera todo aquello. Podía imaginarnos viviendo allí. Me imaginaba los tarros de hierbas de Adam en la repisa de la ventana de la cocina, los estantes con los DVD en el hueco junto a la puerta del salón, un silloncito en la galería para sentarme con el portátil a escribir..., en verano daría el sol y en invierno se oiría el repiqueteo de la lluvia contra el cristal, un sitio acogedor donde sentarme acurrucada cuando hiciera mal tiempo. Mientras recorriamos la casa, que cada vez me gustaba más, oí la voz de mi padre —nos había dado más de un sermón sobre los peligros de enamorarse de una casa, emocionarse demasiado y, por culpa de eso, no conseguir el mejor precio posible— advirtiéndome que mantuviera la calma y fuera objetiva.

Para cuando vi la profunda bañera con la ducha de hidromasaje, ya estaba perdida. Miré de reojo a Adam. Todavía parecía distraído, pero también él estaba impresionado; la baja presión de nuestra ducha era un constante tormento para él.

Yo no tenía ni idea de lo que venía después, de cómo funcionaba aquello, ni siquiera sabía si podíamos permitirnoslo. Eran temas de persona mayor, cosas nuevas que ignoraba por completo, sobre las que habíamos hablado, pero que, de repente, podrían (¿a lo mejor?) suceder.

Me acerqué a la ventana del dormitorio principal y vi que en el jardín había una caseta. Una caseta. Me reí de mí, tanto por estar tan emocionada por la perspectiva de tener una caseta como por no saber qué demonios podría guardar allí. Me quedé mirando a una mujer que colgaba la colada unas cuantas puertas más abajo.

—¿Qué te parece? —preguntó Adam desde la otra punta de la habitación—. Han puesto un buen precio para venderla deprisa, y quieren compradores que no tengan que vender antes su casa. Por lo menos podríamos probar a hacer una oferta.

—Me encanta —respondí—. Nos imagino viviendo aquí.

—Hay sitio para los niños.

Reí

—¿Niños? ¿En plural? Espera, todavía no he montado mi despacho y ¿ya estamos hablando de darle la vuelta a todo?

No respondió a mi pulla, se puso serio de repente.

—Estaría bien casarse primero, ¿no?

Yo seguía mirando a la mujer de fuera.

—¿Antes de tener niños? Supongo, aunque si pasara al revés tampoco me supondría un gran

problema. Al final llegaremos a ese punto.

—Lo sé, pero sería mejor estar casados, ¿no?

Me volví para mirarlo y me lo encontré en una postura un poco rara, medio agachado. Se enderezó al ver que me movía. Los dos guardamos silencio un buen rato.

—Sophie, estoy intentando pedirte que te cases conmigo.

Me quedé sin habla. Literalmente, no podía hablar. No lloré, creo que estaba demasiado sorprendida. Lo sé, habíamos estado hablando de comprar juntos una casa, ya vivíamos juntos, queríamos críos. Pero es que no me lo esperaba en aquel momento, ni allí.

Nos miramos. Al cabo de unos segundos, añadió en tono algo quejumbroso:

—¿Soph? No me dejes con la intriga.

—Todavía no me has pedido que me case contigo —respondí, riéndome.

Parecía desconcertado.

—Sí que lo he hecho.

—No, qué va. Has dicho que lo estabas intentando, pero no lo has hecho.

—Pero qué pedante eres...

Me crucé de brazos, aunque creía que mi enorme sonrisa seguramente me delataría. Él se rió y me hizo una reverencia.

—Señorita Sophie Morgan, ¿quieres casarte conmigo? ¿Por favor?

No pude evitar sentir un pequeño nudo en la garganta, aunque no pensaba ponerme a dar palmaditas como hacen las mujeres en las pelis para tías.

—Claro que sí. Me encantaría. —Una pausa. ¿Algo más simple?—. Sí.

Atravesé corriendo la habitación para abalanzarme sobre él. Él me atrapó, me abrazó, y nos dimos un beso tan largo que por un momento me preocupó que el agente volviera. Cuando nos separamos, sonreíamos como lunáticos, y Adam parecía bastante aliviado. Bueno, supongo que eso explicaba su distracción.

De repente, Adam hizo un ruidito y exclamó:

—Ay, casi se me olvida.

Se sacó una cajita del bolsillo y la abrió para enseñarme un anillo.

—Si no te gusta o si no te sirve, podemos cambiarlo —dijo mientras lo sacaba de la caja y me lo ponía en el dedo.

Era sencillo y poco ostentoso, justo la clase de joya que habría elegido yo. Lo abracé con fuerza.

—Es perfecto.

Él me besó en la nariz.

—Tú eres perfecta.

—No es verdad —respondí, haciendo una mueca.

Sonrió.

—Vale, no eres perfecta. Para empezar, te gusta mucho discutir.

Asentí

—Pero tú a veces puedes llegar a ser muy engreído.

Puso cara de estar medítándolo.

—Vale, te lo concedo. Pero tú eres cabezota.

—¡Y tú también! —exclamé, indignada.

Me besó.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que eres perfecta para mí.

Lo miré y me sentí abrumada de amor por mi amable, cariñoso, inteligente, simpático, obsceno y retorcido Adam.

—Tú también eres perfecto para mí.

Y de verdad que lo era.

Epílogo

Todo el mundo tiene su lugar preferido: la playa, Disney World, las gradas del campo de su equipo favorito, o simplemente su casa llena de amigos y familiares. A mí me encantan todos esos sitios (aunque soy la típica hinchita que solo sigue a su equipo cuando gana), pero uno de mis lugares preferidos es la cama, con Adam.

Lo sé, acabas de leer más de trescientas páginas sobre lo mucho que me gusta eso, así que tampoco te sorprenderá.

No obstante, cuando nos metemos en la cama y nos abrazamos me siento segura, contenta, amada, en casa, de un modo que jamás había sentido antes. No es la cama, ni el edredón, ni siquiera la habitación en sí, sino el hombre que tengo detrás, en sentido literal y figurado, el hombre cuya dominación es un reflejo de mi sumisión, incluso cuando seguimos con nuestra vida cotidiana como compañeros, como iguales.

Eso no quiere decir que el trabajo y las demás responsabilidades, los residuos de la vida real, no se interpongan a veces entre nosotros. No todos nuestros encuentros sexuales son D/s puro y duro. Eso no es malo, al fin y al cabo en la variedad está el gusto, y después de un tiempo todo se hace un poco monótono, incluso las cosas con las que más disfrutas. No hay peligro de que nos ocurra a nosotros, sobre todo porque por el camino hemos acumulado juguetes y disfraces de sobra para divertirnos cuando tenemos tiempo y ganas de desmelenarnos.

Sin embargo, a veces no hay disfraces, no hay azotes ni dilatadores anales hinchables. Solo estamos nosotros. Y esos son nuestros momentos más íntimos.

Se tumba detrás de mí, se aprieta contra mi espalda, me pone un brazo bajo el cuello y me rodea el cuerpo con el otro en una especie de abrazo invertido, con todo mi cuerpo (o las zonas más importantes para nuestros propósitos) a su alcance. Su cabeza está cerca de la mía, así que, cuando me susurra al oído, la caricia de su aliento me estremece.

A menudo, cuando nos tumbamos así, me cuenta historias obscenas. Hablamos de cosas que hemos hecho juntos, de cosas que nos gustaría probar, de cosas de las que nos pone hablar en la cama, a oscuras, pero que nunca haríamos en la vida real. A veces, allí tumbados, en nuestro capullo, mientras nos retorremos de deseo con las historias que hilamos juntos, la mano de Adam se cuele

entre mis piernas y juega conmigo hasta que estoy desesperada por correrme, hasta que el esfuerzo por reprimir el orgasmo hace que me tiemblen las piernas.

Pero no esta noche, al menos todavía no. El tema es que él sigue siendo mucho más paciente que yo. Empieza una historia guarra, una variación de otra de la que ya hemos hablado antes: una fantasía que, por cuestiones logísticas, es poco probable que llevemos a término. Mientras habla, me acaricia el brazo con la punta de los dedos, enfatizando sus frases con besos y mordisquitos en la oreja, el cuello y el hombro. Por supuesto, todo eso me vuelve loca y me excita.

Algunos días no le importa que sea yo la que me meta la mano entre las piernas. A veces me anima a hacerlo y disfruta bastante mirándome. Sin embargo, esta noche no, esta noche desaprueba claramente mi intento de aliviar mi creciente tensión sexual. En cuanto se da cuenta de adónde va mi mano, me sujeta la muñeca.

—Todavía no.

Gruño cuando me aparta el brazo y continúa hablando.

—Y corta ya con esa actitud, no me gusta —dice.

Por su tono sé que sobre todo se divierte, pero también noto ese matiz de acero que, aún hoy, me hace sentir mariposas en el estómago.

—No tengo ninguna actitud.

Lo sé no me conviene replicarle, pero algunos días es tan arrogante que no consigo evitarlo. Ya sé que no es nada nuevo, pero bueno.

Deja de tocarme y besarme, y levanta la cabeza, apartándola de mí por un momento.

—Ahora estoy siendo muy correcto contigo, así que solo tienes que demostrar un poco de paciencia, tumbarte y agradecérmelo.

Medito sobre mi situación. ¿Merece la pena discutir y arriesgarse a sufrir las consecuencias? Seguramente no. Pero no estoy contenta. Como siempre, algunos días adopto la mentalidad sumisa con la misma rapidez con la que baja la niebla en un día de invierno, mientras que en otros momentos siento el impulso de rebelarme, y eso a sabiendas de que no puedo ganar ese juego y de que, además, es un juego que en realidad no deseo ganar.

Su voz ha adquirido ese timbre ligeramente cantarín que me da ganas de arrodillarme a sus pies y de darle una patada en la espinilla, ambas cosas a partes iguales, aunque, obviamente, hacer las dos a la vez sería muy poco práctico.

—A estas alturas ya deberías saber que si quieres tocarme es mucho más efectivo que me pidas permiso antes.

Guardo silencio, pero por suerte para mí la luz de la mesilla de noche ya está apagada, así que no puede verme la cara. Si me viera, seguramente me regañaría por la mirada asesina.

Vuelve a seguir calentándome. Aunque todavía no hay azotes ni otras humillaciones, sé que lo está

alargando más de lo que suele hacerlo para darme una lección.

Por fin me pone la mano en la parte interna del muslo. Llegados a este punto, estoy tan excitada que empiezo a temblar. Noto que se ríe detrás de mí, lo que no me ayuda a superar mi mal humor. Cuando por fin recorre mi humedad con el dedo, no soy capaz de reprimir un grave gemido de placer.

—¿Ves? Ese es el problema. Incluso ahora, después de tanto tiempo, algunos días tu cerebro quiere luchar contra mí y enfadarte. Estás hecha un lío aquí... —dice, dándome un golpecito en la cabeza con una mano, mientras con la otra sigue introduciéndome los dedos cada vez más entre las piernas, obligándome a reprimir un suspiro de placer—. Pero no estás hecha un lío aquí —añade, riéndose entre dientes—. Esa es la verdad. Así se demuestra lo mucho que te gusta esto. Todo esto. Por eso necesitas pensar con el coño y no con el cerebro... Serás mucho más feliz.

Me pregunto si es el momento oportuno para hacer un comentario sarcástico sobre los tíos que piensan con la polla. Supongo que no.

Al final de su discurso, me mete un dedo.

Jadeo y me ruborizo. Estoy húmeda, muy húmeda, pero también estoy furiosa, aunque la verdad es que no sé si con él o conmigo.

—Pero qué engreído eres —me sale sin querer. Cierro la boca de golpe con la esperanza de poder tragarme de nuevo el exabrupto.

No tengo esa suerte.

—¿Qué has dicho? —pregunta al instante.

—Nada.

—No mientas, has dicho algo sobre ser engreído.

Lo llamo engreído continuamente. Tengo muy claro que no le importa que me burle de él, pero estas cosas dependen siempre del contexto. En esta situación, en este momento, no va a dejar que me libre.

Al final, algo avergonzada, lo repito. Sus dedos salen en un segundo, y la palma de su mano descansa encima de mi humedad. No se mueve. No hay besos, ni caricias, ni más susurros. Todavía tiene el brazo bajo mi cuello, pero su mano ya no está en mi pecho, que antes acariciaba.

Silencio.

Estoy nerviosa. Excitada. Curiosa. ¿Me hará daño de algún modo? No lo hace. Simplemente se queda ahí tumbado y deja que el silencio se alargue. No sé si han pasado un minuto o diez, pero el tiempo parece eternizarse.

Por fin habla.

—Esto es una lucha de voluntades, ¿no?

—No sé a qué te refieres —contesto. Sí lo sé.

—He sido muy amable contigo, pero como no voy a la velocidad que te gustaría, tú quieres hacer las cosas a tu modo.

Me trago la respuesta de que las cosas suelen hacerse básicamente a su modo, sobre todo porque sé que no es cierto, que los dos disfrutamos con esto, que sigue existiendo una igualdad en el placer de esta desigualdad, que por alguna razón hoy me estoy comportando más como una cría malcriada que de costumbre.

A medida que el silencio se alarga, me preocupa haberlo decepcionado. Es algo que odio, noto que mi determinación se desvanece. Tardo un poco en poder responder, pero al final encuentro mi voz.

—Lo siento, seré buena.

Sus dedos vuelven tan deprisa como se fueron. Me acarician, me abren los labios y se sumergen en mi interior.

—¿Sabes que ahora estás más húmeda que antes?

Tengo que emplear toda mi fuerza de voluntad para no volver a llamarlo engreído. Me conformo con llamarlo gilipollas mentalmente y de nuevo me alegro de que no pueda verme la cara.

Sin embargo, no deja de hablarme. Su voz se convierte en un constante susurro en mi oído.

—De eso es de lo que hablaba. Deja de pensar con la cabeza, piensa un poco más con esto —dice mientras mueve los dedos dentro de mí—. Él siempre sabe lo que quieres hacer, lo que te hace disfrutar, a pesar de que el terco de tu cerebro todavía no lo capte. Por eso este coño me pertenece.

Gimo a mi pesar.

—Eso es, déjate llevar, sé buena chica conmigo. Es evidente que esto es lo que quieres, ¿verdad?

Mi sangre empieza a cantar, mi cuerpo reacciona al suyo. La sumisión se apodera de mí y, al ofrecérsela, me convierto en dócil arcilla para que me moldee a su voluntad.

Es un juego al que hemos jugado muchas veces, un juego al que, sin duda, jugaremos muchas veces más en el futuro, con suerte durante el resto de nuestras vidas. Es intenso, divertido, excitante, increíble.

Él sigue moviendo los dedos entre mis piernas, enfatiza así su discurso susurrado sobre lo mucho que disfruto de esto, lo mucho que ambos sabemos que me gusta esto, que incluso a veces vivo por esto, sobre todo cuando me mete la mano entre las piernas.

Hace que me ruborice, pero los dos sabemos que es verdad. Arqueo las caderas para apretar mi clítoris inflamado contra su mano... Es una especie de ofrenda.

Cuando ya me queda poco para correrme, él ralentiza sus movimientos. Reprimo un gemido para evitar meterme en problemas y me pongo en sus manos, me entrego a su ritmo. Él asiente detrás de mí para darme su aprobación.

—Buena chica. Confía en mí, yo te cuidaré. Sé paciente.

La alabanza me hace sentir una nueva ola de calor y de afecto por él. Sí que cuida de mí, y no solo en el tema sexual. De repente necesito ofrecerle la disculpa que antes le había dado a regañadientes.

—Lo siento, no debería haberte llamado engreído.

—Bueno, cariño, es que soy un engreído —responde, riéndose entre dientes detrás de mí.

Reprimo el impulso de asentir, puesto que ignoro si ya puedo hacerlo y no quiero arriesgarme.

—Pero la cuestión es que, aunque soy un engreído, a veces me gusta tener una razón para castigarte, y tu exabrupto me da una razón.

El corazón empieza a latirme aún más deprisa. Sin embargo, no es por miedo, es por la expectación. Sonrío mientras digo:

—Siempre que no esperes que me convierta en la clase de sumisa que deja de burlarse de ti y obedece todos tus caprichos...

De pronto me pone boca abajo y me acaricia la curva del culo. Sonrío en la oscuridad mientras él empieza a darme palmadas en el punto en que mi culo se encuentra con la parte superior de los muslos, ese dulce punto que hace que me retuerza de placer.

—Me gustan mucho tus burlas. Y, aceptémoslo, los dos sabemos que no necesito una razón para castigarte, esto no funciona así.

Está calentándome las nalgas con palmadas suaves para que me acostumbre a la sensación de su mano en contacto con mi culo. A pesar de todo el tiempo que llevamos juntos, es una de nuestras actividades más íntimas, y la sensación de la palma de su mano al tocarme, la intimidad de ese contacto, me hace suspirar. El sonido de la felicidad.

El calor de las nalgas producido por la quemazón de sus palmadas empieza a aumentar conforme me adapto al dolor. Asiento para aceptarlo, respiro hondo por la nariz para intentar conquistar el dolor, dejarme llevar por el chute de endorfinas. Me pega más fuerte, y yo me retuerzo, levanto el culo para acercarlo a su mano. Impaciente.

Cuando me coloca de nuevo contra él, noto su erección presionándome, y él nota el calor de mis castigadas nalgas contra su muslo. Suspira de satisfacción y me muerde en el hombro antes de meterme la mano entre las piernas y empezar a darme palmadas en ese lugar. Empujo las caderas hacia arriba, recibéndolo con ansia, con tanta ansia que se ríe.

Me encanta. Nos encanta a los dos. Ya he dejado atrás esa necesidad de disculparme. No perjudicamos a nadie, lo hacemos con prudencia. Es consentido. Él me conoce bien, a veces me parece que mejor que yo misma, aunque, sí, últimamente se me da mejor lo de utilizar la palabra de seguridad.

Esto me pone duros los pezones, me pone cachonda. El reto, la pelea, que me domine, que me ate, que me haga daño. Rendirme ante él, darle placer, amarlo. Todo encaja en mi cerebro, el dolor con

el placer, la adrenalina con las endorfinas. La pelea casi nunca es literal, pero competimos por el poder, y adoro esa intimidad, el control de Adam. A veces le entrego ese control de buena gana, otras veces me lo arrebatata, aunque siempre con mi permiso. Lo disfruto de ambas maneras, disfruto de él, disfruto estando a la defensiva, sin saber lo que ocurrirá después.

Reaccionar. Soportar. Disfrutar.

Adoro a Adam. Adoro esto.

Sophie Morgan es el seudónimo de una periodista británica de treinta y tres años. Su debut literario, *Diario de una sumisa* (Grijalbo, 2013), ha sido best seller del *Sunday Times* y se ha convertido en un éxito de ventas en el Reino Unido y en nuestro país, así como en los más de quince países en los que se ha publicado.

En *Confesiones de una sumisa*, la autora nos ofrece un relato donde la sumisión toma una nueva dimensión.

Título original: *No Ordinary Love Story*

Edición en formato digital: julio de 2013

© 2013, Sophie Morgan

Publicado originalmente en Gran Bretaña, en lengua inglesa, por Penguin Books Ltd.

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Juan Pascual Martínez Fernández y Beatriz Villena Sánchez, por la traducción

Diseño de cubierta: Gemma Martínez / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: Getty Images / © Hans Neleman

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5157-0

Conversión a formato digital: M. I. Maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

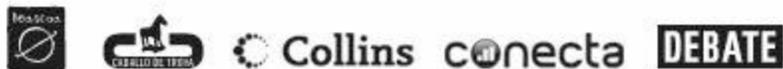
28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Índice

Confesiones de una sumisa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori